

FEDERICO JIMÉNEZ LOSANTOS

EL RETORNO DE LA DERECHA



Entre la esperanza y la desesperación

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo. La aventura de un libro sobre las desventuras de la derecha

Capítulo I. La derecha. Una historia accidentada y un futuro incierto

Capítulo II. La moción de censura contra Rajoy. Un 11-M sin muertos

Capítulo III. Pablo Casado. De la ilusión a la traición

Capítulo IV. Vox. Propósito de enmienda y dolor de corazón

Capítulo V. Ciudadanos. Una derecha de prestado, una decepción nacional

Capítulo VI. Isabel Díaz Ayuso. Un fenómeno sin precedentes

Epílogo. Entre la esperanza y la desesperación

Láminas

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

¿Qué pasa en la Derecha? ¿Qué le pasa siempre a la Derecha española? La realidad política actual apunta a un cambio de ciclo. Regresa la Derecha al Poder, pero ¿qué le ha pasado desde la moción de censura contra Rajoy en 2018? ¿Cómo ha llegado Feijóo a las primeras filas del PP? ¿Por qué Casado y García Egea quisieron asesinar civilmente a Ayuso y se vieron expulsados de la política por los votantes de su propio partido? ¿Por qué en solo tres años ha desaparecido Ciudadanos? ¿De dónde surgió Vox? ¿Cómo el PP pudo hundirse y resurgir en apenas dos meses?

Tras sus espectaculares éxitos de ventas *Memoria del comunismo* y *La vuelta del comunismo*, Federico Jiménez Losantos aborda el gran enigma de la política española desde la Transición: ¿por qué la Derecha social se convence de que un partido al que ha votado en masa ya no le sirve? Suárez, Fraga o Rajoy, UCD, CDS o Ciudadanos, entre otros casos, son prueba de lo perecedero de los liderazgos y la fugacidad de las organizaciones políticas de centroderecha. Pero ¿de dónde provienen realmente las discordancias de la Derecha?

Entre el ensayo político y la crónica personal de estos años convulsos, revelando datos inéditos y encuentros personales con los personajes clave en la crisis del PP, este libro va más allá de todos los publicados sobre la Derecha.

Una obra imprescindible para entender su pasado, rigurosamente necesaria para entrever su futuro.

FEDERICO JIMÉNEZ LOSANTOS

EL RETORNO DE LA DERECHA

Entre la esperanza y la desesperación



*A los millones de votantes de la Derecha que cambiaron
de partido para no cambiar de principios.*

PRÓLOGO

LA AVENTURA DE UN LIBRO SOBRE LAS DESVENTURAS DE LA DERECHA

La primera idea de este libro tenía por título *El año del vértigo* y como subtítulo «La muerte del centro, el suicidio de Iglesias y la resurrección de la derecha». Isabel Díaz Ayuso acababa de convocar elecciones anticipadas en Madrid, en respuesta a la moción de censura de Ciudadanos en Murcia. Era el primer fruto del pacto entre el PSOE e Inés Arrimadas, sucesora de Albert Rivera tras el naufragio electoral del partido naranja, y debía alcanzar a las comunidades con gobiernos de centro-derecha: Castilla y León, Madrid y, más tarde, Andalucía. Tras el año 2020, el del COVID-19, en el que la guerra de Sánchez a la Comunidad de Madrid alcanzó niveles barriobajeros, el PP había roto aparatosamente con Vox, Casado había sufrido un batacazo monumental en las elecciones catalanas y la fulminante reacción de Ayuso, en contra de los deseos de su propio partido, suponía jugárselo todo a cara o cruz. O la derecha resucitaba en Madrid o se hundía en toda España. Y cuando Pablo Iglesias anunció que se presentaría contra Ayuso, también la izquierda quedaba a merced de las urnas. El subtítulo era una opinión optimista sobre el resultado electoral de mayo, y las portadas que Espasa empezó a hacer iban en ese sentido.

La primera, más abstracta, llevaba a uno de los leones de las Cortes con la O de «vértigo» a modo de bola bajo su garra derecha. La espectacular victoria de Ayuso, la derrota de Iglesias y su abandono de la política, el resurgir del PP tras las elecciones de Madrid, el mantenimiento de Vox y el hundimiento de Ciudadanos, primero con Rivera y luego con Arrimadas, configuraban un nuevo mapa político a la derecha del PSOE y su Gobierno. Se hizo entonces otra portada, en la que aparecían las tres figuras de la derecha —Casado, Abascal y Ayuso— en color; y las tres del centro-izquierda —Iglesias, Sánchez y Arrimadas— dibujadas en blanco y negro. Y yo me puse a escribir el libro con el compromiso de entregarlo a la vuelta del verano.

Pero el destino tenía otros planes. Al acabar la temporada en la radio y cuando me preparaba para un verano de trabajo en Santander, tuve un problema ocular que me impedía escribir y leer y me convirtió en pupilo de la Clínica Rementería, a la que tenía que acudir cada pocos días desde la montaña santanderina. La clínica cumplió extraordinariamente bien su cometido y yo pude empezar la temporada en la radio y volver a trabajar en el libro.

Pero la idea del libro había caducado, y el título con ella. Decidí centrarme en la naturaleza de la derecha española en democracia y en las razones de sus continuos cambios de partido, tan distinta en eso de la izquierda. El título sería *El retorno de la Derecha* y la portada también

cambió: naranjitas y rojitos desaparecieron, y quedaron cuatro negritos: Casado, Ayuso, Abascal y Olona. En Andalucía naufragó Vox, y su segunda figura más popular dejó el partido. Quedaron tres negritos.

Entonces Casado y Teodoro decidieron acabar con Ayuso, algo inédito en los partidos españoles durante la democracia. Pero las bases se rebelaron en defensa de Ayuso, echó a sus dirigentes y llamó a Feijóo. Y otra vez tuvimos que cambiar los negritos de la portada, que pasaron a ocupar Feijóo, Abascal y Ayuso. Toda la crisis la viví en directo y casi tuve que agradecer el accidente visual que me impidió publicar *El año del vértigo*, que tras la feroz guerra civil del PP había quedado en leve dolor de cabeza.

Y aquí termina la aventura de un libro sobre las desventuras de la derecha en España, más sólido pero mucho más baqueteado de lo que imaginé. Ahora empieza la aventura del lector, que deseo entretenida y provechosa. Con bastante probabilidad, aunque con la derecha nunca se sabe, será mucho más tranquila que la de su autor.

CAPÍTULO I

LA DERECHA

UNA HISTORIA ACCIDENTADA Y UN FUTURO INCIERTO

El 1 de junio de 2018, el Partido Popular, presidido por Mariano Rajoy, fue desalojado del Gobierno de España tras una moción de censura presentada por el candidato del Partido Socialista Obrero Español, Pedro Sánchez, que fue apoyada por todos los partidos izquierdistas y nacionalistas, y algún grupo satélite. Votaron a Sánchez los comunistas de Podemos, el PNV, Bildu —fachada electoral de la banda terrorista ETA—, los partidos catalanes promotores del golpe de Estado de 2017 —Esquerra Republicana, CUP, JuntxsCat—, los catalanistas valencianos de Compromís y Nueva Canarias. Las elecciones tardaron en llegar diez meses y aún hubo que esperar otros ocho para que Sánchez fuera elegido séptimo presidente del Gobierno de España. Por un solo voto: el de Teruel Existe.

La derecha española dejaba el poder, siempre pacíficamente, por tercera vez desde la llegada de la democracia en 1977. Ganó las elecciones de 1977 y 1979, con Adolfo Suárez y bajo las siglas de Unión de Centro Democrático; las de 1996 y 2000, con José María Aznar y bajo las siglas del Partido Popular; y las de 2011, 2015 y 2016 con Mariano Rajoy, también del PP. En total, la derecha ha gobernado algo menos de la mitad de las cuatro décadas del régimen constitucional de 1978: los cinco años de UCD, tres con Suárez en la presidencia y dos con Leopoldo Calvo Sotelo; ocho años del PP con Aznar y siete con Rajoy. Mientras, el PSOE ocupó la presidencia del Gobierno, en solitario, trece años con Felipe González, siete con Rodríguez Zapatero y uno con Sánchez; desde 2019, Sánchez preside un gobierno de coalición con los comunistas de Podemos, apoyado parlamentariamente en una mayoría Frankenstein de trece partidos.

CAMBIOS DE PARTIDO Y CAMBIOS DE LIDERAZGO

Lo más significativo en la historia de la derecha española en democracia son los cambios en sus organizaciones representativas: los partidos que la llevaron al Gobierno en 1977 y 1979 —UCD, en ambas ocasiones con el apoyo parlamentario de Alianza Popular— desaparecieron en 1989, integrados en el Partido Popular, que, además de UCD y AP, había absorbido el CDS de Suárez, fundado en julio de 1982 por el primer presidente de UCD y del Gobierno en democracia. Sin embargo, en el momento de la caída del Gobierno de Rajoy, la derecha

sociológica presentaba la mayor dispersión en siglas con representación importante de toda su historia: Partido Popular, Ciudadanos y Vox. Y la coincidencia entre la dispersión de siglas y la pérdida del poder no podía ser casual.

Hay distintos motivos por los que la derecha social no ha podido o querido mantener los partidos que, desde 1977, la representaron políticamente. Pero tal vez porque su historia coincide con la de la democracia, ya que los grandes partidos de derecha en la II República —el Radical y la CEDA— desaparecieron, ha sabido cambiar con facilidad de partidos siempre que estos defendieran los mismos principios: unidad nacional, propiedad privada, igualdad ante la ley, familia, religión católica, tradiciones populares como los toros y, cada vez más, la monarquía como símbolo de unidad y continuidad de España.

Esos principios o valores han estado por encima de los partidos y líderes que los han defendido. De hecho, su continuidad o no, al margen de resultados electorales, se ha basado en su credibilidad para defenderlos. La pérdida de esa confianza ha supuesto su desaparición, al margen del apoyo pasado y de los méritos. La UCD, que protagonizó la Transición, trajo la democracia y supo pactar el régimen constitucional, no sobrevivió a su derrota en 1982. Había perdido su unidad y el liderazgo de Suárez, y sus votantes no perdonaron ni al partido ni al líder. Solo después de casi catorce años, de muchas crisis internas y continuos cambios de liderazgo —Fraga, Marcelino Oreja, otra vez Fraga, Herrero de Miñón, Hernández Mancha, Fraga de nuevo, y Aznar, que refundó el PP por segunda vez en 1990—, la derecha logró derrotar al PSOE de González. Pero cuando cayó el Gobierno de Rajoy, en 2018, el espacio electoral en que Aznar logró concentrar el voto de la derecha (entre diez y once millones de votos en sus mayorías absolutas, la de Aznar en 2000 y la de Rajoy en 2011) había sido destruido por el propio Rajoy, de forma irreversible. Los once millones se redujeron a siete. Y aún habían de quedarse en poco más de cuatro, en favor, en primer lugar, de Ciudadanos y, a continuación, de Vox.

Que sus partidos hayan cambiado tanto pero que el voto de derechas se haya mantenido prácticamente intacto frente a la izquierda, pese a sufrir por la ley electoral todas las consecuencias de sus crisis y desuniones, demuestra, a mi juicio, un problema estructural entre representantes y representados de la derecha que cabe resumir así: los representantes no se sienten a gusto con sus representados y los representados se sienten aún más a disgusto con sus representantes. Al revés que la izquierda, que ha mantenido un voto fijo al PSOE y disperso a los comunistas —PCE, Izquierda Unida, Podemos y separatistas—, la derecha nunca se ha sentido atada a unas siglas ni a un líder. Abandonó a Suárez por Fraga; a Fraga por Aznar; y a Rajoy, sucesor elegido por Aznar, lo abandonó dos veces: por Rivera y por Abascal. Ambos problemas, el de la organización y el del liderazgo, se manifestaron crudamente tras la caída de Rajoy. El de liderazgo, con la delirante caída de Pablo Casado y su espantada sustitución por Alberto Núñez Feijóo. El de organización, por la dificultad de asumir la caída de Ciudadanos y la fuerza de Vox. Aliviados por resolver el primer problema, muchos aún no se atreven con el segundo.

NO HAY LÍDER SIN PROYECTO

Conviene insistir en que la derecha no ha tropezado solo con los fulanismos inevitables de la vida política, inseparables de toda ambición personal; tampoco con la capacidad organizativa de los grupos que se han disputado el poder. Ha habido cuatro grandes crisis de la derecha: la de UCD en los ochenta; la de AP en los noventa; la de 2018, con la desoladora imagen del bolso de la vicepresidenta Sáenz de Santamaría en el escaño vacío del aún presidente Rajoy, varado hasta entrada la noche en los bajíos de una sobremesa ética; y la de 2022, con los votantes del PP tomando la calle Génova al grito de «¡Casado, no, Ayuso, sí!» y los barones y baronesas echando a Casado, en un aquelarre de deserciones retransmitido en directo.

La primera, de UCD, fue de una nobleza trágica; la última, de una corrupción ridícula. Pero, quizás por primera vez, los políticos en la derecha que asistían asombrados al espectáculo de unos dirigentes de partido espionando a su mejor candidata para hundirla reaccionaron con respeto a su base social. Vox, el otro gran partido de la derecha y gran rival del PP, se comportó con admirable pulcritud. En parte, porque la agredida era Díaz Ayuso, defensora del acuerdo a largo plazo con Abascal. En parte, porque el sentir de los votantes era apoyar a la presidenta de Madrid y reconstruir cuanto antes el frente de lucha contra Sánchez. La izquierda apenas tuvo tiempo de reaccionar. Cuando quiso hacerlo, ya estaba Feijóo al frente del PP; y Vox, en el Gobierno de Castilla y León.

Aunque el caso de Casado —que abordaremos en detalle— tiene algunos aspectos singulares y personalísimos, el problema de fondo de su fulgurante ascenso y estrepitosa caída es el habitual en las cuatro décadas de la derecha en democracia: la coincidencia, o no, de liderazgo y de proyecto. Vayamos a la historia:

En 1977, la derecha que salía del franquismo tenía un proyecto político claro, que era el de traer la democracia de forma pacífica y crear un régimen legal que conservara los logros económicos de la Dictadura. UCD se presentaba como una fuerza eficaz para conseguir esos fines, de ahí el respaldo electoral que tuvo, y también el apoyo parlamentario de la minoritaria Alianza Popular, que, en vez de boicotear el proyecto constitucional, lo apoyó. Con todos los bandazos que hoy quieran recordarse —provocados, sobre todo, por el tortuoso diseño de las autonomías y el modo en que afectaba a la soberanía nacional (hoy vemos mejor que ayer hasta qué punto)—, AP lo apoyó. La izquierda dice que no lo hizo. Una mentira más.

La inquietud sobre el texto constitucional, que no sobre el régimen democrático, era, además de un derecho, un hecho compartido por la inmensa mayoría de la derecha, y tiene en los artículos de Julián Marías en *El País*, y luego en *ABC*, notario ejemplar. Él fue uno de los cuarenta y un senadores por designación real que Juan Carlos I colocó como un baluarte de criterio y reflexión en el cambio de régimen. Hoy pueden leerse sus libros y artículos como un modelo de patriotismo inteligente, que, por desgracia, no siguieron Fernando Abril y Alfonso Guerra, dos iletrados que representaron a Suárez y González en las negociaciones finales del texto constitucional. Pero todo en la Carta Magna es, en lo esencial, obra de la derecha. Incluso sus errores, que pudo evitar la izquierda y no lo hizo, que son las concesiones a los nacionalistas: el término *nacionalidades*, los fueros del País Vasco y Navarra y la disposición transitoria que permite la anexión navarra al País Vasco, impulsada por el PSOE, que pensaba compensar su debilidad electoral en el viejo reino con su fuerza en el País Vasco. Pero los números cantan;

cuatro de los siete «padres de la Constitución» fueron de derechas: tres de UCD (Herrero de Miñón, Pérez Llorca y Cisneros) y uno de AP (Fraga); por uno del PSOE (Peces-Barba); otro del PCE (Solé Tura) y otro nacionalista (Roca). La izquierda respaldó a los nacionalistas y poco más.

LA REVUELTA DE LAS TERMITAS DEMOCRISTIANAS

Sigamos recordando: ¿qué pasó en la derecha tras el referéndum sobre la Constitución de 1978 y las elecciones generales —inmediatas, porque habían concluido las Cortes realmente constituyentes— que volvió a ganar UCD en 1979? Que, cumplido el proyecto, no tenían otro. O tenían dos: el de UCD y el que compartían Alianza Popular, Centro Democrático y el Partido Liberal, pero no tenían claro el liderazgo de ninguno. Las tribus ideológicas de la derecha democrática, liberales, democristianas y socialdemócratas, que uncidas a los «azules» de Suárez habían llegado al poder y disfrutado de él con moderación —según demostraron sus sucesores—, creyeron que la razón de ser de UCD había desaparecido y podían emanciparse. Nadie tuvo en cuenta a la base que migró apresuradamente de UCD a AP, perdiendo en el camino más de dos millones de votos. Había un equívoco, seguramente inevitable, sobre la naturaleza y el liderazgo del cambio de régimen, cuyo actor estrella fue Adolfo Suárez, su guionista Torcuato Fernández Miranda y su productor y director el Rey. Y la derecha social pagó ese equívoco que no fue capaz de explicar la derecha política.

No era fácil, porque estaba de por medio la institución monárquica. Juan Carlos I, sucesor de Franco a título de Rey y con el Ejército de la Victoria tras él por expresa petición del dictador en su testamento, fue el que, con los dispersos mimbres existentes, creó la derecha política de la democracia. Él trajo a un Suárez sin formación política ni pedigrí reformista, puro encanto y ambición, para cambiar el régimen y lo hizo. Y lo hizo muy bien. Pero como rey constitucional, tras renunciar a los inmensos poderes que le había legado Franco, Juan Carlos tenía su propia agenda, más dinástica que personal. Lo esencial era que el PSOE llegara cuanto antes al Gobierno, legitimando, dentro y fuera de España, la Corona y la sucesión, desligadas del franquismo originario. Ya lo había conseguido con el refrendo masivo a la Constitución, pero el PSOE defendió en el debate constitucional, en discurso de Gómez Llorente, la forma de Estado republicana, y siempre guardó esa carta para presionar al que ya venía presionado de fábrica. Aquellas prisas reales y socialistas y, sobre todo, las luchas intestinas dentro de UCD, que daban una sensación de desgobierno y mostraban la incapacidad de Suárez para dirigir el partido, desembocaron en el fallido golpe de Estado de 1981, que en realidad aspiraba solo a echar a Suárez y cuyo Gobierno alternativo y de concentración, el de Alfonso Armada, era tan poco franquista que tenía dos ministros comunistas y a Felipe González de vicepresidente de Asuntos Políticos.

Pero la versión oficial y masivamente aceptada del golpe de 1981 fue que se había evitado la vuelta a la dictadura. La esperpéntica puesta en escena de Tejero y la humillación a la sede de la soberanía nacional, secuestrando a diputados y senadores en la sesión para la segunda votación nominal de investidura de Leopoldo Calvo Sotelo, provocó un choque brutal en la opinión, que aceptó encantada la versión providencial de que, al salir en televisión, Juan Carlos I había evitado la vuelta al franquismo o a la guerra civil. Los políticos, llamados tras su liberación al

Palacio de la Zarzuela —el mismo del que había salido pocos años antes Armada, jefe último del golpe—, aparecieron como niños traviesos a los que el Rey devolvía a las clases tras un recreo tumultuoso. Juan Carlos fue ungido como héroe, el PSOE como gran esperanza y la derecha como obstáculo, afortunadamente temporal.

Tras el 23-F, la derecha política, con Leopoldo Calvo Sotelo en la Moncloa, se dispuso a tapar los agujeros del sistema que explicaban la caótica asonada militar, y que, además del terrorismo etarra, eran la dirección nacionalista del proceso autonómico y el aislamiento internacional del Ejército. El en apariencia débil Gobierno de UCD fue lo bastante fuerte para recurrir civilmente ante el Supremo la leve sentencia militar a Alfonso Armada y conseguir la máxima pena; hizo votar en las Cortes la entrada de España en la OTAN y, sobre todo, diseñó con el máximo experto, Eduardo García de Enterría, la Ley Orgánica de Armonización del Proceso Autonómico (LOAPA) que cerraba y acotaba el proceso permanentemente abierto de cesiones del Estado a las autonomías.

Pero si UCD como Gobierno lo hizo muy bien, en un contexto difícilísimo, desde la perspectiva electoral fue una calamidad. UCD no quiso ir con AP a las elecciones, que era la única forma de que la prevista victoria de González no arrasara su legado. El CDS de Suárez —anagrama inspirado en la hebilla de su cinturón— tuvo seiscientos mil votos y 2 escaños; UCD, algo menos de millón y medio y 11 escaños; y AP, cinco y medio y 107 escaños. En total, casi ocho millones y 120 escaños. El PSOE, diez millones y 202 asientos en el Congreso. El desastre no fue solo la división sino la falta de proyectos políticos coincidentes. Fraga en AP tenía el suyo: ser alternativa al PSOE; UCD con Landelino Lavilla, un bien morir; y el CDS de Suárez, Suárez; atender a su base social, prácticamente ninguno.

Algunas cosas no han cambiado desde entonces. Cuatro décadas después de que la derecha trajera la democracia, erigiera el edificio constitucional, y entregara, siempre de manera pacífica, el poder a la izquierda, la distancia entre representantes y representados se mantiene. Cuando hay proyecto, no se respeta a la base social; y cuando se apela a la base es porque se ha agotado el proyecto y se ventea la ruina. Sin embargo, el abandono de los electores sigue desconcertando a los políticos, como si no hubiera precedentes en todo este tiempo. Sucedió con UCD, sucedió con el CDS, sucedió con Ciudadanos —y, antes, con su antecesor en el centroizquierda UPyD—, sucedió con AP, sucedió con el PP de Rajoy y ha sucedido con el PP de Casado. La razón última es que los políticos de la derecha no entienden los valores de su base social, aparentemente los de siempre, pero que han evolucionado en medio siglo con el resto de la sociedad española. Acaso más, porque centrados más en lo privado que en lo público, los votantes de derecha parecen adaptarse con mayor facilidad a los cambios de costumbres, véanse las bodas gays. Mientras, en la corriente de la derecha política, navegan barcos de muy diverso tonelaje, factura y arboladura, pero pocos logran mantenerse a flote. Y nunca entienden por qué se hunden.

EL FANTASMA Y LA REALIDAD DEL FRANQUISMO EN LA DERECHA

En mi opinión, la clave de esa desconexión se basa en el olvido de la raíz histórica de la derecha, que es la terrible experiencia de la II República y la Guerra Civil. El franquismo nace tras la guerra o en ella, pero el hecho político que define el bando nacional es el apoyo al

Alzamiento de todos los partidos de derecha con representación democrática en los cinco años del régimen republicano, empezando por los dos mayoritarios: el Radical de Lerroux y la CEDA de Gil-Robles, que desde 1933 demostraron ser más fieles a la legalidad republicana que los republicanos de Azaña o que los socialistas, que tras perder las elecciones en 1933 perpetraron el golpe de Estado de 1934 y, tras robar las elecciones de febrero de 1936, se lanzaron abiertamente a la guerra civil, con más de trescientos asesinatos culminados por el del líder opositor José Calvo Sotelo a manos de escoltas del líder socialista Prieto, un crimen que el Gobierno del azañista Casares Quiroga se negó a investigar.

Los historiadores de izquierdas y la izquierda política —que se han atribuido a través de la Ley de Memoria Histórica, luego Democrática, la interpretación única de la República, la guerra y el franquismo— olvidan siempre un dato esencial del Alzamiento: el apoyo de Lerroux a Franco apenas iniciada la guerra y cuando todo hacía presagiar su derrota. El Radical era el único partido republicano con historia el 14 de abril de 1931. Y su líder, que había evolucionado desde el extremismo violento como Emperador del Paralelo barcelonés a un laicismo antinacionalista y defensor de la propiedad privada y la libertad individual, recibió en 1933 y 1936 buena parte del voto de una clase media espantada por el sectarismo anticatólico del Gobierno de Azaña, empezando por la quema de iglesias que, solo dos semanas después de la proclamación de la República, inauguró la total impunidad del delito político... siempre, claro está, que lo cometieran las izquierdas.

La persecución ideológica de la legítima actividad de la oposición durante los dos primeros años de la República negaba de hecho la libertad individual que, además de la propaganda, aseguraba el texto constitucional. Prueba extrema de su sectarismo fue la Ley de Defensa de la República, con la que Azaña estableció una auténtica dictadura contra los partidos y medios de comunicación opuestos al Gobierno y a su política anticatólica y contra la propiedad. Azaña proclamó una «República para los republicanos» que, de hecho, negaba la alternancia en las urnas.

Porque llegaron las urnas, pero a Lerroux, con credenciales republicanas mucho más antiguas que las de Azaña, también se le negó la legitimidad para gobernar por ser «de derechas». Cuando los socialistas y republicanos de izquierda perdieron las elecciones de 1933, Azaña trató por dos veces de anularlas, recurriendo al presidente de la República o a la fuerza. Y contra el republicano Lerroux, legítimo presidente del Gobierno, se alzaron el PSOE de Largo Caballero y Prieto, en octubre de 1934. Golpe de Estado que incluyó la proclamación de la República Catalana por Companys, presidente de la Generalidad. En solo tres años de República, la parte de la sociedad española que se identificaba con la fe católica, la propiedad privada y la unidad nacional se vio sometida a la experiencia de la persecución religiosa, el sectarismo político, el separatismo y la revolución socialista.

¿Pudo salvarse la República del golpe de la izquierda? La derecha, siempre más legalista, lo intentó. Pero Lerroux se mostró más eficaz reprimiendo que previniendo el golpe. Proclamó el estado de guerra en todo el territorio, derrotó en una noche al gompismo catalán, dispersó las unidades armadas de la izquierda en toda España e hizo llamar, como Azaña dos años antes contra los anarquistas, a las fuerzas de choque del Ejército de África para afrontar el alzamiento comunista en Asturias: treinta mil milicianos armados y organizados en el autodenominado Ejército Rojo. Allí, la brutal destrucción de monumentos como la Cámara Santa de la catedral de

Oviedo, con los primitivos símbolos de la Reconquista, y el asesinato de sacerdotes o simple «gente de derechas», tenían como modelo la revolución soviética de 1917 y anunciaron la española de 1936.

Lerroux tenía a Gil-Robles en el Ministerio de la Guerra, que encargó al general Franco la Jefatura de Estado Mayor para dirigir desde Madrid las operaciones contra los revolucionarios. Y lo hizo, tras duros combates, hasta lograr la rendición del Ejército Rojo asturiano. La paradoja de que el mismo general, Francisco Franco Bahamonde, que en 1936 dirigió el Alzamiento fue el que salvó en 1934 el régimen republicano del golpe socialista y separatista, a las órdenes del Gobierno legítimo, es uno de los hechos más cuidadosamente borrados de la Memoria Histórica, pero demuestra como pocos la angustiosa situación de la «gente de orden» o de derechas durante la II República.

Tras la derrota militar del golpe de las izquierdas y el separatismo, quedaba la condena legal de sus responsables. Pero la legalidad republicana, que supo defenderse muy bien desde una perspectiva militar, mostró entonces una debilidad política y una corrupción judicial que le privaron de la confianza de la España de derechas. Ver a los golpistas de Asturias y Barcelona en el poder solo meses después de unos juicios cuyas penas no cumplieron fue la prueba definitiva de que, en la II República, la ley había dejado de existir para ellos.

Insisto en la importancia de que Lerroux, jefe de Gobierno y masón, además de republicano antiguo, apoyara a Franco al empezar la guerra, como hicieron los católicos de la CEDA, los monárquicos de Renovación Española, y casi todos los «padres de la República», de Marañón a Ortega; este último en el «Prólogo para alemanes» de *El tema de nuestro tiempo*¹ denunció el terror rojo que en Europa se silenciaba para apoyar a la llamada «España leal». ¿Leal a qué? Ni a la República, ni a la nación: a la Revolución.

Ese apoyo masivo de la derecha democrática al Alzamiento era la demostración de que, como dijo Gil-Robles en las Cortes poco antes del comienzo de los combates, «media España no se resigna a morir». La experiencia de la República y del terror rojo en la guerra fue para esa media España íntimamente devastadora. Y también para la izquierda socialista y republicana que, dirigida por Besteiro, se rebeló contra Negrín y entregó Madrid a Franco para evitar muertes inútiles en una guerra que solo servía a Stalin. Ese final de la guerra, que evoco en *La vuelta del comunismo*², ha sido y es ocultado por la izquierda e ignorado por la derecha, durante el franquismo y también cuando más lo necesitó: al construir el discurso o *relato* político sobre la llegada de la democracia. Los partidos de derechas no han querido asomarse a esa parte clave de la historia de su base social. Y su debilidad viene precisamente de no querer discutir unos hechos manipulados por la izquierda.

La Ley de Memoria Histórica ha sido la clave de esa rendición sin lucha ante el sectarismo socialista de Zapatero, heredado por Sánchez y compartido por comunistas y separatistas. El PP y Ciudadanos votaron a favor o se abstuvieron ante una ley que deslegitimaba al propio Rey que la firmó y que abolía la amnistía que habían votado por unanimidad en las Cortes todos los partidos democráticamente elegidos en 1977. Así se remató la liquidación de la base moral del régimen constitucional del 78, cuyo proceso nadie ha detenido.

Quizá la máxima prueba del desprecio de la derecha política por su base social es el mantra, canonizado por Rajoy, de que el PP «debe estar a lo único importante, que es la economía». En rigor, el PP volvía al discurso populista de la AP del Fraga jefe de la oposición al PSOE: «Lo que le importa a la gente es el precio de los garbanzos». Algo zafio, inmoral, más propio de una dictadura que de una democracia; y, además, falso. No es verdad, como terminó diciendo Casado, mísero eco del Rajoy que vino a enterrar y acabó paseando como reliquia, que a «la gente», así a bulto, no le interesen las ideas, ni los valores, ni algo que debería ser sagrado: la palabra dada en política, que es el contrato del representante con el representado. Esos valores le interesan porque los paga y los vota y porque son *suyos*, porque representan su capacidad de discernimiento intelectual y moral y ningún gabinete de comunicación política tiene derecho a despreciarlos; y menos aún por miedo a la crítica de la mayoría mediática creada por una derecha que sí ve normal que la izquierda defienda sus ideas. Pero, en última instancia, ¿cuáles son esos valores tradicionales de la derecha española, cómo ha llegado a tenerlos y por qué los sigue conservando?

El principal valor de cualquier sociedad antigua y asentada sobre el mismo solar durante siglos es la seguridad, inseparable de la continuidad de las instituciones más arraigadas a través de las generaciones. España fue, desde finales de la Reconquista, una sociedad notablemente homogénea en lo racial, religioso, social y cultural, con un gran hecho diferencial con respecto a las grandes naciones del Viejo Continente: América y el Imperio español, o, más correctamente, la Monarquía Hispánica. Bajo ese nombre, una serie de instituciones de enorme vitalidad, concienzuda y deliberadamente basadas en Roma y en el cristianismo, consiguieron, pese a la escasa población —cinco millones en 1492, siete en el siglo xvii— y la indudable pobreza de su suelo, en apenas cincuenta años, conquistar, evangelizar y llevar la civilización occidental a todo un continente: el Nuevo Mundo.

Esa conciencia de grandeza y dificultad, de mérito y desgracia, está presente en las letras españolas desde las grandes gestas europeas y americanas. En la milagrosa literatura del Siglo de Oro, en sus ensayos y dramas, crónicas y poemas, novelas y meditaciones, vemos junto a las victorias las derrotas o, para ser más precisos, la pérdida de aquellas virtudes cívicas «de tiempos de los Reyes Católicos» que, al modo de las republicanas de Roma, oponen la austeridad y el valor de ayer al oropel y al lujo prestado de hoy.

Es común en todas las civilizaciones atribuir la pérdida de su poder político, a veces de su prosperidad y siempre de la moral pública al roer del tiempo y la decadencia de las costumbres, pero hay dos factores que pocas sociedades como la española pueden evocar tan fundadamente: lograr, de manera casi providencial, un poder gigantesco, y luego «venir a menos» por culpa de sus enemigos exteriores pero, sobre todo, interiores: la pérdida de sus viejos valores: religión, moral, cuidar de la familia y los mayores, trabajo y ahorro, respeto a la ley y a la palabra dada. Son los valores propios de una sociedad campesina, los del «labrador honrado», que, en lo que hoy llamarían «el relato de España», es decir, en su poesía culta y popular, en sus novelas y en el gran espectáculo de masas de la época, el teatro, adquiere una hondura y una solidez que viene de muy atrás y perdurará siglos.

No es este el lugar para una reflexión a fondo acerca de los valores clásicos de una España que siempre se creyó heredera de Roma y la Cruz, aunque, también desde el xvii, maltratada por esa fidelidad. Baste señalar que, entrado el siglo xxi, la derecha española se ha sentido

especialmente interpelada, incluso angustiada, por la continuidad nacional y, de ahí su indagación de las raíces históricas que la identifican y legitiman.

LA NACIÓN, LA GRAN CUESTIÓN

La cuestión nacional o el cuestionamiento de la supervivencia de la nación española han movilizado siempre los valores tradicionalmente asociados a la derecha. El primero ha sido y es la tradición de un sujeto político soberano, la nación española, presente en todas las constituciones desde la de 1812, y antes, en lo que Jovellanos, en vísperas de esas Cortes de Cádiz para las que no le alcanzó la vida, denominaba «la Constitución Histórica de España», es decir, el conjunto de leyes que, desde Roma y las Partidas de Alfonso X el Sabio, habían regido la vida cotidiana de los españoles. La Reconquista proveía hechos sobrados para calmar esa inquietud. Faltaban los derechos.

Y la Escuela de Salamanca fue ese gigantesco esfuerzo colectivo en llevar a la moral, la teología, la historia, la economía o la filosofía esa tradición española que ve en la ley el medio de garantizar sus libertades. La libertad es un derecho sagrado para el católico, porque el hombre, «hecho a imagen y semejanza de Dios», goza de «libre albedrío», es decir, de responsabilidad. Pero solo la primacía de la ley sobre cualquier poder humano, incluido el del rey, garantiza esa dignidad sagrada. Juan de Mariana, su gran teórico, contemporáneo de Cervantes y Lope de Vega, defiende en el *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón* y *Del rey y de la institución real* los mismos valores de *Fuenteovejuna* o del *Quijote*. Esa dignidad del individuo que lucha contra la injusticia por respeto a sí mismo se representó masivamente en la guerra de la Independencia, la de un pueblo sin rey capaz de enfrentarse al mayor ejército del mundo, y de morir por su Dios y su rey, por su integridad nacional y su soberanía, que desde 1812, radica en las Cortes.

El artículo 2 de la Constitución de Cádiz dice: «La nación española es libre e independiente y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona». Más allá del conjuro contra el absolutismo, que veía a España como propiedad del rey, nuestra primera Constitución volvía a las raíces históricas que separaban Estado e Iglesia, legalidad y legitimidad, fuerza y razón. Se quiso dejar claro que la libertad de las instituciones o la institución de la libertad era propiedad de todos y cada uno de los españoles. Seguramente, el apego a la propiedad es una de las razones que explican por qué la libertad individual se ha convertido en bandera de la derecha, mientras la izquierda, que niega la propiedad, ha hecho suyas las discriminaciones separatistas.

EL REARME CONCEPTUAL DE LA DERECHA

En paralelo a la ofensiva separatista que siempre ha contado con el respaldo de los comunistas de Podemos y del PSOE de Sánchez, y que ha tenido en el asalto a la tumba de Franco y la Ley de Memoria Histórica sus grandes referentes simbólicos y legales, se ha producido desde mucho antes del golpe separatista catalán de 2017, y, sobre todo, después, un verdadero torrente de publicaciones, de relativa originalidad —algunas solo resumen trabajos historiográficos antiizquierdistas de la época felipista y zapaterista— pero de notable valor

intelectual, con muchos autores jóvenes y gracias a la percepción editorial de que hay una gran masa social que quiere ampliar su conocimiento de la historia de España y de los argumentos para defenderla, tras la criminal abulia de la derecha del PP. Vox entendió mejor su valor, porque su razón de ser y su éxito se basaba también en negar la superioridad moral de la izquierda. Si el complejo de ilegitimidad de la derecha viene, como estudió Revel, del final de la Segunda Guerra Mundial, y en España, desde la Transición, la reacción contra el relato «políticamente correcto» tiene un doble sentido: contra la izquierda, en general, y en defensa de la nación y de su historia, en particular.

El PP y Ciudadanos no supieron ver que éxitos editoriales como el de Roca Barea contra la Leyenda Negra³, el de Escohotado contra los enemigos del comercio⁴ o el de mis libros sobre el comunismo⁵, inimaginables años atrás, porque iban más allá de la Guerra Civil, obedecían, al margen de su valor intelectual, a una demanda política, ideológica y moral de una parte importante de la ciudadanía, sobre todo de derechas, frente al aplastante discurso de la izquierda sobre España y su historia que el PP había aceptado a medias y que, en todo caso, se había negado obstinadamente a combatir. Y, por primera vez, la derecha rechazó la conjura ritual contra el franquismo.

Fue en el debate de las elecciones generales de 2018. Allí, frente a Sánchez, Iglesias, Rivera y Casado, Abascal criticó la exhumación forzosa de Franco, y lo hizo en nombre de la reconciliación nacional que había permitido la Transición a la democracia. Casado asentía mientras Abascal hablaba, pero se cuidó de apoyarlo. Y Rivera había propuesto que la basílica de Cuelgamuros se convirtiera en un cementerio como el de Arlington, tal vez para sacralizar la estética de los campos de golf o para desprestigiar dos historias: la española y la norteamericana. Fue un alarde de lo que Vox llamó «cosmopalealismo».

¿Por qué era importante el respeto a la tumba de Franco y unirlo a la defensa de la Transición? Porque un año antes se había producido el golpe de Estado de la Generalidad y la proclamación de la República Catalana. Y ese golpe suponía la liquidación de la monarquía parlamentaria como forma de Estado, de su integridad territorial y de su base constitucional, la nación española «de la que emanan todos los poderes del Estado». El golpe cambió por completo la percepción que los votantes de derecha y parte de los de izquierda tenían sobre los partidos políticos. Pero ni el PP de Rajoy —principal damnificado y cuyos cascotes electorales recogió Casado— ni Rivera en Cs —gran beneficiado en las elecciones catalanas a las que Rajoy limitó la aplicación del 155, sin tocar la Generalidad, los partidos y medios de comunicación golpistas— lo entendieron. Visto desde la distancia, creo que tanto la caída de Rivera como la resistencia de Abascal al ataque posterior del PP se deben a entender bien, o entender muy mal el significado profundo del franquismo en la derecha sociológica, que, como dije antes, es inseparable de la República y la Guerra Civil.

DEL COMPLEJO DEL FRANQUISMO AL ARRIOLISMO

El 28 de enero de 2022 murió Pedro Arriola, sin duda el ideólogo más influyente en los partidos políticos de derecha durante más de treinta años. Luis María Anson, Pedro J. Ramírez o yo mismo hemos tenido, en distinto modo y distintos momentos, una influencia indudable en la

política cotidiana de esos partidos desde que en 1982 Felipe González llegó al poder, pero la influencia decisiva, que llevó a subordinar siempre la defensa de las ideas a la conveniencia electoral, fue de Arriola. Era un hombre de rasgos finos, cabileños, como a propósito para llevarle la contraria a su mujer, la estrepitosa Celia Villalobos. Ambos procedían del entorno del PCE en la Transición y ese origen, paradójicamente, les favorecía en la derecha. Trabajó primero en las filas azul mahón de José María Cuevas, que pasó de funcionario del Sindicato Vertical a heredar la CEOE de Ferrer Salat. Y luego, en las siglas color azul purísima del PP antifelipista.

Arriola, que sembraba en terreno abonado, acabó convirtiéndose en el abono mismo. Canalizó los complejos de la derecha, inducidos por la izquierda, de donde venía y a la que nunca renunció del todo, y los elevó a categoría sociológica, con pujos de científica. Los jóvenes aznaristas le llamaban «Profesor Bacterio», por el personaje de *Mortadelo y Filemón*. Se lo oí por primera vez a Guillermo Gortázar, entonces secretario de Formación del PP; el mote cuajó y lo difundieron Vidal-Quadras y Esperanza Aguirre, jefes de FAES, y el llamado clan de Valladolid —Aragonés, Cortés, Miguel Ángel Rodríguez—, la guardia de corps de Aznar que lo consideraban su enemigo jurado. Porque aunque Aznar les tenía afecto personal, dentro de lo que cabía en su carácter «sequerón», el que supo captar «la oreja del César» —gracias al poder que en el PP, como en todos los partidos, otorgan las encuestas a quien las cocina— fue Arriola. Y las encuestas siempre coincidían con la idea básica de Arriola: la derecha debía esconderse para ganar.

El mayor estudioso de los avatares de los partidos de la derecha, Graciano Palomo, tituló uno de sus libros *Pedro Arriola, el Brujo*⁶, glosando los supuestos poderes adivinatorios del Profesor Bacterio. Yo siempre lo vi como un astuto vendedor de alfombras de los que van por las playas bajo un sol abrasador pregonando: «¡Barato, barato!». Y siempre hay alguien que le compra algo, aunque uno no entiende por qué.

Como en el libro que dedicó a Iván Redondo, gurú de la etapa primera de Pedro Sánchez, Palomo le atribuye cierta capacidad de adivinar los movimientos de opinión y adelantarse a otros para encauzarlos. Pero Redondo no incluía el ingrediente ideológico en sus consejos, inútil en el caso de Sánchez, sino el crudamente electoral en tres movimientos: polarizar sentimentalmente el debate, ensuciar la campaña y ganar. La diferencia con Arriola, y eso explica también la brevedad del paso de uno por el PSOE y de otro por el PP, es que Arriola partía siempre de una premisa ideológica asociada a la patología íntima de la clase política de derechas: su complejo de inferioridad ante la izquierda, al menos hasta Vox. No pensaban que sus ideas eran peores: aceptaban que *ellos* eran peores. Asumían como estigma la marca de nacimiento franquista que les impuso la izquierda, sin tener en cuenta lo que he explicado antes: el trauma de la II República, la Guerra Civil y el Terror Rojo. Pero, en vez de oponer a la sempiterna crítica de la dictadura que triunfó en la Guerra Civil la dictadura comunista que en ella fracasó, evitaban el choque ideológico, por comodidad y por la nefasta tradición eclesial. La Iglesia ha sido ruin y ruinosa para la derecha.

Ya durante la dictadura, el Opus Dei y los reformistas del tardofranquismo quisieron creer que la economía ganaría la Guerra Civil póstumamente. Y que sobraban discusiones. La verdad es que desde los años sesenta el régimen entregó la universidad a la izquierda, y de ahí salieron, con esa inclinación, los profesores del último medio siglo. Pero el problema moral es más profundo, y viene del Concilio Vaticano II, tras el que una parte importante de la Iglesia —

incluida la española— se pasó, con armas y bagajes, al comunismo y al nacionalismo. No hay otro término, porque fue una auténtica deserción. Una traición a sus mártires y a sus defensores, a cambio de cierta comodidad clerical. En la Transición, la Conferencia Episcopal presidida por el oportunista Tarancón llegó a pedir perdón por «no haber sabido mediar» en la Guerra Civil. Como si fuera tarea de las víctimas —decenas de miles de católicos asesinados por el hecho de serlo— mediar con sus verdugos, ante no se sabe qué tribunal. O sí se sabe: el de la izquierda. Esa Iglesia que renegó de Franco, como si no hubiera salvado sus vidas y les hubiera regalado una enorme influencia, es clave en la sensación de ilegitimidad que aqueja a la derecha, al menos a la que iba a misa. Tal vez su recuperación política y el fin de los complejos se debe, en buena parte, a que ya no va.

Arriola captó muy bien ese tabú y se hizo millonario explotándolo. Iba a misa y repicaba. Desde su izquierda, le sacó una fortuna a una derecha a la que despreciaba tanto como desconocía. Aunque muy lector, tenía una escasísima formación en las ideas liberales y anticomunistas que triunfaron en los ochenta. Yo he visto en la mesa del chalé de Fraga en Perbes los últimos libros de Revel y Aron, y tanto Aznar como los del grupo de Valladolid —alumnos de Antonio Fontán, del Opus más ilustrado— leían a Hayek y Soljenitsin, seguían Unión Editorial o rendían, como Esperanza Aguirre, homenaje a Von Mises. Arriola ni leyó a los clásicos del liberalismo ni los quiso entender nunca. Su negocio era otro: que, a la hora de la verdad, la del gasto en encuestas y campañas, se pudiera ganar, pero siempre ocultando las razones por las que se debía ganar. Arriola presentaba la satanización de la derecha por la izquierda como un hecho indiscutible, geológico, contra el que no se debía luchar, sino vadear. Hizo que la derecha fuera lo que la izquierda quiere que sea.

Pero ¿en qué consiste ideológicamente el *arriolismo*? Jorge Bustos publicó en *El Mundo* al día siguiente de la muerte de Arriola un obituario titulado «La hipótesis Arriola» que lo resumía con notable precisión:

Primera, España es sociológicamente de izquierdas. Segunda, la derecha solo gana cuando la izquierda se queda en casa. Tercera, la derecha moviliza a la izquierda cuando intensifica los acentos conservadores de la batalla cultural. Cuarta, el votante de derechas es más disciplinado, sensible al voto útil aun con la nariz pinzada. Conclusión: solo un PP centrado puede ser un PP ganador.

Arriola hacía el mismo análisis que los democristianos del PDP —Alzaga, Wert, Rupérez, Tusell, Nasarre—, que, tras parasitar la AP de Fraga y apoyar la Operación Roca para echarlo, formaron el ala antiliberal del PP aznarista, pilotaron la Internacional de Centro en 1999 y, al final, bendecían, con Rajoy, la economía como única ideología.

Las cuatro premisas de Arriola, sobre las que, con breves intervalos, se basó la estrategia electoral del PP con Aznar, Rajoy y Casado, son falsas. La primera, que España «es sociológicamente de izquierdas», es un mantra de los sociólogos progres, que marca *a priori* la forma de hacer encuestas y, *a posteriori*, explica los resultados electorales. Unos resultados que, sin embargo, desmienten con obstinación la premisa. Veámoslos.

España votó en las primeras y más importantes elecciones de la democracia, las de 1977 y 1979, a UCD, cuyos líderes eran tan franquistas como los de AP o más, pero que tenían el apoyo del aparato publicitario que venía de la dictadura, esencialmente RTVE, cuyo antiguo jefe, Adolfo Suárez, luego secretario general del Movimiento y presidente del Gobierno, era el

candidato de UCD. Lo de 1977 cabe explicarlo por eso y por la cautela natural del electorado. Pero en 1979, votada masivamente la Constitución, los socialistas creyeron que les tocaba gobernar. Y las encuestas lo refrendaban. Suárez, viendo que perdía el poder, se acordó de la derecha sociológica, archivó el centrismo e hizo un discurso apocalíptico y netamente ideológico sobre los peligros del marxismo del PSOE para todos los que querían conservar los logros de las últimas décadas, léase el franquismo, amén de la estabilidad legal de la Transición, garantía de la propiedad. La prensa resumió el discurso así: «¡Que vienen los rojos!». Y la derecha no les dejó llegar. ¿Dónde estaba la España de izquierdas de los sociólogos? Donde quiso y la llevó la derecha política: a votar por la ley, por la propiedad y contra el marxismo del PSOE.

Los «arriolas» siguieron con la misma monserga y la derecha política asumiéndola, pero el bloque electoral de derechas nunca ha variado de manera sustancial, aunque haya sufrido los cambios y mutaciones de sus partidos. Cuando ha habido uno capaz de reunir sus votos, le ha dado cinco victorias y dos mayorías absolutas. Tan de izquierdas es España que, tras los cuatro años de política liberal de Aznar en el poder, le dio una mayoría absoluta, y tras los siete de Zapatero, se la dio a Rajoy. O sea, que España es sociológicamente de izquierdas... cuando no es de derechas. Los «arriolas» son socialdemócratas, pero hace mucho que la izquierda española dejó de serlo. Lo de que las elecciones se ganan en el centro es una gansada cacofónica. ¿Qué tenía de moderado Zapatero, y las ganó dos veces?

¿Qué es, entonces, el *arriolismo*? Una tendencia en la derecha que propugna esperar al desgaste de la izquierda en el poder para sucederla, sin alterar los cambios legales y sociales que haya producido. Ni el cambio de la Ley del Poder Judicial de 1985, ni la Ley del Aborto, ni la inmersión lingüística, ni la Memoria Histórica, ni la ritual condena del franquismo, ni los favores a los medios de izquierdas y la persecución a los de derechas cambiaron, como había prometido el PP, al llegar al Gobierno. Era algo que quería la derecha social, y por eso lo votó, pero que la derecha política traicionó.

En términos clásicos podríamos decir que el *arriolismo* es socialdemócrata en lo económico, antiliberal en lo político y ferozmente intolerante con los que no comulgan con su tolerancia. Tiene verdadera obsesión por liquidar a los dirigentes que se salen del puré oficialista, cobardón y *mariaComplejinado*. Alejo Vidal-Quadras, Esperanza Aguirre, Cayetana Álvarez de Toledo o Isabel Díaz Ayuso prueban que la caza del liberal suelto es una constante patológica de ese PP tan moderado. ¿Absurdo? En absoluto. Responde en lo organizativo a las premisas ideológicas del *arriolismo*: al poder se llega desde la derecha sin luchar contra la izquierda. Hay que estar, pero no ser. Y el que es sobra.

Los otros tres puntos de la hipótesis Arriola que resume Jorge Bustos provienen de la primera, y han tenido unas consecuencias devastadoras en el PP. Si la derecha no debe movilizarse para no asustar a la izquierda, está claro que la derecha no debe defender ante la nación ni ante su propia base social las ideas que constituyen su razón de ser y el motivo para que deba estar al frente de la cosa pública. Pero lo grave no es que un tipo del PCE que se hizo rico con el PP venda eso. Lo enfermizo es que la derecha se lo compre. Y en la oposición o en el poder, se lo ha comprado siempre.

Frente al *arriolismo*, luego *sorayismo*, en el PP y en la derecha en general, ha habido siempre un sector liberal, partidario de dar la batalla cultural a la izquierda en todos los campos, y sobre todo, en el de las ideas. Eso representaba FAES, hasta que lo embridaba el jefe de turno

del PP. Cuando Aznar decidió convertirse en un líder mundial de la derecha, pasó de liberal a democristiano, con Eugenio Nasarre como ideólogo. Yo lo critiqué en «Viaje al centro de la nada»⁷, de 1999, y lo tomó muy a mal. Pero eso era antes de que Aznar lograra una mayoría absoluta supuestamente imposible porque España es de izquierdas y siempre lo será. También era de izquierdas Gran Bretaña al llegar Thatcher al poder y, tras varias legislaturas conservadoras, Blair tuvo que fingirse de derechas para ganar. Cuando unas ideas se aplican con éxito en una sociedad, la sociedad cambia de ideas. Claro que, si se cree que la derecha es un error, solo ganará por un error de la izquierda. Arriola *dixit*.

EL RELATO TRIUNFAL DE LOS FRACASOS

En lo que más éxito tuvo Arriola fue en definir el relato de la victoria o la derrota electoral. Nunca con datos reales: ni en la CEOE mejoró la imagen de los empresarios ni en el PP mejoró la imagen de la derecha, sino leyendo los éxitos del PP como suyos y los fracasos por ser de derechas. Es la clásica versión de la dialéctica del amo y el esclavo de Hegel según el comunista Kojève⁸: el amo solamente lo es si el esclavo lo reconoce como tal. Sucede que la esclavitud se basa en la negación del salario, es decir, de la libertad que da la propiedad sobre uno mismo. Cuando media salario, y tan alto como el que Arriola le cobró al PP, se invierte esa lógica: el amo le paga al esclavo para que lo esclavice. Y el prestigio del esclavo que domina al amo ha sobrevivido a Arriola. En el obituario de Bustos, a la síntesis de la *hipótesis* se añaden los éxitos que solo su existencia habría conseguido. Los triunfos de la derecha se deberían al *elector* Arriola:

Ni los detractores más esencialistas del pragmático gurú podrán escatimarle influencia en los triunfos de Aznar y de Rajoy. Suavizó las aristas del primero para acentuar el perfil reformista y afianzó el recelo del segundo hacia la tentación doctrinaria. Concibió un PP grande, de mayorías, hospitalario para el liberal y para el conservador, capaz de disputar a la maquinaria socialista la bandera de la gestión del estado del bienestar y de reunir la defensa de lo uno y lo diverso bajo una misma identidad nacional.

Esa tesis providencialista, que domina desde la portada el libro de Graciano Palomo sobre el Brujo, condena como «esencialista» la crítica a la censura que Arriola impuso en el discurso político en clave electoral y de poder, dirigido siempre contra la ideología liberal y los valores clásicos de la base social de la derecha. Diríase que con llamar «pragmatismo» al oportunismo más desvergonzado desaparece la corrupción de engañar siempre al electorado, propio y ajeno. Lo de «las aristas» de Aznar supone no conocer a Aznar ni su referente histórico, el reformismo liberal-conservador, contra el revolucionarismo de la izquierda. Los liberales antiarriolistas fijaron en el aniversario de Cánovas del Castillo esa identidad histórica del PP, resumida en la frase: «No venimos a interrumpir, venimos a continuar la historia de España». Pero no a mantener la socialdemocracia del PSOE.

Con respecto a Rajoy, lo de que Arriola «afianzó el recelo hacia la tentación doctrinaria» es igualmente falso: jamás en su larguísima carrera política tuvo Rajoy esa tentación, si tentación fuera defender las ideas en que uno cree. Ahora resultará que la tentación no es arrastrar hacia el

pecado, sino caer en la virtud. Y lo de que «concibió un PP grande, de mayorías, hospitalario para el liberal y para el conservador» ya es de traca.

Rajoy fue tan hospitalario que, tras perder las elecciones de 2008, dijo en Elche: «Si alguien se quiere ir al partido liberal o al partido conservador, que se vaya». Dentro del PP y en el Gobierno persiguió sañudamente a Esperanza Aguirre, a la que según parece la señora de Arriola insultó delicadamente en el mismo Comité Ejecutivo en que se le negó la palabra a Aznar⁹. Su ministro Montoro presumió de «haber descolocado a la izquierda» al subir salvajemente los impuestos nada más llegar al poder, hazaña que le costó las elecciones de Andalucía. También quiso, por puro despotismo, enterrar el régimen fiscal de Madrid. Cuando Aguirre dejó la política para tratarse un cáncer, su sucesor Ignacio González mantuvo la política de bajar los impuestos propios, y Montoro le soltó por televisión: «¡Será que le sobra!».

Montoro fundó Equipo Económico, una suerte de oficina de tráfico de influencias que presidía su hermano, al que la prensa acusó de haber filtrado desde Hacienda la nómina de Aguirre por la que tributó al fisco el único año en que, antes de aspirar a la alcaldía de Madrid, trabajó en un despacho catalán. No podía achacarle no pagar, pero reforzó el típico argumentario izquierdoso contra la aristocracia y los ricos del PP. La intención de voto cayó en un día siete puntos y Aguirre se quedó a tres mil votos de la mayoría absoluta y de la alcaldía. Montoro y Rajoy prefirieron ayudar a la comunista Manuela Carmena antes que a una liberal suelta del PP.

En cuanto a la gestión del estado del bienestar, es absurdo decir que la derecha le disputó la gestión a la izquierda. Ese estado del bienestar lo fundó Dato, en la estela de Bismarck, lo fortaleció Franco, y con UCD lo gestionaron los socialdemócratas Fuentes Quintana y Fernández Ordóñez. Nadie podía creer que el PSOE gestionaría mejor la asistencia social que la derecha, salvo la izquierda, que tiene una gran opinión de sí misma, como Arriola.

Más sorprendente aún es lo de la defensa de la unidad nacional por Rajoy. Él fue el gran responsable del primer referéndum separatista de Mas y el culpable del segundo en 2017. Jamás defendió los derechos de los castellanohablantes en Cataluña o Valencia, y cuando, en las postrimerías de su paso por el poder y asustados por el auge de Rivera, lo fingieron Wert, amigo de Arriola, y Méndez de Vigo, les duró el impulso lo mismo que a Gallardón el de la independencia del Poder Judicial. Exactamente el tiempo que tardó Rajoy en cancelar su promesa electoral. Mantener la Ley de Violencia de Género y la de Memoria Histórica, también contra lo prometido, no pudo favorecer sentirse «españoles libres e iguales ante la ley». Y para qué insistir en la pachorra ante el golpe catalán, la ocultación de la violencia golpista en televisión, la no aplicación del 155 para demoler las bases del golpe, o la convocatoria anticipada y cobarde de elecciones en Cataluña. Sobre todas las traiciones del PP a su base social se cierne siempre la sombra de Arriola.

¿Y por qué es tan grave su éxito en vida y su prestigio, ya muerto? Porque deja totalmente indefensa a la derecha. No solo acepta la superioridad moral e ideológica de la izquierda, sino que prohíbe discutirla. Toda la blandura ante el enemigo de fuera se torna dureza ante el rival dentro del partido o el Gobierno. Y no es solo una doctrina suicida gracias a la cual supuestamente triunfarían las ideas de la derecha a condición de no defenderlas y de que la ciudadanía las ignorase. Lo esencial es que rompe la relación natural entre los representantes y los representados de media nación, y precisamente de la mitad que siente y valora más el valor del sujeto político constitucional: la soberanía del pueblo español.

Si Franco salvó a la derecha, al precio de escayolarla políticamente durante su dictadura, el *arriolismo* la ha condenado en democracia a no ejercitarse para recuperar su fuerza. Y ha favorecido también la percepción de ilegitimidad de la democracia en esa parte de la sociedad que se ve siempre despreciada por sus políticos. No es que la derecha sea menos democrática que la izquierda, al contrario. Pero pierde su capacidad de renovación y de innovación en la vida nacional por los malditos complejos, raíz del *arriolismo*. Que no es la maldad de Pedro Arriola, insisto, sino la cronificación de un error. La derecha, bastante escarmentada de su nulificación moral —como demuestran la consolidación de Vox fuera del PP y el éxito de Ayuso dentro de él—, debe acostumbrarse de una vez a la libertad y la pluralidad de sus partidos, que son y serán varios, igual que ha sabido adaptarse a la complejidad de la vida moderna sin perder de vista sus valores tradicionales: familia, propiedad, libertad, nación, religión, historia, esfuerzo, educación e igualdad ante la ley. En una palabra, y en todos los sentidos del término: civilización.

CAPÍTULO II

LA MOCIÓN DE CENSURA CONTRA RAJOY

UN 11-M SIN MUERTOS

Cuando se analiza la historia de la moción de censura contra Rajoy en 2018, la sibilina actuación de la izquierda y la estúpida pasividad de la derecha que la sufrió recuerdan inevitablemente la masacre del 11-M de 2004 y su descarada manipulación en la calle y en los medios para impedir que el candidato del PP, que también era Rajoy, llegara al poder tras las elecciones. En el libro *Los años perdidos de Mariano Rajoy*¹ he contado con detalle aquel endiablado suceso, y a sus copiosos datos me remito. Pero todo en la moción de censura, cambiando la calle por los juzgados, lo recuerda: la manipulación mediática y la complicidad de la derecha con su ruina son idénticas; y el éxito de una conspiración abocada al fracaso cuenta siempre con la eficaz ayuda de la víctima: el PP.

Esa política de pasividad ante la agresión la viviseccionó Cristina Losada en «El PP y el síndrome de la mujer maltratada», en fecha tan lejana como el 14 de junio de 2006:

Hasta ahora el PP se ha comportado como si viviera bajo el síndrome de la mujer maltratada. Como si sufriera ese proceso patológico de adaptación a las agresiones, por el cual la mujer soporta la violencia de su pareja con la esperanza de librarse de males mayores. Y no es así, sino todo lo contrario. Ni en la violencia contra las mujeres, ni en la política. La pasividad y la evasión conducen al peor de los destinos. Nada excita más el sadismo de quienes disfrutan acosando y pegando al indefenso que este se esconda para ver si no le pillan. Nada les pone más que sentir que la víctima se rebaja. Y en esta historia, no está en peligro la vida, pero sí la libertad. La de todos. Bien vale la causa que le manchen a uno el traje. (...)

El problema del PP es que esto no acaba de empezar. Y que, cuando empezó, no hizo nada. Mejor dicho, lo hizo todo mal. La escalada de agresiones verbales debía de haberles puesto sobre aviso, pues tras el trueno viene siempre la descarga, o sea, la paliza. Pero si les quemaban, pintaban o apedreaban las sedes cuando lo del *Prestige* y lo de Irak, quitaban el rótulo y pasaban a una especie de clandestinidad. La noche del 13-M, cuando vieron rodeadas cientos de sus sedes, algunos, en el interior, se echaron a llorar. Ya era tarde. Los que afrontaron conatos de agresión no recibieron el respaldo activo de su partido. Si hubo denuncias, nunca más se supo de ellas. En suma, el PP ha dado la impresión de ir plegando velas ante las intimidaciones, de aceptarlas como una cruz que le ha tocado llevar. No, mejor no enrarecer más el ambiente. No, mejor no enfadarlos más. No, mejor pasar desapercibidos. Entonces, aún podía justificarse la actitud. Estaban en el Gobierno. Pero ya no hay escapatoria que valga. Es que van a por ti. Y a por más².

En realidad, como en 2004, fueron a por todo. Y Rajoy y los suyos les dejaron llevárselo. Por supuesto, ya que aún no habían destruido las matemáticas, la aritmética parlamentaria hacía factible la llamada «moción de censura constructiva», que es la fórmula constitucional española, copiada de la alemana, para desalojar del poder a un Gobierno en circunstancias excepcionales y

sustituirlo por otro con la misma u otra mayoría parlamentaria. No es una moción de castigo ni de condena, sino de sustitución urgente del Gobierno por un motivo inesperado. De hecho, ni siquiera se utilizó tras el golpe de Estado del 23-F de 1981, porque la mayoría parlamentaria de Suárez apoyaba a su sucesor e iba a votarlo cuando entró aquel gorila pistola en mano y disparando al techo. El triunfo del Parlamento, en el que no se reparó entonces lo bastante, consistió precisamente, tras el susto, en votar con normalidad.

Pero conviene recordar cómo una fórmula constitucional como la de la moción ha sido bastardeada deliberadamente por tres partidos políticos: PSOE, Alianza Popular y Podemos. El primero fue el PSOE, en la moción que presentó en 1980 contra Adolfo Suárez, que les había ganado por segunda vez las elecciones en 1979. Las excusas iban desde la gestión económica hasta la inestabilidad interna de UCD, pero su verdadero fin era presentar a Felipe González como candidato frente a un Suárez al que se quiso debilitar. La moción no ganó, porque los socialdemócratas de Francisco Fernández Ordóñez no se pasaron al PSOE —lo harían dos años después—, pero suele decirse que funcionó. Yo creo que su efecto último fue convencer a los golpistas de acelerar el golpe de 1981, para el que Alfonso Armada se había entrevistado ya con Enrique Múgica, encargado de Defensa en el PSOE, siendo Antoni Siurana, alcalde socialista de Lérida, el anfitrión. Los hechos prueban que la moción no debilitó a Suárez sino al sistema y favoreció el golpe, del que el PSOE, como coinciden tantos autores en la abundante literatura sobre el asunto, estaba al tanto. González era vicepresidente en la lista del fallido Gobierno Armada.

Todavía fue más lejos en la perversión de la fórmula constitucional de censura constructiva la de Antonio Hernández Mancha, recién elegido presidente de Alianza Popular en un congreso democrático, sin precedentes en la derecha. Para compensar que no era diputado y no podía enfrentarse en las Cortes a González, y con un objetivo no político sino demoscópico (porque las encuestas mostraban que, fuera de Andalucía, nadie lo conocía), en 1987 urdió un ardid publicitario contra un González con 184 escaños detrás. El desarrollo de la moción fue tan desafortunado que, en efecto, se le conoció demasiado, pero más sus defectos que sus virtudes, que las tenía. Al año, lo había sustituido Aznar.

Pero el colmo de lo grotesco y de la perversión del sentido constitucional de la moción de censura corrió a cargo de Pablo Iglesias, que presentó otra contra Rajoy en junio de 2017. Podría verse hoy como el prólogo de la de Sánchez en 2018 o como un acto más en los preparativos del golpe de Estado de octubre de ese año en Cataluña, pero la verdad es más modesta. Era solo un plan de imagen de Iglesias para reforzar a Podemos frente al PSOE como alternativa al PP, tras haber fracasado el *sorpasso* en las urnas. También quiso reforzar su liderazgo (nunca le era bastante) en una formación que, ante el ilegal referéndum catalán, empezaba a descomponerse desde Errejón hasta los anticapitalistas. Pero Iglesias vivía un momento de euforia, tras unirse a Irene Montero y alojar a su excamarada Tania Sánchez detrás de la columna. La novia defendió la moción del novio, un ridículo alegato escolar que, por razones incomprensibles, divirtió a la prensa, que declaró oradora a la párvula. Mientras, Ábalos despachó al aspirante con la abstención del PSOE, y Rajoy se divirtió con él, en plan charlotada. Nadie vio que los apoyos de Bildu, ERC y Compromís a Iglesias, si se unían al PNV y el PSOE, sumaban una mayoría letal.

Había un hecho objetivo en la derecha: la decadencia electoral del PP desde las europeas de 2014, agravada por el ascenso en las encuestas de Ciudadanos, cuyo líder Albert Rivera capitalizaba el desencanto de los votantes del PP por la actuación de Rajoy en el golpe de Estado catalán. El problema de fondo era la vuelta a la secretaría general del PSOE de Pedro Sánchez, expulsado un año antes por buscar una mayoría Frankenstein con comunistas y separatistas, ETA incluida, que le llevara a la Moncloa, ya que por sí mismo se había revelado como el peor candidato de la historia del PSOE. Sin embargo, a Rajoy solo le importaba que Ciudadanos lo mandase a casa. Y su único seguro de vivienda era el PNV, que apoyaba a Rajoy a falta de otro mejor. Es decir, de alguien menos antinacionalista, que bien podría ser el PSOE de Pedro Sánchez.

Pero la excusa utilizada para presentar la moción de censura, la sentencia del caso Gürtel, reveló muchas más cosas y más graves que los escasos escaños del PP, cuyo jefe, tras perder millones de votos, seguía tan fresco, bamboleándose en el machito. La moción demostró la corrupción institucional de algunos miembros de la Justicia, como explicamos en este capítulo, la incompetencia de la dirección del PP, que tanto presumía de experiencia en la gestión del Estado, y la nula entidad moral de un líder, Mariano Rajoy, cuyo retrato final fue un escaño vacío. Y en él, un bolso ajeno, el de su vicepresidenta y presidenta de la Generalidad de Cataluña tras el golpe, responsabilidad de la que desertó apenas asumirla. De la bolsa de Gürtel al bolso de Soraya: ese era el balance de un PP hecho pedazos y de una derecha obligada a reconstruirse, pero cuya ruina dejaba a España en manos de sus peores enemigos.

EL CASO GÜRTEL

En realidad, de creer la propia versión de la izquierda, la moción de censura empezó el 6 de noviembre de 2007, bajo el gobierno de Zapatero y en plena demolición del legado de Aznar, cuando un modesto funcionario del Ayuntamiento de Majadahonda denunció a su jefe, que acababa de despedirlo. Se llamaba José Luis Peñas, y su jefe, Francisco Correa, fue el bautista involuntario del caso tras la versión alemana de su apellido por algún policía políglota (*Gürtel*, significa «correa» en alemán). No era la primera vez que alguien que cobraba por trabajos ilegales para un partido lo denunciaba al dejar de cobrar. Fue el caso del chileno Van Schouwen, contable de Filesa, una firma del PSC que blanqueaba el dinero negro que los bancos dieron a los socialistas para financiar el referéndum de 1986 sobre la OTAN. No cobraba mucho, un millón de pesetas al año, pero para el que deja de cobrar, un poco lo es todo. El Van Schouwen del PP denunció a Correa, apodado «Don Vito», por los delitos que durante muchos años había perpetrado él mismo a su servicio: blanqueo de capitales, delitos fiscales y societarios, falsedad documental y extorsiones a funcionarios públicos para conseguir concesiones. Lo habitual, cabría decir, en las zahúrdas financieras de cualquier partido político. Y de muchísima menor entidad que las hazañas saqueadoras de dinero público del PSOE andaluz o de Jordi Pujol.

José Luis Peñas, que, como digo, llevaba toda la vida en el PP, y parte de ella delinquiendo, fue a la UDEF (Unidad de Delitos Económicos y Fiscales) y a la UDYCO (Unidad contra la Delincuencia y el Crimen Organizado) de la Policía Nacional, dos policías políticas del zapaterismo, y fue a «tirar de la manta», como tantos mayordomos y menordomos políticos han

hecho contra sus amos. Creyó que podía derribar a Correa y a su jefe, Aznar, que ni se enteró de la denuncia. No imaginó que la víctima acabaría siendo alguien que no pintaba nada en aquel PP de Aznar y Cascos. Hizo falta la babilónica capacidad de corrupción de parte de la administración de justicia y la complacencia con ella del PP para sentar en el banquillo y condenar en efígie a quien, como mucho, tenía una lejanísima responsabilidad moral.

Graciano Palomo rehace en el mejor capítulo de *La larga marcha*³ el itinerario abracadabrante de la denuncia y la condena de Rajoy. Al denunciante Peñas le cayeron cuatro años y nueve meses; y a Correa y los demás, el doble o el triple de las condenas habituales a los etarras más sanguinarios. Pero ya digo que, de por medio, se cruzó la corrupción judicial, en la figura de Baltasar Garzón. Y, a partir de ahí, cualquier irregularidad, sin rechazar el delito directo, como veremos, era no solo posible sino segura. Durante dos años, el Ministerio del Interior al cargo de Rubalcaba investigó el caso, a través de las llamadas «cloacas policiales». Al frente, el comisario Juan Antonio González, JAG, el policía de confianza del ministro Rubalcaba. Al lado, José Manuel Villarejo, poli de confianza de PP y PSOE. Y junto a él, José Luis Olivera, afectísimo a Villarejo, con su leal adjunto, Manuel Morocho. Un juez condenado por prevaricación, un ministro que permitió que sus subordinados espíaran a la oposición y colaboraran con ETA en el caso Faisán, y un elenco de policías a los que la grabación de Villarejo en el restaurante Rianxo de Madrid en 2009 retrató como banda de hampones: ellos forjaron el caso Gürtel.

La técnica policial no hubiera servido de nada sin un juez instructor capaz de entender la naturaleza política del caso, que era desprestigiar al Gobierno del PP. Así que el grupo de Interior llamó a Garzón para ofrecerle la instrucción. Palomo aporta testimonios suficientes para concluir que a Garzón no le cayó por sorteo el caso, sino que se amañó la adjudicación. Peor: que él ya estaba instruyendo el caso antes de que le tocara. Y lo demostró un hecho que le costó el cargo al ministro de Justicia, acabó con la carrera de Garzón y debió conducir al archivo de tan viciadas diligencias: el espionaje a los abogados de los detenidos, organizado por el juez y por el Gobierno.

Al delito se unió pronto la chapuza. A la irregularidad del Gobierno al buscar a Garzón como juez instructor, metiendo el caso en el reparto con la excusa de una remota conexión del abogado de Correa con otro caso, se añadiría la desaparición de las pruebas de la denuncia, el *pendrive* con el testimonio de Peñas, el *testiculum primigenium* del caso. No sabemos cuándo se produjo ese extravío ni cómo. Lo cierto es que el 6 de febrero de 2009 Garzón ordenó la detención de seis personas e imputó a otras treinta por el caso Gürtel. Caza menor, a la que trató como a peligrosos etarras. O a los ciervos de la finca Cabeza Prieta, a los que, según foto publicada después, daba patadas para comprobar su muerte. Como Fujimori a los terroristas del MRTA, en la escalera de la embajada del Japón.

Cronológicamente, esa cacería animal se produjo al día siguiente de la cacería política. Y es que inmediatamente después de ordenar prisión sin fianza para Correa, para un primo suyo llamado Antoine Sánchez y para Pablo Crespo, exsecretario de organización del PP gallego, Garzón quiso celebrarlo por todo lo alto. Y se citó con el ministro de Justicia, Mariano Fernández Bermejo, para ir de cacería a Cabeza Prieta, finca cercana a Torres, Jaén, su pueblo natal. Bermejo acudió con su señora, Garzón con su Dolores Delgado, y también JAG, el policía del caso y hombre de Rubalcaba. Para burla de Montesquieu, allí se turnaron abatiendo ciervos el

Poder Legislativo y el Ejecutivo, invitados por el Judicial; juerga, salvo para los ciervos, que pagaba cierto millonario farmacéutico de Barcelona. Una mezcla insuperable de lo privado y lo público, para irrisión de lo legal.

Tan escandalosa mezcolanza de poderes e intereses suscitó el empeño lógico del PP de abatir el caso instruido entre cartuchos. Y en ello se centró la denuncia de la portavoz parlamentaria del PP Soraya Sáenz de Santamaría, que no era enemiga por principio de las relaciones políticamente interesadas. De hecho, su marido acababa de incorporarse a Telefónica. Pero hizo una defensa, por seguir con lo cinegético, de fogueo. Se centró en acusar al ministro de Justicia de cazar sin licencia, junto al juez instructor y al policía de la UDEF. Y el ministro Bermejo, rebautizado «el Furtivo», cayó. Antes, tuvo una intervención chulesca que todo el Grupo Parlamentario Socialista ovacionó puesto en pie. Pero, cumplidas las honras fúnebres parlamentarias, el mismo grupo, también en pleno, vació el hemiciclo y dejó a Bermejo elegíacamente solo. Entonces, dimitió.

Garzón tomó la denuncia de la cacería en la finca de su amigo como una ofensa personal. Y con pleno conocimiento de las fiscales del caso, Myriam Segura y Concepción Sabadell⁴ (que, años después, reapareció en el caso de la cacería política del hermano de Ayuso), decidió intervenir las conversaciones de los abogados de aquellos que acababa de encarcelar. La corrupción procedimental de Garzón brindó a Ignacio Peláez, abogado de uno de los acusados, José Luis Ulibarri, la ocasión de denunciarlo ante el Supremo, junto a las dos fiscales y al agente Morocho, que fue el que perpetró técnicamente el delito. Cuando la denuncia llegó al Supremo, Morocho y las fiscales le echaron la culpa a Garzón, que fue expulsado de la carrera por prevaricación. Pero el fiscal general del Estado a propuesta del PP, Eduardo Torres-Dulce —cinéfilo notorio y notorio amigo del ministro de Justicia y fiscal Ruiz-Gallardón— no expulsó a las fiscales que habían confesado su delito y sabían que espiar a los abogados es algo prohibido en cualquier Estado de derecho, por torcido que esté. Peor: les permitió seguir en el caso, haciendo lo que venían haciendo, con fuerzas renovadas por el alivio: perseguir al PP, que no al delito. Mayor delito habían cometido ellas, y el PP se lo perdonó.

El de la confesada corrupción de las fiscales y la condena del juez instructor era el momento para que el PP y, en términos generales, la derecha judicial, devolviera el caso a sus inicios, sin las irregularidades con que la policía de Rubalcaba, el juez instructor Garzón y el ministro Bermejo habían empedrado la denuncia, la instrucción y, como remate, la intervención de las conversaciones abogado-cliente por Garzón. Pero Torres-Dulce, que no quiso investigar como se debía el vagón del 11-M que encontró *Libertad Digital* y que ponía en solfa la instrucción del caso, no lo hizo. Dejó tranquilamente que las fiscales, tras confesar su delito, aunque achacándoselo al juez, continuaran en el mismo caso. Y cuando, pese a tan clamorosas ilegalidades, el caso llegó a juicio, otra criatura judicial de Gallardón, Carlos Lesmes, presidente del CGPJ, permitió la recusación de dos jueces supuestamente favorables al PP, Enrique López y Concepción Espejel, mientras admitía en el tribunal al juez José Ricardo de Prada, íntimo amigo de Garzón y públicamente identificado con el entorno etarra en sus denuncias a la política antiterrorista del PP.

Ni la más descarada conspiración de sus enemigos superó, por tanto, la colaboración con ellos de los amigos y deudos de Rajoy. Y, encima, lamentaban, gemebundos, en privado y ante periodistas, la evidente indefensión en que la instrucción del caso y la composición del tribunal

dejaban al PP. ¡La indefensión que ellos habían propiciado! Pero ojo: todo fue aprobado por el propio Rajoy, hijo de juez, porque «no le gustaba recusar jueces». Como si todos los jueces fueran iguales y como si la recusación no sirviera para algo en un Estado de derecho. El de Garzón es un caso pasmoso de corrupción que perjudica al supuesto corruptor: el PP.

No se trataba de un acto de virtud en el que, como en el caso de Sócrates o el de Tomás Moro, la conciencia obliga a la observancia de la ley y le cuesta la cabeza al virtuoso. De serlo, el PP habría impulsado la independencia del Poder Judicial, como prometía el programa electoral de 2011 que cosechó la mayoría absoluta y que Gallardón, flamante ministro de Justicia, anunció así en la comisión de Justicia: «Vamos a acabar con el obsceno espectáculo de ver a políticos nombrar a los jueces que pueden juzgar a esos políticos». Poco después, Rajoy se desdijo y Gallardón tragó con la excusa de un lío, olvidado ya, sobre las cuotas de jueces del Constitucional. El desprecio a los electores y a la independencia judicial acabaron costándole el Gobierno. Y a Rajoy siguió dándole igual.

EL CÁRTEL DEL RIANXO Y LA HUMILLACIÓN DE RAJOY

La actuación del tribunal que juzgó el caso Gürtel fue tan escandalosa que solo la costumbre de sufrir y callar explica la parálisis de sus víctimas: Rajoy, su Gobierno y el PP. Admitir la recusación de López y Espejel y no recusar a De Prada ya eran letales. Pero el momento más humillante de este juicio prejuzgado fue cuando llamaron como testigo a Rajoy, que no estaba imputado en el caso. Hasta le negaron la posibilidad de declarar por videoconferencia como cualquier etarra sanguinario. Y Rajoy se sentó mansamente en el banquillo. Para negarlo todo, pero se sentó. Condena mediática asegurada.

Entonces se produjo un fenómeno de justicia poético-jurídica que pudo salvar el caso, devolviéndolo a los corrales o a una instancia menos politizada. Los tres jueces eran: el presidente Ángel Hurtado, amigo de Rajoy; José Ricardo de Prada, enemigo jurado del PP, y Julio de Diego, de carácter débil y bajo la influencia de De Prada. Pero De Diego se durmió de manera reiterada en el juicio. Y un abogado de los condenados (a sentencias muy superiores a las de los peores etarras) lo denunció, y la prensa demostró gráficamente la dormición. Eso obligaba a Hurtado a anular la decisión, ya que uno de los decisores estaba roque, y no una vez o dos sino, como probó el abogado, en muchas ocasiones.

Pues bien, el presidente Hurtado rechazó el recurso asegurando que él no había *notado* tan reiterada somnolencia. El abogado presentó filmaciones que acreditaban la indefensión de su pupilo y justificaban los apodos de «el Dormilón» o «juez durmiente» que la prensa puso a De Diego, en homenaje al enanito de Blancanieves. Hurtado las rechazó y el PP calló. Hurtado incluso hizo ponente de la sentencia a De Prada, que añadió la famosa «morcilla» a la sentencia, embutido que Hurtado y Dormilón paladearon antes de engullirlo, satisfechos.

Estas son las famosas «morcillas», porque hubo más de una, sobre la credibilidad de Rajoy, expresada por De Prada en la sentencia de la AN de 17 de mayo de 2018:

Como prueba testifical relevante, el MF señala que algunas de las personas que aparecen como perceptoras de algunos cobros: Jaime Ignacio del Burgo, Santiago Abascal y Luis Fraga, han reconocido haber recibido esas cantidades. Sin embargo, lo han negado otros testigos comparecientes: Srs. Arenas, Álvarez Cascos,

García-Escudero, Rajoy, etc., que afirman la falta de credibilidad de dichos papeles y niegan la existencia una Caja B en el partido. Sin embargo, el MF rebate la veracidad de dichos testimonios, al indicar —argumentación que comparte el tribunal, que debemos tomar en consideración, a la hora de valorar estas testificales— lo que significaría reconocer haber recibido estas cantidades, en cuanto que supondría reconocer la percepción de pagos opacos para la Hacienda Pública, que si bien entiende que no son delictivos, pudieran ser considerados por los testigos como merecedores de un reproche social, como también que en caso de reconocer estas percepciones vendrían a admitir la existencia de una «Caja B» en el seno de una formación política a la que pertenecen o han pertenecido; por lo que se pone en cuestión la credibilidad de estos testigos, cuyo testimonio no aparece como suficiente verosímil para rebatir la contundente prueba existente sobre la Caja B del partido. En palabras del MF: «No son suficientemente creíbles estos testigos para rebatir dicha contundente prueba».

Vamos, que el juez da por indiscutible una mera hipótesis fiscal. Otra morcilla anterior acusa al PP de financiación ilegal, pero solo como «contexto».

También otras cantidades sirvieron para directamente pagar gastos electorales o similares del Partido Popular, o fueron a parar como donaciones finalistas a la llamada «Caja B» del partido, consistente en una estructura financiera y contable paralela a la oficial, existente al menos desde el año 1989, cuyas partidas se anotaban informalmente, en ocasiones en simples hojas manuscritas como las correspondientes al acusado Bárcenas, en las que se hacían constar ingresos y gastos del partido o en otros casos cantidades entregadas a personas miembros relevantes del partido, si bien estos últimos aspectos que se describen lo son únicamente para precisar el contexto en el que se imbrican los hechos objeto de este enjuiciamiento, pero quedando fuera de su ámbito de conocimiento.

Evidentemente, De Prada escribe a coces, como su íntimo Garzón, al que le corrigen a veces las faltas de ortografía, aunque no las suficientes para borrarlas del texto original de sus sentencias. Pero el problema no es el cómo sino el qué, la clara arbitrariedad del ponente, condonada por Hurtado y Dormilón, en sus conclusiones. Cuando Rajoy ya había caído y Sánchez había sido entronizado con un discurso sobre la corrupción del PP y de Rajoy, llegó la resolución del Supremo sobre el recurso a la sentencia. Y negó las afirmaciones de De Prada, rematadas por Garzón en La Sexta, que legitimaron la moción. El texto es irritado e inequívoco. Parece un capón a Hurtado:

No puede afirmarse la autoría del Partido Popular como autor de delitos de corrupción y prevaricación irregular, cuando esta posibilidad de que fuera destinatario de sobornos no fue objeto de acusación, al no solicitarse su condena en tal sentido y haber sido traído al proceso como partícipe a título lucrativo que presupone que el beneficiario no solo no participó en el delito sino que desconoció su comisión. Es una condena a la restitución de lo recibido a título gratuito. Basta con constatar que se ha producido una recepción y que no responde a título oneroso para que proceda la condena a la devolución. Tal consecuencia no implica reproche culpabilístico, para esa condena a la restitución no es necesaria ni una gota de culpabilidad. Ni siquiera conocimiento.

(...) En definitiva, efectivamente no es dable afirmar que el Partido Popular delinquiera, cuando no ha sido enjuiciado por responsabilidad penal en este proceso.

Se condenaba al PP... que no era enjuiciado en ese caso. O sea, que De Prada y el tribunal habían faltado a la verdad. Pero ¿qué más daba ya? A burro muerto, la cebada al rabo.

CAPÍTULO III

PABLO CASADO

DE LA ILUSIÓN A LA TRAICIÓN

La política la hacen las personas. Y si el término latino *persona-ae* viene del griego «máscara», cabría suponer que lo que hay tras la máscara del individuo que entra en política es la verdad del individuo entero, neto, que la usaría por interés o necesidad. Pues no siempre es así. Hay veces en que tras la máscara del político hallamos la máscara del individuo, con la que no se oculta de los demás sino de sí mismo, de una verdad a la que no quiere asomarse, que teme más que conoce, que elude más que sospecha. Es el caso de Pablo Casado Blanco, presidente del PP tras la crisis abierta por la llegada de Sánchez al poder y cuya abrupta expulsión del partido y de la política no tiene parangón en la democracia española.

Una costumbre del *seppuku* o suicidio ritual japonés es que el que va a morir, tras clavar su espada, pida la ayuda de un compañero para abrir de lado a lado el vientre y asegurar un fin rápido e irreversible. Lo innoble del suicidio de Casado y el de su colega Teodoro García Egea es que su *katana* no buscaba la muerte propia, uno ayudando al otro, por una noble causa, sino matar a quien, pocos meses antes, les había abierto las puertas del poder: Isabel Díaz Ayuso. Y fueron los votantes del PP de Madrid, pese a los ataques que Casado y Egea vertían en los medios contra ella, los que cercaron la sede del partido, en la calle Génova 13, y como los aldeanos que incendian el castillo del conde Frankenstein en venganza por los crímenes de su criatura, obligaron a Feijóo y la cúpula del PP, que hasta una semana antes había sido fiel a Casado, a decapitar a los dos verdugos.

Un mes tardó en morir el ya difunto presidente del PP, asegurando que «no había hecho nada malo», culpando así a los que no tuvieron más remedio que echarlo y querían darle un digno entierro. No se dejó. Y su deambular salmodiando misereres por las Cortes, donde un día brilló su oratoria, y por el congreso extraordinario del partido, insistiendo en no pedir perdón a nadie y en no entender por qué, entre aplausos, lo defenestraban, fue una exhibición de incapacidad moral para asumir las consecuencias de sus actos, el final de una carrera política que él, junto a su *alter ego* o más bien *ego alter* Teodoro, destruyó. Quizás aquella obstinada incompreensión de lo sucedido era la prueba de que, tras la máscara política del individuo Casado, había otra máscara que nunca se atrevió a arrancar, tal vez por no asomarse al vacío, por no constatar que el individuo Casado, presidente del PP y aspirante a serlo del Gobierno, nunca fue otra cosa que una máscara.

EL BAUTISMO DE CASADO EN ES RADIO

Por esas casualidades nada casuales de la vida, asistí personalmente, casi como obstetra, al nacimiento político de Pablo Casado en el estudio de esRadio; y también a su entierro, porque estaba entrevistando en Sangenjo a su sepulturero, Alberto Núñez Feijóo, cuando él cavó a conciencia su fosa en el programa de Carlos Herrera. Según se supo luego, la entrevista la iba a hacer Teodoro, pero a última hora Casado quiso sustituirlo y asumir toda la responsabilidad de esta operación política. Sus frases nos iban llegando a Sangenjo desde Madrid, y tanto Feijóo como los demás presentes nos quedábamos boquiabiertos. En última instancia, su final estuvo bajo los mismos signos que su comienzo: la sorpresa y la enormidad.

Porque sorprendente y enorme fue el impacto de una entrevista que todos los libros sobre el asunto consideran clave en su lanzamiento. Me parece estar viéndolo, el día de su natalicio político, en la puerta del estudio de esRadio, en medio de un corrillo con Rosana Laviada, Alejandro Vara, Joaquín Manso y Rosa Belmonte. Pocos años después, casi los mismos del bautizo recibimos con su sepulturero Feijóo las frases que lo enterraron.

En aquella mañana auroral del 28 de junio de 2018, en la puerta del estudio, diseñada para tropezar, Casado no miraba a los ojos sino hacia arriba, como para recibir ánimos de lo alto, y dijo una frase que me recordó a la suegra de Gila:

—¡Me he quitado la faja!

Y si se refería a algún impedimento, en efecto, lo hizo. La entrevista fue densísima. Y como veremos, en ella estuvieron todas las propuestas que movilizaron e ilusionaron al partido, las mismas, que, una a una, traicionó. Traía estudiadísimo el guion y es hombre de gran memoria, de forma que pueden seguirse sus rectificaciones, cambios, volantines y volteretas posteriores a partir de los temas que abordó con absoluta nitidez. Pero aún más importante es el relato que de su carrera política futura traía estudiado.

Modelos de liderazgo joven

Pablo Casado: Yo tengo treinta y siete años, los años con los que empezó Felipe, con los que empezó Aznar, con los que empezó Toni Blair, con los que han empezado presidentes tan queridos en este país como Obama, como Macron, como Trudeau...

Federico Jiménez Losantos: ¿«Queridos»? Yo no sé quién quiere a Obama (...) Y a Trudeau, ni su señora...

PC: Hay cinco presidentes actuales en la Unión Europea con esa edad: el de Austria, la de Serbia, el de Estonia... Hay una frase muy buena de un presidente americano que dice «tengo la suficiente poca experiencia para saber lo que hay que cambiar». (...) La gente que no quiere mochilas, que no quiere personas que hayan gestionado mal o que hayan podido cometer alguna irregularidad, ahora dicen que es la inexperiencia y que lo que tenemos es que seguir gestionados por personas que han alardeado de no hacer política ni estar en el partido, y supuestamente en España tenemos que hacer una especie de club de enarcas en los que, como se tiene una oposición, pues nada, se gestiona el BOE y luego encima el partido, al que no se ha hecho caso durante diez años y del que se reniega (...). Pues ahora resulta que entonces la gente que estamos en el partido, que hemos trabajado para dos expresidentes del Gobierno, hemos sido diputados autonómicos, el diputado nacional más votado en las últimas elecciones, ahora resulta que tenemos inexperiencia, como si treinta y siete años en la vida fuera ser una persona en pantalones cortos.

El partido

El candidato hacía el sencillo cálculo de la pérdida de votos sin atender demasiado a que la base social de la derecha, no la de su partido, seguía intacta. Por eso aludía repetidamente a la necesidad de «volver», de «recuperar» o «reivindicar», como si lo vivido con Rajoy fuera un paréntesis fácil de cerrar retomando las «señas de identidad» del PP, entre ellas, según presumió, la ideología:

Pablo Casado: El afiliado del partido lo que quiere es que el partido vuelva a ser reconocible, vuelva a bajar impuestos, vuelva a defender la vida y la familia, vuelva a defender la unidad de España sin operaciones de diálogos y sin chantajes independentistas, vuelva a decir que apostamos por la reivindicación de las víctimas del terrorismo y vuelva a reivindicar la honestidad, para empezar, como eficacia para el contribuyente.

»Son las señas de identidad que tenemos que valorar porque ahora el afiliado no está ilusionado, y claro, cuando hemos perdido 3 millones de votos, desde 11 hasta 8 y las encuestas nos dan 5 millones, de nada sirve decir que se va a ser una buena candidata o un buen candidato a la presidencia del Gobierno, porque un partido que no está ilusionado, y que además se puede partir por un choque de trenes, va a perder las elecciones (...).

»Yo creo que el PP es el mejor partido de España, lo es desde la fundación, la refundación y hemos hecho una buena gestión en la pasada legislatura. Pero hay que hacer más cosas; por ejemplo, hoy es el día de la liberación fiscal, yo propondría una revolución fiscal en España y no lo digo ahora porque estoy en campaña: en el año 2015 *Expansión*, y está aquí Joaquín [Manso], en portada dijo que el candidato al Congreso por Ávila plantea que en el IRPF el tramo máximo esté por debajo del 40 % y el impuesto de sociedades al 10 %. Mira lo que está pasando en Hungría. Así se captan empresas. (...)

Joaquín Manso: No hay una movilización de base. El partido da la impresión de que ha perdido su base. Quiero preguntar cuánto ha tenido que ver en eso el modo de ejercer el liderazgo, el cercenamiento del debate interno, del discurso ideológico, la ausencia de captación de cuadros profesionales, de iniciativas movilizadoras y qué piensa hacer Pablo Casado para revertir esas tendencias.

PC: Hablar de ideología, que no es una cuestión propia del PP. Llevo escuchando muchos años en España que la ideología es perversa, que es malo confrontar, que es malo decir que la Ley de Memoria Histórica no aporta nada al futuro, que es malo decir que no se puede tener política ideológica en materia de gestión pública, que es malo decir que hay que ahorrar en gasto público porque es la forma de impedir que nuestros hijos estén hipotecados, que es malo decir que un sistema de pensiones tiene que ser sostenible no para cinco años sino para veinte.

»Yo recuerdo cuando fui director de campaña de Manolo Pizarro en el 2008, la que le cayó a Manolo por hablar del sistema de capitalización mixta de pensiones, o la que le cayó a Esperanza Aguirre por ejemplo cuando quiso externalizar la gestión no clínica de los hospitales o la que ha caído en autonomías como Valencia cuando han dicho que se podía elegir profesor, por supuesto en el bilingüismo educativo que ahora se ha cargado la izquierda... Entonces yo, claro, yo tengo dos hijos... yo no quiero que un burócrata me diga que por el código postal me toca un médico, un enfermero o un colegio para mis hijos. Yo quiero libertad de elección. El PP siempre ha elegido la libertad, no colectivizamos...

FJL: Bueno, siempre, no... Digamos que era la idea primera. Luego (se decía), que la economía es lo único importante y cosas así...

PC: Voy a hacer una pequeña digresión histórica. Desde la caída del Telón de Acero ya no hay una colectivización económica, es decir, ya ni siquiera los más carcas pueden decir que hay una alternativa a la economía de libre mercado, es evidente, está empíricamente comprobado. Pero ahora se está colectivizando la sociedad y hablamos de las mujeres, de los jóvenes, los mayores, de los inmigrantes... ¡No! La política tiene que ser una política en la que la persona sea el centro, con su género, con su religión, con su ideología, con sus problemas, para eso está el estado de bienestar, con sus potencialidades, para eso hay que dejarles emprender, para eso hay que apostar por la España que madruga, la que, sin darse cuenta, al abrir la tienda también tira hacia delante el país. Esa era la esencia del PP.

Joaquín Manso y yo insistimos en que el problema no era programático, sino que ese programa no se cumplía. Anunciar bajada de impuestos y subirlos, anunciar independencia del Poder Judicial y violarla... Casado lo asumía sin vacilar:

PC: Hay algo que es muy preocupante, que es que las leyes que sí hemos sacado adelante, por ejemplo, la ley educativa (...) estaba aprobada por las Cortes, ¿por qué hemos aceptado paralizarla? Una ley que decía sencillamente que el español se estudia en toda España, que los profesores se eligen en toda España, que no hay endogamia, que hay un currículo educativo en Historia, Humanidades y Geografía que tiene que ser vertebrado en España. Aquí hablamos, por ejemplo, de reforma de la Constitución. (...) Si hay una reforma tiene que ser para fortalecer la nación, para decir que ese estado autonómico, que yo respeto, no puede suponer una centrifugación nacional que al final es una fragmentación...

»Por tanto, leyes que estaban en marcha: la educativa, bueno... aplíquese, póngase inspección educativa, ¿por qué tenemos que pararla para llegar a un pacto? ¿Por qué cuando gobierna la derecha hay que llegar a pactos y cuando gobierna la izquierda pasan el rodillo? ¿Por qué cuando gobierna la izquierda pueden legislar a nivel moral: aborto, eutanasia, Memoria Histórica, leyes de género, y luego la derecha con mayoría absoluta no puede retrotraerlo? Es que al final... la sociedad se va radicalizando hacia la izquierda porque cuando tú gobiernas, no echas hacia atrás. Eso es lo que tenemos que decir, que hay que volver a enarbolar, y España lo están deseando porque esa gente que puso una bandera en su balcón te estaba dando un mandato ciudadano de “representémoslos”.

Sobre Vox y las víctimas del terrorismo

Resulta sobrecogedor comparar lo que dijo este Pablo Casado de 2018 sobre las raíces heroicas del PP en el País Vasco con lo que consta en las actas del Congreso tras su discurso contra Santiago Abascal, como después veremos, en la moción de censura a Sánchez.

Pablo Casado: Yo dije ayer en Ermua que España empezó a latir cuando dejó de latir el corazón de Miguel Ángel. Y ese latido ahora mismo no lo pueden parar. Yo sé lo que pasaba ahí porque he viajado allí y he visto compañeros con escolta que miraban debajo del coche, pero mis hijos no van a estudiar eso si el PP no deja muy claro que nuestro pilar son las víctimas del terrorismo, que en este país se ha matado a ochocientas personas por defender la libertad y yo voy a defender un partido como el que tenía Goyo Ordóñez, y lo dije en San Sebastián con los actuales líderes del PP vasco.

»Voy a defender un partido en el que pueda volver José (sic) Ortega Lara y quiero un partido en el que María San Gil tendrá la responsabilidad que ella quiera, porque es nuestro tuétano, porque el PP vasco con treinta caídos por España, perdón que lo diga así, por la libertad, por la democracia, en términos militares (...) pues sinceramente yo creo que ese partido es recuperable, porque la gente lo está deseando.

Rosa Belmonte, a propósito del mantenimiento con el PP de la Ley de Memoria Histórica, le pregunta su posición sobre la exhumación de Franco:

PC: Pues una posición muy clara. Yo no gastaré un euro para desenterrar a Franco. Y tampoco gastaré un euro para volver a enterrarlo. Lo que me parece absurdo es que en el siglo XXI estemos hablando de lo que pasó en España hace ochenta años. Y sobre todo lo que me parece ridículo es que eso se utilice para dividir a los españoles.

Sobre el golpe de Estado en Cataluña

Y si lo del País Vasco y las víctimas le dejaría en evidencia, Cataluña sería su tumba política, previo paso sumiso por RAC1, donde abjuró de todo como también tendremos oportunidad de recordar. Pero en estos comienzos todo le parecía poco.

Pablo Casado: Si nosotros en Cataluña hubiéramos levantado la bandera que la sociedad demandaba, nos hubieran seguido, no hubiera hecho falta esperar ni a Ciudadanos ni al PSOE. El artículo 155 se tendría que haber aplicado antes y de forma más extensa. Y yo defendía que fue por culpa de Ciudadanos y del PSOE, lo cual es cierto, y esa es mi labor cuando estamos en el Gobierno: ser leal. Pero ahora estamos en la oposición y hay que decir que, en efecto, TV3 sigue funcionando, Diplocat se ha vuelto a poner en marcha y esta gente está pactando con el Gobierno a cambio de la moción de censura. Pero los catalanes lo que quieren oír es que hay un partido que va a poner pie en pared, que no va a permitir que se acerquen presos y que no va a dejar a los jueces una estrategia que tiene que ser política, más aún con el gobierno de jueces que tenemos ahora. (...)

»No estamos ya en la España de Azaña con grandes mítines, llenando plazas de toros, estamos en la política de redes sociales, de escuchar, de estar a disposición, de ir a los medios de comunicación, de dar la cara, pero defender tus ideas, porque si no defendemos nuestras ideas, que es lo que ha pasado en Cataluña, surgen plataformas cívicas o surgen otros partidos y yo creo que en Cataluña podemos ganar las próximas elecciones. Los constitucionalistas. Lo de Tabarnia, que parece una entelequia, en el fondo se va a llevar a la realidad si ganamos Barcelona, Hospitalet, Badalona, Tarragona y un par de ciudades más; y se acabará el problema. Y no habrá que hacerse fotos con los independentistas, ni operaciones diálogo deshonrosas. Habrá que ganarlos también. Parece una cosa muy curiosa decir que hay que ganar en Cataluña, pero es que se puede ganar en Cataluña.

José Alejandro Vara: Me parece muy bien todo lo que estás diciendo. Sí, te has quitado la faja y hay que contar un proyecto (...) pero al final quien va a decidir quién dirigirá el PP van a ser tres mil señores...

FJL: El Joven Arenas...

JAV: Es como pegarte contra una pared... Todo lo que estás diciendo estaría muy bien en unas primarias como Dios manda (en las) que votara toda la militancia del PP. (...) ¿No te parece que llega todo esto demasiado tarde o es un poco estéril? Y me da mucha pena decirlo porque lo que estás contando es lo que está deseando oír mucha gente del PP. (...) No sé si tienes la sensación de que ya están todas las cartas repartidas...

PC: Yo voy a ganar las elecciones hasta con estas normas. Y ya está. (...) No puedo estar llorando por las normas que han hecho otros, yo tengo muchas cosas que contar. Y tenía muchas ganas de contarlas. (...) Me estoy recorriendo todas las provincias diciendo que haya libertad de voto. Me parece espeluznante escuchar que no sé qué provincia está con no sé quién, no sé qué región está con no sé cuál... Oiga, esto no es la España de Romanones, eh. Es como si yo digo que en Ávila donde he sacado el 52 %, veinte puntos por encima de la media nacional, que Ávila es del PP. Oiga, no: hay un diputado del PSOE, hay gente que votó a Podemos, a Ciudadanos (...) me parece que eso es lo que hay que cambiar.

»Me presento para cambiar lo que hay que cambiar y conservar lo que hay que conservar porque me hace mucha gracia que los más inmovilistas en temas de aparato son luego los que reniegan de nuestro pasado y no defienden a los compañeros. Y ahora parecerá que estoy aquí en esRadio y estoy siendo muy crítico, pero tengo que recordar una cosa: cuando el PP perdía elecciones y estábamos en la séptima planta decían, ¿quién baja a dar la rueda de prensa? Pablo. Como siempre. Y cuando se ganaban, no bajaba Pablo. Y cuando había casos de corrupción de gente que yo ni siquiera he visto en mi vida, el que iba a los platós los sábados era Pablo Casado.

»Quiero decir que tengo la legitimidad de haber defendido este partido, el presente y el anterior, siempre. Si no te reconcias con tu historia de partido difícilmente vas a traer nada para volver a consolidar el centroderecha y tener 11 millones de votos. No voy a hablar más de las fórmulas de elección, lo que sí puedo decir es que ha habido prácticas y está habiendo presiones (...) para no venir a mis actos o para no avalarme, que me da igual, yo no pedí avales, saqué cinco mil; o para que no se hagan fotos conmigo, me da igual, yo no quiero fotos con exministros ni con barones territoriales. La gente no quiere un partido de taifas, quiere un

partido nacional en el que se sepa lo que pensamos de inmigración desde Vigo hasta Tarifa, en el que se sepa lo que pensamos de la eutanasia desde Cáceres hasta Alicante, y luego yo podré tener una descentralización orgánica porque evidentemente creo en la política de cercanía, de pueblo, en la que el presidente provincial sabe que el boticario se ha jubilado y lo quiere meter de candidato a alcalde o sabe que el chaval nuevo que acaba de empezar de becario tiene tiempo para pegar carteles o para ser candidato a alcalde... Pero yo creo en un partido nacional. A mí esto de que cada vez que hay un caso polémico y unos se hicieran los simpáticos y otros fuéramos los retrógrados y otros... No, la fórmula ya está escrita: la política ha cambiado y alguno no se ha dado cuenta.

FJL: Tanto Soraya como Cospedal han multiplicado los guiños, a veces muy claros, a veces soterrados, para que si no estás en la segunda vuelta te unas a una de ellas. Y esta es la cuestión de fondo. ¿Se puede confiar en Pablo Casado para que esté a la cabeza de una corriente del PP en el caso de que estén Soraya y Cospedal en la segunda vuelta y gane una con el 2,8 de los votos de los afiliados? ¿O al final va a poder la política profesional y vas a estar como segundo de cualquiera de ellas?

PC: Yo no soy Patxi López. Yo no me he presentado como liebre de nadie ni como tercera vía de nadie, es más, esperé siete días a presentarme y nadie se presentó (...) yo tengo la ilusión desde hace mucho tiempo que creo que hay que aportar a la política y es mi vocación, pero no tengo un apego y mucho más después de todo lo que me vienen haciendo en los últimos meses. (...) Lo que digo es una cosa: si me presento es para ganar, pero no para ganar por el poder sino para ganar porque creo que hay que tener otro proyecto de este partido y para eso yo ya he dicho (...) que no, que esta candidatura está abierta para que se integre quien quiera pero yo no voy a pactar; para empezar por una cuestión ideológica porque ahora parece que todos defienden los principios pero quien ha estado en el Consejo de Ministros no los ha ejercido. Dirán no, es que tú eras portavoz... ya, es que los portavoces «portavocean» lo que hace un gobierno cuando estás en la oposición. Yo creo que hay que ser coherentes en la vida. Temas que ahora me están echando en cara, como la eutanasia, por ejemplo. «Es que ahora usted defiende la eutanasia»... No, perdona, que miren La Sexta Noche una entrevista cuando se estaba tramitando la ley del aborto y que digan lo que yo dije en La Sexta Noche sobre el aborto... «No, es que ahora usted está diciendo que no había que aplicar el 155». Que miren el Diario de Sesiones en el que Joan Tardá pidió a la vicepresidenta del Gobierno mi reprobación por decir que los partidos independentistas no podían llevar fines ilegales o, si no, se tenía que aplicar la ley de partidos. «No, es que ahora usted está diciendo no sé qué de Navarra y Alsasua...». Pues que miren cuando dije que había que recuperar el delito de sedición impropia, el delito de convocatoria de referéndum ilegal y el recurso previo de inconstitucionalidad.

»Eso lo he dicho como portavoz, por no hablar de lo que he dicho sobre la corrupción, por no hablar de lo que he dicho sobre las políticas fiscales... Ahora bien, lo que yo digo es que yo no me puedo integrar en otra candidatura por otro motivo, y es que el partido se fracturaría. Es que lo que ha pasado en Vistalegre con Podemos o lo que ha pasado con el Partido Socialista. Puede pasar si hay un choque de trenes. Yo estoy diciendo que, si yo gano, nadie pierde. Aquí se puede integrar todo el mundo. (...) Hay muchas candidaturas que ahora están hablando de la inexperiencia y que lo importante para este proceso es que luego vienen las elecciones generales... Bueno, primero, un respeto al afiliado. (...)

»Como portavoz he podido no decir todo lo que pienso, pero nunca he dicho lo que no pienso. Creo que la lealtad no está reñida con que, con el agradecimiento a los que nos han gobernado en el partido, tanto Aznar como Rajoy, ver que si hemos perdido 3 millones de votos algo habremos hecho mal, pero no como un, digamos, pesimismo de arrastrar los pies... La solución es lo mismo que nos dio la mayoría absoluta en el 11, en el 2000, y cuando hemos ganado en cualquier Ayuntamiento y autonomía, que es decir las cosas clara, sin complejos, apelar a la clase media, liderar esa España de los balcones que está esperando una excusa para volver a votarnos y sobre todo no ser comentaristas de lo que ocurre en España sino decir lo que tiene que ocurrir en España.

Contratos electorales, Davos y el currículum

Pablo Casado: La gente quiere liderazgos y cuando los partidos tradicionales no han ejercido ese liderazgo social, han surgido las plataformas y los movimientos, algunos que no están mal como el de Macron, otros como el de Trump (...). Y sin embargo, los partidos tradicionales cuando han enarbolado sus principios ha habido revoluciones sociales positivas, como la de Reagan, como la de Thatcher, como el Back to Basics de John Major, como el contrato social de Gingrich... Ya ves que digo gente que es conocida y gente que no es conocida. Y yo lo que propongo es un contrato social con mi base de electores. Llevo recorridos ya 8.000 kilómetros y me faltan otros 12.000, allá donde voy lo que estoy diciendo es que para las próximas elecciones autonómicas y municipales hay que hacer manifiestos como los partidos anglosajones, no programas electorales ambiguos, con generalidades y filosofía de almacén. Manifiestos con los que la gente se vuelva a enganchar a la política y se sienta representada en sus anhelos familiares. (...)

»Hay quien dice que es una oportunidad que te lleven a la oposición, pero, vamos a ver, a un partido lo peor que le puede pasar es que te lleven a la oposición. (...) Es evidente que ha habido una moción de censura injusta, que ha venido Zapatero 2, que está resucitando las dos Españas (...) ahora es cuando hay que proponer un proyecto sugestivo de vida en común, como diría Ortega. Apartarnos del camino de servidumbre (Hayek) e ir a por una sociedad abierta (Popper). Yo llevo dos años en esto de Davos, estudiando sobre la cuarta revolución industrial y los efectos políticos y económicos, ahí están todos los países...

FJL: El siniestro Soros...

PC: El problema es que cuando en enero estaban dando las cifras de comercio electrónico, que se va a cargar todo el sistema comercial, en los ayuntamientos se estaba hablando de la liberalización de horarios comerciales. No es ideología, es adaptarse, surfear la ola o te va a arrollar. (...) Los ciudadanos dentro de diez años nos van a decir «ustedes qué estaban haciendo... discutiendo el último tuit, sobre la casa de Pablo Iglesias, sobre no sé qué currículum».

Resumen y compromiso final

Pablo Casado: Me comprometo aquí: yo no voy a pedir ni un solo cargo si no gano. No diré que me iría porque eso sería ser muy mal líder, no proteger a la gente que ha apostado por mí y está dando la cara por mí. Me quedará el tiempo que ellos requieran si no gano, pero no voy a pertenecer a ningún equipo de otra candidatura que gane ni como portavoz del Congreso, ni como candidato a la alcaldía de Madrid, ni como candidato a la Comunidad de Madrid, ni como secretario general. Ya he sido vicesecretario tres años. Yo me presento para ganar, para ir hasta el final y transformar España. Si no, afortunadamente, voy a poder seguir pagando la hipoteca fuera de esto.

La entrevista tuvo un eco extraordinario y el propio Pablo Casado admitió, al menos mientras se reconoció en lo que acabo de transcribir, que ahí nació como líder político y ahí fundamentó su triunfo en el congreso del PP. Entró en el estudio de esRadio como un marginal simpático y salió como un candidato temible, si llegaba a la segunda vuelta. El efecto fue tan rápido, por la necesidad del momento, que borró las claras inconsistencias de su discurso. No se puede tener como modelo, a la vez, a Obama y a Gingrich, a Thatcher y a Macron, a Reagan y a Trudeau.

Tenía la manía de las citas, que empleó en halagar el oído liberal. Y elogió sin tasa *Memoria del comunismo*, recordando que estuvo en la presentación. A su lado estaban Abascal y Villacís, pero, claro, eso no lo recordó. Sin embargo, habló de mi memoria para no comprometer la suya cuando le preguntamos por la exhumación de Franco. Tras la conmoción por su traumática salida del poder, era tan urgente salvar al PP como parte esencial de la derecha nacional que nadie dudó en abrazar al socorrista.

Su victoria en el Congreso, tras quedar segundo detrás de Soraya y recibir el apoyo del sector de Cospedal —Rajoy había pasado la noche de la víspera buscando votos para Soraya— fue, sobre todo, un ejercicio de supervivencia del partido, que con Soraya estaba abocado al colapso y la división. Encima, por sorteo, le correspondió hablar primero a Soraya, que, enarbolando un abanico con la bandera nacional —enseña que jamás exhibió en el poder— se presentó como «Soraya la del PP», pero no había forma de creérsela. A Casado le bastó presentarse como «el PP». Y arrasó e ilusionó.

UNA SOSPECHA DESASOSEGANTE: LA SOMBRA DEL MÁSTER DE CASADO

Antes de que la ola casadista lo inundase todo, lo que no estaba claro para los asistentes al bautizo radiofónico era el porqué de su candidatura. El hecho de que no se refiriera al escándalo del chaletón de Galapagar de Pablo Iglesias, y lo asociara al «currículo» que no valía la pena mencionar, alentó una sospecha: ¿no se habría metido en la carrera del PP para huir de la sombra escandalosa del «máster», que acabó en el Tribunal Supremo? Indudablemente, el hecho de ser candidato y, al ganar, presidente del PP y líder de facto de la oposición lo ayudó legalmente en un asunto politizadísimo desde su origen: la campaña —atribuida a Soraya— contra Cristina Cifuentes, que le arrastró a él.

A la presidenta de la Comunidad de Madrid se la acusó de conseguir un título universitario de forma ilegal, utilizando la mediación de personas que trabajaban para ella y que tenían ascendiente en la Universidad, como ella misma, funcionaria de la Complutense con Gustavo Villapalos. Pero la cronología judicial del máster se cruza con la electoral del candidato de forma tan endiablada y confusa que no hay modo de saber qué fue primero.

Repasemos las fechas, todas del año político natal de Casado: 2018.

9 de abril: En plena polémica por el caso Cifuentes, *El País* publica que Pablo Casado tiene un máster como el de la expresidenta de la Comunidad de Madrid, pero que él «no recuerda si fue a clase».

10 de abril: Un día después, Pablo Casado busca atajar de raíz las informaciones y convoca un encuentro con periodistas en la sede del PP en la calle de Génova. Exhibe unos cuantos trabajos que, según dice, le sirvieron para obtener el título. Admite que no fue a clase y que solo tuvo que aprobar cuatro de las veintidós asignaturas del programa gracias a las convalidaciones. El curso lo dirigía Enrique Álvarez Conde.

14 de mayo: La juez Carmen Rodríguez-Medel abre una pieza separada para Casado.

20 de junio: Se conoce que dos de los principales imputados en el caso del máster de Cristina Cifuentes, Enrique Álvarez Conde y Alicia López de los Mozos, aprobaron a Pablo Casado, por entonces ya candidato a liderar el PP, en las únicas cuatro asignaturas que supuestamente tuvo que cursar para obtener en 2009 el Máster en Derecho Autonómico y Local de la Universidad Rey Juan Carlos (URJC).

28 de junio: Entrevista en esRadio. Casado nace como candidato.

21 de julio: Casado, elegido presidente del PP en el XIX Congreso Nacional.

27 de julio: Se descubre que hay casos muy parecidos al de Casado. Rodríguez-Medel imputa a tres compañeras de promoción.

6 de agosto: Rodríguez-Medel pide al Tribunal Supremo que impute al político.

10 de septiembre: Se publica que la URJC investiga desde el mes de junio el máster de Estudios Interdisciplinarios de Género, vinculado al Instituto Público de Derecho clausurado tras el caso de Cristina Cifuentes y de Pablo Casado, y que cursó la entonces ministra de Sanidad, Carmen Montón. Casado no pide su dimisión. El 11 de septiembre Pedro Sánchez obliga a Carmen Montón a presentarla. Tras la del fugaz ministro de Cultura, Maxim (ahora Máximo) Huerta, será la última en todo su mandato.

21 de septiembre: En medio de una gran polémica, la Fiscalía del Supremo se opone a investigar a Casado por el máster. «Aunque pueda considerarse que de las actuaciones resultan indicios de que se ha dispensado un trato de favor al aforado», señala el Supremo, el caso merecería «otro tipo de consideraciones ajenas al Derecho Penal». La Sala de Admisión no aprecia la existencia de indicios de delito ni de que hubiese «un acuerdo previo o simultáneo» con el responsable del máster, Enrique Álvarez Conde. El fiscal jefe del Supremo, Luis Navajas, consideró que los indicios de prevaricación «no son lo suficientemente consistentes ni aportan un nivel suficiente de solidez». En cuanto al presunto delito de cohecho impropio habría prescrito. El ponente del fallo fue el magistrado Miguel Colmenero.

1 de octubre: Tras la decisión del Supremo sobre Casado, la juez Rodríguez-Medel archiva la investigación principal del caso Máster. Quedarán referencias en las redes y comentarios de prensa, pero el caso del máster se diluirá al afianzarse Casado en el PP.

Un mes después, el 5 de noviembre, María Dolores de Cospedal dimite por el caso Villarejo, pasando sus fieles a las filas de Casado. Y dos meses después, el 2 de diciembre, irrumpe Vox en las elecciones andaluzas con 12 escaños, y el PP consigue por primera vez la presidencia de la Junta. Comienza una nueva etapa en la derecha española, que la cambiará por completo en 2019.

En resumen, el caso Máster podría haberse llevado por delante a Casado si hubiera estado mejor fundado y no se hubiera revelado tan común en las universidades españolas. Por otra parte, la denuncia de la tesis doctoral fraudulenta de Pedro Sánchez por Albert Rivera, cuando competía como líder de la oposición con Casado y le aventajaba en las encuestas, logró un claro pacto de silencio: ni Casado habló de la tesis, ni Sánchez del máster.

LA PRIMERA ETAPA DE CASADO

Puede decirse que en el año 2018 todo le fue bien a Casado. De la nada pasó a representar una esperanza de victoria de la derecha frente a un Sánchez recién llegado al poder pero aún no refrendado por las urnas. Esa esperanza se repartía entre el nuevo PP y el Ciudadanos de Albert Rivera, que daba por hecho el *sorpasso* al PP en las elecciones generales, de las que saldría presidente o, como mínimo, vicepresidente. Pero todo fue muy distinto.

Como Vox acababa de aparecer en Andalucía y aún no se veía con la madurez suficiente para convertirse en alternativa al PP, decidió, con buen juicio, apoyar *desde fuera* los gobiernos autonómicos y ayuntamientos que presidiera el PP, con el que existía aún una relación fraternal, mientras que Ciudadanos los despreciaba a ambos. Como, de todos modos, Cs esperaba heredar la mayor parte del voto del PP, en los pactos para autonomías y alcaldías se mostró generoso con Casado, para el que reservaba un papel secundario en la alternativa a Sánchez. De ese modo, el PP de Casado, con muy malos resultados, se vio presidiendo Andalucía, Madrid y Murcia y recuperando la alcaldía más codiciada: la de la capital de España. En Madrid, Ayuso y Almeida, dos desconocidos, estaban atados por pactos leoninos a Ciudadanos. Y pronto empezaron a aparecer los celos hacia la flamante presidenta, feroces en el caso del *naranja* Aguado, y luego del propio Almeida. Pero eso lo veremos más tarde.

Casado se reveló enseguida como un gran orador, uno de los mejores que han pasado por las Cortes, técnicamente hablando. Tenía una memoria excelente para los números y las citas, parecía contundente sin enfadarse y suave sin exagerar, muy semejante a Albert Rivera en lo estético, rasurado, con el cuello de la camisa siempre ajustado al propio, aunque sin apreturas, y sobre todo se beneficiaba de la novedad que suponía su liderazgo, fresco y casi milagroso, viniendo del vejancón, esquinado y achacoso de Rajoy.

Esa primera etapa del Casado ilusionante y con todo por estrenar va desde el verano de 2018 hasta la primavera de 2019, cuando se celebran las elecciones que, por fin, Sánchez convocó en febrero. Hasta entonces, Casado hace y, sobre todo, dice cosas bastante raras, que delataban una grave falta de firmeza intelectual y, en cierto modo, moral. Hubo momentos en que Casado desconcertó a propios, que pronto dejaron de serlo, y extraños, que pronto hizo propios. Lo más chocante, los elogios a Rajoy.

Elogios desmedidos a Rajoy

Porque, sin duda, la gran sorpresa, teniendo en cuenta que él se presentaba como la alternativa en ideas y valores al yermo que dejaba Rajoy, y más aún tras el trabajo sucio del todavía presidente en favor de Soraya —tal vez por no haberse atrevido a dimitir y hacerla candidata, por pánico a Cospedal—, fueron los elogios que le dedicó tras la victoria en el congreso del partido, el 21 de julio de 2018.

Gracias, querido presidente Rajoy. Yo te voy a seguir llamando presidente, porque te debemos mucho por tus cuatro décadas de extraordinaria labor de servicio público a todos los españoles. Va a ser muy difícil estar a tu altura. (...)

[El] contrato con España pasa, en primer lugar, por un fortalecimiento institucional; por reforzar nuestra Constitución en vez de plantear abrirla en canal; por intentar reforzar nuestro Código Penal para poder evitar cualquier desafío secesionista; por conectar con esa España de las banderas en los balcones que nos reclama seguir liderando la defensa de la unidad nacional. (...)

El PP ha vuelto, hemos vuelto, después de esta campaña electoral interna. Ya no vamos a gastar ni un minuto más en hablar de nosotros. Tenemos que volver a hablarles a los españoles, a decirles que estamos aquí, que estamos dispuestos otra vez a liderar esta sociedad y que lo vamos a hacer unidos.

ÚLTIMA VISIÓN DE COSPEDAL

Aunque el papel de Cospedal quedara deslucido tras el congreso y su casi inmediata dimisión por una de las ramificaciones del caso Villarejo, hay que recordar que fue, hasta la irrupción del cometa Casado, la única estrella comparable a la de Soraya en el polvoriento espacio rajoyano. Al convocar el congreso, Rajoy llamaba a la guerra civil, porque las «niñas ashishinas» —como las bauticé años atrás, para regocijo del propio Mariano— estaban dispuestas a matarse, sin pacto, arreglo o componenda posible.

Yo lo supe de primera mano por la propia Cospedal, que, justo antes de anunciarse el XIX Congreso Nacional del PP, me citó en el Ministerio de Defensa. De aquella tarde guardo un recuerdo estético imborrable, solo comparable al de la despedida de Fernández Albor, con la consejera María Jesús González a su lado, en el despacho presidencial frente a la fachada del Obradoiro. El marco de la entrevista no era tan apabullantemente artístico, pero imponía.

Era viernes y, a las seis de la tarde, Madrid empezaba a combatir el verano en las terrazas. Antes de entrar en el despacho de la ministra, tres militares, educados pero serios, me hicieron dejar el móvil y cualquier otro instrumento de grabación (tarde, pensé) en unos cajetines de metacrilato (aunque en ningún momento se dijo que la conversación no se pudiera reproducir recurriendo a la memoria). Los pasillos de las instalaciones militares suelen ser muy anchos, muy limpios y flanqueados por escoltas cuya inmovilidad imita el material omnipresente: el mármol. El Ministerio de Defensa español no es tan imponente como el Pentágono, que tras verlo en el cine impresiona más, pero tampoco ha albergado una ministra de Defensa como Cospedal. Me recibió en una mesita con dos sillones, dejando atrás la mesa de despacho y poniendo entre nosotros la distancia mínima que exige su presencia: lo bastante cerca para ilusionar, lo bastante lejos para disuadir. Apabullante.

Desde que vino a mi despacho de la COPE para decirme que iba a aceptar la Secretaría General del PP que le ofrecía Rajoy, tantos años atrás ya, no habíamos vuelto a vernos a solas. Desde que en el Congreso de Valencia se convirtió, Arenas mediante, en escudera de Mariano, me había tratado a mí y al Grupo Libertad Digital tan mal como a todo el sector liberal de la derecha. Al que, sin embargo, había pertenecido Cospedal en los inicios de su vocación política, como no dejó de recordarme.

—Así que con los liberales de Garrigues y luego el Partido Reformista.

—Pues sí, ya ves. Qué historia. Y conste que sigo siendo liberal.

—Ya lo vi en la concesión de emisoras de Castilla-La Mancha.

—Sobre eso hablaremos algún día. Pero te he llamado para que sepas una cosa, que aún no he anunciado, pero que tengo absolutamente decidida.

—Ante el Congreso.

—Ante la sucesión, más bien. ¿Café o té?

—Café americano, con mucha agua, por favor.

—Espero que el servicio de café del Ejército no te defraude.

—No, está muy bien. Todo es cuestión de aguar mucho el café.

—Pues al grano. No sé si Soraya se va a presentar. Pero si se presenta, yo voy a ir contra ella y hasta el final. Sería el fin del PP y de la derecha.

—Sobre eso estamos de acuerdo. Aunque menudo solar habéis dejado.

—Es verdad. Y no soy la más responsable. En todo caso, creo que hay que evitar que el partido se convierta en un socio menor de la izquierda.

—Me encanta oírlo. Llevo tanto tiempo diciéndolo que es como el eco.

—Entre todos hemos llevado las cosas hasta aquí.

—Entre todos vosotros, querrás decir.

—Naturalmente, tengo mi responsabilidad. Pero no se trata de quién es más responsable de lo que ha pasado, sino de evitar lo que puede pasar.

—¿Y a quién va a apoyar Mariano?

—Imagino que más a una que a otros, pero espero que en el congreso sea lo suficientemente neutral. Y creo que lo será, por el bien del partido.

—¿Crees que tienes apoyos suficientes para ganar?

—Creo que tengo que dar la batalla con los apoyos que consiga. ¿Tú qué piensas de un PP con Soraya al frente?

—Que sería el sueño de Albert Rivera. Se va a 170 escaños. Y Soraya se largaría dejando al PP en la fosa. No tiene al partido detrás.

—Desde luego que no. Pero el Gobierno y el partido están demasiado mezclados. Es un mal que arrastramos hace años y explica muchas cosas. ¿Tú cómo lo ves?

—¿Que vayas a la guerra contra Soraya? Muy bien. Pero no bastará.

—¿En qué sentido?

—Ella tiene los medios de la derecha, y los de izquierda que creó para este momento. Y no sé si hay vida política en las *Nuevas Degeneraciones*.

—Claro que la hay. Pero que aparezca dependerá del proceso interno. Si Soraya dice que se presenta, todas las piezas del PP se irán alineando.

—¿Y crees que eso es inminente?

—Creo que sí.

—¿Y tu decisión es inquebrantable?

—Absolutamente.

—Me gusta oírlo, después de tantos años. Yo no puedo hablar por todo el grupo, porque cada uno es de su padre y de su madre, pero contra Soraya y lo que representa, que es PRISA, La Sexta, Mauricio y demás, ten por seguro que vamos a estar. Luego, ya veremos los programas.

—Esto va más allá de un programa. Es un caso de pura supervivencia.

—Eso creo yo. Y me encanta verte tan a juego con el ministerio.

—Es algo frío, pero agradable. Y necesario.

—Desde luego. Me suena a algo, pero no sé a qué.

—Sigues siendo igual de malo.

—Ambos nos conservamos. ¿Y cuándo se conocerán las candidaturas?

—En cualquier momento.

—Pues cuentas con nosotros para explicar lo que defiendes. Verte hablar contra Soraya es un placer que llevo mucho tiempo esperando.

—Pues no vas a tener que esperar mucho. Si se presenta, claro.

—Lo hará y creo que puede perder. Pero la guerra será interesantísima.

Y lo fue. Después de la entrevista, que se alargó como el sol de la tarde, y de la gentil despedida y recuperación del móvil, salí convencido de que en el PP había vida, si no inteligente, combatiente, actitud sin la que la lucha no existe. Creo recordar que Cospedal entró en la radio y se explicó bien, pero todo lo borró la entrevista con Casado y su flamante candidatura.

A María Dolores de Cospedal no la volví a ver.

LAS PRIMERAS ELECCIONES DE CASADO: LA APROPIACIÓN DE COLÓN Y DEL VERBO *LIDERAR*

Sánchez, en contra de sus promesas (rasgo que se probó inalterable), convocó finalmente elecciones, y Casado se presentó ante el partido con un discurso muy extraño. Llevaba medio año al frente del PP y hubiera sido injusto pedirle mucha concreción, pero no tenía ya el tono de desafío ético en esRadio o en el Congreso. Espantada la ominosa sombra del máster, eran fórmulas o latiguillos tras los que acechaba la impostura.

El 18 de febrero de 2019, Casado aparece por primera vez como candidato. Hace una promesa: ganar; y esgrime un verbo: *liderar*.

Ha llegado el momento que estábamos esperando. Era Picasso el que decía que lo importante es que cuando te llegase la inspiración, te encontrara trabajando. A nosotros la convocatoria de elecciones nos ha llegado cuando ya estábamos en modo electoral y haciendo política con mayúsculas de ámbito nacional. Y os digo una cosa, bien alta y bien clara, desde hoy mismo: vamos a ganar estas elecciones y vamos a gobernar. Y vamos a sentirnos de nuevo orgullosos de ser el partido que sirve mejor a España, y sobre todo cuando más falta hace. (...)

Vamos a unas elecciones en las que se trata, sobre todo, de España. Si el partido socialista puede volver a formar gobierno, dará lo que le piden los independentistas. Si el PP forma gobierno, pondrá al separatismo en su sitio, y parará el golpe de Estado. (...)

Este es, en pocas palabras, el relato resumido de una historia que empezó con una moción de censura en la que todo valía, y que terminó cuando el PP lideró la respuesta en la calle, en la plaza de Colón, de esa inmensa mayoría de españoles para los que no todo vale, y menos cuando lo que nos jugamos es España.

Pero en este punto, Casado, sin más necesidad que la de ocultar su inseguridad, se atribuía la convocatoria, más aún, el liderazgo, de la concentración de Colón, iniciativa de Ciudadanos secundada por Vox y todos los partidos constitucionales, incluido el PP. Solo habían pasado ocho días, todos habíamos visto que Rivera, en la cima de su popularidad por entonces, era el convocante. ¿Por qué mentir? ¿Por qué creer que colaría? El caso es que lo hizo. Y fue el primer desvarío que debió alertarnos sobre la inestabilidad moral e intelectual de Casado. Estas fueron sus palabras:

Cuando el Gobierno vio venir la marea del descontento popular quiso echarse atrás, pero ya estaba entre la espada y la pared. Centenares de miles de personas salieron a la calle con nosotros hace ocho días, a decirle claramente al Gobierno que no aceptamos negociaciones, ni con mediadores ni sin ellos, sobre la unidad de España y sobre el Estado de derecho.

Los socios independentistas de Sánchez, a los que había prometido mesa y mediación, exigen lo comprometido, y como al Gobierno le asusta la reacción popular liderada por el PP, la consecuencia es que el Gobierno se queda sin presupuestos, sin apoyos, y no le queda otro remedio que convocar elecciones.

Esta es la historia, sencillamente. Podemos estar orgullosos. Hemos defendido nuestros principios. Hemos defendido España. Y hemos sido una oposición eficaz. (...)

Hicimos un Congreso limpio y abierto. Nos hemos fortalecido y nos hemos unido. Hemos puesto nuestros principios y nuestros valores a la vista de todos. Estamos gobernando en Andalucía, donde jamás habíamos gobernado. Hemos liderado la oposición en el Parlamento, en las autonomías, los municipios y sobre todo en la calle.

Obsérvese que aparece tres veces el verbo *liderar* solo en los extractos de su intervención (hasta cinco veces lo hizo en su discurso íntegro), acaso convencido de que una mentira repetida, si no mil veces, tres en un folio, puede pasar por verdad. Pero nadie se lo tuvo en cuenta porque casi nadie le hacía caso aún.

EL ENCARGO DE BUSCAR CANDIDATO PARA MADRID

Poco antes, Casado me había pedido un gran favor: convencer a Manuel Pizarro, mi paisano y amigo, del que él había sido jefe de gabinete y con el que tenía buena relación, para encabezar la lista del PP a la alcaldía o a la Comunidad de Madrid, a elegir. Yo creía que, tras el escarmiento de haber sido el número 2 de la lista de Rajoy en 2008 para ser luego amordazado en el Parlamento, donde no le dejaron hablar Mariano y la «niña ashishina» Soraya, Manolo no querría saber nada de política. Pero tanto insistió en que fuera a verlo a su finca, porque solo yo podía convencerlo y solo en nuestra tierra, y en que era un favor a España recuperar a Manolo, y demás, que acabé yendo. Por entonces, a finales de 2018 y comienzos de 2019, Casado ya había ofrecido la alcaldía de Madrid —o, en su defecto, la Comunidad, que daban por perdida— a Mayor Oreja y María San Gil, que yo supiera, y había sondeado a vetustos notables de UCD y el PP. El mejor, sin duda, era Pizarro, pero una vez allí, rodeado de hijos y nietos, me dijo lo que esperaba: en el ambiente enrarecido del Gobierno Sánchez, ser candidato del PP sería un calvario para él y para toda su amplia familia.

—Mira, Fede, yo no quiero tener drones por aquí, haciendo planos de la finca para que Ferreras anime a asaltarla, o volando sobre mis nietos. Todo el día que si tengo o no tengo este dinero y dónde vivo, y con quién. Puedo ayudar a Pablo en otras cosas, pero, como candidato, no.

Me pareció tan razonable que no insistí. Y cuando se lo dije a Casado, me confesó:

—Tenía que intentarlo. Si no le convencías tú, nadie le convencería.

—Gracias por la confianza. Pero ya te dije que era inútil. Y con razón.

—Lo sé. Pero la esperanza es lo último que se pierde. Habrá que seguir buscando. Madrid es fundamental, y la capital se podría recuperar.

Cuando luego lo veía presumir de haber elegido a Ayuso y Almeida, me acordaba de mi viaje de invierno a las tierras altas de Molina de Aragón y me daba la risa. Más tarde, cuando el intento de asesinato civil a Ayuso, la risa se trocó en indignación. Pero hasta las elecciones generales, Casado seguía siendo lo que en boxeo se llama «un prospecto», una posibilidad, y, tal y como estaban las cosas en la derecha, una verdadera necesidad. Este fue el resultado electoral. Malo, sobre todo, por las consecuencias equivocadas que sacó Casado.

	Partido	Candidato	% votos	Votos	Escaños
2019 28 abr.	PSOE	Pedro Sánchez	28,67	7.513.142	123
	PP	Pablo Casado	16,69	4.373.653	66
	Cs	Albert Rivera	15,86	4.155.665	57
	Podemos	Pablo Iglesias	10,2	2.897.419	33
	Vox	Santiago Abascal	10,26	2.688.092	24
	ERC	Oriol Junqueras	3,89	1.020.392	15
	En Comú	Jaume Asens	2,35	615.665	7
	JxCAT	Jordi Sánchez	1,91	500.787	7
	PNV	Aitor Esteban			6
	EH-Bildu	Oskar Matute			4
2019 10 nov.	PSOE	Pedro Sánchez	28,0	6.792.199	120
	PP	Pablo Casado	20,81	5.047.040	89
	Vox	Santiago Abascal	15,08	3.656.979	52
	Podemos	Pablo Iglesias	9,82	2.381.960	26
	ERC	Gabriel Rufián	3,61	874.859	13
	Cs	Albert Rivera	6,8	1.650.318	10
	En Comú	Jaume Asens	2,26	549.173	7
	JxCAT	Laura Borrás	2,19	530.225	8
	PNV	Aitor Esteban			6
	EH-Bildu	Mertxe Aizpurua			5
	Más País	Íñigo Errejón			2

PRIMERA RECTIFICACIÓN DE CASADO: LA DEFENESTRACIÓN DE CAYETANA

Yo no vi tan malos los resultados del PP, pero Casado sí. Y empezó a desdecirse. Y lo primero que decidió fue que enmudeciera la portavoz del Congreso. En *La vuelta del comunismo* abordé la destitución de Cayetana Álvarez de Toledo, primera de las estaciones de penitencia autoinfligida de Casado. Por la importancia que para la derecha tiene la batalla ideológica que subyace en las crisis de sus partidos, en especial el PP, reproduzco algunos párrafos del libro contra el que, por cierto, no se querelló ningún Iglesias:

El 26 de mayo de 2020, tuvo lugar en el Congreso de los Diputados la sesión plenaria más importante que, desde el punto de vista ideológico y político, se ha celebrado desde la llegada de Podemos y el comunismo a las instituciones. La pregunta de la entonces portavoz del PP, Cayetana Álvarez de Toledo, al «vicepresidente segundo del Gobierno y ministro de Derechos Sociales y Agenda 2030» pretendía «que explique cómo van a influir en la acción de Gobierno los acuerdos políticos con el nacionalismo radical». Y la razón era que, pocos días antes, el Gobierno había firmado con Bildu, escaparaté filial de ETA, la derogación de la reforma laboral del PP, ante la estupefacción del propio PSOE.

Iglesias, con el *tonito* chulesco que le reprochaba la canaria Ana Oramas, no pudo resistir su afición al desprecio a las mujeres de derechas, cuyo origen está en la propia revolución bolchevique, cuando el *Pravda* de Lenin glosaba el «honor» que se hacía a las «burguesas» de Petrogrado al forzarlas a fregar el suelo de los cuarteles y ser violadas por los heroicos comisarios. (...)

El podemita, con esa cara de donjuán desportillado que pone al hablar con mujeres notables, mezcla de prepotencia sexual y mendicidad estética, insistía una y otra vez en llamar a la portavoz del PP «señora marquesa», bajo la mirada complaciente de la presidenta de las Cortes, que protagonizó esa tarde uno de los hechos más bochornosos de la historia del Parlamento español. Y al llegar al final de su réplica, Álvarez de Toledo le dijo esto:

«Y una cosa más ya para acabar. Vamos a hablar de esto de la aristocracia. Ha hecho usted referencia a mi título de marquesa, la clase social, la aristocracia, una y otra vez, en definitiva, ¿no? Como usted muy bien sabe, los hijos no somos responsables de nuestros padres, ni siquiera los padres somos del todo responsables de lo que vayan a ser nuestros hijos. Por eso se lo voy a decir por primera y última vez: usted es el hijo de un terrorista. A esa aristocracia pertenece usted, a la del crimen político.

Muchas gracias».

Pero lo que fue o debería haber sido una aplastante derrota personal y política de Iglesias, la peor en sede parlamentaria, acabó, como veremos, en susto y claudicación del PP y sus medios afines, que se echaron a temblar ante una alusión personal e ideológica a alguien que lleva toda su vida aludiendo y condenando a todos los dirigentes, partidos, militantes o votantes de derechas por su real o supuesta filiación política franquista. Por primera vez le ponían el espejo delante y, acostumbrado a dar golpes y no recibirlos, acabó manoteando en el vacío y amenazando a la portavoz del PP con una denuncia de su padre ante los tribunales.

Al día siguiente no se hablaba de otra cosa que de la frase de la portavoz del PP, y amén de la ritual catarata de injurias de la izquierda, destacaba la estupidez, el eterno *maricomplejinismo* de la derecha, que, en declaraciones y columnas de opinión, lamentaba «haber desviado la atención» de la censura al ministro Marlaska. Como si fuera costumbre del Gobierno Sánchez destituir a los ministros por las críticas de la oposición y como si no fuera esencial recordar el carácter comunista y totalitario de Podemos y su condición de vástago de la izquierda opuesta a la Transición democrática.

Porque lo que denunció Álvarez de Toledo no era solo, y al final —por la insistencia insultante de un Iglesias que presume de ancestros y critica a los de otros—, que el padre de los Iglesias ostenta la mancha de haber sido parte de una asociación terrorista que buscó impedir la llegada pacífica de la democracia. Lo esencial, que en vano se buscará en la prensa del día siguiente, es que Podemos y el Gobierno que lo acoge continúan la línea política del FRAP, no la del PCE de la Transición. La derecha y sus medios afines desconocen la historia del comunismo en España y, por tanto, de la democracia que defienden (...).

El momento clave de esa batalla de las ideas fue este debate, tras el cual varios dirigentes del PP y buena parte de los medios anejos atacaron ferozmente a su portavoz, con el presidente gallego a la cabeza: «No se pueden perder los papeles», dijo Feijóo, que según él es lo que le pasó a Álvarez de Toledo, la única que, como se verá, llevó «papeles» al debate con Iglesias. La depuración de Cayetana fue la prueba de la aplastante hegemonía ideológica de la izquierda, aceptada por la derecha, y el mayor éxito de los comunistas: que nadie pueda recordar su pasado, ni siquiera en el Parlamento, sin sufrir las consecuencias.

El discurso en la escalinata del Congreso

Aunque en *La vuelta* aludo al discurso de Cayetana en la escalinata del Congreso el 17 de agosto de 2020, tras su caída, la formidable pieza oratoria solo cobró sentido pleno a la luz de la crisis interna del PP y de hechos conocidos tras la caída de Casado, como el acuerdo secreto sobre el CGPJ que firmó Teodoro y que Bolaños usó contra Feijóo. He aquí lo que dijo Cayetana:

El presidente del PP me ha comunicado en esa reunión su decisión de destituirme como portavoz de Grupo Parlamentario Popular. Es una decisión que lamento profundamente porque la considero perjudicial para el Grupo Parlamentario, para el Partido Popular y para la causa que defendemos, que es la de una España fuerte, adulta, moderna, y, por supuesto, de ciudadanos libres e iguales. (...)

Se preguntarán ustedes sobre los motivos de mi destitución. Yo no puedo abundar en las especulaciones, pero sí puedo hacer mención a los motivos que me ha esgrimido el señor Casado para esa destitución y que forman parte de la conversación que hemos tenido. A modo de conclusión, por empezar por la conclusión, quiero decir que a mí esas causas me parecen desdichadas y que yo no las comparto. No estoy de acuerdo con esos motivos que él ha esgrimido.

En primer lugar, el señor Casado me ha dicho que la entrevista que yo concedí al diario *El País* parece que constituía un ataque en toda regla a su autoridad, a su autoridad en varios frentes. Pero por ir a los detalles que forman parte quizá de esa entrevista, y no solamente de esa entrevista sino de lo sucedido a lo largo de los últimos meses: el señor Casado considera que mi concepción de la libertad es incompatible con su autoridad. Es una visión de la portavocía, de la propia política y, por supuesto, de su autoridad que yo no comparto. Y así se lo manifesté.

Su decisión me parece la culminación de una expresión que yo he oído y he leído mucho a lo largo de estos meses, que es eso de «Cayetana va por libre» o «Cayetana es un verso suelto». Y siempre digo, ¿suelto de qué? En la política española, creo, infravaloramos la fuerza constructiva, creativa y necesaria de la libertad y del pensamiento crítico. Lo he dicho muchas veces y lo quiero repetir hoy, que es un día importante para hacerlo, siempre he creído y creo que la discrepancia no es sinónimo de deslealtad, que la libertad no es indisciplina y que el pensamiento propio nunca es un ataque a la autoridad y desde luego jamás lo han sido en mi caso ante el señor Casado. (...)

Estoy convencida, de hecho, de que el señor Casado necesita a su lado personas con criterio propio, leales, por supuesto, y con criterio propio porque como he dicho, libertad y criterio propio son perfectamente compatibles en mi opinión. Hago extensible esta reflexión muy básica de mi visión de la portavocía en el Grupo Parlamentario al resto de diputados.

Yo no considero que el ejercicio de la libertad sea un privilegio del portavoz o de una persona de un cargo de relevancia en un partido o que sea un capricho consecuencia de mis circunstancias personales, sino que creo que realmente forman parte de la obligación de cualquier persona que se dedica al examen de la realidad, al análisis de la realidad y, desde luego, a la política, que es una actividad adulta, una actividad seria, que tiene que ir de la mano del pensamiento crítico y del análisis crítico de la realidad. (...)

Evidentemente, no soy ingenua, los partidos [políticos] son por definición lo más parecido a esa idea de colectivo homogéneo, pero, desde luego, es una cuestión de equilibrios, de proporción y de matices: pueden, y yo creo deben, ser organizaciones de personas que trabajan desde sus personalidades y criterios propios, de independencia y autonomía de criterio con confianza mutua por un objetivo común. (...)

Por eso una de las cosas que intenté hacer cuando llegué como portavoz hace un año, y lo propuse, fue dar libertad de voto a los diputados en asuntos morales. Me parecía que era una manera de reconocer que hay sensibilidades diferentes en asuntos morales profundos y que eso era compatible perfectamente con una acción común y con la fortaleza de un grupo parlamentario. Eso se consideró una amenaza a la cohesión interna. A mí nunca me pareció que lo fuera, porque creo que la unidad nace, como he dicho, de la deliberación y del debate y no de la imposición. Además, creo que esa negación de la libertad interior y de la diversidad interior lo que hace es dificultar precisamente el proceso de ensanchar las bases de un partido. Puede que hagan un Partido Popular más homogéneo, pero no por eso más grande y más fuerte sino al revés. La homogeneidad lo que hace es limitar, reducir, hacer algo más pequeño y más pobre.

Cayetana había detectado rápidamente el afán de Teodoro García Egea por controlar el Grupo Parlamentario desde la secretaría general del partido. En su libro *Políticamente indeseable*¹ ofrecería jugosos detalles sobre el personaje y su equipo de informadores. Para su explicación ante la prensa en la escalinata del Congreso bastó una sola referencia al secretario general en la que ni siquiera quiso pronunciar su nombre.

El segundo reproche que me hizo el señor Casado fue mi referencia a que la destitución de Gabriel Elorriaga como jefe de la asesoría parlamentaria del Partido Popular era una invasión de competencias del partido sobre la dirección del Grupo Parlamentario. Eso lo dije y lo mantengo. Esa invasión de competencias se produjo y de hecho se venía produciendo hace mucho tiempo. Prácticamente desde el minuto uno, debo decir, el secretario general del partido intentó restringir al mínimo la autonomía de la dirección del Grupo Parlamentario y realmente yo no entendía por qué esa necesidad de restringir al mínimo y la capacidad de acción de la dirección del grupo porque esa dirección reclama una autonomía básica y elemental nacida de la confianza mutua y del proyecto común.

Desde luego, creo que, si analizamos los precedentes, yo conozco alguno porque los viví en la historia del Partido Popular, creo que ningún portavoz en la oposición en el PP ha tenido menos autonomía que yo en el desempeño de las funciones como portavoz que la que he tenido yo en todo este tiempo. En todo caso, quiero decirlo y además tajantemente, yo no quiero abundar en esto de las pugnas internas de poder, jamás me han interesado, solo reflejan una parte de la política que es la que a mí nunca me ha interesado, en la que menos he participado y en la que menos he querido contribuir jamás.

Sí quiero referirme, sin embargo, a otro lugar común que se ha utilizado a la hora de justificar mi destitución. Desde luego, no lo ha hecho el señor Casado cuando hablamos porque él sabe que eso no es verdad, pero sí se ha hecho desde eso que llaman «fuentes» o «filtraciones» en el paisaje mediático general, en el que mucho se ha hablado en las últimas semanas de mi posible salida, que es el debate de «moderados» y «radicales». De hecho, yo creo que lo podremos ver esta misma tarde si no ha salido ya, cómo se ha recibido esta noticia y que se interpretará mi salida como una apuesta por la moderación frente a la radicalidad.

Sobre estas etiquetas de duros y blandos, de moderados y radicales, quiero remitirme a algo que decía ayer en esa entrevista pero que he dicho muchas veces, y es preguntarme qué categorías son esas. España es ese insólito país donde la centralidad y la moderación de una persona los definen el nacionalismo y la extrema izquierda. El nacionalismo, que como todo el mundo sabe, es una ideología profundamente reaccionaria; y la extrema izquierda, que de moderada tiene bien poco, y especialmente en España.

Pero es que además esas etiquetas son reduccionistas, reducen al individuo a una sola cosa. Si tú entras en una categoría de duro o blando, es imposible que se puedan recoger todos los matices de un pensamiento complejo que es el que tienen las personas adultas. Impiden ver la complejidad de las personas y de la política. Y un ejemplo que a mí me ha parecido el más notable en lo que se refería a mí... perdonen que tenga que hablar de mí hoy, pero me toca, es mi relación con Vox. Curiosamente paso por ser el adalid de Vox y gran defensora de Vox en el Partido Popular cuando creo que los propios dirigentes de Vox coincidirán conmigo en que pocas personas del PP han escrito palabras y páginas más duras contra Vox que yo. Seguramente también lo saben dirigentes del PP que, curiosamente, gobiernan con Vox, pero se les considera o tienen el privilegio de que, en el mundo mediático, en el paisaje general, se les llame moderados.

Es una de esas paradojas en las que vivimos instalados en la política española. En todo caso pregunto si es radical hacer oposición firme e indómita al gobierno más radical de la democracia, al gobierno más ultra de la democracia que es el que tenemos la desgracia de padecer en estos momentos. (...)

Pero si hay una piedra en la que el PP tropieza, no una ni dos sino mil veces, es la de los pactos con el PSOE sobre la Justicia. Desde tiempos de Michavila, confía en un entendimiento con el partido que presumió de asesinar a Montesquieu en 1985. Lo hace, además, sin necesidad alguna, porque ha tenido oportunidades —dos abultadas mayorías absolutas— para cambiar la Ley del Poder Judicial y no ha querido hacerlo. Cayetana no quiso dejar pasar la oportunidad de criticarlo porque, además, el asunto del CGPJ formó parte del catálogo de excusas para su defenestración.

El tercer motivo que esgrimió el señor Casado para mi destitución es que empieza en septiembre una nueva etapa política y le preocupaba mi actitud ante la negociación de los presupuestos y ante las negociaciones del pacto por la Justicia y, efectivamente yo no soy partidaria de un pacto con el PSOE por el reparto de cargos en la Justicia. Debo decir que no conozco ni detalles ni nada del transcurso de esas negociaciones porque se me ha mantenido al margen, cosa que respeto, pero como no conozco los detalles no puedo entrar a valorarlos y solo puedo hablar en términos generales. Lo repito y siempre lo he dicho así: creo que la Justicia es hoy en España el último dique de contención que tiene el sistema frente al proceso encabezado por el señor Sánchez en alianza con Podemos y el separatismo, con lo cual una Justicia fuerte e independiente creo que es absolutamente esencial.

También creo, y así lo he defendido hablando con asociaciones judiciales, en la regeneración de la Justicia en sí misma, que los jueces elijan a los jueces. Creo que el Partido Popular tenía en esto una oportunidad muy importante para levantar una bandera de regeneración coherente no solo con sus principios sino con la grave situación política que atravesamos. Ciertamente, se podrá decir que mi oposición a esos pactos en la Justicia me coloca en el campo de los duros, dentro de las etiquetas que se establecen ahora, pero entonces esto no cuaja muy bien con mi defensa de un gobierno de concentración constitucionalista que vendría a desmentir la idea de que yo estoy en contra de las negociaciones con el PSOE sobre determinadas cuestiones. (...)

El mayor reproche que me ha hecho el señor Casado, lo que creo que para él es decisivo, es mi insistencia de la necesidad en España de un gran acuerdo político entre el espacio socialdemócrata y el espacio liberal-conservador. Pablo Casado rechaza tajantemente mi insistencia en un gobierno de concentración constitucionalista en España. Ahora bien, como saben ustedes, esta es una propuesta que yo hice en un Comité Ejecutivo, órgano del partido, después de las elecciones generales de noviembre. Entonces yo planteé que el Partido Popular fuera quien ofreciera al señor Sánchez ese acuerdo para evitar el acuerdo con Podemos, con Esquerra y separatistas. Desde entonces yo he matizado mi opinión porque leo la realidad y veo lo que pasa y la realidad ha demostrado que Sánchez prefería una coalición ultra y radical, hizo una coalición, efectivamente, pero con fuerzas disolventes y así lo dije ayer también.

El principal obstáculo para un gran acuerdo de concentración constitucionalista en España es la podemización de Pedro Sánchez. Ahora bien, esa deriva de Sánchez no puede impedir que nosotros desde el Partido Popular cumplamos con nuestra obligación, que es exigir una ruptura del PSOE con Podemos, exigirle que vuelva el PSOE a la centralidad española. Porque si no lo hacemos, ¿qué significa, que no queremos que Sánchez rompa con Podemos? Claro que queremos. Queremos un gobierno centrado y constitucionalista en España. Evidentemente si Sánchez cometiera el extraordinario milagro en su obra de romper con Podemos y volver a la centralidad y hacer un gran acuerdo constitucional, eso tendría riesgo para la oposición, el partido minoritario en estos acuerdos suele asumir un riesgo, pero siempre he dicho que en mi opinión era un riesgo patriótico, un sacrificio patriótico.

En todo caso y aunque el señor Sánchez no aceptara ese acuerdo, desde un punto de vista patriótico, político, casi moral, es un emplazamiento a los socialdemócratas, a los votantes socialistas, a la izquierda española, al progresismo español, sobre la necesidad de volver a la centralidad, abrazarse a la reforma y abandonar el camino de la ruptura, que es Podemos y de los que se quedaron al margen de la Transición y que ahora pretender colocar nuestro sistema constitucional a los pies de los caballos.

En contraste con el Pablo Casado candidato a presidir el PP que se quitó «la faja» en esRadio, el que quería dar la batalla ideológica para «volver a las señas de identidad» del PP, Cayetana se encontró ya con un Pablo Casado que renunciaba a ideologías y batallas, incluida la librada por ella contra Pablo Iglesias en el Congreso. Su decepción —quizá esa fue la más profunda— quedó perfectamente explicada, de pie, ante el corro de periodistas. Sin matices.

Finalmente, y con esto llego al último punto de mis discrepancias con el señor Casado, y es que me dejó claro que a él no le interesa la batalla cultural, no le parece un asunto político relevante en estos momentos y para mí sí lo es. Profundamente. De hecho he dado la batalla contra el feminismo radical en nombre de un feminismo antivictimista, por eso creo que el asunto de la Memoria Histórica debe encararse de frente, que hace falta poner punto final a la utilización de la Guerra Civil y la dictadura como argumentos políticos y también por eso vino mi enfrentamiento con el señor Iglesias en el Congreso, enfrentamiento que, como saben, llevó a que la presidenta del Congreso retirara mis palabras del orden del día del Boletín de las Cortes y por lo que yo he planteado un recurso ante el Tribunal Constitucional.

A la dirección del partido le parece que yo no tengo necesidad de plantear ese recurso, no estaba dispuesto a sufragar ese recurso, pero yo buscaré la forma de hacerlo para que las palabras verdaderas que yo pronuncié queden en el Diario de Sesiones como compromiso no como mi derecho a decir cualquier cosa sino como mi derecho a decir la verdad.

En todo caso, la batalla cultural me parece esencial por dos motivos. Primero, porque lo que está en juego es nada menos que los valores esenciales de la Ilustración, de los valores tolerantes, de las sociedades plurales, de las sociedades civilizadas, es decir, libertad e igualdad de los ciudadanos ante la ley. Y segundo, porque además estratégicamente conviene al PP y es muy raro, o no tan raro, cuando la moral y la conveniencia coinciden, qué mejor oportunidad que abrazar esa causa.

El PP tiene que ensanchar sus bases sociales y electorales, la cuestión es cómo. Y como he dicho en una Junta Directiva, creo que el camino de la batalla cultural permite atraer a muchas voces progresistas, gente vinculada a los conceptos de la Ilustración y la modernidad que empiezan a estar hartas de la espiral identitaria, de la radicalidad identitaria y que buscan racionalidad y la defensa de la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley que es lo que la batalla cultural pretende defender.

Sin embargo, hay personas en el PP que creen que el camino de ensanchar esa base es a través de la contemporización con el nacionalismo y que hay que ignorar la batalla cultural. Yo creo que están en tiempos pasados, que quieren reeditar victorias pasadas en fórmulas antiguas, que no hay moderación, no hay estabilidad ni el futuro de una mayoría social. Creo que España ha cambiado y hace falta una respuesta nueva que incluye, por supuesto, dar la batalla cultural. Es un terreno fértil y nuevo hacia los dos lados, hacia lo que llamamos la derecha del PP y también hacia la izquierda del PP. Es un eje nuevo político y moral y una estrategia que aún curiosamente lo profundamente progresista y lo profundamente liberal y que, por resumirlo, lo que lo encumbra y lo que incluye es una defensa absolutamente a ultranza del individuo, de la persona, del ciudadano.

Ahí debería comenzar la gran construcción de una alternativa española y ahí está el verdadero centro político español basado en tres ejes: constitucionalismo, clases medias (...) y una cultura de ciudadanía, la batalla cultural. La dirección del partido no considera esa batalla imprescindible. Yo sí lo considero y creo que muchos votantes del Partido Popular también. Por eso y porque me importa tanto el futuro de España, como cuando con profunda emoción y nervios también, acepté la responsabilidad de presentarme como candidata del Partido Popular de Barcelona, una de las partes más heroicas del Partido Popular, digo que lamento profundamente mi destitución como portavoz del Grupo Parlamentario Popular y digo que seguiré dando esa batalla. Muchas gracias.

La decisión de echarla se tomó en julio

Cuando se produjo la destitución, quedaron claras varias cosas: la primera, que podía haberse hecho de forma menos drástica, como dimisión o relevo, pero se buscó un alarde de poder contra cualquier verso suelto, en frase tan estúpida como adorada por las cloacas mediáticas. Si se atrevían con Cayetana, la más brillante, tras una campaña de acoso del propio PP en medios afines, ¿a qué no se atreverían con la «gente menuda» del partido?

La segunda, que siguió igual tras la caída de Casado, es que la batalla de las ideas no se da fuera porque no se permite dentro, y viceversa. En el partido no se habla de política: se obedece al jefe y se cambia cuando el jefe mande. El PP no se redefinía como partido amable y dialogante. La táctica de Teodoro, apoyada por Casado, nunca fue el debate de ideas sino el ataque personal, como se demostró en la ruptura con Santiago Abascal.

Y la tercera, esencial, fue que la denuncia de Cayetana del pacto en ciernes sobre la Justicia obligó a Casado a aplazar la traición total a los electores que suponía el reparto con el PSOE del Tribunal Constitucional, el Tribunal de Cuentas y el Consejo General del Poder Judicial. Los dos primeros los entregó públicamente a cambio del apoyo de la Moncloa contra Ayuso. Y el CGPJ, como citamos, hemos sabido un año después por Bolaños que también lo firmó Teodoro, sin consultar a los órganos directivos del PP. El escudero más devoto de Casado, Pablo Montesinos, aseguró que se entregaron todos los documentos, incluido el firmado sobre CGPJ, a la ejecutiva

de Feijóo. Pero la prueba de que no decía la verdad es que Bolaños lo exhibió para vengarse del PP por no aceptar a plena luz lo firmado a escondidas por el secretario general y Sansón de Murcia. Si el partido lo hubiese sabido, Feijóo pudo desautorizarlo, con el mismo efecto. Pero si lo sacó Bolaños fue para desautorizar a Feijóo. Y, de paso, retratar a Casado.

Aun así, hay un dato más sobre la defenestración de Cayetana que olvidé con las prisas al corregir las pruebas para entregar el libro a la imprenta. En julio de 2020, después del choque con Iglesias y antes de la entrevista en *El País*, Teodoro llamó a Javier Somalo para decirle abiertamente: «Sé que me vais a atizar, y lo asumo, pero Cayetana no puede seguir en el Grupo Parlamentario. Sé que me pondréis verde; eso no cambia nada. Y, por cierto, vamos a convocar concurso de emisoras en Murcia. Para esRadio es una gran oportunidad». Así que anunciaba la destitución ya decidida a espaldas de la interesada y ofrecía, como prueba de buena voluntad, emisoras legales de radio. No se sabe qué admirar más, si la brutalidad del personaje o su estupidez.

Revelaciones de Cayetana en su libro

En noviembre de 2021, Cayetana presentó en mi programa su libro *Políticamente indeseable*², en el que había trabajado desde su caída, salvo alguna aparición que le pidió el partido como diputada por Barcelona. El libro fue un enorme éxito de ventas durante varios meses y de nada sirvió el silencio decretado por Casado y sus teodoros para «no hacerle el juego». Y para el asunto central de este libro, que es el del posible retorno de la derecha, destacaré varias revelaciones y un aviso profético a Díaz Ayuso.

Sobre Teodoro García Egea, ya con nombre y apellidos, Cayetana opina con claridad porque se trata de un perfil de lo más previsible: controlador, exhibicionista, mediocre...

Me cuesta hablar de Teodoro García Egea. Ya me pasaba cuando era portavoz: cómo es posible que yo tenga que dedicar a este hombre tanto tiempo y energía. Pero hay que hacerlo. Porque García Egea es un arquetipo. Perfiles como el suyo proliferan en los partidos. Son políticos de los que no se recuerda ninguna idea original o realmente valiosa, pero que acaban imponiéndose por la pura fuerza de su ambición. Ansían el poder. Buscan el poder. Y a menudo acaban ejerciendo el poder. Y de una manera despótica. Teocrática. Teodocrática. El control absoluto que ejercen en el interior del partido intentan ejercerlo también fuera: con los medios, con los empresarios, con los jueces. Con la misma combinación de palo y zalamería. Y además que se sepa. Porque, claro, qué es el poder sin su exhibición.

(...)

Sabía que García Egea podría ser injusto y avasallador. Pero jamás imaginé la sima de irracionalidad y despotismo en la que era capaz de hundirse. Un político dispuesto a aplastar cualquier signo de inteligencia, sensibilidad o criterio.

Lo suyo era una ambición puramente personal, infantil y desatada, y a su paso estaba causando destrucción. No solo era la imposición en el PP de una subcultura del peloteo y la mediocridad, de una falsa lealtad basada en el terror o el puro cálculo personal: la necesidad de conservar la nómina. También en lo orgánico.

La oreja de la esposa de Vicente Martínez-Pujalte era la oreja de Teodoro en el Congreso. Literalmente, visiblemente:

La persona a la que Teodoro había encargado la labor de vigilancia, zapa y desestabilización era Isabel Borrego, la subordinada directa de [Guillermo] Mariscal en calidad de vicesecretaria general del Grupo. Borrego estaba casada con Vicente Martínez-Pujalte, un histórico del PP con talento para la negociación de enmiendas, sobre todo económicas, y mucha gracia personal. Y ambos eran miembros del Opus, conexión murciana. (...)

Durante el tiempo que fui portavoz, Borrego actuó como un submarino, auténtico espía de la Stasi. Así se lo dije un día por teléfono, prácticamente a gritos, la única vez que he levantado la voz fuera del ámbito de mi más estricta confianza, donde los desahogos se perdonan. La habían sorprendido con la oreja pegada a la puerta de mi despacho y chivándose al instante a Teodoro: «¡¡¡Oh, ah: están haciendo los nombramientos de portavoces!!!».

Cayetana denuncia que Teodoro quería controlar absolutamente todo lo que sucediera o pudiera suceder en el Grupo Parlamentario, desde un nombre propio hasta un euro de gasto. Como es lógico, saltó casi todo por los aires en una reunión de organización.

La mañana siguiente nos encontramos con la filtración a *La Razón*: «Génova frena el intento Álvarez de Toledo...». Cuando la vio, Pablo montó en cólera. O eso me contaron. Y así es como acabamos Teodoro y yo sentados frente a frente en el hotel Wellington para hacer las paces a instancias del jefe.

Fue el 24 de enero de 2020. Y de paces nada, claro. Teodoro machacó a todos y cada uno de los diputados salvo a Isabel Borrego, esposa de Pujalte, la de la oreja en la puerta... Pero entonces, cuenta Cayetana, sucedió algo:

Los defendí uno a uno, y ya estaba a punto de contraatacar cuando Teodoro, gran aficionado a los deportes de riesgo, se me adelantó cogiendo al torito de la razón por los cuernos:

—Quiero decirte que no tengo ni idea de dónde ha salido ese titular. Apenas tengo relación con periodistas. Y con Morodo, ninguna.

En ese instante: ¡plin! Nuestro Ironman había dejado su teléfono móvil sobre la mesa y le entró un mensaje. Los dos giramos a la vez la mirada hacia la pantalla. En letras y nítidas e iluminadas, un nombre: «Carmen Morodo». Mire a Teodoro. Me miró. Y sonrió.

Isabel y Cayetana, «dos pájaras de un tiro»

Ya defenestrada, Cayetana cuenta cómo Casado ni siquiera quiso enfrentarse a su propia decisión y avanza lo que iba a convertirse en una cacería política sin cuartel contra Isabel Díaz Ayuso:

«No somos tantos los líderes nacionales en el PP. Causará una cierta conmoción en las bases y en los medios. Creo que los dos debemos ser conscientes de ello». Entonces, para mi desconcierto, me propuso que dejáramos el anuncio de mi relevo para los primeros días de septiembre. Le contesté: «La decisión la has tomado hoy y debemos hacerla pública hoy. De hecho, es mucho mejor para ti. El 1 de septiembre ya estarán de vuelta Federico, Herrera, Alsina y todos en la primera línea mediática. Ahora el revuelo no durará más de tres días». No fue hasta unas horas después cuando por fin entendí por qué me había propuesto esperar. Todavía no tenía lo que vulgarmente se llama una cortina de humo. El papel de *red herring* le tocó a Almeida, ascendido ese mismo día a portavoz del partido. Supongo que también contra Ayuso, dos pájaras de un tiro. (...)

Había algo de Casado que no acababa de convencerme. Me parecía, sí, un hombre de empatías variables. Un camaleón sentimental. Lo que castizamente se llama un bienqueda o un veleta. Así se lo expliqué a Pilar y también a su sustituto en FAES, Miguel Ángel Quintanilla, un politólogo conservador de temperamento encapotado que le escribía buenos discursos a Aznar y que finalmente ha acabado en Génova. Un día, cuando todavía no había primarias a la vista, me citó en la cafetería de la antigua Residencia de Estudiantes, en la calle Pinar. Quería que me sumara a la campaña todavía soterrada para convertir a Casado en el próximo líder del PP. Le dije que siempre había trabajado para gente más inteligente y más valiente que yo, y no me sumé. (...) Un año después finalmente acepté su propuesta de volver al PP. ¿Qué cambió para que yo cambiará de opinión? Quizá menos de lo que quise creer.

La entrevista de Casado en RAC1 fue todavía más escandalosa de lo que cabía pensar. No hubo trampas, emboscadas o cosa similar por parte del entrevistador que pudieran justificar, al menos, un mal día de Casado. De hecho, cenaron juntos la noche anterior. Lo de hablar en catalán, que apenas lo hicieron, estaba pactado con anterioridad. Sigue Cayetana:

Lo más absurdo del episodio de RAC1 es que la asombrosa versión de Pablo tenía mucho de elaboración retrospectiva. El martes 3 de octubre, sí había acudido a una entrevista en Televisión Española, donde había defendido la actuación policial del 1-O, y con brío y eficacia, como creyéndose lo que decía. Según supe luego, la víspera de la entrevista había cenado con Javier Godó, su hijo Carlos y el propio Basté. Durante el transcurso de la noche había hecho afirmaciones parecidas a las de la mañana siguiente en la radio, y sus anfitriones, claro, le habían jaleado. Basté también dio algunos detalles relevantes en *La Vanguardia*: «Hace unos días alguien del entorno de Casado me dice que el líder del PP vendrá a la entrevista en *El món a RAC1* y pedirá que le pregunte en catalán. El líder del PP, amable y empático, llega a RAC1 y, efectivamente, me lo dice. Le comento que siempre que viene gente de fuera de Cataluña le pregunto en castellano y que, por supuesto, no hay problema. Me reitera que entiende perfectamente el catalán porque, de pequeño, venía a ver a una tía con casa en Begur y Santa Cristina d'Aro. Pues, en catalán. El mismo idioma que, por cierto, en entrevistas anteriores, me pedía Soraya Sáenz de Santamaría que utilizase y que nunca nadie se quejó».

La reacción de Teodoro García Egea al libro de Cayetana Álvarez de Toledo lo dice casi todo. No queda claro que lo hubiera leído y las catas selectivas son complicadas porque el volumen carece de índice onomástico, acierto editorial contra simples curiosos o profesionales vagos de la querella. Cuando le preguntaron en *El País* dijo esto:

Cuando Pepe habla de Juan, lo que dice de Juan dice más de Pepe que de Juan (...) Cayetana ha escrito un libro de 500 páginas. Yo hubiera preferido que redactase una ley para mejorar la vida de la gente.

CASADO DISPARA A MATAR CONTRA ABASCAL Y LE SALE EL TIRO POR LA CULATA

La defenestración de Cayetana, acompañada por la habitual campaña injuriosa de la cuadra mediática de Teodoro, podría haber quedado en una forma fea de echar a alguien valioso pero molesto, o en la rectificación del nombramiento de un cargo clave que no iba a seguir la nueva política del PP en materia tan grave como la independencia del Poder Judicial. Sin embargo, la moción de censura de Abascal contra Sánchez demostró que Casado quería romper todo el ecosistema electoral de la derecha, atacando al partido que les había dado el poder en Andalucía, Murcia o Madrid, Comunidad y Ayuntamiento, que era lo único de lo que podían presumir. Como su éxito era prestado, Pablo y Teo decidieron matar al prestamista.

Seguí en esRadio, junto a Luis Herrero, el larguísimo discurso del presidente del PP el día 22 de octubre de 2020, y lo fuimos comentando en directo por partes. Para evitar la pesadez del discurso completo de Casado contra Abascal, seguiré el orden de la exposición de Casado y lo esencial de nuestros comentarios, excluyendo las dos frases coloquiales más repetidas: «¡Válgame Dios!» y «¡Pero será cabrón el tío!», cuya autoría me guardo.

Razones del no a la censura contra Sánchez

Señor Abascal, «en política, lo que no es posible es falso». Antonio Cánovas, confío en que le suene.

Hoy quiero recordarlo porque lo que nos convoca hoy aquí es una moción de impostura que nada tiene que ver con el debate sobre el interés general que exige la política con mayúscula.

Nos hace venir a perder el tiempo en plena segunda oleada de una pandemia que ha contagiado a un millón de españoles y se ha cobrado la vida de otros sesenta mil, ayer en plena jornada negra con más de doscientos fallecidos. Nuestro corazón hoy está con todos ellos.

Y todo ello mientras el Gobierno aprovecha esta moción para ocultar su fracaso de gestión, su arbitrariedad con las administraciones gobernadas por su oposición y la amenaza de imponer la excepcionalidad constitucional de nuevo.

Pero Vox, para estas cosas tan prosaicas, ni está ni se le espera. (...)

Sabe que la moción de censura es un mecanismo constructivo, así que lo que aquí se vota hoy es si usted está capacitado para ser presidente de la cuarta economía del euro, y si su partido tiene la experiencia y la solvencia para liderar la nación más vieja de Europa. La respuesta ya era evidente y ha quedado aún más clara: no.

Y por eso hoy le hablaré a usted como candidato. A Sánchez llevo hablándole a diario desde hace dos años, y en este hemicycle lo hago todas las semanas. Se lo digo porque usted solo viene aquí una vez al mes cuando tiene pregunta, sobre todo este trimestre que se ha enclaustrado velando armas para esta justa medieval a la que nos ha retado.

No engañe a los españoles. Las mociones de censura no son para censurar a un gobierno sino para nombrar uno nuevo. Ni siquiera son para convocar elecciones. Este señuelo ya lo usaron aquí hace dos años y ahí siguen, en el banco azul. La diferencia es que ellos tenían una mayoría alternativa y usted no. Por eso no la hemos presentado nosotros, porque necesitaríamos los votos de independentistas y batasunos, y no los queremos. Hoy Sánchez saldrá de este coso a hombros de los diputados de Vox y con su tendido ovacionándole. ¡Vaya capote le ha echado y vaya bajonazo con el que remata la faena, señor Abascal! Quería cortar dos orejas del PP y ha acabado de monosabio de Pablo Iglesias.

El dislate que hemos presenciado no es una moción de censura contra Sánchez, sino contra China, Soros, Botín, la Unión Europea, las autonomías y hasta la vestimenta de los políticos. ¡Si hasta ha citado a Hitler y a la Unión Soviética!

La primera sorpresa fue el tono ferozmente insultante en lo personal y político contra Abascal, del que se decía amigo la víspera y de cuyo partido dependía el poder territorial del PP. Si Abascal no preguntaba tanto como Casado es porque no podía, pese a contar con decenas de escaños. PP y PSOE se reparten un debate perpetuo, dejando al resto una rueda de preguntas, en la que cuentan lo mismo Vox y Teruel Existe. Era muy feo imputar a Abascal una ausencia que le imponía el ventajismo bipartidista.

Calificar una moción legal contra Sánchez como «de impostura», tras las infinitas fechorías infligidas a los ciudadanos, era prestarse al trabajo sucio de un Gobierno al que el PP tildaba de enemigo de España. Era el PP y no Vox el que, objetivamente, salía en ayuda de Sánchez. Por otra parte, las mociones de censura se hicieron para censurar, no para «construir», diga lo que

diga la letra de una Constitución. Sucede que en los albores de la democracia se buscó ante todo la estabilidad de los gobiernos, evitando que el Parlamento los derribara a las primeras de cambio. La realidad ha sido distinta y nada lo prueba mejor que el acceso al poder de Sánchez: censura deconstructiva.

En cuanto a las citas de Abascal, que hizo un discurso de retales, peor que el de Garriga, lo sucedido desde entonces con Putin y la energía muestra que nunca está de más acudir a la Historia contra el totalitarismo. ¿No votó el PP la condena de Franco, que venció a Stalin? ¿No comparten Xi Jinping, Soros y Sánchez el pin de la ruinosa Agenda 2030? ¿No pactó Hitler con Stalin el comienzo de la Segunda Guerra Mundial partiendo Polonia? ¿No pactó Alemania con Putin su suministro energético, llevando a la UE a la situación que hoy padece? El PP prometió derogar la Ley de Memoria Histórica y no lo hizo. En un tercio de España, los gobiernos autonómicos impiden la enseñanza en español. ¿No puede recordarlo Vox?

Al margen de la calidad del discurso, el contenido iba dirigido a la derecha social, compitiendo con el PP... contra Sánchez. Sin embargo, Casado, olvidando el sentir de su base social y electoral, cargó contra Vox. Pero lo que habíamos oído no era nada comparado con lo que oímos después.

Equiparación de Vox con el PSOE y sus aliados, primeros insultos

Esta moción no la dispara contra el Gobierno, sino contra el partido que le ha dado trabajo quince años. Y lamento decirle que el tiro le ha salido por la culata.

Pero acepto el órdago: es hora de poner las cartas boca arriba. Hasta aquí hemos llegado. (...)

Señor Abascal, aunque dirija contra mí esta moción de censura, en realidad va contra usted mismo y las consecuencias de sus actos. Es una cortina de humo para encubrir su responsabilidad en la dramática situación que vive España. Lo que queda retratado hoy aquí es la destrucción que produce la política de división de Vox, jaleada por la política de enfrentamiento de Sánchez y patrocinada por sus respectivas terminales propagandísticas. Y si no, diga por qué festejaba con fuegos artificiales la noche de la victoria electoral de Sánchez, si menos de un año después está presentando una moción contra lo que celebraba. (...)

Creo que han tejido una simbiosis perfecta. Sánchez le regaló la campaña electoral con la exhumación televisada de Franco, que hizo que duplicaran en una semana su expectativa de voto, y usted le regaló a Sánchez la fragmentación electoral porque lo quería a él de presidente, y no a mí. (...)

Todo esto lleva a una reflexión: si este Gobierno amenaza a España y si Vox garantiza la continuidad de este Gobierno, entonces la conclusión es clara: o Vox o España. (...)

La verdadera disputa que hay en España hoy no es entre izquierda y derecha, es entre rupturistas y reformistas, entre populistas y demócratas, entre radicales y centristas. Y usted y yo estamos en los lados opuestos de esa disputa. Vox es parte del bloque de la ruptura con Sánchez e Iglesias.

Señor Abascal, no somos equiparables, son muchas nuestras diferencias, tantas como la distancia que media entre el liberalismo reformista y el populismo antiliberal, entre el patriotismo integrador y el antipluralismo, entre la economía abierta y el proteccionismo autárquico, entre la vocación europea y atlantista y el aislacionismo, entre el interés general y el oportunismo demagógico. Por todo ello, señor Abascal, votaremos no a su candidatura para presidir el Gobierno de España.

Y votaremos no porque decimos no a la ruptura que usted busca. No a la polarización que usted necesita —como Sánchez—. No a esa España a garrotazos en blanco y negro, de trincheras, ira y miedo. No a ese engendro antiespañol que también patrocinan ustedes, esa antipolítica cainita, de izquierda o de derecha destinada a hacer que los españoles se odien y se teman. (...)

El colectivismo y el intervencionismo no se combaten con demagogia y populismo sino con libertad y tolerancia con cada persona, tenga el color de piel que tenga, rece al dios que rece, ame a la persona que ame, sueñe en la lengua que sueñe.

A mí ustedes no me van a dar lecciones de principios y valores. Yo siempre he defendido la vida —también en las situaciones límite y en mi propia casa—, como he defendido la reconciliación y la concordia —también con mis antecedentes familiares represaliados— y la regeneración en mi propio partido, presentándome a unas primarias imposibles en vez de abandonar el barco. Desde el PP seguiremos activos en la guerra cultural, sí, pero sobre todo en la de aquí y la de ahora, no contra conspiraciones judeomasónicas ni con el cantoral (sic) castrense. Frente al revisionismo histórico, defendamos la Transición y la monarquía constitucional. Frente al feminismo dogmático, ocupémonos de crear empleo para dos millones de mujeres desempleadas. Para defender la propiedad privada, actuemos contra la ocupación ilegal y los impuestos confiscatorios. Por la libertad individual, defendamos la educación concertada y la especial. Por la seguridad personal mantengamos la prisión permanente y la lucha contra la inmigración ilegal. Por el Estado de derecho, defendamos la legalidad, ya sea en Cataluña, en Polonia, en Malta o Venezuela.

Señor Abascal, la política real es hacer cosas por la gente. «A las cosas», decía Ortega. Ortega y Gasset, no vaya usted a equivocarse con otro. Déjeme explicarle con claridad qué es y qué no es el PP. Pensaba que no sería necesario hacer esta aclaración dada su trayectoria laboral, pero llegados a este punto me temo que es indispensable. El Partido Popular no somos ni furia ni ruido. No alimentamos fracturas, sino que queremos cerrarlas. Queremos unir a los españoles de nuevo. Queremos una España en red, sin colectivos aislados en búnker, sin personas solas. Queremos una sociedad abierta y libre, que no espera que los políticos la obliguen a hacer lo que ellos quieren, sino que la ayuden a hacer lo que ella quiere.

En esta parte, Casado utiliza sistemáticamente «disparar» y «pistola» para presentar a Abascal como hizo la podemita Teresa Rodríguez: «el niño de las pistolas». Llama «dar trabajo» a jugarse la vida; a hacer la carrera, el doctorado y la tesis, él sí, con escolta. A casarse y bautizar a sus hijos con escolta. Ir armado para poder defenderse de la ETA se convierte en un baldón, cuando en toda España fue un mérito. La primera vez que quisieron matar a Abascal fue al ser elegido presidente de las Nuevas Generaciones del País Vasco, el 25 de noviembre de 2000. Se reunieron unos doscientos afiliados en el restaurante Zeppelin de Vitoria y la ETA intentó una masacre con una bomba en una jardinera. Al final, un cruce afortunado de un policía les hizo llevársela. Abascal se enteró meses más tarde, al detener la Policía al comando. Hubiera sido el principio y el fin de su carrera política. ¿Cómo se atrevía Casado, siempre a cubierto, a burlarse de eso? Pues se atrevió.

Abundando en la cobardía, cita la exhumación de Franco, que solo Abascal criticó en el debate televisado de las generales. Casado asintió vigorosamente cuando el líder de Vox defendió la reconciliación nacional, pero se calló. También exhibe un «abuelo represaliado», como Zapatero. ¿Qué quiere: represalias como la Ley de Memoria Democrática, que el PP ha acatado?

Decidir por otro los términos en disputa en España es una fatuidad. Pero cuando se trata de combatir el terrorismo y el golpismo separatista, el PP debería callarse. Aceptó el plan para los etarras presos que condujo en 2012 a la suelta de Bolinaga, carcelero y torturador de Ortega Lara. Aceptó el referéndum de Mas y no evitó el de Puigdemont, tras jactarse de hacerlo. No aplicó el 155 para deshacer el tinglado golpista, y convocó elecciones anticipadas. ¡Hasta impidió que se conocieran las imágenes de las lesiones a la Policía!

Lo de que Vox celebró el triunfo electoral de Sánchez es una canallada, propia del que se estaba revelando como un malvado redomado. Lo que celebraba Vox era, obviamente, el extraordinario resultado de su propio partido. Que Casado no lo pudiera hacer con el suyo no debería llevarle a esa vileza.

Para criticar la «España a garrotazos» que atribuye a Vox, ¡hay que ver los que le atiza a Abascal! Casado busca la guerra civil en la base social de la derecha pensando que la ganará. Y llega al ridículo de decir que Vox discrimina a los ciudadanos por «el color de la piel», cuando Garriga, que es negro, es el que ha presentado la moción. Lo desprecia y ni lo nombra.

Lo de defender «lo que la sociedad quiere», para lo cual no harían falta partidos, le llevará a rendirse ante el nacionalismo y a no dar la batalla cultural. Por eso echó a Cayetana y mandó a Cuca Gamarra al infectódromo del 8-M.

Pero lo más grave es esta frase: «Vox o España». No solo declara incompatible su partido con su aliado y con el que comparte base social, sino que en una moción contra Sánchez y sus socios —bilduetarras, golpistas, comunistas— dice que lo que es incompatible con España no es la ETA o ERC o Podemos, sino Vox. Eso es, más que ilegalizarlo, deslegitimarlo. Y romper toda posibilidad de alternativa a Sánchez. ¿Quién le hace el juego?

Pero todo esto, siendo tanto, era poco al lado de lo que vino después.

Personalización y decreto de exterminio de Vox y Abascal

Señor Abascal, no es que no nos atrevamos, no es que nos hayamos rendido, no es que seamos cobardes. Lo que ocurre es que no queremos ser como usted. No somos como usted porque no queremos ser como usted. Así de sencillo. El Partido Popular no quiere ser otro partido del miedo, de la ira, del rencor y la revancha, del insulto y de la bronca, ni de la manipulación, la mentira y la involución frentista. El Partido Popular es el partido de la libertad, de las leyes, de la convivencia, del progreso, de Europa, de las autonomías y del municipalismo. El Partido Popular es nuestro partido, pero no es nuestra patria. Nuestra patria es España. Y por nuestra patria, este partido —que usted conoce bien, y que a usted lo conoce muy bien— ha pagado un tributo de sangre que ahora pisotean personas como ustedes.

No sé cuál es su idea de patriotismo, pero yo no lo concibo como el insulto a los que dan su vida por la libertad de todos, especialmente cuando han sido tus compañeros. ¿De verdad no tiene nada bueno que decir del partido en el que ha militado durante casi toda su vida? ¿De verdad se va a dedicar ahora a repartir carnets de buen y mal ciudadano, como ha hecho Torra, como hace Otegui, y como le hacían a usted?

Eso se llama ingratitud y deslealtad, aquí y en Covadonga. Podrá medirse con nosotros cuando haya acreditado tanto coraje y servicio a España como ha hecho el partido que derrotó a ETA, con la ley, con toda la ley, pero solo con la ley; el partido que creó siete millones de empleos, que metió a España en el euro y que paró el plan Ibarretxe y el plan Puigdemont. Hasta entonces debería tener más respeto, aunque ya haya cambiado de chaqueta.

Van ustedes de nueva política, pero usted ya tenía cargo público cuando yo estaba en el colegio, y alguno de sus diputados ya tenía escaño aquí el año que yo nací. (...) Déjeme decirle algo: los insultos —los suyos y los de cualquiera— los aguantaremos como aguantamos el terrorismo, los escraches y el cordón sanitario, por la libertad y por España. Y en mi caso, créame, lo hago con una profunda decepción personal.

Señor Abascal, no le gustamos. Perfecto, entendido. Usted a nosotros, tampoco. Usted ya es parte del problema de España, y no puede ser parte de la solución que mi partido representa. Su deriva es ya irreversible y no le va a llevar donde espera. Usted es parte del bloque de la ruptura, y nosotros somos parte de la red de afectos y proyectos que une y protege a los españoles. Ustedes ahora alardean de ser populistas con esa demagogia de ofrecer soluciones fáciles, y generalmente falsas, a problemas complejos.

No veo mucha diferencia entre prometer bajo los adoquines la playa o arengar a los Tercios de Flandes en vez de ocuparse de la industria que se va fuera de España. O me parece igual de ridículo pedir asaltar los cielos que debatir sobre el día de la toma de Granada en vez de resolver el problema del turismo. Entre la nación de naciones y la España grande y libre hay un espacio intermedio donde estamos 47 millones de españoles hartos de esa polarización en la que ustedes echan esporas. (...)

Usted pasará, y solo habrá dejado escombros, igual que Sánchez; pero el Partido Popular seguirá aquí, construyendo día a día un país mejor y para todos. Ya va para cuarenta años.

En ese tramo del discurso de Casado, la vergüenza ajena dio paso a la indignación. La endeblez ideológica de Casado y su presunto escriba Quintanilla se muestra al colocar a Vox en la «nueva política», cosa de Ciudadanos y Podemos, o la definición banal de populismo, propia de la Wikipedia, que ni para bien ni para mal encaja con Vox. Critica la toma de Granada que Vox defiende como Día de Andalucía, pero el PP celebra el de Blas Infante. Más abyecto es identificarlo con el franquismo, como hizo Iglesias tras las elecciones andaluzas en las que Vox permitió que, con su peor resultado, el PP presidiera por primera vez la Junta de Andalucía. ¿Franquistas, los que han defendido en los tribunales la legalidad constitucional, frente a los gopistas catalanes y al cierre ilegal del Parlamento durante la pandemia?

Pero el colmo de la abyección fue decirle a Abascal y, de paso, a Ortega Lara, que «pisotean la sangre de las víctimas del terrorismo». Y hablar de «decepción personal» con Abascal cuando, hasta la víspera, presumía —soy testigo, los hay infinitos— de esa amistad personal. O de «soportar insultos», cuando nadie, ni la ETA, ha insultado a nadie de la derecha como estaba insultando él a Abascal, su partido y sus votantes.

Tras esa frase, solo quedaba esperar al final, y dar por muerta la alternativa a Sánchez. Porque eso es lo que acababa de enterrar Casado. Fue así:

El remate de una exclusión homicida que resultó suicida

Yo no quiero a España porque sea perfecta, la quiero para que lo sea. La España constitucional es un tesoro de generosidad y de responsabilidad al que tenemos que hacer nuestra propia contribución. Para eso debemos poner en el centro lo que todos creamos necesario, y evitar lo que a cada uno puede resultarle inaceptable. Eso es la concordia. Así es como se crean los grandes consensos políticos y así es como se crean las grandes mayorías que cambian los malos Gobiernos y lideran a las grandes naciones. Esa es la España en la que creo, esa es la España que merecen nuestros hijos.

Muchas gracias.

Lo de no querer a España porque sea perfecta es una copia del «amamos a España porque no nos gusta», de José Antonio Primo de Rivera. Que el PP era el partido de la «generosidad, responsabilidad y respeto», acababa de demostrarlo. Y sobre la sangre de las víctimas del terrorismo, sonaba el eco del «Vox o España».

Luis Herrero y yo, además de sorprendidos e indignados, estábamos expectantes sobre la respuesta del líder de Vox. Era una clara provocación para que Vox rompiera sus pactos con el PP, deshaciendo los gobiernos de derechas en Andalucía o Madrid a cambio de que el PP no se confundiera con Vox. Pero ¿qué iba a hacer Abascal? ¿Qué iban a decir los medios?

LA RESPUESTA DE ABASCAL O CÓMO UNA DERROTA SEGURA SE CONVIRTIÓ EN VICTORIA

El 21 de octubre de 2020 —el día anterior a esa intervención de Casado— Abascal consolidó su liderazgo ante la derecha sociológica. Esa mañana había hecho todo lo posible por hundirlo o reducirlo a una condición testimonial. Su obstinación en presentar una moción de censura que obedecía más al vértigo de las redes que a alguna encuesta seria puso en manos de Casado su futuro político y el de Vox.

Sin embargo, Casado, en vez de rematarlo, lo resucitó. En lugar de decirle que sentía no poder votar a favor de la moción porque entendía que los argumentos exhibidos eran débiles, elogiar su valor y abstenerse con mucho dolor de corazón, porque el enemigo de ambos es Sánchez, y tanto Abascal como Ortega Lara son héroes de una época terrible que el PP no olvidará jamás, se ensañó personalmente con él y despreció a sus votantes.

Porque hace falta tener un desprecio absoluto a la base social de la derecha para actuar como si los cuatro millones de votos que pasaron del PP a Vox lo hubieran hecho frívolamente, sin pensar en lo que hacían. Y, al revés, hay que tener el respeto a esa base social que, en una situación casi desesperada, demostró Abascal, para tragarse el orgullo, no romper los pactos con el PP y regalarle el poder a la izquierda. Como siempre en las cuatro décadas de democracia, ante el respeto debido a la base social de la derecha, uno demostró que no tenía categoría como líder y otro que podría tenerla. Si el ataque de Casado sorprendió a todos, aún lo hizo más la respuesta de Abascal.

El primer adjetivo que usó Abascal en su respuesta a Casado fue «perplejo», pero después, no siempre en orden lógico, pero mantenido por la tremenda tensión creada en el hemiciclo, se defendió en estos términos:

Se ha unido usted hoy a la brutal caricatura de Vox, a la brutal caricatura de Santiago Abascal, al que usted conoce bien y no es el que usted ha descrito. Se ha unido usted a la brutal caricatura de cincuenta y dos diputados, se ha unido usted a la brutal caricatura de los millones de españoles que nos han votado, y se ha unido usted a la brutal caricatura de algunos españoles que todavía le votan a usted únicamente porque ven que en las expectativas electorales estaban por delante de nosotros. (...)

Usted ha subido a decir que nosotros hemos fortalecido al señor Sánchez, ha criticado la presentación de una moción de censura porque no dan los números. La reprobación de Pablo Iglesias que ustedes han presentado —y que, por cierto, nosotros vamos a apoyar— ¿tiene los números suficientes? No.

Según sus propios argumentos, usted va a fortalecer al señor Pablo Iglesias con esa petición de reprobación, pero lo que es peor, va a debilitar la figura de su majestad el Rey porque se le reprueba precisamente por los ataques a la Corona, según su propio argumento. (...)

Lamento profundamente lo que usted ha hecho hoy aquí porque acusándonos de fortalecer al Gobierno del señor Sánchez ha dado una patada a la esperanza y ha generado una desesperanza brutal en millones de españoles que tenían alguna expectativa de que nosotros pudiéramos hablar, pudiéramos dialogar y pudiéramos llegar a acuerdos. Usted hoy aquí ha venido a colocarse en una equidistancia imposible, falsaría, en la que no cree ni usted mismo. (...) Se ha unido a la brutal caricatura de Vox y, por un momento, he pensado que el discurso, en el que tenía tantas coincidencias con el señor Sánchez, se lo había hecho a usted el señor Redondo, y le aseguro que lo lamento personalmente.

—Bueno —decía Luis Herrero—, es una defensa sólida, pero ¿qué hay de lo de pisotear la sangre de las víctimas del terrorismo?

—Espera —le decía yo—, que aún no sabe hasta dónde llega la cornada. Algo tiene que decir.

Y en efecto, muy serio, pero sin descomponerse, lamentó:

... el ataque personal que usted ha desplegado hoy contra mí en esta tribuna. Y le digo algo más, señor Casado, respetado Pablo, no te voy a pagar con la misma moneda.

Me gustaría que el PP dijera simplemente gracias por haber facilitado los gobiernos de Andalucía, de Murcia y de Madrid, a cambio de cero cargos. Y que se comprometiese, ahora, a que se van a cumplir los pactos de gobierno.

—¿Ves, Fede, como hay que anegar el mal en abundancia de bien?

—Le está devolviendo la puñalada, hipocritón. Ahora lo rematará:

¿De verdad se cree que nosotros somos lo mismo que el Gobierno que ha pactado con ETA?, ¿de verdad cree que nosotros, que defendemos la Constitución y reformas de la Constitución, evidentemente, pero que defendemos el Estado de derecho, la independencia de los jueces, con más fortaleza que ustedes, somos lo mismo que estos señores que quieren colonizar el Consejo General del Poder Judicial, el CNI, la Policía, controlar la radiotelevisión pública? ¿De verdad usted se cree que somos lo mismo? Porque hoy se ha puesto en el punto medio de una forma que a mí me ha dejado absolutamente perplejo, señor Casado.

—De acuerdo, lo de las víctimas lo ha saldado, pero ¿y los pactos?

—Esa es la clave. Si mantiene los pactos, gana lo que tenía perdido.

Si yo fuera como usted ha demostrado ser hoy aquí, porque realmente yo no esperaba que fuera así, ustedes dejarían de gobernar mañana mismo en Murcia, en Madrid y en Andalucía. Pero le puedo decir, señor Casado, que los andaluces, los murcianos y los madrileños pueden tener tranquilidad respecto a la responsabilidad histórica de Vox en estos momentos. (...)

No quiero alimentar más la zozobra en la alternativa que necesitan los españoles. No contribuiré al espectáculo que usted ha dado hoy en esta tribuna.

Y entre un runrún tempestuoso en las Cortes y ante la perplejidad en los medios, que retransmitían la moción en directo, Abascal terminó así:

Ustedes hoy han regalado tristeza y desesperanza a muchos españoles, que nos están viendo y que comprenden nuestras diferencias, pero que no comprenden esta pelea de ataques políticos y ataques personales en la que usted ha convertido el debate. (...) prácticamente ha comprado los argumentos del señor Iglesias.

Nosotros trataremos de enmendar y corregir el gigantesco error que hoy han cometido en la tribuna. Por tanto, pueden estar tranquilos los votantes del Partido Popular, porque nosotros seguimos tendiéndoles la mano a pesar de todo lo que usted ha dicho de nosotros.

—¡Mira que lo tenía fácil Casado —decía Luis Herrero— para recuperar dos millones de votos! Y al final ha quedado como un sujeto poco de fiar.

—Esa ha sido la posición de Abascal, pero hay que ver la del partido. Mañana nos ha confirmado que viene a la radio. Y para muchos de Vox, romper con el PP es una tentación demasiado grande. Una decisión clave.

—Desde luego. Los radicales ven en el PP a su verdadero enemigo.

—Pero la mayoría, creo, sigue viendo al PP como su socio estratégico.

—De Abascal depende el futuro de Vox. ¡Menuda responsabilidad!

LA MAÑANA DESPUÉS DE LA TORMENTA

El 23 de octubre de 2020 —la moción se presentó el 21 y se votó el 22— Abascal estaba más pálido que nunca. Pero tenía esa forma de determinación que muestra mirando al frente y arriba, como atisbando lo que no se ve. Se explicó, con detalle y algo de alivio, en el estudio de *Es la Mañana*, en esRadio.

La cuestión de fondo era, naturalmente, si el ataque personal iba a traducirse en la ruptura de los pactos con el PP:

La ruptura personal es cierta (...). Ayer fui agredido personalmente por Pablo Casado. Pablo Casado dijo algunas cosas indignas e inaceptables que yo jamás me habría esperado de él. Una de ellas era que el Partido Popular había pagado un tributo de sangre y que personas como yo estaban pisoteándolo. Yo acababa de leer el día anterior toda la relación de víctimas de ETA en respuesta a los etarras en el Congreso, mencionando por cierto a las del Partido Popular... Esa acusación para mí fue de absoluta perplejidad. Luego, lo de decirme que el Partido Popular me había dado de comer, que me había dado trabajo... Pero ¿qué concepción de la política es esa? O sea, que cuando yo era concejal en el Ayuntamiento de Llodio y Pablo estaba llevándole el maletín al expresidente del Gobierno, ¿realmente me habían contratado, era un empleado del Partido Popular o era alguien que estaba jugándose el tipo y defendiendo las libertades y sus convicciones y había sido elegido por los ciudadanos en el Ayuntamiento de Llodio?

La decepción personal era tan palpable como firme su compromiso con esa base social de la derecha que contempló atónita el espectáculo.

Yo he hablado bien de Casado en público y en privado... y ya no puedo seguir haciéndolo. Me siento traicionado en lo personal, me siento traicionado en la amistad. (...) Estoy verdaderamente indignado con él, pero no lo voy a llevar al terreno de lo político. Vamos a seguir con la mano tendida y no voy a romper nada más.

Concretando sobre el futuro de los pactos con el PP en Madrid, Andalucía y Murcia que permitían gobernar al partido presidido por Pablo Casado, dijo Abascal:

Nos hemos entendido con responsabilidad y prudencia en tres comunidades autónomas (...). Pero lo que ocurrió ayer, realmente, ha cambiado el panorama de una manera radical. El PP a veces lanzaba, con cierta malicia, el discurso del hay que entenderse, hay que ir juntos, que en realidad era que Vox se apartase y que le votasen a él. Ese discurso se acaba de volver contra el Partido Popular porque el Partido Popular ayer ha pateado de manera inmisericorde e injusta a su único socio leal, con el que ha podido mantenerse en tres gobiernos hasta ahora (...). Nosotros no vamos a dar una respuesta proporcional a la agresión, nosotros vamos a dar una respuesta a los españoles que ayer se quedaron solos diciéndoles que van a encontrar responsabilidad y que tienen una casa donde se van a sentir representados y donde se les va a respetar.

Y como Pablo Casado se lo puso fácil, y el tiempo acabaría demostrándolo, Abascal aprovechó la moción y el comportamiento del líder del PP como plataforma de relanzamiento de Vox con un catálogo de eslóganes que respondían a lo sucedido horas antes en el Congreso de los Diputados. Algunos ejemplos:

«El PP ha renunciado claramente a la derecha».

«Vox sabe que ahora tiene que dirigirse a muchos más españoles de los que se ha dirigido hasta ahora, y por eso en este momento no nos toca tirar más de la cuerda, sino darle alternativas».

«Vox ha cumplido una misión que tenía y que era retratar al Gobierno (en su pacto con separatistas y terroristas). Y no voy a decir que el PP piense lo mismo, pero votó lo mismo».

«Ayer por la tarde las centralitas de Vox estaban colapsadas de gente que quería afiliarse y de gente del PP que nos pedía perdón».

«Casado ofreció zozobra y preocupación a millones de españoles. Nosotros vamos a ofrecer todo lo contrario».

«Ayer Casado ganó los periódicos, pero perdió a los votantes. No contaba con eso. No me alegro. Pero que cada uno asuma su responsabilidad».

EL CORO DE ALABANZAS A CASADO POR ROMPER CON VOX

Abascal salió de esRadio menos pálido que al empezar. He perdido la cuenta de las entrevistas que le he hecho, pero ninguna tan tensa, tan densa, tan consciente de la responsabilidad asumida en cada palabra como la de aquel 23 de octubre de 2020. Sin embargo, esa misma mañana los medios elogiaban a Casado de un modo que habría deprimido a cualquiera. He aquí un florilegio incompleto del elogio a la ruptura del PP con Vox:

Antonio García Ferreras: «Es un salto cualitativo, hoy es un antes y después en la carrera política de Pablo Casado. Se ha desligado absolutamente de la extrema derecha y ha hecho un análisis y un diagnóstico de Vox absolutamente implacable. (...) Esa buena intervención tiene una gran contradicción y esa contradicción se llama Isabel Díaz Ayuso. El discurso de Pablo Casado de hoy es incompatible con lo que hace y con los socios de Ayuso en Madrid».

Ignacio Escolar: «Mi aplauso para Pablo Casado. Era una moción de censura contra el PP y por eso Casado ha puesto pie en pared contra la ultraderecha. Ha hecho lo correcto. Ojalá siga esa senda y no vuelva a cambiar de posición (...) Me ha parecido un discurso bastante bueno, en lo formal y en el fondo. Parece que esto es lo que esperábamos muchas personas de un partido que se dice conservador, europeo, moderado, centrista. Ha sido muy valiente».

Carlos Herrera: «Ayer lo que hubo realmente fue una moción de censura de Pablo Casado a Santiago Abascal. Un ajuste de cuentas entre dos partidos de derechas. ¿Cuál fue la historia de ayer? Lo que algún columnista avisado ha llamado “el casadazo”. Casado, que era la víctima propiciatoria de esta moción de censura, vio el hueco y leyó bien el partido, como dice la gente del fútbol».

El Mundo en su titular de apertura: «Casado rompe con Vox para liderar el centroderecha».

Jorge Bustos: «El jefe de la oposición lo era hasta ahora por justificación aritmética, pero desde ahora lo será por autoridad moral. Se precisa mucho coraje para no imitar la cobarde abstención del PSOE en la censura de Pablo Iglesias (...) El orador entró en un trance hipnótico que puso en pie a sus diputados más escépticos, atónitos ante la estrategia rupturista de su jefe. Casado, ciertamente, se coronó».

El País en su titular de apertura: «Casado rompe con Abascal y sale ganador de la moción de censura».

En el editorial de *El País*: «En un giro de enorme trascendencia para la política española, Pablo Casado rechazó este jueves de manera rotunda la moción de censura presentada por Vox y situó a su formación, el Partido Popular, en el lugar que más le conviene a la política española, el de un firme rechazo a los postulados de la ultraderecha y el de una clara apuesta por la moderación».

La Razón, titular y subtítulo de portada: «Casado devuelve el orgullo al PP. El líder popular rompe con Vox en un duro y brillante discurso».

En el editorial de *La Razón*: el discurso de Casado ha sido una «reivindicación del liderazgo del centroderecha, de un proyecto nacional integrador, moderado, europeísta».

Paco Marhuenda: «Es muy significativo que la izquierda esté eufórica con el voto del PP en contra de Vox y en cualquier momento le dirán a Casado que no parece de derechas».

ABC, en su portada: «Doble triunfo para Casado. Supera la moción de censura de Vox y logra que Sánchez dé marcha atrás en la reforma del Poder Judicial».

En el editorial de *ABC*: «El de Casado fue un discurso de Estado que sorprendió tanto a Santiago Abascal —“estoy perplejo”, llegó a decir— como a Pedro Sánchez. (...) Lo ocurrido puede marcar un antes y un después en el liderazgo que pretende construir Casado como alternativa contra Sánchez, le afianza como referente de una derecha pragmática y alejada del populismo, y pone a Vox ante la tesitura de trastocar su estrategia porque dudosamente se atreverá a romper los gobiernos autonómicos del PP».

El Español en portada: «Casado ganó la moción de censura mejorando su imagen entre los votantes de PSOE, Podemos y Cs».

Pablo Iglesias desde la tribuna del Congreso: «Ahora sí que comienza la moción de censura. Es usted consciente, señor Casado, de que esta no es una moción de censura contra el Gobierno, es una moción de censura contra usted. Siempre le he tenido, y se lo mantengo, un enorme respeto intelectual. Hoy ha hecho usted aquí un discurso político brillante. Usted ha hecho hoy aquí un discurso político canovista, que se engarza en las tradiciones conservadoras de la derecha española más inteligente. Pero creo que usted es tan consciente como yo de que llega tarde».

Cayetana Álvarez de Toledo: «Todo lo que el discurso de Pablo tuvo de brillante, y de vibrante, y de ideológicamente impecable —una magnífica vindicación moral y política de los valores ilustrados y del PP frente a cualquier forma de nacionalismo o populismo— quedó eclipsado por una feroz impugnación *ad hominem* de Abascal».

No hacían falta los acontecimientos posteriores para demostrar la injusticia de unos elogios que ni merecía el discurso, mediocre y tramposo, ni la cobarde agresión al líder de Vox. La coincidencia entre lo más zafio de la extrema izquierda y lo más centrista de la derecha se explican solos.

Y desde esas alturas se despeñó en Cataluña inmediatamente después Casado, el celebrado cainita, empujado por los celebrantes de la cofradía mediática.

ANTES DEL DESCALABRO CATALÁN

Algunos, muy pocos, dijimos que la agresión personal era tan infame como la estrategia que se traslucía, que era la ruptura del bloque electoral de derechas en favor de una especie de protectorado del PSOE sobre el PP. A la indignación de los votantes de Vox, que se sintieron agredidos en la persona de Abascal, se unió la de los votantes del PP, que en su inmensa mayoría, y en contra de los medios, querían un pacto permanente con Vox.

Casado, entonces, hizo lo acostumbrado: dudar, negar la evidencia y pasó de apuñalar con saña a su socio de gobierno regional a fingir afecto, para luego volverlo a negar. Y tras él, todos los cucos y cucas del partido.

Así, el 17 de noviembre de 2020, Casado dice en una entrevista en Telecinco, que en su intervención del 22 de octubre en el Congreso «no hubo ataques personales» contra Santiago Abascal. Y se quedó tan fresco. Y tan falso, porque solo una semana después, el 25, el PP celebró un acto por el Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer en el que Casado decidió satisfacer al centrismo mediático, cargando a la vez contra Vox y contra Podemos, pero usando el lenguaje comunista: «El negacionismo —dijo, usando el término de Iglesias y Sánchez contra todos los que les llevan la contraria— es letal para conseguir resolver un problema que es innegable». Innegable para los que, a partir de esa trola ideológica, porque no hay asesinatos contra cualquier mujer por el hecho de serlo, han liquidado la presunción de inocencia que define a todo Estado de derecho.

Pero lo que más disfrutaba Casado desde su flamante superioridad moral centrista era la equidistancia condescendiente, así que equiparó a Iglesias con Abascal:

Pido que no haya ideologías extremistas, ni por un lado ni por el otro. Ni negacionismo, ni las anteojeas de intentar denominar a las cosas por otros nombres que hacen que se sea menos eficaz a la hora de desarrollar las medidas que con tanto consenso logramos alcanzar hace tres años.

El embrollo semántico buscaba ocultar que esas medidas no habían servido para nada, según él mismo había denunciado poco antes.

Pero el PP iba ya sin frenos contra Vox. Y la semana siguiente, el 1 de diciembre de 2020, García Egea se preguntó retóricamente «para qué ha servido Vox hasta ahora en el panorama nacional». Cualquiera podría haberle respondido que para que el PP gobernase Andalucía y Madrid, pero la Infeliz Pareja, encantada por los elogios paralelos de Ferreras y Bustos, aceleraba ya hacia la campaña electoral catalana, esa en la que Vox iba a fracasar estrepitosamente según acababa de anunciar Casado en la moción.

EL SUPUESTO PACTO DE ABASCAL CON SÁNCHEZ QUE ENCUBRÍA EL DE CASADO

Las encuestas que, pasadas las Navidades, empezaron a publicarse sobre las elecciones catalanas no coincidían con la valoración mediática de los medios de derechas sobre la ruptura del PP con Vox, y no al revés. La loada profecía de la desaparición de Vox por el profeta Casado no coincidía con la opinión de los votantes del espacio nacional español y catalán. Al revés: de la agresión de Casado culpaban, como era lógico, a Casado y no a Abascal. Y las casas de

encuestas empezaban a dibujar un futuro más oscuro para el PP, que se lo había jugado todo a la ruptura, que para Vox, que había resistido la tentación de romper los pactos de gobierno con el PP.

Entonces, en lugar de retroceder ante el abismo demoscópico, el PP decidió dar un paso adelante. Aprovechando una confusa votación sobre los fondos europeos en la que Vox votó a favor, esperando enmendar ese voto en el debate posterior —error muy grave que luego reconoció Abascal—, el 3 de febrero de 2021 —el año del vértigo, en el que todos los equilibrios de la derecha y la izquierda volaron por los aires en tres meses—, Casado, Teodoro y Cuca protagonizaron un número coreografiado en la sesión de control al Gobierno, que otra vez quisieron convertir en sesión contra Vox.

Casado dijo en su pregunta a Sánchez que el decreto de los fondos europeos «se lo tienen que salvar los euroescépticos de Bildu y Vox. (...) Ya no puede decir más eso de la ultraderecha, porque usted ha pintado su Frankenstein de verde». Y sin saber ya si corneaba a Sánchez o a Abascal remató: «Tanto sacar la foto de Colón y se ha metido en la foto del Capitolio. Cualquier día le vemos con cuernos de bisonte». Aludía al más grotesco seguidor de Trump de los que asaltaron el Capitolio pretextando un fraude electoral. En la metáfora no quedó claro quién era el astado: Sánchez o Abascal.

Cuca Gamarra, siempre elemental, aclaró:

Menos mal que Vox salió a su rescate la semana pasada, en el momento que más claramente naufragaba su proyecto. Cuando se asomaba al precipicio con el decreto peronista de los fondos europeos, apareció la mano salvadora de Vox. (...) Cuando el Gobierno se sometía a una cuestión de confianza, salió a su rescate la pinza de Bildu y su querida ultraderecha. Eso sí, señora vicepresidenta [Calvo], ha sido usted muy parca en agradecimientos, espero que dé la bienvenida como se merece al nuevo socio de la coalición Frankenstein.

Solo Cuca podía atreverse a colocar a Abascal, perseguido siempre por la ETA, como «pinza» con los terroristas.

Pero el que alcanzó el nivel máximo de su talento fue Teodoro: «Señor Iglesias, una cosa es ser de extrema izquierda y otra ser un desagradecido. Y yo creo que si Vox ha puesto en sus manos 140.000 millones de euros para gastar sin control, lo mínimo es que les dé usted esta mañana las gracias». Y cerró, riendo su propia broma: «Vox ha pasado de embestir a Sánchez a investirle para el resto de la legislatura».

EL DISCURSO ARRASTRADO DE CAYETANA Y VIDAL-QUADRAS

Dos días después, el 5 de febrero de 2021, Cayetana Álvarez de Toledo, diputada por Barcelona, participó en la campaña electoral catalana junto al candidato Alejandro Fernández y al que lo fuera en las elecciones de 1992 y 1995, Alejo Vidal-Quadras. Fue un momento penoso porque la única razón de su participación era frenar la deriva del voto hacia Vox, del que Vidal-Quadras fue uno de los fundadores; mientras que Cayetana había sido defenestrada pocos meses antes como portavoz en el Congreso y había criticado el ataque personal a Abascal en la moción, aunque, como hemos visto, era lo menos letal de su discurso. Ambos casos demostraron la capacidad de corrupción de los partidos sobre los valores del político profesional.

La portavoz parlamentaria del PP dijo estar «feliz» por participar en la campaña e hizo un discurso compatible con la estrategia de Casado y Teodoro contra Vox. Aunque aún representaba a unos ciudadanos cuyos derechos defendió valientemente, ahora defendía a los que los ignoraban. Y para quedar mejor ante sí misma pergeñó unos «mandamientos laicos por la política contra el populismo» que resultaban involuntariamente cómicos: «1. No tratarás al votante como un niño mimado» (¡en Cataluña!); «2. No intentarás combatir el nacionalismo con un nacionalismo de signo contrario» (como si fuera lo mismo defender la unidad nacional, base de la Constitución, que combatirla), «3. No prometerás remedios mágicos ni agitarás el péndulo identitario» (¡el péndulo!). Y, al final, una estocada profundamente superficial: «4. Proponer una España esencialista, uniforme, con un solo Gobierno y un solo Parlamento, es trilerismo electoral y una forma de desistimiento. La solución a los problemas de Cataluña no es más nacionalismo, ni catalán ni español. La Constitución del 78 no ha fracasado, ha fracasado la política degradada en populismo».

Los términos «esencialismo» o «España uniforme» eran propios de editorial de *La Vanguardia*. Comparar separatismo y unitarismo sí era «trilerismo electoral». Y para desistimiento, el del PP ante el golpe de Estado, que, por cierto, ella fue casi la única del partido en combatir. Lo mejor para la actuación de Cayetana es que casi nadie le prestó atención. El que toreaba era Casado.

Alejo Vidal-Quadras rizó aún más el rizo: dijo estar ahí «para apoyar a personas, no a partidos». Lo decía el presidente del partido en Cataluña entre 1991 y 1996 y eurodiputado por el PP entre 1999 y 2014, año en el que dejó el partido por la política de Rajoy en Cataluña. Junto a Cayetana, dijo: «Cada vez que habla Alejandro, yo me veo reflejado, siento un orgullo de tipo paternofilial». Y sobre el nacionalismo: «El nacionalismo no se puede domesticar y no se le debe complacer porque las transferencias, el dinero, el reconocimiento simbólico solo alimentan al monstruo, al nacionalismo hay que combatirlo sin cuartel». O sea, lo contrario de lo que buscaba Casado. Los dos mayores talentos del PP se mancharon para nada.

Ese mismo 5 de febrero, Vox empezó a creerse que podía superar al PP. Lo recogían ya varias encuestas, incluido el CIS, pero Abascal siguió optando por no celebrar resultados hasta que llegaran y admitiendo ante los periodistas que quizá solo superarían ligeramente al PP en porcentaje de voto y podrían sumar un diputado más. El mensaje oficial siguió siendo que no buscaban medirse con otros partidos, sino entrar en el Parlamento catalán y lograr grupo propio.

La campaña había entrado en una recta final imprevista para el PP. El 6 de febrero de 2021, Casado buscó dar una imagen de unidad, siquiera telemática, tratando de suavizar las presiones y críticas a la presidenta madrileña, Isabel Díaz Ayuso, por su gestión de la pandemia, criticada de forma absurda e injusta por Feijóo y otros *homenots* regionales. Imposible dar imagen de unidad cuando desde dentro se apuñalaba a la más popular.

El 8 de febrero, Casado empezó a dar signos de desesperación. Obsesionado siempre por los medios, se puso la venda de Bárcenas antes de la herida electoral en Onda Cero. «Estamos muy hartos. No hay derecho a que en plena campaña electoral tenga que estar respondiendo a estos casos». Casado acusaba a la Fiscalía de filtrar el escrito sobre el extesorero del PP para «perjudicar» al partido, aunque dijo no tener pruebas. «Me siento doblemente agraviado porque el caso Bárcenas me coincide en campaña y la Fiscalía está jugando con información». Pero la clave volvía a ser Vox.

Preguntado sobre si negociaría con Abascal tras las elecciones catalanas, Casado afirmó que, desde la moción de censura contra Sánchez, el PP dijo que «no va a ser parte de un bloque». Trató de explicarlo: «Si Vox quiere apoyar un proyecto, lo apoyarán porque ellos lo consideran, pero nosotros queremos un proyecto autónomo, no queremos depender de nadie». Salvo de Bárcenas y de la Fiscalía, según acababa de decir. Pero en una sociedad rota tras el golpe, insistió en acusar a Abascal de «estar negociando con el PSOE» por abstenerse en el decreto de los fondos europeos. «Son los mangos de una misma tenaza, yo no quiero polarizar la sociedad».

Y, así, sin una política clara de alianzas y jugando a ser el bueno entre dos malos, es decir, equiparando a Vox con el PSOE, llegó el 9 de febrero y la entrevista de Casado en RAC1, que decidió la suerte electoral.

LA GENUFLEXIÓN SUICIDA EN CAN GODÓ

En la entrevista con Jordi Basté, Casado no sufrió ninguna encerrona, bien al contrario. La cordialidad entre entrevistador y entrevistado, como contó Cayetana y recordé páginas atrás, se había cerrado la víspera, en una cena de ambos con el Conde de Godó y su *hereu*. La radio, ferozmente separatista, del grupo de *La Vanguardia* quiso oficializar el giro radical de la política del PP sobre Cataluña contra la línea, ya lejana, de Vidal-Quadras y la mucho más cercana de Cayetana Álvarez de Toledo, «bestia negra» de los medios separatistas y en particular de Basté, que había salido chasqueado de una entrevista anterior. ¿Qué había sucedido?

Basté le dijo si le preguntaba en catalán, y ella, que entiende perfectamente el catalán —diez años casada con un Güell de Sentmenat—, dijo que prefería en español, «que es la lengua mayoritaria en Cataluña». Así que lo primero que quiso Basté fue resarcirse de lo que entendía como una humillación y le planteó al líder del PP si, a diferencia de Cayetana, podía preguntarle en catalán. Casado dijo que lo entendía «perfectamente» aunque «lamentablemente» no lo hablaba. Deseó también, como si no estuviera en Cataluña, que las lenguas fueran un motivo de unión y hasta lamentó que sus hijos no hablaran catalán, «una lengua estupenda que nunca se tiene que utilizar políticamente».

O sea, que no solo dejó mal a Cayetana, sino que fingió desconocer la utilización política del catalán y el atropello a los derechos civiles de los castellanohablantes. Lo importante era quedar bien ante la radio separatista. Cumplida su venganza lingüística, Basté pasó entonces a preguntarle, en español, sobre Bárcenas y la corrupción del PP. Casado tiró balones fuera, pero no le hizo notar que había dejado de preguntarle en catalán. También para él, lo importante era dejar claro que él no era Cayetana. Faltaría más.

Tras un larguísimo trámite, Basté cambió al catalán para una de las cuestiones de fondo: si el PP modificaría su política en Cataluña y su relación con Vox. Casado se lio, sin necesidad alguna, con un pretendido análisis sobre los *sorpasos* entre Vox y el PP, entre el BNG y el PSOE o entre el PSOE y el PP. Empezó en Cataluña, se fue hasta Cádiz, pasó por Madrid y, conjugando compulsivamente *sorpassar*, llegó a una conclusión similar a su saludo al entrevistador, el que le diferenció de Cayetana: «Lo que quiero decir es que al final yo creo que los resultados el domingo van a ser mejores, creo que Cataluña es una tierra de *seny*, de concordia, que no quiere radicalismos».

Los malabarismos para mantener la equidistancia y justificar lo residual del PP en Cataluña necesitaron excusas que Casado bautizó como «las tres ces»: la corrupción, la crisis económica «que no supimos explicar» y «Cataluña... no lo digo como problema, lo digo como una falta de entendimiento con todo lo que fue el 155». El logotipo del micrófono marca demasiado a los políticos que, como Casado, dicen lo que en cada casa suponen que quieren oír. Así que esa «falta de entendimiento» se debía a que, por un lado, los votantes del PP les pedían actuar con contundencia, y por otro, los nacionalistas les reprochaban «falta de cauces». Como si fuera lo mismo reclamar una reacción al Gobierno de la nación que dar un golpe de Estado. Pues pelillos a la mar: lo importante para Casado en Cataluña era el paro, la sanidad pública o las infraestructuras, lo normal en cualquier otra comunidad. Eso sí, «sin apaciguamientos» y sin dar la razón al que no la tiene, aunque esa fuera, precisamente, la sensación de cualquiera que le escuchara en aquella entrevista.

En su recorrido por la historia del PP en Cataluña, Casado reivindicó el Pacto del Majestic con Jordi Pujol y, por extensión, el firmado con el PNV que permitió al PP llegar a la Moncloa en 1996, porque fueron «positivos para toda España». Los contrapuso a los firmados entre Zapatero y Artur Mas, el tripartito catalán o el del Tinell, firmado ante notario contra el PP de Josep Piqué.

Sin embargo, lo fundamental de la entrevista vino cuando Basté preguntó directamente por lo sucedido aquel 1 de octubre de 2017:

Pablo Casado: Bueno, yo lo que tengo que decir y ya es público es que yo el 1 de octubre era el portavoz del partido, pero yo ese día no comparecí en rueda de prensa.

Jordi Basté: ¿Por qué? ¿Porque no quiso hacerlo o porque lo apartaron?

PC: Bueno, porque mi posición respecto a lo que estaba pasando y lo que tiene que pasar en Cataluña es pública y conocida y es lo que me llevó a presentarme a presidir el Partido Popular.

JB: Un momento, esto me interesa. (...) Usted no hace la rueda de prensa como le tocaba como portavoz...

PC: Bueno, yo decidí no salir a explicar lo que estaba pasando.

Esto es rigurosamente falso. Salió dos veces en dos días, a defenderlo. Pero Basté, que sin duda había hablado con él sobre el asunto la noche anterior, no quiso comprobar nada. Se trataba de deslegitimar la acción del Estado. Y Casado lo hizo. A eso iba. Y Basté se recreó en la humillación del PP, pero también despejó dudas sobre lo que de verdad pensaba el líder popular. No hubo mala interpretación posible, se entendió todo a la perfección, se preguntó y se repreguntó. Y Casado dijo que no compareció...

... porque ni estaba de acuerdo con los que estaban diciendo que se estaba votando en unas elecciones homologables, porque eso no eran unas elecciones homologables, ni estaba de acuerdo con los que decían que ahí no se estaba votando, porque lo que se estaba viendo en la televisión era algo que en mi opinión se tenía que haber evitado.

Basté, en busca del titular, fue llevando al entrevistado a terreno propicio y le preguntó si entonces «no le agradaron las imágenes de las cargas policiales».

Bueno, yo lo que tengo que decir es que eso se tenía que haber evitado y eso lo dije en mi congreso para presentarme a presidente del Partido Popular.

Y para levantar acta radiofónica, Basté repitió la pregunta exactamente en los mismos términos. Casado ya no podía arreglar nada aunque se hubiera empeñado:

Bueno, yo creo que eso lo dijimos todos esa misma semana. Y ni esas ni las del 1 de octubre después, incendiando Cataluña en plena campaña electoral de las generales.

Entonces Basté le soltó que los incendios fueron cosa minoritaria frente a lo masivo de la votación. Fue la penúltima ocasión para decir que no se podía oponer «un grupo de gente» a «mucha gente», cuando esa «mucha gente quería privar a media Cataluña y toda España de sus derechos civiles». Pero Casado iba a rendirse y, ya embaldado, decide negar también la «España de los balcones» cuya representación reclamó en su primera entrevista conmigo en esRadio. Ahora, lo que le importaba no era la bandera que los españoles sacaron al balcón, sino cualquier balcón con cualquier bandera. Literal:

Y le digo una cosa que se va a resumir en balcones. A mí me da igual la bandera que tenga un catalán en su balcón. Me da igual que tenga la señera, la estelada o la rojigualda. Yo quiero servir a todos porque nos pagan el sueldo para servir a todos.

Y aunque, en realidad, era una entrevista electoral, Casado reconoció que hasta le daba igual quién ganara las elecciones en Cataluña porque lo importante, dijo, es que «para presidir España, yo necesito entender en Cataluña, y necesito ser entendido en Cataluña». De hecho, le parecía «irrelevante» el resultado de cara al *procés*, «porque el *procés* ya ha fracasado». Apuntó entonces Basté: «Ha fracasado, pero la gente sigue siendo independentista, ¿qué hacemos?».

Enésima ocasión de dignificarse, que, por supuesto, Casado, despreció. Era fácil contestar: «¿Y qué hacen ustedes con los catalanes que no son separatistas y a los que ustedes machacan a diario, insultan y marginan?». Pero Casado, «un tipo de Palencia que ha nacido en el 81», según se definió ante Basté, había ido a salvarse él, ni a los catalanes ni a los españoles. Los problemas de los catalanes «en su intimidad, al apagar la lámpara de la mesilla de noche», eran los de cualquier otro español: el paro, la pensión... el futuro. Y él se propuso como «parte de ese futuro», parte de «la solución para Cataluña y no del problema».

La entrevista empezó por el sometimiento lingüístico, y así continuó. Frente a la persecución, Casado reclamó «ser práctico», como si el único problema fuera decidir sobre los «pinganillos en el Senado». Y se puso como ejemplo: «Yo estoy aquí entendiéndome en una lengua distinta a la mía, pero porque yo sé que en RAC1 ustedes hablan catalán...». Basté le dijo que en la emisora «hay colaboradores que hablan en español» y Casado terminó la faena «práctica» de la peor manera posible aludiendo a Antón Losada, tertuliano de RAC1 que no habla catalán:

... pero si yo fuera a la radio en la que colabora Antón me parecería fenomenal que me hablaran en galego (sic). Yo doy mítines con Feijóo, ellos hablan en galego. No podría hacerlo en euskera, aunque Carlos Iturzaiz es euskaldún. Lo que yo quiero decir es que, al final, seamos prácticos.

Casado se había arrodillado ante Basté. Pero era poco, y siguió, archivando el golpe de Estado y la persecución lingüística, para hablar de lo que Rajoy decía que era «lo único importante»: la economía. Y, de paso, contraprogramó a Ayuso, que siempre ha brindado Madrid

a los exiliados por el supremacismo:

(...) lo dije el otro día delante de Ayuso y delante de mis presidentes autonómicos: quiero que venga hasta la última empresa que se ha ido a Cataluña. Le voy a decir otra cosa: yo quiero que Barcelona sea el Silicon Valley a nivel nacional.

La solución de Casado es la «revolución industrial», como si nada hubiera pasado en Cataluña: «No hablemos de la lengua, no hablemos del Senado, no hablemos de una disposición transitoria en la Constitución; hablemos de lo que va a dar de comer a nuestros hijos». Y de la libertad de elección de lengua en la escuela pasó a su pueril solución: «El inglés. ¡Pero si los niños en Cataluña tienen que competir con los de Canadá y los de Francia!». En definitiva, según Casado, estos eran los «debates modernos» que necesitaba Cataluña, la Cataluña golpista. Y siempre «respetando la identidad que tiene esta tierra».

La despedida de Casado entroncaba con su saludo: pidiendo permiso, reclamando perdón, buscando la excusa y convirtiendo la entrevista en un círculo. Vicioso, claro:

JB: María Pelayo que ha venido con usted lleva una sierra eléctrica a punto de...

PC: Bueno, por cierto, es catalana. Mi jefa de comunicación es catalana y mi jefe de gabinete también, o sea que...

O sea, que no se podía dudar del sumiso afecto a la Cataluña golpista y xenófoba, insolidaria y antiespañola que representa RAC1. Y en efecto, en esa entrevista todos vieron en Casado la versión más cobarde posible del PP de Rajoy y de Soraya, ese partido que él dijo que iba a cambiar. Ahí selló su suerte electoral. Hasta el final de la campaña, todo fue volver sobre sus omisiones, rectificaciones y sumisiones. Después, en su patológica negación de responsabilidades, llegó a decirle a un dirigente catalán de Ciudadanos que «lo que pasó es que no entendía las preguntas».

Pero los electores de derecha entendieron perfectamente sus respuestas. Y el 14 de febrero de 2021 le respondieron en las urnas: Vox obtuvo más escaños (11) que la suma de PP (3) y Ciudadanos (6). El partido de Albert Rivera, que nació para cubrir los vacíos del PP y el PSOE, perdió nada menos que treinta escaños. De ser el partido más votado pasaron al penúltimo, y solo porque el último lugar lo ocupó el PP de Casado. Este es el cuadro completo:

Partido	Escaños	Votos	% Votos	Dif. 2017
PSC	33	652.858	23,04	+16
ERC	33	603.607	21,30	+1
Junts	32	568.002	20,04	-2
Vox	11	217.883	7,69	+11
CUP	9	189.087	6,67	+5
ECP	8	194.626	6,87	-
Cs	6	157.903	5,57	-30
PP	3	109.067	3,85	-1
PDcCAT	0	77.059	2,72	-

Lo que se venía abajo no eran solo Ciudadanos y el PP. Era la causa de la nación española y su Constitución, era el millón de personas que salieron a la calle tras el discurso del Rey. Era el resultado último de una cadena de traiciones ideológicas y abdicaciones morales que puede seguirse muy bien en este cuadro sobre los resultados de la derecha en Cataluña desde 1977:

Año	Partido	Votos	Escaños	Candidato	Participación %
1980	CC-UCD	286.992	18	Antón Cañellas	61,34
1984	AP-PDP-UL	221.601	11	Eduard Bueno	64,36
1988	AP	143.241	6	Jorge Fernández Díaz	59,37
1992	PP	157.772	7	Alejo Vidal-Quadras	54,87
1995	PP	421.752	17	Alejo Vidal-Quadras	63,64
1999	PP	297.265	12	Alberto Fernández Díaz	59,20
2003	PP	393.499	15	Josep Piqué	62,54
2006	Ciudadanos	89.840	3	Albert Rivera	56,04
	PP	316.222	14	Josep Piqué	
2010	Ciudadanos	106.154	3	Albert Rivera	59,95
	PP	387.066	18	Alicia Sánchez Camacho	
2012	Ciudadanos	275.007	9	Albert Rivera	67,76
	PP	471.681	19	Alicia Sánchez Camacho	
2015	Ciudadanos	736.364	25	Inés Arrimadas	74,95
	PP	349.193	11	Xavier García Albiol	
2017	Ciudadanos	1.109.732	36	Inés Arrimadas	79,09
	PP	185.670	4	Xavier García Albiol	
2021	Ciudadanos	157.903	6	Carlos Carrizosa	53,54
	PP	109.067	3	Alejandro Fernández	
	Vox	217.883	11	Ignacio Garriga	

Ahí se ve cómo el voto que se niega a aceptar el separatismo va buscando dónde posarse y no acaba de encontrar nunca la rama. Cuando, por un momento, pareció que se aflojaba el dogal de la dictadura nacionalista, hasta el viejo votante socialista de Felipe González se pasó a Ciudadanos. Pero sus dirigentes se fueron a Madrid. Y de 1.300.000 votos, todo el voto españolista pasó a menos de medio millón.

Aparte de la adjudicación de escaños, que premió al único partido que no había tenido aún ocasión de traicionarlos, la derecha sociológica y la idea nacional se vinieron abajo de forma estrepitosa. Perdieron casi dos votos de cada tres. El PP no fue el único causante de la debacle, pero es el que presumía y presume de ser la casa o casilla electoral a la que siempre vuelve el voto de la derecha. En Cataluña se demostró que ni era ni probablemente sería nunca más así. Por supuesto, en el PP de Feijóo siguen sin entenderlo. Y más claro, agua.

CUANDO COMPRENDÍ QUE PABLO CASADO NO TENÍA REMEDIO

El 1 de abril de 2021, jueves, cuando me preparaba para volver a Madrid tras la Semana Santa, recibí un wasap de Pablo Casado:

Felices Pascuas, Federico. Si tienes alguna comida libre la próxima semana te invito a comer y sin un rodaballo aceitoso en medio. Un abrazo.

Dos meses antes, como ya hemos visto, Casado había protagonizado el mayor desastre electoral de la historia del PP en Cataluña. Y veintiún días antes, el 10 de marzo, Isabel Díaz Ayuso había convocado elecciones anticipadas en Madrid, para el 4 de mayo. Ciudadanos había presentado una moción de censura en Murcia, la primera de las pactadas con el PSOE para echar al PP de tres de las cuatro comunidades autónomas en que gobernaba en minoría: Murcia, Madrid y Castilla y León. Solo se salvaba la Junta de Andalucía, en la que Ciudadanos tenía cinco consejerías de fuste y disfrutaba la vicepresidencia Juan Marín, muy buen amigo de Inés Arrimadas.

Durante la feria de ganado parlamentario que siguió a la moción de Murcia, Teodoro García Egea me llamó personalmente a la radio para darme la exclusiva de su recompra de los tráfugas de Ciudadanos, dentro de su política esquizoide de agresiones comerciales y halagos personales. Tan pronto daba orden a sus autonomías de suprimir la publicidad institucional en *Libertad Digital* como me mandaba una foto a la entrada de mi pueblo. Es el clásico cortejo baturro: «Como me gustas, mañica, te tiro un cantazo».

Supuse que Casado me escribía para hablar de las elecciones de Madrid, la batalla más importante que se iba a dar contra la izquierda en muchos años, y había que agavillar todas las fuerzas posibles en torno a Isabel. Así que, aunque estaba al tanto de la guerra sucia de Teodoro y él contra ella —esto último le costaba admitirlo a la propia Ayuso—, le respondí de inmediato:

Ya sabes que comer me viene mal, salvo el viernes, entre 14.30 y 15.00. Pero solos y sin rodaballo. También puedo el miércoles a partir de las 18.30. Como te venga mejor.

Lo del rodaballo venía de que la última vez que habíamos comido, en Génova 13, nos dieron un rodaballo nadando en néctar de oliva sencillamente atroz. Y aunque yo no sea finístico de paladar, aquel plato por el que se había sacrificado tanta aceituna lindaba con la agresión física, vía arterial. Habíamos quedado, con Luis Herrero, en repetir para mejorar, cosa fácil, pero se cruzó lo de Cayetana, lo de Abascal, lo de Cataluña y lo de Madrid, por todo lo cual yo lo había puesto verde, así que la cita se fue olvidando. Pero cuando a un político le interesa quedar, queda, y olvida lo que haga falta. Así que, tras varios cambios de restaurante y una última invitación a cenar «con las mujeres», a lo que me negué porque no venía a cuento, quedamos en Las Reses, cerca de la calle Génova, a las 19.30. En ningún momento se acordó que hubiera asuntos reservados o confidenciales, así que entramos rápido en materia:

—Bueno, Federico, tú y yo siempre nos hemos llevado bien, así que te seré sincero: yo no puedo construir una alternativa a Sánchez con tu grupo en contra. Dime qué podemos hacer para mejorar la relación.

—Hombre, para empezar, no ordenar que nos quitasen la publicidad institucional todas las autonomías del PP.

—¿De verdad? ¿Eso ha pasado? ¡Palabra que no tenía ni idea!

—Mira, Pablo, déjame creer que Teodoro no da, sin decirte nada, la orden de boicotear la radio que tú ves tan influyente en el PP. No es que no me lo crea, que no me lo creo, es que es mejor no creerlo.

—Bueno, pues no me creas, pero dime qué hago para arreglarlo.

—Nada, esa orden no podía ser legal, así que después de llamarnos para contárnoslo, nadie la ha cumplido.

—Bueno, entonces no habéis sufrido ningún perjuicio económico.

—Mira, la publicidad institucional no supone mucho para nosotros. Es, sobre todo, el grado de odio irracional que supone meterse en ese jardín.

—¿De verdad es tan grave? No te sorprendas. De verdad que no lo sé.

—Cómo será que Iván Redondo se vino a comer a mi casa solo para saber si era cierto el rumor. No se lo podía creer.

—¿De verdad fue a tu casa?

—El otro día, sí.

—Así que a tu casa. ¡Qué listos son!

—Siempre, cuando Zapatero con Barroso y ahora con Iván, me han invitado a ir a Moncloa o hemos hablado, al margen del presidente. Les interesa saber qué piensa el enemigo y tender un puente por si acaso. No como vosotros, que al que no os obedece en la derecha, si podéis, lo matáis.

—¡Pero qué listos! Hay que reconocerlo. ¿Y sabía lo de la publicidad?

—Perfectamente. Solo quería confirmarlo.

—Y tú le dijiste que sí, claro.

—Solo la verdad, lo mismo que a ti, que no sabías nada hasta ahora.

—¿Y qué dijo?

—¿Lo primero? «¡Pero si eso es ilegal, no puedes quitar lo ya dado!».

—Qué horror. De verdad, aunque no me creas, no sabía nada. En fin, lo siento, te pido perdón, y no volverá a pasar nada parecido.

—Díselo a Teodoro, que es algo duro de entendederas.

—Lo haré. Y también sé que para ti lo estoy haciendo todo mal, Federico, pero déjame explicarte algunas cosas, simplemente para que tengas más datos de valoración.

—Adelante: Cayetana.

—Después de lo que dijo del Rey, tenía que echarla, era ella o yo.

—A ver, Pablo, lo del Rey es malo como excusa, porque no dijo nada fuera de la ortodoxia del partido. Otra cosa es haberlo hecho en *El País*.

—Era un desafío a mi autoridad. Sobre el Rey solo habla el presidente.

—Porque tú lo digas, pero ¿tú crees que yo me engaño por una nadería sobre el Rey? La has echado con esa excusa y lo teníais decidido mucho antes. Incluso antes de lo del hijo del terrorista, que lo aplaudiste con las dos manos, luego con una, y luego, las manitas en el regazo. En cambio, Teodoro casi se rompe las muñecas y se desuella el pulpejo. Y cuando la puñalada de Feijóo «no se pueden perder los papeles», vosotros, chitón.

—Bueno, creo que sobre lo de Cayetana y lo de Abascal ya hemos dicho bastante. Pero ¿por qué no quieres que esté en la campaña de Madrid?

—Pues, hombre, por tu éxito en Cataluña. Si crees que pedir perdón en *La Vanguardia* y RAC1 por la actuación de la policía, que dices que no la respaldaste, recuperar la señera y demás genuflexiones al catalanismo van a ayudar al PP en Madrid, cuando la candidatura de Illa fue una agresión a Madrid y a Ayuso, uno de los dos está loco. Y no soy yo.

—Pero yo como presidente tengo que aparecer. ¡Pero si la puse yo!

—Te recuerdo que me enviaste a convencer a Pizarro de que fuera él. Y que, desde que Ayuso es presidenta, te niegas a que presida el PP de Madrid.

—Es que el binomio de poder Aguirre-Gallardón funcionó muy mal.

—Tan mal que las grandes mayorías absolutas las sacó Aguirre cuando presidía el PP.

—¡Pero si se va a hacer! Cuando toque, pero no adelantarlos porque sí.

—Mira, después de lo de Cataluña, lo mejor que puedes hacer es dejar que alguien gane algo, y ella es la única que, si no estorbaba, puede hacerlo.

—¿O sea, que yo estorbo?

—Sin lugar a dudas. La candidata es ella, tiene un apoyo popular tremendo por haber dado la batalla sola contra Sánchez durante la pandemia, el Ifema, el Zendal, las terrazas y defendiendo la economía. ¿Qué vas a aportarle tú? ¿Y el PP? Las puñaladas de Mañueco y Feijóo, y la sustituta Ana Camíns que teníais preparada, porque la dabais por muerta.

—¿Me quieres decir que el partido no ha apoyado a Isabel?

—¡Pero si no queríais que adelantase elecciones después de Murcia!

—Porque Inés nos había asegurado que era un caso aislado.

—Claro, y Aguado es un hombre de fiar. Leal donde los haya. Mira, yo no sé lo que os pasa, pero si Ayuso no os quiere ver ni en pintura, será porque no le conviene. Y la candidata es ella. En Galicia, Feijóo ni llevaba las siglas del partido, y apareciste una vez para una empanada. Pues igual.

—Eso no puede ser, soy el presidente y el número uno por Madrid.

—No. Eres el que ha perdido estrepitosamente con Vox en Cataluña.

—Aquello es imposible. Los resultados fueron malos, pero fíjate que ni recuerdo la campaña, que fue un palizón. Hice lo que me dijo Alejandro Fernández, que es el que se supone que conoce el terreno, y nos salió mal.

—Pero ¿cómo que Alejandro Fernández? ¿Tú te has oído en RAC1?

—No...

—Tengo la transcripción completa. Si quieres te la paso. La oyes y le echas la culpa a Cayetana, a Alejandro o a quien sea. Pero la culpa es tuya. Lo menos que puedes hacer es reconocerlo.

—Lo que tenemos que impedir ahora es que eso nos pase en Madrid.

—Por eso, después del éxito en el Camp Nou, lo mejor es un poco de banquillo en el Bernabéu. Y en el Metropolitano, porque Almeida juega.

—¡Hombre, solo faltaría!

—Lo saca porque le da votos. Si tú le dieras votos, te sacaría hasta a bailar el chotis. Déjala. Déjala en paz. Si gana, gana el PP; si pierde, habrá perdido ella. Será una campaña a cara de perro. Y ahora tú eres centrista y dialogante, con la señora por detrás y por delante, como dice Luis Herrero.

—¿Eso dice?

—Cosas peores. Lo de Cayetana lo sintió poco, te advirtió que no era adecuada para portavoz si no estabas dispuesto a asumir las consecuencias. Ya se vio. Lo de Abascal le pareció una canallada, como a todo el mundo.

—A todos, no. Muchos colegas tuyos, columnistas de *El Mundo*, aplaudieron que rompiera con Vox.

—Les diste una alegría barata a los centristas *deluxe*. Pero se callan tras el referéndum de esa ruptura, que han sido las elecciones catalanas. Tú, de cuatro a tres. Abascal, de cero a doce. Si no quieres llamarlo canallada, llámalo error de cálculo. Pero Ayuso no seguirá esa vía suicida contra Vox.

—Tendrá que seguir la línea del partido, digo yo.

—Tendrá que seguir la línea que ha mantenido frente a Sánchez y a ti. La campaña será de todos contra ella, salvo Vox, porque Abascal será peor orador, pero no peor persona, creo, y desde luego, bastante más listo que tú.

—¿Quieres decir que Rocío Monasterio, con lo que es Rocío Monasterio, no va a criticar a Ayuso? ¡Pero si son agua y aceite!

—Naturalmente que no. Lo mínimo, que es del PP y ya está. A ellos no les interesa que gane la izquierda y quedar como los responsables. Y esta es la guerra que la izquierda le ha declarado a Madrid, contra Ayuso. La ganará o la perderá ella. Y si pierde, tendrás mociones hasta en Sevilla.

—Bien. Admitamos que tu análisis es correcto. Yo lo veo coherente, no del todo correcto. Pero admitámoslo. ¿No necesita el apoyo del partido?

—Solo faltaría que apoyarais a otra. Pero esta va a ser una batalla de imagen y de ideas, esas que tú has archivado. Y si ella solo quiere hacer campaña con Almeida, lo que debéis hacer el partido y tú es no estorbar.

—¿Y también le estorba que le hayamos fichado a Toni Cantó?

—Esa es una teodorada para meter las narices en la campaña. Y no os va a dejar meterlas, porque os las dejasteis en Cataluña. A mí me cae muy bien Toni. Para Valencia. Aquí, ni pinta nada ni le añade nada a Isabel.

—O sea, que lo que tiene que hacer el partido, según tú, es apartarse.

—Lo que tiene que hacer es enterarse de que, aquí, el partido es ella.

—Pues nada, tomo nota de que estorbo y estorbamos todos.

—No. Podéis estorbar o ayudar. Vosotros veréis.

—Y vuestro grupo nos va a dejar forjar una alternativa a Sánchez.

—Nuestro grupo no esperó a que tú llegaras a la política para estar donde estamos. Es más, sin nuestro grupo no habrías ganado el Congreso.

—Lo sé. Por eso me duele que nos hayamos distanciado tanto.

—Nada que un enemigo común no pueda volver a unir. Y además, aunque aquí huele a cordero frío, nos hemos ahorrado el rodaballo.

—O sea, que nos vamos, pero en buen plan.

—El mejor: a ganar en Madrid.

—Ojalá, recuerdos a la señora Torres.

—Y tú a la señora Torres.

—A ver si quedamos.

—A ver.

Después de aquella cena sin cena, la nuestra fue una relación sin relación. Yo me persuadí de que Casado mentía como respiraba, y él, de que yo no creería ya nada de lo que dijera. La campaña de Madrid me convenció de su doblez irremediable. Y todo empeoró el día de gloria del 4 de mayo, cuando Casado empezó a empedrar para Ayuso la calle de la Amargura.

CAPÍTULO IV

Vox

PROPÓSITO DE ENMIENDA Y DOLOR DE CORAZÓN

Cuando en diciembre de 2018 un partido llamado Vox sacó 12 escaños en las elecciones andaluzas y pactó el primer gobierno andaluz de derechas en los treinta y siete años de autonomía, hasta entonces en manos y bolsillos del PSOE, politólogos y demóscopos corrieron a explicar lo que no habían visto venir. El PP, con Juanma Moreno Bonilla de candidato, había obtenido su peor resultado histórico. Ciudadanos estuvo muy cerca de superarlo en votos, y exhibía la clásica fatuidad centrista del que se siente heredero del futuro, aunque, tan acomplexado como el PP, ofrecía a la izquierda mediática el gesto sumiso de no sentarse con el partido que le permitía compartir el poder con el PP.

Pero ¿qué partido era ese? ¿De dónde venía Vox? ¿Cómo había conseguido cuatrocientos mil votos en la tierra eternamente dominada por la izquierda? Florecieron los análisis y los *opportunity-books* o libros de oportunidad para acercarse al fenómeno, que lo era, y a su explicación, que se les escapaba. La izquierda decretó la «alerta antifascista»; y la derecha centrista también. El libro más interesante fue el que coordinó John Müller¹, en el que, junto a piezas de explicación electoral como la de Emilia Landaluce, había textos de exorcismo ideológico, como los de Torreblanca y Espada. Sin embargo, nadie —ya fuera podemita chequista o riverista infatuado— prestó la menor atención a la trayectoria ideológica, no solo partidista, de Santiago Abascal. Y Vox únicamente puede entenderse como un fenómeno ideológico, de reacción ante ese tradicional abandono de la base social de la derecha por sus dos partidos representativos: el tradicional, el PP, y el que quería heredarlo, Ciudadanos.

EN EL PRINCIPIO FUE DENAES

Todos los libros consignan que Abascal y algunos dirigentes de Vox pertenecieron en algún momento a DENAES, siglas que corresponden a la Fundación para la Defensa de la Nación Española. Sin embargo, nadie se ha parado a estudiarla como, a mi juicio, merece. Ni por qué en ella radica la razón de su fulgurante éxito y, tal vez, de su posible y lenta disolución.

Oficialmente, DENAES nace en 2006, presidida por Santiago Abascal, según el valioso documento de su *Memoria* que me proporcionó para este libro su entonces vicepresidente Ricardo Garrudo. Se trata de un poderoso movimiento intelectual de resistencia nacional en el que aparecen todos los personajes y medios de resistencia a la liquidación del orden

constitucional por el Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero desde 2004. Sus primeros años en el poder, con el PP roto por la manipulación de la masacre del 11-M, que le costó las elecciones, provocaron la mayor movilización de masas que ha vivido España hasta el golpe de Estado de 2017. La COPE, como vio muy pronto Stanley Payne, se convirtió en la verdadera oposición al Gobierno. Teníamos el plácet de Rouco Varela, y el apoyo de *El Mundo*, *Libertad Digital*, algunas firmas de *ABC*, *La Razón*, y el Grupo Intereconomía. La Asociación de Víctimas del Terrorismo de Francisco José Alcaraz fue el referente moral de las gigantescas movilizaciones que, promovidas desde la COPE, llegaron hasta las elecciones de 2008. El PP, noqueado al principio, las hizo suyas, con el apoyo de Ángel Acebes y Cayetana Álvarez de Toledo en Génova 13. Eran manifestaciones en las que marchaban codo con codo Mariano Rajoy, María San Gil y Ortega Lara. En noviembre de 2006 llegó la del millón de personas por las calles de Madrid, la que más asustó a Zapatero.

En *De la noche a la mañana*² y *El linchamiento*³ cuento en detalle cómo se produjo aquella auténtica rebelión popular en defensa de España, porque era España, como nación y base del Estado, lo que estaba en juego. Y aunque la primera denuncia del cambio de régimen de ZP —resucitando a la ETA y expulsando a la derecha— la hizo Mayor Oreja en una entrevista conmigo en la COPE, y el PP vasco siguió siendo el símbolo del compromiso nacional del PP, la desazón era general. Éramos conscientes de que no bastaría el PP —incluso tras derogar, como prometía, las leyes guerracivilistas de Zapatero, como la de Memoria Histórica— para revertir un proceso que impulsaban toda la izquierda y todo el separatismo. Cuando Rajoy, tras perder las elecciones de 2008, renegó de aquel PP que salía a la calle en defensa de la nación y la Constitución, y dijo que «si alguien se quiere ir al partido liberal o al partido conservador, que se vaya», era cuestión de tiempo que, efectivamente, se fueran. Primero, lo hicieron a Ciudadanos; y al fallar Rivera tras el golpe de Estado en Cataluña, a Vox.

Pero volvamos a DENAES. El texto completo de su presentación, meditado y denso, podría haber sido el manifiesto fundacional del futuro partido Vox, y sus ideas, las que hicieron suyas sus votantes, años después:

FUNDACIÓN DENAES. ESPAÑA, NUESTRA RAZÓN DE SER.

La Fundación DENAES para la Defensa de la Nación Española tiene, desde su origen, la pretensión de recuperar e impulsar desde la sociedad civil el conocimiento y la reivindicación de la Nación Española y su realidad política, social y cultural.

DENAES lleva en su seno el ánimo de aunar voluntades, liderar la sociedad civil en defensa de la Nación Española y fortalecer nuestras instituciones políticas y jurídicas comunes, así como reivindicar nuestros símbolos y lazos de unión.

Partiendo de estas bases, nuestros objetivos fundacionales pueden resumirse de la siguiente manera:

El cultivo del patriotismo y la afirmación de España como nación. El patriotismo es un sentimiento sano y natural, normalizado en cualquier país de nuestro entorno, que no denota ideologías ni posicionamientos partidarios y que es necesario para la cohesión de cualquier sociedad.

El fomento de la cohesión de la sociedad española, y de un gran acuerdo de los grandes partidos españoles en torno a la unidad de España y a la fortaleza del Estado español.

La movilización social de los españoles en defensa de la dignidad de la Nación Española y de su inquebrantable unidad territorial y social.

La vigilancia del cumplimiento de la legalidad en lo relativo a los símbolos nacionales, y el derecho de todos los ciudadanos españoles a no ser discriminados por razón de su lengua en todo el territorio nacional.

La defensa del derecho de los españoles a que se respeten escrupulosamente los principios constitucionales, sin que los residentes de ninguna comunidad autónoma puedan suplantar la soberanía nacional usurpando decisiones que solo competen al conjunto de los españoles.

La defensa y promoción del español, lengua común de toda la nación, como elemento de cohesión social y garantía de igualdad entre todos los españoles en su trato con la Administración. También merecen ser defendidas las otras lenguas de España que, junto con el común y universal español, son patrimonio de las diversas regiones españolas y del conjunto de la nación.

La promoción y el desarrollo de estudios e investigaciones sobre la historia de España, la lengua española y la realidad de la Nación Española.

Su estructura organizativa se bautiza y disimula en el cintillo vertical izquierdo de la página, casi ilegible sobre verde oscuro, y lleva un título que solo justifica la legalidad burocrática impuesta a las Fundaciones. En la parte superior vemos: «Departamento financiero», «Gabinete Jurídico», «Movilización Social», «Centro de Estudios» y «Prensa y Organización». De estos últimos dependen el área de «Elaboración» y la de «Divulgación», de la que a su vez dependen «Conferencias», «Web» y «Publicaciones». En la esquina derecha, a la misma altura, pero dejando un espacio de separación, figura «Organización Territorial», de la que dependen, en árbol separado, seis estructuras organizativas: «Resto España I», «Resto España II», «País Vasco», «Cataluña», «Galicia» y «Madrid». Debajo, un área controlada: «Delegados locales», y otra mucho más laxa: «Amigos de la Nación». En fin, todo el diagrama desemboca en una flecha y una banderita española.

El Patronato de DENAES estaba presidido entonces por Santiago Abascal Conde y vicepresidido por Ricardo Garrudo Cayón. En el Patronato de Honor figuraban: Gustavo Bueno Martínez (filósofo), Francisco Caja (filósofo), Fernando García de Cortázar (historiador), Jaime Larrínaga (sacerdote), Jon Juaristi (escritor), Cristina López Schlichting (periodista), Amando de Miguel (sociólogo), Adolfo Prego de Oliver (magistrado), Alejo Vidal-Quadras (parlamentario), Gabriel Cisneros (parlamentario, padre de la Constitución) y Sabino Fernández Campo (general, exjefe de la Casa del Rey).

El principal motor organizativo fue Gustavo Bueno, acompañado por su hijo y el grupo que siempre le seguía. Tampoco era la primera vez que Bueno se movilizaba por el futuro de la nación. Fue uno de los primeros en respaldar mi libro *Lo que queda de España*⁴, con otro asturiano eminente, el profesor Neira, y juntos formaron el frente de rechazo a la marginación del español y a la oficialización del *asturianu*, bable de bables que siempre quiso imponer la izquierda. En *Barcelona, la ciudad que fue*⁵ cuento cómo conocí a Gustavo en el entierro de Alberto Cardín, su alumno más díscolo, que llegó a tirar un panfleto «Contra la dictadura de Robesbueno», pero al que siempre admiró, se reconciliaron y al que legó su biblioteca.

Gustavo Bueno fue el director del Centro de Estudios de DENAES, y con Amando de Miguel y Santiago Abascal, los que más actos públicos protagonizaron por toda España. Pero hay un hilo rojo (como hubiera dicho aquel marxista impenitente) que parte de 1979, con mi primer libro, y el «Manifiesto de los 2.300», de 1981, que siempre tuvo apoyo intelectual en el conjunto de España —Ricardo de la Cierva en ABC, Fernández Ordóñez en UCD, *El País* antes de venderse a Pujol— y que aparece bajo los gobiernos del PSOE, con o sin el PP, desde la

derecha liberal y desde una izquierda que se niega a dejar de ser nacional, como en el caso de César Alonso de los Ríos y algunos de los veteranos del PSOE o de los fundadores de Ciudadanos.

Antes de DENAES, se había producido otro de los episodios clave de ese movimiento en las Jornadas Liberales Iberoamericanas de Albarracín, donde en 1999 y 2000 se fundan *La Ilustración Liberal* y Libertad Digital. Allí estaban Amando de Miguel, Alejo Vidal-Quadras —premiado con la Rosa de Hierro, símbolo de resistencia— y otros intelectuales que pocos años después se sumarían a DENAES y Vox, como José María Marco. Allí, sin partido, estaban Alberto Recarte, José Tomás Raga, Lorenzo Bernaldo de Quirós, Javier Rubio Navarro, Germán Yanke o los de Unión Editorial, que durante décadas han publicado en pulquérrimas ediciones a Hayek, Mises y demás clásicos del liberalismo. Y allí también acudieron miembros del primer Gobierno Aznar, como Esperanza Aguirre, Carlos Aragonés, Lucía Fígar, Regino García Badell o Alicia Delibes. La mayoría era, sin embargo, iberoamericana: Mario y Álvaro Vargas Llosa, Alberto Benegas Lynch (Jr.), Carlos Alberto Montaner, Enrique Gershi, Gerardo Bongiovanni y Plinio Apuleyo Mendoza, entre otros, gracias a la generosidad de Ibercaja, que presidía Manuel Pizarro, y a la Fundación Santa María de Albarracín, dirigida por Antonio Jiménez y bendecida por el obispo y el presidente de la Diputación, que solo aparecían para la foto final.

Porque hasta el cierre, no había fotos. En las jornadas de debate, de extraordinario nivel, interrumpidas por la magnífica gastronomía del lugar y las sesiones nocturnas de rancheras y tangos en El Molino —de las que hablo (poco) en *De la noche a la mañana*—, estaba prohibida la presencia de medios, y nunca se editaron. Ante tal discreción, hasta aquel Camelot se llegó Aznar para firmar con Lanzuela y Zaplana, presidentes de Aragón y la Comunidad Valenciana, el ferrocarril Valencia-Teruel-Zaragoza-Huesca-Canfranc-París, que el Gobierno del PSOE canceló en cuanto puso un pie en Moncloa.

Después de DENAES y tras nacer Vox se produjo un movimiento paralelo al de Vox, y en cierto sentido, ideológicamente contrario: el de Libres e Iguales, cuya líder, tras romper con Rajoy, era Cayetana Álvarez de Toledo. Pero es importante constatar que en Libres e Iguales estuvieron, estuvimos, no pocos asociados de algún modo a DENAES. Eso demuestra que intelectual e incluso mediáticamente había un movimiento muy profundo y de movilización nacional por debajo de las distintas plataformas políticas.

En muchos sentidos, DENAES recordaba la Liga Española de Educación Política que, casi un siglo antes, en 1913, fundó Ortega y Gasset y presentó en el Teatro de la Comedia en 1914. A ella pertenecieron Ramiro de Maeztu, Antonio Machado, Salvador de Madariaga, Ramón Pérez de Ayala, Américo Castro, García Morente, Luis Araquistáin o Manuel Azaña. Casi todos ellos, e incluso el anciano Pérez Galdós, se afiliaron al Partido Reformista de Melquíades Álvarez, que trató de modernizar el sistema de la Restauración. La crisis de 1917, reconstruida magistralmente por Roberto Villa en 1917. *El Estado catalán y el soviét español*⁶ desembocó en un tira y afloja que llevó a Melquíades Álvarez a presidir las Cortes en 1923, disueltas pocos meses después por la dictadura de Miguel Primo de Rivera.

Los grandes nombres intelectuales de aquel momento brillantísimo y agónico de España se repiten. Veinte años después de la fundación de la Liga, en 1933, en el mismo Teatro de la Comedia, José Antonio Primo de Rivera, hijo del dictador, ya muerto en el exilio, fundaba Falange Española y en 1935 publicaba en *Haz* su «Homenaje y reproche a Ortega y Gasset». Un

año después, Melquíades Álvarez era cruelmente asesinado en la cárcel Modelo de Madrid en 1936, pocos días antes de que llegara a Interior un antiguo miembro de la Liga, Ángel Galarza, que lamentaba en público no haber participado en el asesinato del líder de la oposición Calvo Sotelo; y más adelante, otro miembro de la Liga y del Partido Reformista como fue Manuel Azaña —ya presidente de la II República, que tanto ayudaron a traer (y luego a lamentar) Ortega, Marañón y Pérez de Ayala—, ni siquiera intentó evitar las matanzas políticas. No movió más dedo que el preciso para sostener la pluma y deplorar brevemente la de Melquíades en sus *Diarios*.

Mientras, el Gobierno de Largo Caballero, cuyo primer consejero bolchevique era Luis Araquistáin, ordenó el fusilamiento de José Antonio, al que el Gobierno del Frente Popular tenía preso por «tenencia ilícita de armas» en Alicante. En veinte años, la flor y nata de la intelectualidad española pasó de buscar, como dice Ortega al final de su primer libro, *Meditaciones del Quijote*⁷, «rayicos de nueva España», a la Guerra Civil. Hay que seguir siempre las oscilaciones del mundo intelectual y mediático, porque suelen preludiar las del cuerpo político que habita; en este caso, España.

Y DENAES representaba muy bien ese movimiento, de fondo, que traslucía una grave inquietud intelectual, política y mediática. Además de la parte formativa —en cursos de verano, conferencias y presentaciones de libros, sobre todo el de Gustavo Bueno y Santiago Abascal *En defensa de España. Razones para el patriotismo español*⁸—, en 2008 se crean los premios Españoles Ejemplares, que legitiman y amplían el ámbito de referencia de DENAES y garantizan su repercusión.

En su primera edición, los premiados fueron Albert Boadella, Carlos Herrera, Ricardo Benedí (empresario vasco que se negó públicamente a pagar a la ETA), José María del Nido (presidente del Sevilla, primer club que puso la bandera española en su camiseta) y Regina Otaola (alcaldesa de Lizarza, símbolo de la resistencia contra la ETA). Los discursos corrieron a cargo de Fernando García de Cortázar y Santiago Abascal.

En 2009, los premios dieron un salto organizativo y de imagen, y al jurado de los anteriores se unió José Antonio Ortega Lara. Los premiados fueron, en la categoría de Arte y Humanidades, Juan Carlos Pérez de la Fuente por la obra de teatro *Puerta del Sol: un episodio nacional*; en la de Periodismo, *El gato al agua*, programa estrella de la entonces pujante Intereconomía TV; por sus «virtudes cívicas», la Fundación Universitaria San Pablo CEU; Air Berlin, por defender el español como lengua de uso en el avión, y Nike por la campaña publicitaria protagonizada por Pau Gasol «Ser español ya no es una excusa; es una responsabilidad».

En 2010 se incidió especialmente en la defensa del idioma español: Gregorio Salvador, eminente lexicógrafo y autor de *Lengua española y lenguas de España*⁹; el arquitecto Antonio Lamela, por «Del idioma español y su futuro», sobre su preservación en los ámbitos tecnológicos; el piloto Carlos Sainz, en Deportes; el alcalde de Santander Íñigo de la Serna, primera ciudad que erigía un monumento a las víctimas del terrorismo e izó una gran bandera española en Puerto Chico; y *Libertad Digital* por su defensa de la lengua española y los derechos lingüísticos. El premio me lo entregó Ortega Lara, al que a continuación elogiamos César Vidal y yo.

En esa edición, única a la que acudí, la puesta en escena en la Casa de Correos —sede de la Comunidad de Madrid que presidía Esperanza Aguirre— era espectacular. Asistían casi todos los jurados y premiados de ediciones anteriores y, al terminar, todos escuchamos en pie el himno nacional. No había un premiado al que, de una u otra forma, uno no admirase. Y cabe subrayar, sobre todo con políticos, intelectuales y periodistas de por medio, que cualquier tipo de partidismo o de gremialismo brillaba por su ausencia.

LA PRESENCIA EN DENAES DE DIRIGENTES DEL PSOE Y DE CIUDADANOS

El 20 y 21 de julio de 2007, DENAES celebró su primer Curso de Verano, en el palacio de la Magdalena de Santander. El 19 de julio del año siguiente, tuvo lugar el segundo; y el 10 y 11 de julio de 2009, el tercero, sobre «Grandes consensos, grandes coaliciones, grandes reformas», en el que participaron el dirigente histórico del PSOE vasco Nicolás Redondo Terreros y Francisco Sosa Wagner, uno de los líderes de Unión, Progreso y Democracia (UPyD), de Rosa Díez, que, por encima de las siglas, siempre mantuvo una excelente relación con Abascal. Si me detengo en este último es porque da cuenta de esa inquietud que se ha dado en llamar luego «transversal», es decir, por encima de los partidos.

DENAES fue parte de todas las grandes movilizaciones que, desde la COPE, la AVT de Alcaraz y otras organizaciones cívicas, se desarrollaron en Madrid. En 2006, recién fundada, participó en una de las más emotivas, la del Foro Ermua, en la que hablaron dos de los patronos de la Fundación —Francisco Caja y Gustavo Bueno— y que terminó en la Puerta de Alcalá, a oscuras, con un «¡Viva España!» y el himno nacional. Era la primera vez que un grupo de origen izquierdista enarbolaba los símbolos de la nación.

Pero no la única. De hecho, en ese instante empezó el progresivo deslizamiento a la derecha de una izquierda socialista que acabó apoyando a Díaz Ayuso. Al mismo tiempo, tras el Congreso de Valencia de 2008, en el que Rajoy, ungido por Aznar en 2004, se hizo con el partido mediante las argucias caciquiles de Arenas y Soraya, muchos, en su interior, se prepararon para irse, y hubo numerosos gestos de acercamiento a DENAES.

Además de Esperanza Aguirre, anfitriona de los premios Españoles Ejemplares y siempre al socorro de los militantes del PP vasco que en algún momento debían huir de su tierra para salvar la familia o la vida, en circunstancias infernales (fue el caso de Regina Otaola y el propio Santiago Abascal), otra figura del sector liberal del PP, Eduardo Zaplana, que dejó el califato valenciano para ser ministro de Aznar y portavoz en el Congreso durante la primera legislatura de Zapatero, se unió a DENAES en el «I Concurso de Oratoria Gabriel Cisneros».

«Gabi», como era popularmente conocido, uno de los siete padres de la Constitución, denostado por el PNV por su oposición al Título VIII y tiroteado por ETA, se salvó del secuestro —copia del de Javier Rupérez— metiéndose debajo de un coche aparcado, pero quedó malherido por disparos del etarra. En el premio, que se entregó en el CEU San Pablo, el orador fue José Manuel Otero Novas, presentado por José Javier Esparza, y en el escenario se reunió —junto a Ricardo Garrudo, el alma de la organización de DENAES, y Gustavo Bueno Martínez, coautor

con Abascal de esas *Razones para un patriotismo español*— todo un friso de personajes de la derecha, desde las extintas UCD y AP a los liberales del PP, y figuras de la izquierda preocupada por la nación como Redondo Terreros.

Pocos años después, ya con Vox constituido, aunque aún irrelevante, varios de los premiados por DENAES participamos en la presentación de Libres e Iguales: Carlos Herrera, Sosa Wagner o yo subimos con Cayetana Álvarez de Toledo a otro de los pecios flotantes tras el naufragio del PP. La carta de ruptura de Abascal con Rajoy, el hundidor, explica muy bien el clima de desolada indignación y orfandad organizativa que reinaba en el ámbito intelectual y mediático de oposición al PSOE, vista la indolencia de Rajoy ante unos golpistas que acabaron echándolo y colocando a Sánchez. Hoy está casi olvidado el factor sentimental y angustioso de esa orfandad, especialmente dramática en el PP vasco, que de símbolo heroico pasó a desagradable reminiscencia, con Basagoiti, Maroto y Sémper. El texto del futuro fundador de Vox es un recuerdo elocuente de aquella desesperación.

LA CARTA DE RUPTURA DE ABASCAL CON RAJOY

Estimado presidente:

A través de la presente te comunico la dolorosa determinación de poner fin a mi militancia de casi dos décadas en el Partido Popular. Te traslado, en consecuencia, la que es, sin duda, una de las decisiones más duras de mi vida.

Me voy con tristeza del partido al que me afilié con dieciocho años, del partido de mi padre, del partido en el que aún permanece mi padre. Por eso, a pesar de mi marcha, que se produce con todas las consecuencias, siempre me sentiré vinculado emocionalmente a las gentes del Partido Popular. Y por ello, aunque profundamente decepcionado, archivo con cariño y respeto el carné que he llevado en el corazón desde el 31 de diciembre de 1994.

Hubo un tiempo en que el Partido Popular fue una herramienta extraordinaria en favor de la sociedad española. Siempre lo sentí así. Especialmente en los peores momentos; en los que nuestros compañeros caían asesinados, en los que los guardaespaldas eran parte de nuestra vida cotidiana, en los que entregamos nuestra juventud, nuestra libertad y en algunos casos incluso la vida al servicio de la unidad de España y de las libertades de todos los españoles.

Gregorio Ordóñez fue nuestro héroe y nuestro mártir, Jaime Mayor Oreja nuestro padre político, Carlos Iturgaiz y María San Gil, nuestros mejores compañeros, y José María Aznar, quien tuvo la valentía para liderar la difícil tarea de gobierno que necesitábamos —y demandábamos— los vascos del Partido Popular. Pero eso, por desgracia, es ya historia. Historia pasada.

Hoy, el arrinconamiento de algunas de estas figuras, y el olvido de otras, pero sobre todo el abandono de sus ideas y políticas, de nuestros principios y valores, me han llevado a tomar esta decisión como en su día ya la tomó José Antonio Ortega Lara. Hoy, fuera del Partido Popular, me siento más cerca de él y me siento mejor. Estoy seguro, presidente, de que esta decisión en la que muchos me han precedido, no te quepa duda, la tomarán muchos otros en el futuro próximo, motivados a partes iguales por tus decisiones e indecisiones como líder del partido.

No rompo un carné, no reniego de mi pasado, no pienso que todo el esfuerzo fue baldío. Eso sí, me voy con tristeza, abrazándome a tantos y tantos compañeros, a tantos y tantos españoles con los que he compartido colores y con los que aún comparto valores.

Me voy, presidente, con un sentimiento de desgarramiento interior. Son muchas, miles, las personas que aún permanecen en el Partido Popular con las que todavía me siento identificado; personas que representan una de las dos almas del Partido Popular, la de miles de afiliados, la de millones de votantes, la del PP de Madrid,

la de José María Aznar, Esperanza Aguirre, Alejo Vidal-Quadras, Jaime Mayor Oreja, o Santiago Abascal Escuza, mi propio padre.

Pero me voy porque, a diferencia de ellos, he llegado a la conclusión definitiva de que no hay ninguna posibilidad de cambiar las cosas desde dentro, y de que el Partido Popular, su estructura, sus abnegados militantes, y su generosa y patriota base social, a la que no os merecéis, están secuestrados por la inamovible cúpula dirigente a la que representas, cúpula que ha traicionado nuestros valores y nuestras ideas.

Una decisión así no se toma en dos días. Acumulo meses de penosas reflexiones, e incluso años, desde el Congreso de Valencia de 2008. Hoy, 24 de noviembre de 2013, traspasado el ecuador de la legislatura, ya no me reconozco en las políticas de Gobierno del PP, del Gobierno que lideras; y no me reconozco, precisamente, porque yo sí sigo creyendo en los mismos principios que inspiraron nuestros mejores días y los mejores días de la España contemporánea.

No ha sido el ímpetu, ni la reacción ante concretas traiciones, y mucho menos el maltrato personal, las que me han precipitado fuera de mi partido. Se trata de una decisión largamente meditada que obedece a estrictas razones morales y políticas.

La actitud de la cúpula del partido ante la suelta de terroristas ha sido la gota que ha colmado el vaso. La excarcelación de terribles criminales ha marcado, sin duda, un antes y un después en mis sentimientos y mi percepción de la dirección que representas, pero mentiría si adujera a esta única razón para explicar este distanciamiento que ha terminado en ruptura. Llueve, presidente. Llueve sobre mojado. La continuación de la política sobre terrorismo heredada del Gobierno anterior, el trato indigno dado a las víctimas del terrorismo y a sus manifestaciones, la actitud pasmada y pasmosa ante el desafío de los dirigentes separatistas, la torpe decisión de sumarse al desconcierto que trajo la ola de reformas estatutarias, la negativa radical a abordar una reforma profunda del modelo autonómico, el abandono de la defensa de la lengua común en la educación y en la administración en algunas regiones, la insólita y suicida posición política del partido en Cataluña y País Vasco, la consolidación por inacción de toda la legislación ideológica de Zapatero, el aumento de la presión fiscal en contra de nuestros principios sobre política económica, la pasividad ante la legislación que ataca la vida del no nacido, la actitud acrítica y la falta de medidas ante la corrupción que ha afectado al Partido Popular, la negativa a democratizar internamente nuestro partido o el pisoteo de nuestros propios estatutos internos. Todo constituye un incumplimiento flagrante de nuestro programa electoral, del contrato que firmamos con los ciudadanos que nos dieron la mayoría absoluta y, en definitiva, de la misión política histórica que correspondía al Partido Popular.

He intentado tan honesta como ilusamente, junto con otros, detener desde dentro esta deriva. No ha sido posible. No habéis querido. Me voy con la conciencia tranquila tras haber topado con el muro infranqueable de la realidad interna de un partido que habéis acartonado; los congresos siempre bien amañados, las ponencias políticas convertidas en papel mojado y la implacable maquinaria del partido convirtiéndonos en «disidentes» cuando los verdaderos disidentes del PP sois vosotros. Hasta aquí hemos llegado, presidente.

A partir de esta fecha dejo de ser «uno menos» dentro del Partido Popular y paso a ser un español más, que buscará el modo más adecuado y eficaz para hacer oír su voz en favor de España. Y lo haré con las esperanzas intactas, con la ilusión inquebrantable, y con la confianza plena en la capacidad de reacción que históricamente ha demostrado nuestro pueblo.

Al final, la voz de la mayoría de los españoles se oirá entre las tinieblas a las que el sectarismo de Rodríguez Zapatero y tu fatalismo, presidente, nos han condenado; sectarismo y fatalismo que hoy nos impiden divisar el futuro prometedor que la España del presente merece, y que la España por venir, tendrá.

Adiós y buena suerte.

RAZONES PERSONALES, MOTIVOS POLÍTICOS

Una de las peores costumbres cuando un político deja un partido es la de deslegitimar su decisión acudiendo al lado más sórdido de la política, porque normalmente cambia a mejor, en sueldo y en perspectivas de futuro. Pero en la derecha española, como demuestra la sistemática

desaparición de sus partidos, efímeras oficinas de empleo, suele suceder lo contrario: el político abandona un partido con el que se le ha identificado siempre. A veces, como en el caso de Santiago Abascal, desde la más temprana juventud.

La carta de Abascal que, para mí, es el verdadero texto fundador de Vox —porque, tras publicarse, o dejaba la política o fundaba otro partido—, se despachó con el desprecio habitual del PP de Rajoy, Soraya y Martínez Castro, que nunca perdió la ocasión de envilecerse apuñalando a los suyos. No llegó al nivel de Casado y García Egea contra Ayuso, porque nadie, ni siquiera los partidos comunistas en sus feroces escisiones, han llegado a tal nivel de ruindad, al menos en España, pero alfombraron el camino.

No es este el lugar para hacer la cronología de las infamias vertidas por el aparato del PP desde 2008 y el Congreso de Valencia contra los que se apartaron de la nueva línea política, en la que Rajoy, como el camaleón, mutó de color hasta que, un día, cayó en sus fauces el insecto del poder. Pero hay dos fechorías que abren y cierran aquella crisis a la derecha del PP. La primera fue la campaña contra María San Gil por negarse a avalar una ponencia política que cambiaba radicalmente la posición del PP ante el separatismo, en la que, según todas las fuentes de la época, Martínez Castro filtró que la postura de San Gil se debía a la medicación que recibía contra el cáncer, vamos, que estaba loca. La segunda, el discurso de Casado contra Abascal, en la moción de censura que el ya líder de Vox presentó contra Pedro Sánchez. Este último episodio merecía el capítulo aparte que le dedicamos. Pero el de María San Gil está directamente conectado con la carta de Abascal y el nacimiento de Vox.

En junio de 2021, en una de las entrevistas para este libro, Abascal contestó así a estas preguntas sobre el momento y la razón de la ruptura:

—¿Qué sucede para que te vayas del PP? ¿Recuerdas el día, la semana o el mes y el año en que ocurre? ¿Cuál es la chispa?

—María San Gil, la ponencia política. A María le encargan la ponencia y luego nos damos cuenta algunos de que solo quieren utilizar su imagen de líder nacional, porque María era líder nacional, pero no quieren que incorpore ningún contenido. Quieren reducir las referencias a España, no quieren combatir al nacionalismo. Ahí se inicia una lucha con el partido de carácter público.

»Es un periodo muy largo para mí, que va desde el año 2008 hasta el 2013. Y la gota que termina de colmar el vaso es la aceptación del fin de la doctrina Parot que permite excarcelar a terroristas y violadores. Pero es verdad que, antes de lo de María, yo ya tenía un alejamiento en el que incluso discutía con ella: el tema del Estatuto de Cataluña, las declaraciones de Piqué, que eran inaceptables; y, de repente, empieza a hablarse de Estatutos de Autonomía de otras regiones.

»Yo le digo a María: “Esto no puede ser, Mariano no está siendo claro en esto”. Entonces María me dijo que Rajoy había comentado en el comité ejecutivo nacional que no quería ni un solo estatuto más. Yo me quedé tranquilo... Pasan diez días y llega el Estatuto de Valencia con la cláusula Camps y la lengua propia, que es lo que precipita la salida de Ortega Lara. Se va por los estatutos, no como la gente piensa por el tema del terrorismo.

—¿Alguien intentó disuadirte?

—Es que no doy opciones. No doy opciones ni en casa, con mi padre. Yo decido irme y me voy. No hubo nadie que intentara retenerme, probablemente respiraron aliviados. Pensarían que no había nada que hacer, cosa que en el fondo yo también pensaba.

Suele decirse, en la inculca latiniparla de los medios de comunicación y en la que, con evidente injusticia, se asocia a la barra de los bares, que los políticos son todos iguales; que los partidos son máquinas de mentir y de robar; y los votantes, tontos útiles que no se enteran de cómo los engañan. Entre las sandeces más repetidas destaca el «disfruten lo votado», lema de la superioridad moral del desertor. Este detestable ser enhebra sinécdoques y metonimias, toma la parte por el todo o reduce el todo a la parte y, por supuesto, presume de «no querer saber nada» de política.

Sin embargo, la crisis de la derecha del PP o, más bien, del sector nacional que desemboca en Vox, es trágica, y aunque vemos los oportunismos de tantas profesiones, en pocas vidas he visto tanto sufrimiento como en los militantes del PP que suele llamarse «de Aznar», aunque en realidad viene de la UCD y AP, dos partidos masacrados por la ETA con el aplauso del PNV, el respaldo de los comunistas y la indiferencia del PSOE, que con Zapatero se convirtió en abierta traición a las víctimas.

En la COPE y esRadio he entrevistado, durante dos décadas, a muchos de ellos y hasta me traje a Madrid a algunos cuyas vidas estaban o creían que estaban en peligro. De ellos, unos sobrevivieron, otros se eclipsaron, otros traicionaron y otros resistieron, pero no recuerdo a nadie que estuviera en política por dinero o fatuidad.

Uno de los grandes triunfos del terrorismo y sus socios del PSOE, Podemos y las tribus separatistas, ha sido el de borrar ese heroísmo cotidiano de los políticos que hicieron frente al terror. Por eso tiene Rajoy una culpa imborrable y por eso es moralmente obligado defender la trayectoria de Abascal. Él fue uno de los que eligieron, muy joven, como ha dicho, ir a clase con escolta, terminar la carrera y la tesis con escolta, ligar con escolta, casarse con escolta y bautizar a sus hijos con escolta. Para que luego vengan los Martínez Castro, Casado o García Egea, gerifaltes episódicos de tu propio partido, a tacharte de loco o a compararte con los etarras de los que llevas media vida huyendo. ¡Como para no dejar el PP!

VOX, UN PARTIDO BAJO LA VIOLENCIA

Desde sus orígenes, Vox ha sido combatido sañudamente por los separatistas y la izquierda, en general. Antes lo fueron, en el País Vasco, UCD y AP, hasta el exterminio de sus líderes y el desmantelamiento de sus organizaciones. En Cataluña, la violencia se cebó con figuras de la sociedad civil —asesinatos de Viola y Bultó— o con los movimientos de resistencia al nacionalismo —«Manifiesto de los 2.300» y grupos defensores del bilingüismo, la Constitución o la unidad nacional— y creció vertiginosamente hasta el golpe independentista de 2017. Después, por la incomparecencia del Estado en los gobiernos de Rajoy, el hundimiento de Ciudadanos y la abierta complicidad de Sánchez con los separatistas, la violencia contra todo lo español —desde la lengua hasta los símbolos y los partidos no nacionalistas— es uno de los factores que definen a una Cataluña indefensa bajo la bota separatista.

El nivel de agresión permanente en TV3 y los medios separatistas, que son casi todos, es asombroso y asombrosamente impune. En 2022, en TV3 se llamaba «ñordos» (cagarros) a los españoles en general y a los catalanes hispanoparlantes. Para acompañar el mensaje de Navidad del Rey, que, como de costumbre, no emitieron ETB ni TV3, uno de los «humoristas» de la

televisión pública catalana acompañó con ventosidades el himno nacional. Ese es el nivel de respeto a la pluralidad social de una cadena que cuesta más que todas las cadenas privadas juntas. Un déficit sideral a juego con su zafiedad. Lo último, burlarse del Rocío, ya será penúltimo.

La violencia contra Vox empezó desde su presentación, en 2014. Y si al principio heredó la violencia etarra y separatista contra todo lo español, con la aparición de Podemos las agresiones físicas y su deslegitimación como partido democrático se convirtieron en mantras de toda la izquierda y el nacionalismo. Ningún partido de la derecha agredió físicamente a Vox, y solo algunos necios de Ciudadanos, y Casado en su camino a la voladura del PP, llegaron al ataque personal contra Abascal o a la equiparación con Podemos, aunque esto último fue moneda corriente en los sectores mediáticos identificados con el PP y Cs.

En cambio, toda la izquierda y todos los nacionalistas participaron de forma activa o pasiva en la violencia contra Vox, desde el principio. Esta es una lista, a partir de la propia cuenta de Twitter de Vox, de las agresiones sufridas hasta la campaña madrileña de 2021, cuando se llegó al máximo nivel de violencia, física, verbal e institucional contra el partido en actos públicos. No pocos de estos ataques fueron silenciados en los medios de comunicación:

- 11 de mayo de 2014.* Vizcaya. Tras su presentación en enero, los proetarras tiraron huevos y derribaron una mesa informativa a patadas en Las Arenas.
- 23 de mayo de 2014.* Valladolid. Campaña electoral autonómica, municipal y europea. La sede de Valladolid, vandalizada con pintadas de «ETA mátalos».
- 15 de marzo de 2015.* Sevilla. Mitin de las elecciones andaluzas de 2015. Lanzamiento de piedras en Triana contra los simpatizantes que acudieron.
- 17 de septiembre de 2016.* Álava. Mitin en las elecciones vascas. Centenares de proetarras y radicales de izquierda atacaron con botellas y piedras a los que participaban en un acto de Vox, que contaba con la presencia de Ortega Lara.
- 4 de noviembre de 2018.* Alsasua. Grupos de extrema izquierda y proetarras insultaron y agredieron a los simpatizantes y afiliados de Vox en un acto de apoyo a los guardias civiles, salvajemente agredidos allí junto a sus novias.
- 15 de noviembre de 2018.* Murcia. En un acto con la participación de Ortega Lara, centenares de radicales de izquierdas irrumpen gritando: «Ortega Lara, de vuelta al zulo» o «Sin piernas y sin brazos, fascistas a pedazos».
- 2 de diciembre de 2018.* Andalucía. Tras lograr Vox 12 diputados en el parlamento regional, Pablo Iglesias decreta la «alerta antifascista». Violentas protestas contra numerosas sedes de Vox en toda Andalucía.
- 9 de diciembre de 2018.* Marinaleda. La Sexta acude a Marinaleda, Sevilla, para señalar con el dedo a posibles votantes de Vox y sus casas.
- 10 de diciembre de 2018.* Sevilla. Tras las elecciones y la «alerta antifascista» decretada por Pablo Iglesias, vandalizan y pintarrajean la sede de Vox.
- 31 de diciembre de 2018.* Baleares. El grupo separatista Arran ahorca un muñeco que representa a Jorge Campos, presidente de Vox en Baleares.
- 11 de enero de 2019.* Barcelona. Pintadas amenazando de muerte a Santiago Abascal: «Te mereces un tiro en la nuca».

20 de febrero de 2019. Asturias. El coche del coordinador en Pola de Siero aparece totalmente rayado. También aparecen pintadas en la sede del pueblo.

3 de marzo de 2019. Valladolid. La sede amanece apedreada. Los ataques se repitieron semanas después.

28 de marzo de 2019. Guadalajara. Ataques continuados contra la propiedad privada de miembros de Vox. Denuncia ante la Policía Nacional por daños a un vehículo de un representante del partido. Los medios no lo contaron.

1 de abril de 2019. Barcelona. Los CDR dejan inconsciente de una pedrada a un simpatizante de Vox en un acto público. Hay múltiples agresiones a miembros que acuden al acto. Más de seis personas reciben asistencia médica.

9 de abril de 2019. Palencia. Persecución hacia los dueños de los locales que ceden su espacio para actos de Vox. Pintadas en los cines donde se celebran.

13 de abril de 2019. San Sebastián. Durante un acto en el Kursaal, decenas de proetarras agreden y amenazan a los asistentes. El Gobierno vasco no actúa.

23 de abril de 2019. Madrid. La sede de Vox en Leganés aparece pintada con esvásticas e insultos de todo tipo.

25 de abril de 2019. Madrid. Tras la «alerta antifascista» de Iglesias, grupos de extrema izquierda apedrean y pintarrajean la sede nacional de Vox.

26 de abril de 2019. Madrid. Militantes de Femen asaltan el escenario en el cierre de campaña en Colón, insultando a los miles de asistentes al acto.

27 de abril de 2019. Asturias. Dos afiliados de Vox son agredidos mientras pegaban carteles en Oviedo. Requirieron atención médica.

21 de mayo de 2019. Tarragona. Un grupo de jóvenes ataca una carpa informativa de Vox. El cabecilla grita: «Ya podéis desmontar todo esto en media hora o vengo y os corto el cuello a todos. Me cago en tu puta madre».

22 de mayo de 2019. Bilbao. La sede aparece apedreada y con los cristales rotos.

25 de mayo de 2019. Asturias. Sede completamente vandalizada, con todas las cristaleras destrozadas y la placa del partido robada.

20 de junio de 2019. *Eldiario.es* compara a Vox con Bildu. O sea, ETA.

28 de junio de 2019. Álava. Un representante de Vox amenazado de muerte en un restaurante, ante su hija de cinco años: «Qué pena no tener un cargador de balas para vaciártelo encima».

16 de julio de 2019. Madrid. Sede en Parla atacada, daños y pintadas.

5 de agosto de 2019. Baleares. Sede provincial de Vox, apedreada.

7 de agosto de 2019. Gerona. En la localidad de Sarriá de Ter: pintadas «Amonal para Abascal» y «Alberto Tapa Bomba Lapa».

14 de octubre de 2019. Baleares. Más amenazas de muerte a Jorge Campos en las redes sociales: «Deseo que tu familia se muera como los toros».

14 de octubre de 2019. Bruselas. El rapero Valtonlyc, fugado de la justicia española, intenta arrebatar violentamente la bandera de España a Tarradas.

19 de octubre de 2019. Zamora. Vandalizada nuevamente la sede de Vox.

22 de octubre de 2019. Mérida. Una pareja increpa a la asistente en la sede: «Qué coño haces trabajando en este puto despacho. Franquista, hija de puta. Voy a entrar y te voy a romper la cabeza».

22 de octubre de 2019. Cuenca. Tras su inauguración, atacada la sede local.

29 de octubre de 2019. Palencia. Mujer de cincuenta y cinco años agredida por un hombre, que le asesta un puñetazo en el ojo izquierdo por llevar una bandera de España y otra de Vox en las inmediaciones de un mitin de Pedro Sánchez.

1 de noviembre de 2019. Palencia. Atacan la sede, arrancan el letrero de Vox.

7 de noviembre de 2019. Vizcaya. Proetarras dan una paliza a la candidata al Congreso por Vizcaya, Nerea Alzola, en una mesa informativa en Sestao.

8 de noviembre de 2019. Palencia. Ataque en acto electoral de Ortega Smith.

10 de noviembre de 2019. Tuit de Cristina Fallarás, tertuliana de Telemadrid, pidiendo a los hospitales y escuelas que expulsen a los miembros de Vox.

14 de noviembre de 2019. Tras la presentación de una propuesta para derogar la Ley de Memoria Histórica, Pablo Fernández, secretario general de Podemos en Castilla y León, dice de Vox: «Son fascistas sin medias tintas».

15 de noviembre de 2019. Tras una denuncia interpuesta por amenazas recibidas contra la representación de Vox en Murcia, Pablo Fernández vuelve a la carga: «Vox es una formación fascista y sus iniciativas son deleznales».

12 de diciembre de 2019. Castellón. Pintadas de la asociación feminista «Subversives Castelló» en Castellón: Abascal con un tiro en la frente.

20 de diciembre de 2019. Baleares. Atacan la sede de Vox en Inca, donde fue segunda fuerza política el 10-N. Dejan una pintada roja: «Fascistas».

12 de enero de 2020. Barcelona. Agresión, con heridas en un ojo contra un simpatizante de Vox en la manifestación de España Existe, en Cornellà.

30 de enero de 2020. El presentador de La Sexta, Jordi Évole dice en *El Hormiguero*, que a Abascal «un hostión le vendría bien».

24 de febrero de 2020. Gerona. Queman el coche de Fabri, concejal en Salt.

3 de marzo de 2020. Pontevedra. Manuel Español, afiliado de setenta y siete años de Cangas de Morrazo, agredido en la cabeza en una mesa informativa.

7 de marzo de 2020. Barcelona. Feministas radicales golpean un autobús de militantes que se dirigían a Madrid para asistir al acto de Vistalegre.

9 de marzo de 2020. Castellón. En la plaza María Agustina, feministas y ultraizquierdistas ahorcan un muñeco de Abascal con un tiro en la cabeza para conmemorar el 8-M.

10 de marzo de 2020. Granada. En la marcha feminista del 8-M, feministas radicales lanzaron botes con pintura morada contra la sede de Vox.

29 de abril de 2020. En el Congreso, Pablo Iglesias amenaza a los diputados de Vox: «Como en el siglo pasado, el pueblo español hará desaparecer la inmundicia que ustedes representan».

26 de mayo de 2020. Perfiles de extrema izquierda en Twitter amenazan a la diputada Patricia de las Heras, por tener una foto con la bandera de España en la cabecera de su perfil: «ETA, vuelve. Me encantaría colocar una bomba ahí».

11 de junio de 2020. Pontevedra. En la presentación de la candidatura a las elecciones gallegas, amenazas a Vox: «Esta vez vais vosotros a las cunetas».

19 de junio de 2020. Bilbao. Un grupo de abertzales acosa a los militantes de Vox durante un acto electoral de Ortega Smith.

21 de junio de 2020. San Sebastián. Proetarras insultan y atacan a militantes de Vox en un acto electoral de Ortega Smith. La Policía tuvo que escoltarlos.

25 de junio de 2020. Amenazan a Macarena Olona en Twitter: «Ni hilos ni hostias. Una cuerda para ahorcar a los putos nazis como tú es lo que teníamos que haber puesto en la transición. No sois personas».

26 de junio de 2020. Sestao. Proetarras atacan con piedras a los asistentes a un acto de Santiago Abascal, alcanzando e hiriendo a Rocío de Meer.

3 de julio de 2020. Lugo. Abascal y simpatizantes de Vox increpados en un acto de campaña electoral: «Fascistas, nunca mais», «Hijos de puta».

8 de julio de 2020. La Coruña. Agreden a un joven por llevar un polo con la bandera de España. Le dan un puñetazo en la cara al grito de «fascista».

12 de julio de 2020. Elecciones en Galicia y País Vasco. Los apoderados de Vox, amenazados, insultados y agredidos hasta el cierre de los colegios.

2 de septiembre de 2020. Barcelona. Ignacio Garriga y Rocío de Meer son atacados por un centenar de radicales al pasear por las calles de El Raval.

3 de septiembre de 2020. Santurce. Los asistentes a un acto de Vox, con Ortega Smith, son agredidos por proetarras que les lanzan botellas y petardos.

8 de noviembre de 2020. Amurrio. Tres encapuchados atacan la tienda de la madre y la hermana de Santiago Abascal con piedras y una pintada amenazante.

7 de diciembre de 2020. Gerona. La sede de Vox, atacada durante dos semanas consecutivas con pintadas amenazantes.

31 de enero de 2021. Sabadell, Reus y Lérida. En las tres localidades, los asistentes a los actos de Vox son hostigados, insultados y amenazados.

6 de febrero de 2021. Vic. Tiran piedras, huevos y petardos a los asistentes de un acto y destrozan las furgonetas de Ignacio Garriga y Ortega Smith.

7 de febrero de 2021. Valls. Piedras, huevos y frutas en un acto de Ortega Smith.

7 de febrero de 2021. Salt. Decenas de encapuchados atacan y amenazan a los asistentes a un acto de Abascal. Lanza todo tipo de objetos y hortalizas.

10 de febrero de 2021. Tarragona. De madrugada, atacan la sede de Vox tirando cubos de pintura contra las ventanas.

22 de febrero de 2021. Lérida. Separatistas destrozan el coche del diputado por Lérida, Toni López. No era la primera vez que atacaban el vehículo.

12 de marzo de 2021. Barcelona. Un hombre intenta agredir a Abascal y Garriga al acceder al Parlamento de Cataluña. Los escoltas consiguen evitarlo.

6 de abril de 2021. Madrid. Monedero, en vísperas del acto electoral de Vox en Vallecas, pide que después de terminar, se desinfecte el suelo con lejía.

UNA MENTALIDAD DE ASEDIO E INCOMPREENSIÓN

Esa sucesión de actos de violencia sufrida por militantes y simpatizantes de Vox desde el mismo nacimiento del partido no tiene parangón en la historia de la democracia española. No la han padecido grupos tan opuestos a la nación, la Constitución, las libertades y los derechos humanos como Bildu, la CUP y todos los grupúsculos de extrema izquierda ni, por supuesto, Podemos, que, sobre ser un partido totalitario, ejerce de matón en nombre de la democracia.

Hay aspectos en la actuación de Vox desde su súbita eclosión en las elecciones andaluzas de 2018 que no se explican sin una mentalidad de asedio callejero y silencio mediático, otra forma de violencia que el partido de Abascal ha padecido en grado sumo, también sin comparación con cualquier otra fuerza política. Hubo veces en que Vox parecía que sobreactuaba, que reaccionaba en exceso ante una provocación política o una manipulación periodística. Pero es que llovía sobre mojado. Y el grupo primero de Vox, el que estaba en segundo plano cuando solo sacaba 40.000 votos y se hizo con el partido tras el fiasco de las elecciones europeas, estaba demasiado acostumbrado a padecer la violencia y a otra forma de violencia, acaso más hiriente, la de no informar sobre ella en los medios ni darle importancia, cuando no culpaban al agredido de la agresión.

Para algunos medios, todos los de izquierda y tráfugas como *El Español*, Vox y la violencia que lo rodeaba, porque la padecía, se convirtió en excusa para apoyar a Sánchez, equiparando a Vox con Podemos, recurso habitual también en columnistas de *El Mundo* y *ABC*, cuando no directamente con Bildu, como hacía y sigue haciendo la izquierda mediática, la misma que apoya la reinserción de etarras y el respeto a Bildu «porque es una fuerza a la que vota la gente». Votan más a Vox y no lo respetan el Gobierno ni la ETA.

Este es un asunto capital. Y obedece al funambulismo ideológico que lleva a muchos centristas finísticos a identificar a Vox con ERC o la CUP, como si fuera lo mismo defender la unidad nacional que destruirla; y a equipararlo con Podemos, como si fuera igual defender los derechos humanos que apoyar a las cleptocracias comunistas y genocidas de Cuba, Venezuela o Nicaragua. Más grave aún: como si Podemos no fuera parte del Gobierno, y Vox, de la oposición. Y como si Podemos, en virtud de la superioridad moral de la izquierda, acatada por buena parte de la derecha y la mayor parte de los medios, tuviera derecho a acosar a Vox. Las justificaciones eran las mismas usadas en el País Vasco con las víctimas del terrorismo etarra: «algo habrán hecho», «otra vez los mismos», «si es que lo van buscando», «ya sabían dónde se metían», etcétera.

La violencia contra Vox llegó al extremo —con una presencia mediática extraordinaria, que hacía más difícil su ocultación— en la campaña electoral de Madrid en mayo de 2021. La actuación del Gobierno Sánchez, tanto desde el PSOE como desde Podemos, batió sus propias marcas de manipulación y mendacidad. La expectación era enorme tras la candidatura de Pablo Iglesias al frente de su partido por falta de candidato o candidata —Irene Montero se negó a serlo— para impedir la posible desaparición que auguraban las encuestas en una comunidad que había sido su cuna y podía ser su sepultura. Iglesias encabezó una candidatura contra Ayuso y acaudilló la violencia contra otra, la de Rocío Monasterio por Vox.

LAS BALAS DE GRANDE-MARLASKA, LA NAVAJITA PLATEÁ Y LA ESPANTÁ DE LA SER

Pero no solo Iglesias se jugaba la supervivencia de su criatura política. También Sánchez, obsesionado con derrotar a Ayuso y recuperar Madrid, puso todos los medios del Gobierno al servicio de una estrategia típicamente comunista: agredir a los que ellos decían que los agredían. La proyección, en términos psicoanalíticos, es justamente eso: atribuir al otro lo que uno está haciendo o proyectando hacerle, para justificarse ante los demás y ante sí mismo. Como Ayuso era la más favorable a la alianza con Vox, la izquierda atacaba a Vox contra Ayuso y a Ayuso contra Vox. Hay que retroceder al 11-M de 2004 para recordar una campaña de mentiras tan descaradas, de una manipulación tan sórdida y de un victimismo tan grotesco.

Algunos ejemplos: la ministra Reyes Maroto, a quien dos años más tarde encargó Sánchez la reconquista electoral de la Comunidad de Madrid, se plantó un día en la escalinata de las Cortes para denunciar que le habían mandado una navaja ensangrentada, que veía como una terrible amenaza de muerte y que le había llevado a avisar a su hijo, que estaba en el cole, para que no se preocupara. La imagen de la navaja la exhibió en una cartulina muy ampliada, porque la de verdad era una navajita mandada por un loco bien conocido de El Escorial que, con su propio nombre y dirección, solía enviarlas a los políticos, añadiendo algún detalle sobre encuentros con alienígenas. Por supuesto, el aparato totalitario de desinformación no investigó nada: se limitó a embestir. Y en La Sexta, al lado de Antonio García Ferreras, estaba Yolanda Díaz, que, cuando dieron las imágenes de Maroto exhibiendo la ampliación de la navajita con algo que parecía mermolina, fingió darse de bruces contra la mesa, con todos sus bucles, abrumada e indefensa. La mesa en que se precipitó la cascada de L'Oreal rubio era la más adecuada: la del jefe de informativos de la SER que el 11-M inventó los «terroristas suicidas con tres capas de calzoncillos».

El ministro del Interior, Grande-Marlaska, no quiso quedarse atrás y dijo haber recibido varias balas en la antecámara de su despacho, peligro tremendo, similar al de la «Navajita Plateá», como bauticé a Reyes Maroto. Y a partir de esas balas, que el ministro luego no quiso investigar, Iglesias quiso montar en un debate electoral en la SER un «acto de repudio», al modo castrista, contra Rocío Monasterio, instándola a condenar tan atroz amenaza contra el que había sido hasta un mes antes su colega de Gobierno.

Monasterio no picó, y dijo que creía tan poco en las amenazas como en las demás cosas del Gobierno, y entonces Iglesias decidió teatralmente abandonar el estudio. Àngels Barceló trató de impedirlo a toda costa y la candidata de Vox se burlaba: «Mira, mira cómo le coge la manita». Fue el mejor momento de Monasterio en toda la campaña. Pero ese empeño de Iglesias por condenar la violencia no había asomado dos semanas antes de la *espantá* en la SER, cuando tuvieron lugar los graves disturbios contra el partido de Abascal en su mitin de Vallecas del 7 de abril.

Es difícil, pasado un tiempo, recordar aquella jornada. Sin embargo, cubría los actos de Vox para *Libertad Digital* y esRadio Maite Loureiro, y cuando al día siguiente lo contó en mi programa, le pedí que lo pusiera por escrito, para conservar una crónica que valía por sí misma y por lo que contaba de Vox. Este es el texto completo:

Vox en la plaza roja de Vallecas

El acto de Vox en la plaza de la Constitución de Vallecas, conocida como «plaza roja», estaba previsto para las 19.30 de la tarde. Días antes, el partido había anunciado que acudiría al barrio de Pablo Iglesias para dar el pistoletazo de salida a la precampaña en Madrid. Miembros de Podemos, incluido uno de sus fundadores, Juan Carlos Monedero, azuzaron a sus partidarios para que acudieran a protestar al mitin de Santiago Abascal, al que acusaron de querer ir a provocar para conseguir protagonismo.

Los grupos de extrema izquierda amenazaron con boicotear el mitin, lo que motivó un gran despliegue policial para intentar prevenir posibles altercados. Desde primera hora de la tarde, cientos de policías custodiaban los alrededores, acompañados de una docena de lecheras que flanqueaban los accesos. La policía pedía el DNI a los transeúntes y los periodistas para permitir el paso, dando una falsa sensación de seguridad que animó a familias con niños a acudir al mitin.

Una hora antes de que comenzara el acto, en torno a las 18.20, cientos de radicales surgieron de repente de los parques aledaños y, en cuestión de apenas un minuto, tomaron por completo la plaza. Perfectamente organizados, los extremistas rodearon la zona y establecieron un cordón que dificultaba el acceso de cualquier simpatizante de Vox, dejando a su vez atrapados a los que ya se congregaban en la zona.

Los radicales cogieron completamente desprevenidos a los agentes que, de forma improvisada y sin coordinación alguna, se vieron obligados a reaccionar estableciendo un perímetro de seguridad que apenas distaba dos pasos de las personas que habían acudido al mitin. Una vez los violentos se hicieron con el control de la plaza, la policía apenas podía actuar sin entrar en confrontación directa con los extremistas para alejarlos de la zona, ya que habría implicado empujarlos y arriesgarse a iniciar una auténtica batalla campal, antes incluso de que comenzara el acto.

Los grupos de izquierda desplegaron rápidamente pancartas de protesta, en las que se podían leer todo insultos contra el partido, y comenzaron a proferir amenazas del tipo «Fuera fascistas de nuestros barrios» o «Madrid será la tumba del fascismo». Durante algo más de una hora amedrentaron a los allí presentes sin que los agentes reaccionaran, más allá de evitar con su presencia que se mezclaran con los simpatizantes. La plaza se convirtió en una auténtica ratonera.

Los policías tuvieron que establecer un pasillo de seguridad para que los líderes de Vox pudieran acceder a la zona sin ser agredidos. En torno a las siete de la tarde empezaron a llegar los primeros dirigentes, entre ellos Macarena Olona, que recorrió todo el camino hasta la plaza custodiada en todo momento por policías para evitar altercados. El círculo de agentes que la rodeaba apenas permitía distinguir de quién se trataba. Según iban accediendo los diferentes miembros del partido, los extremistas caldeaban cada vez más el ambiente con gritos, amenazas e insultos.

Comenzaron entonces los primeros lanzamientos de objetos a cuentagotas: zapatillas, botellas de plástico, de vidrio... poniendo en serio riesgo la seguridad de todos los presentes, lo que provocó que se produjeran las primeras cargas policiales.

Santiago Abascal accedió a la plaza acompañado de su candidata, Rocío Monasterio, en torno a las siete y media de la tarde. Inmediatamente tomó la palabra e intentó dirigirse a sus simpatizantes, sin éxito. Los gritos atronadores de los violentos apagaban sus palabras. Solo los micrófonos de la prensa podían captar qué estaba diciendo. Al comprobar que era imposible continuar el acto en esas circunstancias, el líder de Vox se bajó del atril instalado para la ocasión y contó los pasos que le distanciaban de la turba: apenas dieciocho.

Fue uno de los momentos de mayor tensión y más peligrosos. Los terroristas callejeros enloquecieron ante la presencia de Abascal y comenzaron a lanzar todo tipo de objetos, incluido estacas, piedras y adoquines, alcanzando a varios presentes e hiriendo al diputado de Vox por Guadalajara, Ángel López, en un brazo. Posteriormente tuvo que ser atendido en el hospital.

Ante la lluvia de objetos, el líder de Vox, de vuelta en el atril, interrumpió en varias ocasiones el acto para exigir a la policía que garantizara la seguridad. Empezaron entonces las cargas más violentas como se pudo ver después en las imágenes tomadas por la prensa. Una vez desalojados los radicales más peligrosos, Abascal tomó de nuevo la palabra e informó de que Macarena Olona había intentado contactar con el ministro del Interior, Fernando Grande-Marlaska, a través de la presidenta del Congreso, Meritxell Batet, sin obtener respuesta.

Minutos antes, la secretaria general del grupo Vox en el Parlamento lo relataba en *Es la Tarde de Dieter*, donde mostró su preocupación por la presencia de niños de apenas cuatro o cinco años. Según explicó, de forma errónea intentó guarecer a esas familias cerca de los líderes de Vox, sin percatarse de que era la zona más insegura por ser el objetivo de los terroristas callejeros durante el lanzamiento de objetos.

Pasadas las ocho de la tarde, la policía logró desalojar a los radicales más violentos, lo que permitió que pudiera comenzar propiamente el mitin con las intervenciones de Abascal y Rocío Monasterio, aunque la jauría que permaneció en la plaza impidió que se les pudiera escuchar en condiciones en ningún momento. Los líderes de Vox anunciaron que no se marcharían de allí hasta que se hubiera garantizado el desalojo de todos los presentes de forma segura.

Sobre las nueve de la noche abandonaron la zona, de nuevo custodiados por los agentes y ahora, también, por sus guardaespaldas. En los alrededores, los grupos de izquierdas seguían insultado y amenazando a los que eran sus propios vecinos por haber acudido al mitin de Vox. Afortunadamente no obtenían respuesta, lo que evitó que se produjeran enfrentamientos.

Treinta y cinco personas resultaron heridas durante el acto, veintiuno de ellos policías. Por suerte, no hubo que lamentar ninguna desgracia mayor a pesar de la violencia registrada. La situación de peligro vivida no era comparable siquiera a lo que ocurrió durante la campaña en Cataluña. En aquella ocasión, se percibió desde el principio la escasa presencia de *mossos d'esquadra*, a los que tuvieron que sumarse miembros de la Policía Nacional para evitar agresiones. Los perímetros de seguridad que se establecieron entonces eran más amplios para alejar a los violentos de los miembros de Vox. Lo vivido en Vallecas solo puede compararse a la *kale borroka* que actuó durante años en el País Vasco, tanto por la forma de proceder de los radicales, como por el miedo y la sensación de inseguridad que se vivió durante todo el acto.

UNA LEGISLATURA ENTRE PARÉNTESIS

El apabullante resultado de Ayuso hizo innecesario el apoyo de Vox. Pero en la legislatura fue creciendo la rivalidad —otros dirán los celos— de Monasterio a la rutilante presidenta de Madrid. Tras verla sobrevivir al intento de asesinato civil por Casado y Teodoro, donde tuvo el apoyo explícito de Abascal, la presidenta de Vox en Madrid participó en varias zancadillas personales feísimas. Figuran entre ellas el apoyo a una comisión de investigación sobre un crédito al difunto padre de Ayuso, y, luego, otra contra su hermano, siguiendo las denuncias de Génova 13 y la izquierda por las compras de material sanitario, que fueron totalmente legales; después, otra sobre las residencias de mayores, siguiendo un libro infecto del responsable de Ciudadanos en aquella época, ahora protegido por la izquierda; y acabó por votar con comunistas y socialistas en contra de los presupuestos de la Comunidad, tras una serie de excusas muy poco creíble.

Al final, Abascal respaldó lo que Monasterio quería: marcar claras diferencias con el PP, aunque fuera votando junto a la extrema izquierda. El interés de partido se impuso sobre el respeto a los votantes, que, aunque haya siempre un grupo extremista que odia al PP más que a Sánchez, no entiende que se haga causa común con Podemos contra Ayuso. Pero esa reflexión la dejamos para el final del libro.

LA DERECHA ANTILIBERAL Y ANTIDEMOCRÁTICA AL ACECHO DE VOX

Casi toda la izquierda en España y la totalidad del separatismo son rabiosamente antiliberales y profundamente antidemocráticos. No es, pues, de extrañar, que, al menos, una parte de la derecha en España también lo sea. Y que esa derecha que, desde los comienzos de la Transición y al extinguirse Fuerza Nueva, no ha cuajado en un partido con presencia pública notable, haya intentado hacerse con Vox y trate de impedir que asuma posturas liberales, como la economía de mercado y la libertad en materia moral, referida a asuntos estrictamente de conciencia, como en el caso del aborto.

Liberalismo y democracia, sin ser forzosamente opuestos, no son lo mismo. Lo fundamental para la libertad personal bajo la ley —no existe otra— es el liberalismo, que busca garantizar las libertades individuales y la igualdad ante la ley frente al poder. La democracia es, básicamente, un mecanismo para la elección incruenta de gobernantes a todos los niveles de la Administración. En su seminal y actualísimo *La democracia en América*, publicado por vez primera en 1835, Alexis de Tocqueville ya advirtió sobre los peligros que la democracia puede acarrear a la libertad en las sociedades liberales. Y en la sociedad del siglo XXI los peligros de la «democracia de masas» alimentada en las redes sociales son evidentes. La libertad de conciencia, de expresión y de opinión están sometidas al acoso de esas redes y a la dictadura de lo políticamente correcto, sea mediante la «cancelación» o la imputación de «delito de odio» a cualquiera que critique los dogmas, eslóganes y dicharachos izquierdistas.

La derecha defiende, en general, y siempre, más que la izquierda, valores tradicionales como la familia, la nación, la propiedad y la libertad personal. Sin embargo, igual que en la intelectualidad de izquierdas —empezando por las universidades norteamericanas de élite, imitadas perrunamente por los partidos políticos y medios de comunicación hegemónicos—, hoy no hay límites para el intervencionismo en la vida pública y privada de los ciudadanos, sea en nombre de la Mujer, del Cambio Climático, de la Memoria Histórica o de cualquier otra mayúscula imposición o atropello a las leyes y las opiniones que no concuerdan con las mixtificaciones, bulos o trolas de la progresía.

En Vox confluyen una masa votante indignada con el PP de Rajoy y pequeños grupos católicos, liberales y hasta libertarios, contrarios a la hegemonía cultural de la izquierda y al turbión de lo «políticamente correcto» que, desde esas universidades de élite en los EE. UU. se ha extendido a las europeas, a las instituciones de la UE y a organismos paraestatales como el Foro Económico Internacional, crisol de la Agenda 2030 y de la ideología de género, el ecologismo, el animalismo y el odio a toda la cultura clásica occidental.

De manera paradójica, la primera etapa de Vox, la de Vidal-Quadras, tiene escaso efecto electoral, porque aún no se ha producido la implosión del PP tras el golpe de Estado de 2017 en Cataluña. En cambio, la segunda etapa —con la llegada al poder de Abascal, Méndez-Monasterio, Ortega Smith, Francisco J. Contreras, Espinosa de los Monteros, Bardají, Olona o Monasterio— coincide con el formidable despegue electoral del partido, aunque, aparte de la defensa de la nación y la ley, la ideología del nuevo grupo dirigente unido por la figura de Abascal es bastante caótica. Está fascinada por Bannon y Trump, la llamada *alt-right* y, al tiempo, con los movimientos nacionalistas que en varios países de la UE y por distintos motivos se alzan contra Bruselas, pero ni han constituido un grupo común en el Parlamento Europeo ni han formado más que el llamado Grupo de Visegrado, ni tienen nada en común. Manuel Llamas

lo demostró en el primer libro sobre Vox, coordinado por John Müller. Dejó claro que el programa de Marine Le Pen en Francia era casi idéntico al de Podemos, no al de Vox. En su idea de la economía y de la intervención del Estado, eran calcados.

Abascal suele eludir astutamente esa contradicción diciendo que Orban, Le Pen, Meloni, Salvini y Vox tienen en común su independencia nacional. Eso es como decir en el Mundial de fútbol que todas las selecciones tienen en común las ganas de jugar, no de enfrentarse entre sí. En realidad, lo que la izquierda llama ultraderecha es un extraño sindicato de intereses compuesto por liberales y neocomunistas, partidarios y enemigos de la economía de mercado, laicos y ultracatólicos, que tienen en común el odio a la izquierda que, a su vez, los caricaturiza a todos zafiamente.

En mi opinión, en esa confusión gana la izquierda, que esconde su radicalismo y camufla como religiosa o nacionalista la resistencia lógica a la vulneración continua de la propiedad y la libertad en la UE, algo más importante que la autonomía de los Estados, cuyas fronteras son harto difusas. La apelación a las «élites globalistas», obsesivamente repetida por todos los líderes de Vox, responde a una realidad indudable, resumida en la Agenda 2030, pero remite a una explicación muy poco satisfactoria: la del llamado «Nuevo Orden Mundial», NOM. Realidades como la de Ucrania tras la invasión de Putin, que ha enfrentado a Polonia con Hungría y a Orban con Abascal, aunque parezcan no darse por enterados, desmienten ese orden, en rigor un desorden caótico en el que políticos y Estados improvisan sin tregua. Una cosa es que de las universidades estadounidenses provenga el detritus reciclado de Mayo del 68, imitado por las universidades europeas, luego por los medios, y luego por los partidos de izquierda —lo explico en *La vuelta del comunismo*— y otra, muy distinta, que exista un solo plan, un solo orden y nada menos que un solo Gobierno. Se trata de una paranoia confortable para no afrontar la complejidad de los hechos, con éxito asegurado entre vagos intelectuales.

La guerra de Ucrania contra la invasión de Putin, una atrocidad típicamente soviética, ha desmontado esa ideación del NOM, porque, de creer en la existencia de las «élites globalistas», enfrentaría a la misma élite capitalista de Moscú y de Kiev. ¿Un capitalismo hijo del liberalismo pero totalmente contrario a los valores de la tradición europea y cristiana? ¿Alguien cree que al defender la propiedad y la libertad de los ucranianos contra Putin, Zelenski no está defendiendo lo mejor de la idea de Europa? Pues bien, entre los devotos del NOM, la invasión de Ucrania ha sido una especie de error de Rusia, astutamente confundida por la OTAN, que jamás debió aspirar a cobijar a los países del Este, los cuales pretenden, irresponsables, liberarse del escudo protector de Moscú. Muchos de los nacionalistas que se asocian habitualmente en Europa a Vox añoran el Pacto de Varsovia, no porque quieran volver a masacrar húngaros, checos o polacos, sino porque era un mundo sencillo; el odio a los EE. UU., tan de nuestro 98, aún los pierde.

UN PROFETA DEL PASADO: GONZÁLEZ CUEVAS

En 2019 se publicó *Vox, entre el liberalismo conservador y la derecha identitaria*, de Pedro Carlos González Cuevas¹⁰, que se presentaba en portada como «el libro definitivo sobre Vox». González Cuevas es un historiador clásico sobre la derecha española. Sobre una cierta derecha y desde una cierta derecha, habría que decir: *Historia de las derechas españolas, de la Ilustración*

a nuestros días (Biblioteca Nueva, 2000); *El pensamiento político de la derecha española en el siglo xx* (Tecnos, 2005); *La razón conservadora. Gonzalo Fernández de la Mora, una biografía política e intelectual* (Biblioteca Nueva, 2015); y *Conservadurismo heterodoxo. Tres vías ante las derechas españolas: Maurice Barrès, José Ortega y Gasset y Gonzalo Fernández de la Mora* (Biblioteca Nueva, 2009).

Los dos primeros necesitarían una actualización, atendiendo a los fenómenos de comunicación que trata de forma condescendiente o ignora, achaque común en el mundillo universitario. Los otros dos son altares de homenaje a Fernández de la Mora. Y si es habitual la fascinación en una biografía, hablar de «heterodoxia» en los últimos resulta involuntariamente cómico. Barrès aparte, Ortega desde *El Sol* y Fernández de la Mora desde *ABC* fueron dos respetados *maîtres à penser*, cada uno en su nivel, en el mundo intelectual español. Ortega en la restauración y la II República, Fernández de la Mora en la opinión y crítica de libros, recogida en varios tomos, en *ABC*, el medio más influyente en materia de religión, filosofía y política, durante la dictadura de Franco. Allí, orbitando como el propio medio, desde el monarquismo juanista al franquismo tecnocrático, llegó a ser ministro; y en la Transición fue uno de los «siete magníficos» de Alianza Popular, todos ministros de Franco y, salvo Fraga, sin suerte luego en la democracia. Fundó *Razón Española*, estéticamente lejana de la *Revista de Occidente*, pero muy estimable en su crítica al devenir de la democracia, de la que nunca fue entusiasta. Tampoco sus devotos, como González Cuevas.

Ortega, obviamente, pudo ser ministro de cualquier cosa, y desde la Liga de Educación Política (1914), título presuntuoso donde los haya, hasta la Agrupación al Servicio de la República (1930), de la que renegó tan rauda e irresponsablemente como la propugnó, se creyó capaz de hacer política. Error. De la Mora, también excelente prosista, lo logró en la dictadura, con buen resultado, pero, claro está, siguiendo un *cursus honorum* más sencillo.

Confieso que lo que me resulta más curioso en los libros de González Cuevas sobre De la Mora es la parte, amplia y minuciosa, dedicada a la crítica de libros durante más de una década, impartiendo doctrina política y teológica desde *ABC*. Ni una sola vez contempla el hagiógrafo el hecho moralmente reprochable, y en no pocas ocasiones repugnante, de atacar obras o autores, como Julián Marías, que no se podían defender o no podían hacerlo en las mismas condiciones que el numen de un régimen dictatorial que podía mandarte al destierro.

Es evidente que Cuevas, como su maestro, desprecia a Marías, pero hay algo en lo que jamás repara: uno habla desde la dictadura, y otro, desde la oposición a la dictadura. Eso supone moralmente un baldón, por no decir un ventajismo repugnante. Sus cambios de opinión son de equilibrista. Y su fascinación postconciliar por la teología protestante, a lo Rahner, mientras repartía palos a los teólogos españoles, resulta moralmente escandalosa. Como su justificación de la dictadura franquista, melosa cuanto interesada.

Por cierto, ya en democracia, y a cuenta de la Constitución, Marías criticó tanto como Fernández de la Mora, y con más eco, aunque sin éxito, el Título II de las Autonomías, que, leyendo a Cuevas, parecería casi obra exclusiva del exministro y diputado de Alianza Popular. Gabriel Cisneros fue acribillado por la banda de Otegui a las puertas de su domicilio por lo mismo. Pero, en fin, la idolatría intelectual tiene sus servidumbres y todos caemos en ella. Si acaso, la de Cuevas le pilló ya tallado. Y le incapacita para entender lo sucedido en la derecha desde 2004, en el PP y, lo que nos ocupa, en Vox.

Es difícil saber lo que la nostalgia de Fernández de la Mora entiende bueno para España, donde el PP es considerado como «el gran obstáculo» para un partido «auténticamente de derechas». Pero ¿de qué derechas? No le gusta Contreras; desprecia de manera zafia la tarea historiográfica de Pío Moa, tan elogiada por Stanley Payne; no me traga a mí; asegura que el «liberalismo económico», ni más ni menos que la propiedad, deshumaniza al ser humano; elogia a Chantal Mouffe, madrina de Podemos; lamenta que la derecha política española ignore «innovaciones tales como el positivismo contrarrevolucionario, tipo L’Action Française o el fascismo italiano. En la actualidad las ideas de, por ejemplo, Alain de Benoist y su Nouvelle Droite —añade— son desconocidas o muy minoritarias en la sociedad española».

No tan desconocidas. Yo critiqué en *Disidencias*, la revista de libros de *Diario 16*, la antología sobre la Nouvelle Droite, para mí una antigualla liberticida, cuando a comienzos de los ochenta, en la Colección Tablero de Baltasar Porcel, lo publicó Planeta, que no ha hecho nada parecido con Hayek o Mises. Ciertamente es que Jorge Verstrynge, al que correctamente identifica con Benoist, me lo reprochó cuando aún era el delfín de Fraga. Pero si la primera parte del libro no añade nada —salvo algunos merodeos nostálgicos por el corporativismo fernandezmoriano, hoy olvidado—, en la parte final bebe de sus datos, en lo que a mí y al grupo LD se refiere, en una fuente especialmente sórdida, falsa y delictiva: El Yunque, cuya identidad no solo oculta sino que considera imposible de investigar por ser secreta.

Dice González Cuevas:

Se ha hecho referencia, por parte de cierta prensa tanto conservadora como izquierdista, a una supuesta influencia en Vox de una fantasmal sociedad secreta católica denominada El Yunque. Sin embargo, para un historiador serio el recuerdo a la referencia a «sociedades secretas» resulta no ya sospechoso sino prácticamente inservible, por la imposibilidad de verificación empírica¹¹.

Este «historiador serio», pues, considera «inverificable» el caudal inmenso de investigaciones sobre la masonería. No es de extrañar que acepte sin más la versión, rigurosamente novelada, de la «autoría islámica» de los atentados del 11-M, ni que desprecie la gran tarea de Ricardo de la Cierva y su Editorial Fénix y repita el mantra de que la derecha no da la batalla ideológica a la izquierda. Será él, porque algunos llevamos cuarenta años produciendo libros, artículos e iniciativas mediáticas, sin apoyo de nadie, contra la dictadura mediática de la izquierda. Pero además oculta de forma sospechosamente deliberada o absolutamente negligente la información oficial sobre El Yunque hecha a petición de la Conferencia Episcopal Española y publicada en 2011 con el sugestivo título de *El Transparente de la catedral de Toledo*. Veamos lo que el serio historiador se niega, seriamente, a leer, entender o confesar.

EL TRANSPARENTE DE LA CATEDRAL DE TOLEDO

Aunque no sea la única fuente, ni mucho menos, sobre la naturaleza y actividades secretas de El Yunque, quizás la primera investigación completa y oficial tras la denuncia de diversas familias y organizaciones fue *El Transparente de la catedral de Toledo*. Se trata de un informe con este título elaborado por Fernando López Luengos, a la sazón vicepresidente de la asociación

de cristianos laicos Educación y Persona, por encargo de la Conferencia Episcopal Española, realizado entre marzo y abril de 2010. Se publicó en *Infovaticana*, que dirigía por entonces Gabriel Ariza, en 2014.

La documentación del informe se realizó con los testimonios de veinticuatro testigos cuya identificación se protegió en la publicación del informe. Además, como detalla el autor, López Luengos, se recabó información de:

... presidentes o secretarios de las siguientes entidades: Educación y Persona, Asociación Católica de Propagandistas, CECE, Foro Español de la Familia, España Educa en Libertad, varias plataformas de padres objetores, un miembro de Profesionales por la Ética, un miembro de CONCAPA y un miembro de Hazte Oír.

El informe incluye correos de queja y desvinculación cuando algunas personas afectadas tuvieron conocimiento de las actuaciones de El Yunque en la asociación en que participaban. Por ejemplo, destaca un comunicado de los miembros de la Junta Directiva de España Educa en Libertad (federación de plataformas de padres objetores) por el que se desvinculan a título personal de Profesionales por la Ética tras saber que está relacionada con la asociación secreta. Se aportan también respuestas de miembros de El Yunque defendiéndose de las acusaciones y negando todas las evidencias.

Asociacionismo de los laicos cristianos españoles e intromisión de El Yunque

El Yunque basa su estrategia de infiltración en la efervescencia de la sociedad civil española que se manifestaba contra las políticas más sectarias del Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero. Allí aparecieron Hazte Oír, CitizenGO, Profesionales por la Ética, Instituto de Política Familiar, Foro Español de la Familia, asociaciones provida y contra el adoctrinamiento de la asignatura Educación para la Ciudadanía, etcétera. En algunos casos, la presencia de El Yunque fue por mera infiltración, sin alcanzar a la estructura completa de la asociación parasitada. En otros, como Hazte Oír o Profesionales por la Ética, la asociación era en sí misma una estructura de El Yunque. Los que no compartían el proyecto denunciaron los hechos y abandonaron su actividad.

Orígenes e introducción en España de El Yunque

El Yunque es una asociación civil secreta de ciudadanos con identificación cristiana. Surgió en México en la clandestinidad en 1952 y contribuyó a llevar a Vicente Fox a la presidencia mexicana, terminando un ciclo de setenta años de gobiernos masónicos enemigos de la Iglesia católica. En sus orígenes también tuvo una orientación filonazi y antisemita. Su fundador Ramón Plata Moreno fue asesinado a balazos en 1979.

En España se asentaron procedentes de México en los años de la Transición a la democracia, tras la muerte de Franco. Varios miembros de El Yunque lograron formar células (Centros) en varias ciudades españolas. Arraigaron en diversos ambientes, pero tuvieron buen asiento en ambientes franquistas y afines a la Falange o a los carlistas. Desde su inicio en España la vinculación y dependencia de El Yunque español con el mexicano ha seguido siendo estrecha (también económicamente) y sirve de modelo para los españoles. De vez en cuando aquellos visitan a estos para estimular sobre todo a los jóvenes.

Definición de El Yunque, ritual de iniciación y juramento de los miembros

Gracias a los testimonios de miembros de El Yunque, el informe encargado por la CEE pudo reproducir (como información reservada) los términos del juramento iniciático. Este es el texto de la ceremonia, por parte del maestro y del iniciado, convertido en «orgánico» de El Yunque:

Tú no has elegido venir aquí, tú has sido elegido. Y a partir de hoy formarás parte de una casta de elegidos, nuestra lucha es la de los cruzados, la de los cristeros, la de muchos otros caballeros cristianos que a lo largo de la historia se han organizado para consagrar sus vidas a instaurar el reinado de Cristo en la tierra. Este es nuestro apostolado y es nuestra actividad primordial en la vida. El Yunque es una organización cívico-política abocada a preparar a una aristocracia del espíritu que debe conducir y gobernar a (España) según los dictados evangélicos.

Somos una milicia, nuestra lucha exige primordialidad, reserva y disciplina.

Por la trascendencia de las actividades propias de la organización, estas tienen primordialidad sobre cualesquiera otras, ya sean de carácter laboral, familiar o de cualquier otra índole.

La naturaleza de la lucha y la perversidad de los enemigos de Dios y de la patria hacen necesaria la reserva. Somos una milicia, muchos compañeros han muerto a manos del enemigo. Las posiciones desde las que opera la organización no deben ser conocidas por sus adversarios. Por eso se te asigna en esta ceremonia el pseudónimo de N con el que serás tratado en la organización. Y tú deberás dirigirte a tus compañeros y hermanos de lucha por sus pseudónimos. No conocerás más que lo estrictamente necesario para el cumplimiento de las tareas que te sean asignadas, y no deberás comentar nada de ello con nadie más que con quienes participes en cada actividad.

Como toda milicia requerimos disciplina; esto nos permite operar con eficacia, coordinar nuestras acciones y lograr los mejores resultados. Recuerda siempre que el poder y la autoridad vienen de lo alto y que el que obedece no se equivoca. En lo sucesivo serás un yunque que cuantos más golpes recibe más se asienta sobre sus bases, sobre sus principios. Por eso nuestro lema: «Estad firmes como yunques golpeados».

—Después de conocer esta organización, ¿aceptas hacer la voluntad de Dios y te integras en ella?

—Sí, acepto.

—Entonces, ven a esta mesa a hacer el juramento. Pon la mano derecha sobre el crucifijo y lee el juramento.

—«Yo, N, acepto integrarme a la organización nacional de El Yunque asumiendo la lucha por el reinado de Cristo en (España) como actividad primordial de mi vida. Juro guardar la más absoluta reserva sobre la existencia de la organización, sobre sus integrantes, acciones y estrategias. Juro también obedecer a sus mandos y ejercer responsablemente como jefe cuando así me fuere indicado. Juro como caballero cristiano defender aun a costa de mi vida este instrumento que Dios nos ha dado para instaurar su reinado en la tierra».

—Ya eres miembro de la organización, en este acto te has integrado a quienes Dios ha elegido para instaurar el reino. Desde este momento encontrarás en cada uno de nosotros un compañero y un amigo; pero si tus intenciones fueran traicionarnos o llegaran a desviarse de algún modo, en cada uno de nosotros encontrarás un juez justiciero.

¡Compañeros y hermanos de Lucha: estad firmes!

—(Todos) *Sta firmus ut incus percussa!!*

—(Dando tres golpes sobre la mesa) ¡Dios! ¡Patria! ¡Yunque!

Tras el ingreso, y esto es esencial, el nuevo «orgánico» tiene la obligación de guardar el secreto, sobre todo, ante sus padres y familiares.

Infiltración y sociedades pantalla de El Yunque

En cuanto a las estructuras de poder o mediáticas en que se ha infiltrado o ha intentado hacerlo El Yunque, el autor cita *Intereconomía*, *La Razón* o Telemadrid y «algunos asesores del PP», entre otros. Pero aclara que en muchas ocasiones fueron «detectados y expulsados» de la Universidad San Pablo CEU, de la ANCP, del Foro Español de la Familia o de los Círculos de San Rafael del Opus Dei.

Se culpó al Opus cuando se empezó a detectar y a denunciar su participación oculta en Hazte Oír o Profesionales por la Ética. Pero también fueron noticia las críticas en el Foro Español de la Familia y otras asociaciones contra Hazte Oír o Derecho a Vivir por la «deslealtad de estas en la organización de la manifestación contra el aborto del 17 de octubre de 2009». De estas y otras rencillas afloraron muchos de los testimonios de denuncia contra El Yunque recogidos en *El Transparente* o en muchos testimonios de los juicios por esas denuncias. Conviene insistir en que se trata de un informe oficial pedido y luego respaldado por la Conferencia Episcopal, y de juicios que tuvieron lugar y concluyeron en condenas contra El Yunque, así como con la constatación en sede judicial de que Hazte Oír y otras organizaciones semejantes eran, sin duda alguna, pantallas de El Yunque.

Captación e informes semanales de los jóvenes captados

La captación de nuevos miembros, jóvenes principalmente, es un aspecto esencial del informe, porque ahí empezaron las denuncias de los padres. Las rutinas revelan el carácter iniciático de la organización:

Entre los jóvenes hay sección masculina y sección femenina con actividades diferentes. Tienen una reunión semanal que comienza con una oración de la organización y el rezo del rosario de rodillas. Si se trata de una sesión solemne (entrada de un nuevo miembro, cambio de Centro de uno de los miembros, etc.) deben asistir con un uniforme que no pueden usar fuera del piso franco en el que se reúnen. En las sesiones ordinarias, después del rosario, el jefe del centro revisa los compromisos semanales de los miembros: 1.- Hacer deporte. 2.- Hacer dos informes. 3.- Sacar buenas notas y 4.- Leer los libros que se les encomiendan.

Los castigos para faltas leves suelen centrarse también en el ejercicio físico, como flexiones de brazos, sentadillas, madrugones para hacer deporte, etcétera.

El orgánico (miembro activo de El Yunque) tiene la obligación de investigar al captado en profundidad. Las fichas de información para el preingreso en El Yunque son exhaustivas, típicas de regímenes totalitarios. A espaldas de la familia, se detallan relaciones, aficiones, religión y opinión:

ÁREA 1. FAMILIA

1. ¿Cuántos hermanos sois? (nombres, edades y situación de estudios o trabajo)
2. ¿Con cuál te llevas mejor? ¿Por qué? 3. ¿Vives con tus padres? (especifica situaciones especiales)
4. Nombre de tus padres, sus estudios y situación profesional y laboral
5. ¿De cuánto dinero dispones a la semana?

6. ¿Qué grado de libertad tienes en casa?
7. Describe tu habitación

ÁREA 2. AFICIONES

1. Actividades que realizas el fin de semana
2. Deportes y otras actividades de ocio
3. Periódicos y revistas que lees/leen en tu casa
4. Últimos libros leídos
5. Últimas películas vistas
6. Países que conoces. ¿Por qué viajaste allí?
7. ¿Pertenece a alguna asociación social?
8. ¿Tienes grupo de amigos? ¿Cómo son? / ¿Y novia?

ÁREA 3. RELIGIÓN

1. ¿Pertenece o has pertenecido a algún grupo de formación cristiana? ¿Cuál?
2. ¿Vas a misa? / ¿Confiesas? (Periodicidad)
3. ¿Has recibido formación cristiana en casa? ¿Y en el colegio?
4. ¿Has participado o participas en alguna otra actividad de compromiso?
5. ¿Qué opinas del papel de los cristianos en el mundo?

ÁREA 4. OPINIÓN

1. ¿Cuáles crees que son los problemas más graves de tu ambiente?, ¿de España?, ¿de la Iglesia?
2. ¿Qué tres cosas harías si fueras presidente del Gobierno?
3. ¿Qué harías si te tocaran 1.000 millones en la lotería?
4. ¿Qué opinas sobre el papa y la Iglesia?
5. Tres personajes que admires
6. Tres personajes que detestes
7. ¿Cómo te gustaría ser dentro de quince años?
8. Temas de actualidad. Opinión sobre:
 - El Gobierno
 - Los inmigrantes
 - El nacionalismo
 - La ONU
 - El aborto
 - La eutanasia
 - Las relaciones prematrimoniales
 - Las desigualdades sociales
 - La Unión Europea
9. Opiniones políticas
 - Partido Popular
 - PSOE
 - Izquierda Unida

PNV, CiU
Ultraderecha
Grupos provida
Ecologistas
10. ¿A qué partido votarías? ¿Por qué?

Finalmente figuran los datos completos de filiación estrictamente personal, incluyendo estudios y notas medias. Y cuando el aspirante ya ha superado los filtros y se decide su ingreso, llega la ceremonia ya transcrita, en la que se desvela el carácter militante y ultrasecreto de la organización.

LA JUSTICIA SENTENCIA QUE HAZTE OÍR ES EL YUNQUE

Tras la publicación de *El Transparente*, Hazte Oír, plataforma que presidía Ignacio Arsuaga, presentó una demanda de protección del derecho al honor contra su autor López Luengos.

El juicio se celebró en abril de 2014. Y el resultado fue nefasto para los demandantes. Se revelaron identidades como la del propio Arsuaga y Eduardo Hertfelder; y otros miembros se animaron a revelar los peligros de El Yunque. Finalmente, la juez María Belén López Castrillo, titular del Juzgado de 1.ª instancia número 48 de Madrid, rechazó la querella, al entender probada y «esencialmente veraz» la relación de El Yunque y Hazte Oír. La sentencia da como «hecho contrastado y acreditado, a tenor de la prueba documental y testifical, la relación de miembros de Hazte Oír con El Yunque».

Algunos, animados por los obispos, entendieron que había que pasar de la denuncia de infiltraciones en entidades supuestamente independientes a la persecución de El Yunque como secta destructiva. Ese mismo mes de abril se celebró otra vista, en el Juzgado de 1.ª instancia número 45 de Madrid, sobre la demanda presentada por el abogado Pedro Leblic contra las asociaciones que presuntamente albergaban u ocultaban a El Yunque. El testimonio más importante fue el de María Victoria Uroz, exmujer del jefe de contenidos de Intereconomía Luis Losada Pescador, que confesó:

Conocí El Yunque siendo socia de Hazte Oír en 2003. Asistí a la primera asamblea de Hazte Oír en octubre de 2003. La persona que me reveló la existencia de El Yunque es mi marido, Luis Losada Pescador, que era directivo de El Yunque y me lo explicó (...) Cuando desmintió en medios de comunicación que fuera de El Yunque, mi marido me comentó que se estaba filtrando información, por lo que en febrero de 2012 me dijo que lo iba a desmentir, asegurando: «Es mentira, pero lo tengo que hacer».

EL YUNQUE EN LOS MEDIOS Y LOS DATOS VERIFICABLES

Desde la serie de José Luis Barbería en *El País* (2011) y José Luis Lobo en *El Confidencial* (2012) hasta las de Rodrigo Terrasa en *El Mundo* (2023), las informaciones sobre El Yunque han evolucionado hacia el sensacionalismo sobre los poderes ocultos en Vox. Han sido generalmente de escaso rigor y profundamente antiderechistas, pero las primeras atacaban al PP y Rouco,

mientras que las últimas, muchos años después, se centran exclusivamente en Vox. Casi todas beben de dos libros de Santiago Mata: *El Yunque en España: la sociedad secreta que divide a los católicos y Vox* y *El Yunque: la sociedad secreta que hizo grande a Santiago Abascal*; el primero, más riguroso, centrado en El Yunque como fenómeno dentro de la Iglesia española, y el segundo, limitado a hacer una caricatura de Abascal que se resume en estas frases, de febrero de 2023:

Abascal nunca habría sido presidente de Vox sin El Yunque. (...) Ellos lo pusieron todo a su servicio, le hicieron un hombre, le adecentaron, le enseñaron a hablar y le presentaron en sociedad. Pero Abascal ya no depende de ellos porque tiene su propia sociedad secreta. Se llama Vox.

Es una lástima que lo interesante del primer libro de Mata, basado en su experiencia en Intereconomía y su participación en la lucha del obispado de Getafe contra las prácticas éticamente intolerables de El Yunque, quede subsumido en estas frases vejatorias contra la trayectoria de Abascal, que además se rebaten sin esfuerzo. Por hablar mal del líder de Vox deja de hablar de El Yunque, y lo que empezó como investigación casi teológica (la mentira a la luz de san Agustín y otros referentes clásicos de la Iglesia) desemboca en una venganza que, para su desgracia, desmienten los hechos.

Cuando preparaba este libro, le pregunté a Abascal por Mata y me dijo que le parecía poco fiable y se había negado a darle una entrevista. No cabe minusvalorar el rencor periodístico en las valoraciones políticas, ni la acreditada fórmula de Vox para cosechar enemigos que debían ser aliados. Pero insisto: el desahogo de Mata no perjudica a Abascal sino a él mismo. Porque en varios libros y folletos, pro y contra Vox, hasta en la Wikipedia, está claro el origen de Vox y cómo la primera generación —Vidal-Quadras, Camuñas— tras el fracaso en las elecciones europeas deja paso a la segunda, cuyo líder indiscutible, en rigor, el único reconocido, era Santiago Abascal.

Nadie, y menos El Yunque, «adecentó» ni «enseñó a hablar» a Abascal, que hablaba ya muy bien y acreditaba un valor temerario cuando iba a clases de Derecho con escolta. Nadie, y menos El Yunque, hizo por él la tesis doctoral sobre el pretendido derecho de autodeterminación del separatismo vasco; ni le hizo líder de Nuevas Generaciones del PP en el País Vasco, ni le llevó a ser el motor de DENAES, concitando los apoyos de generaciones anteriores —Gustavo Bueno, Amando de Miguel—, porque era un militante que se jugaba la vida de verdad, mientras que El Yunque es, ante todo, una organización cuyas armas son la ocultación y la mentira.

A mi juicio, las bases documentales fiables sobre El Yunque son dos: *El Transparente de la catedral de Toledo*, de López Luengos, basado en su experiencia con El Yunque, encargado y avalado por la Conferencia Episcopal Española, y todas las declaraciones en los dos juicios celebrados sobre las actividades yunqueras. Ni siquiera la juez que decidió inhibirse porque, según ella, la Constitución no condena las sociedades secretas —algo rigurosamente falso— puso en duda la veracidad contrastada de los testimonios aportados por el abogado Leblic, en especial el de Victoria Uroz, esposa de Luis Losada, uno de los jefes de El Yunque, junto a Marcial Cuquerella y, el más importante, Ignacio Arsuaga, creador y presidente de Hazte Oír, la sociedad pantalla más importante e influyente de El Yunque, junto a Profesionales por la Ética, durante años.

Los que cultivan la ceguera voluntaria sobre El Yunque, como González Cuevas en el libro citado, asumen juicios de Arsuaga como si no fuera alguien que ha quedado en evidencia precisamente en sede judicial:

«Ignacio Arsuaga, líder de Hazte Oír, acusó a Jiménez Losantos de criticar a Vox a causa de sus “intereses superiores empresariales”».

«A Vox le va mejor cuando no hace caso a Federico».

«Todavía Vox resiste: animo a Santiago Abascal a que se mantenga firme en la defensa de la vida, la familia y la libertad»¹².

Por lo visto, Vox dejó de defender la vida, la familia y la libertad (que son para El Yunque meros trampantojos para conquistar parcelas de poder), porque finalmente firmó, con intervención directa de Abascal, la formación del Gobierno de Ayuso PP-Ciudadanos, con el apoyo exterior de Vox. Que es lo que pedía yo y la mayoría de los votantes de Vox y PP. Claro que, para yunqueros embozados como Arsuaga —que mostró su solidez moral cuando, apenas nombrado papa el muy antiespañol Bergoglio, corrió a hacerse una foto con él y subirla a las redes—, hay que atacar los obstáculos mediáticos al Reinado Social de Cristo en la tierra, sobrenatural misión de El Yunque. Y Arsuaga logra unir a su causa al propio González Cuevas, que dice: «Jiménez Losantos (...) como el Shylock shakesperiano, pretendió cobrar la libra de carne de su apoyo mediático a Santiago Abascal y su partido».

Hay una incongruencia en la matonería de las redes cuando atacan a los medios hostiles: no se puede apoyar por dinero al PP contra Vox y, también por dinero, a Vox contra el PP. Sin embargo, la turba yunquera, afincada en Vox, se repite: todo el que les lleva la contraria es por dinero. Basta ver en qué trabajan y de qué viven los capitostes de El Yunque para entender que, para ellos, dinero y poder son los dioses a los que, mentira mediante, rinden culto. Y no entienden que otros actúen de otra manera. Sin embargo, fuera de Vox, no ven negocio, así que se rinden y moquean:

Al final, Santi Abascal y Monasterio no aguantaron la presión de PP-Cs-Federico Jiménez Losantos, y el acuerdo de entregar las llaves de la Comunidad de Madrid a Ayuso y Aguado excluye cualquier mención a la Ley Mordaza LGTBI¹³.

La verdad es más sencilla: los votos los tenían PP y Ciudadanos, y Vox solo podía hacer dos cosas: o daba la presidencia a Ayuso, o se la daba al PSOE y Podemos. Los apocalípticos de bolsillo siempre piensan que, cuanto peor, mejor. La democracia es un obstáculo para «los que han sido elegidos», y el liberalismo es su gran enemigo. Exactamente igual que la Agenda 2030.

Por eso, la defensa militante de Vox, que por boca de Arsuaga hace González Cuevas, se contradice con el ataque a Francisco J. Contreras, defensor de la tradición aristotélica recogida por la Escuela de Salamanca, raíz clara de la Escuela Austríaca, y su compatibilidad, diríase natural, con el catolicismo. Dice el serio historiador:

El principal error en que incurren los dirigentes de Vox es el de su modelo económico. A ese respecto, la construcción ideológica del liberalismo conservador católico elaborada por F. J. Contreras —buen historiador de las ideas, por otra parte— resulta, desde el punto de vista histórico, insostenible. (...) Una alternativa semejante solo puede ser funcional en sociedades como Estados Unidos, pero no en Europa y, mucho menos,

en España. El neoliberalismo económico supone, a medio plazo, la destrucción de los ya frágiles vínculos sociales todavía presentes en nuestra sociedad. Y es que, en rigor, conservadurismo moral y liberalismo económico resultan incompatibles. Como ha puesto de relieve Alain de Benoist, Friedrich Hayek, pese a sus lúcidas críticas al constructivismo social, no puede ser considerado un pensador de derechas, ni tan siquiera un conservador, es un liberal, cuyos planteamientos económicos traen consigo la destrucción de las tradiciones sociales, el economicismo, el materialismo, el individualismo, la sociedad de mercado y la globalización. Es decir, todo lo que los dirigentes y seguidores de Vox detestan¹⁴.

Este párrafo, con peor prosa, recuerda los dictámenes de su maestro Fernández de la Mora: una posición doctrinal capaz de discernir lo que es y no es de derechas, lo que respeta o ataca al dogma, cuya propiedad regenta, una mezcla de ignorancia —Hayek escribió *Por qué no soy conservador* sin esperar a Benoist— y advertencia —el liberalismo destruye todo lo bueno—, todo ello confitado con la adivinación de lo que los cuatro millones de votantes de Vox realmente quieren, que, por lo visto, no es la propiedad ni la libertad.

Pero la propiedad como valor inseparable de la libertad es lo que caracteriza a las sociedades occidentales y lo que desde Juan de Mariana y Balmes ha defendido el pensamiento católico español más ilustrado. No sé de dónde saca González Cuevas, salvo del falangismo retórico y el fascismo clásico, esa incompatibilidad entre las sociedades de EE. UU. y Europa, y entre las de Europa y España, isla de valores, que apenas existen pero que, al parecer, son tan sólidos que resultan incompatibles con los de otros países perdidos.

Lo «insostenible históricamente» no es que Contreras defienda una visión trascendente de la vida social que incluye la economía, como hace lo mejor de la tradición católica, en especial la española, sino «sostener» que hay algo en la sociedad española diferente y hostil a formas de propiedad que, por otra parte, mutan continuamente. Como explica López Linares en *España. La primera globalización*, junto a todos los historiadores que no cultivan la Leyenda Negra, nuestra nación puede y debe presumir de haber descubierto, construido y pensado antes que nadie el mundo como un todo.

Este lío entre moral y economía, costumbres y política, instituciones y tradiciones es típico de una cierta derecha desconcertada que vemos en Vox. El luego célebre Juan García Gallardo hizo en la Navidad de 2022 un discurso a los castellanos y leoneses que mostraba bien la purrusalda colectivista y religiosa, comunitarista e individualista, que puebla los cerebros frágiles. Jorge Buxadé, que presume de haber militado en FET y de las JONS y en Falange Auténtica, pero lamenta haberlo hecho en el PP —es decir, que añora el fascismo y abomina de la defensa de la nación y la Constitución que, a riesgo de su vida, hicieron Ortega Lara y Abascal—, decía a cuenta de su libro *Soberanía*, entrevistado en LD, que lamentaba ver un McDonalds en Roma. ¿Pretende acaso prohibirlo? ¿Y que, en Italia, prohíban Inditex?

En realidad, por volver a El Yunque, hay una incomodidad esencial en un sector de la derecha con la sociedad contemporánea, de la que por otro lado son ejemplos señeros, como parte de un mundo caótico y acelerado. Pero esa incomodidad, incluso incompatibilidad, con muchos aspectos de lo que la izquierda está haciendo con las relaciones sociales, no supone la negación de la familia, la propiedad, la tradición, la libertad o la nación. De hecho, el paso de Vox en cuatro años de 40.000 votos a cuatro millones demuestra que esa descomposición que se critica, siendo cierta, no es total y genera un rechazo masivo, como nunca antes, en buena parte de España.

Una parte responde, cifras en mano, a la orfandad producida por la traición del Partido Popular a los valores e intereses de su base social. Otra, en la que pescó El Yunque desde el principio, y a eso apunta bien Mata, es el millón de españoles que se quedaron sin referente político al disolverse Fuerza Nueva. España es el único país europeo, en que, por mucho que se empuñen sus críticos, y a veces coqueteen algunos líderes de Vox, no se ha desarrollado un partido neofascista, totalitario como en Francia o Alemania, aunque ni la dinastía Le Pen ni Alternativa por Alemania sean partidos que quieran abolir en el poder ni las libertades individuales ni la democracia, como sí pretende la extrema izquierda en todo el mundo, incluida España.

El obstáculo esencial para un verdadero fascismo en España, como el atribuido a la Falange de José Antonio, fue el catolicismo. El fascismo fue un anticomunismo que copió el socialismo y el Estado totalitario de Lenin para defender la nación del bolchevismo. El socialismo nacional italiano y el nacionalsocialismo alemán eran formas de culto pagano al Estado, que no tenían cabida en una base social católica, también amenazada en España por el comunismo, y literalmente masacrada en la Guerra Civil. La religión fue uno de los elementos distintivos del bando nacional, luego del régimen franquista, aunque los falangistas nunca se llevaron bien con los católicos oficiales, fueran propagandistas al principio o del Opus Dei después.

La fórmula, porque no llega a modelo, fue el nacionalsindicalismo, dos conceptos contradictorios, porque nada más opuesto que la defensa de la nación, que son todos, y los intereses particulares de todo sindicato, pero consagraba el impulso de regeneración social, igualitaria y meritocrática, de los sectores jóvenes del bando nacional. Y como el sindicato era una de las entidades «naturales» para el corporativismo católico, solo acariciado en la dictadura de Miguel Primo de Rivera (1923-1929), perduró oficialmente durante todo el franquismo, porque sonaba a cristiano viejo y a socialismo nuevo. Era una de las muchas contradicciones del franquismo que contentaba a las dos bases diferentes, no antagónicas, que hicieron y ganaron la guerra.

La tradición española impedía en José Antonio un tipo de fascismo antirreligioso, pese a las simpatías falangistas por la CNT, considerada, de manera errónea, una especie de milenarismo católico invertido. Y cuando la disolución de Fuerza Nueva abrió la posibilidad de una extrema derecha de tipo neonazi, tropezó con el catolicismo acendrado del grupo de Blas Piñar, que se negó a apadrinar una organización de tipo ateo, laico o anticristiano. Por segunda vez, el catolicismo impedía un partido totalitario de derechas. Y cuando las sociedades pantalla de El Yunque llegaron de verdad a las masas, en la época de Zapatero, toparon con los católicos y con la Iglesia. Ni el liberalismo, asumido por buena parte de la derecha, ni la raíz católica de España han permitido la implantación en serio de esta secta destructiva. Solo en los años de Vox han soñado con ese poder en la sombra, pero únicamente han podido conseguir medios minoritarios asociados a piratas de las redes. Su canal de televisión 7NN se creó con dinero de la Fundación Francisco Franco y contó con otros fondos, cuantiosos, de procedencia desconocida. El problema fue, de nuevo, la base social de la derecha, reacia a la mentira. Tras gastar 6 millones de euros en dos años, cerró.

La primera época de El Yunque se desarrolla durante la Transición, una época en la que una parte amplia de los católicos temieron el derrumbe de los valores en que se habían educado. Sin embargo, otra parte sustancial de la sociedad española ya había hecho la transición de las

costumbres cuando llegó la Transición política. Y aunque de forma desigual, según edades o procedencia social y geográfica, no quería volver a la censura ni aceptaba las formas de control moral que ejerció la Iglesia durante la dictadura. La institución que peor sobrevivió a la Transición fue la Iglesia, que corrió a unirse a la izquierda y al separatismo antiespañol y perdió en poco tiempo, víctima del Vaticano II, su fuerza social y su legitimidad moral y política.

En la primera época, con la derecha de UCD en el poder, la Iglesia fue tratada con deferencia, pese a la ley del divorcio y la crisis educativa. Durante los largos años felipistas, el poder político provocó una rebelión social en la que coincidían cristianos y laicos, todos antisocialistas, y que se concentraba en medios como la COPE, de la Conferencia Episcopal, que para Stanley G. Payne, en su libro sobre el catolicismo español, se convirtió en la verdadera oposición social al PSOE durante la interminable travesía del desierto de la derecha política, hasta la llegada de Aznar al poder.

Lo viví en primera persona y fui protagonista destacado, tanto en la oposición a González como en la mucho más dura contra Zapatero, que fue el comienzo del fin del régimen constitucional. Lo he contado en libros que vendieron cientos de miles de ejemplares. A ellos me remito. Pero fueron muy distintas la oposición al felipismo y al zapaterismo. Y si en la primera época El Yunque captó lo que pudo en Fuerza Nueva y grupos falangistas o carlistas, muy minoritarios, infiltrándose en los centros educativos católicos de élite —Opus, CEU, Legionarios de Cristo—, el saldo siempre fue el mismo: cuando se descubría su carácter de sociedad secreta, se les expulsaba. Pasó en el CEU, luego en el grupo de Carlos Mayor Oreja y su hermano Jaime, dentro del catolicismo insertado primero en AP y UCD, después en el PP. Y al final, en las postrimerías de la era de Rouco, fueron descubiertos y condenados por la Iglesia, la Justicia y los grupos que parasitaron, como los padres objetores a Educación para la Ciudadanía. El daño que a esos grupos hizo El Yunque es incalculable, porque ni trabajando para el PSOE habrían logrado una desmovilización tan duradera y una desmoralización tan letal.

LA MENTIRA YUNQUERA, LENINISTA E ISLAMISTA

La ventaja de las sociedades secretas en los regímenes democráticos es inmensa. Fingen aceptar las reglas comunes y legales, pero se atienen a sus propias normas, desconocidas por los demás, cuando les conviene. La época de esplendor de El Yunque se sitúa en esos años de Zapatero, cuando utilizó sociedades pantalla como Hazte Oír o Profesionales por la Ética, cuya obediencia última se esconde a los que acuden de buena fe, y a los que se mantiene en la ignorancia, confiando en que el fin ocultará los medios.

La mentira en las sociedades secretas puede deberse a la persecución real sufrida —los cristeros en México, los católicos en nuestra guerra civil— o a un afán de poder absoluto para el que se considera legítimo mentir. Es la *taqiyya* o disimulo en el islam, ocultando la fe ante los infieles para luchar mejor contra ellos o la falsedad deliberada en la propaganda comunista que Lenin canonizó en su frase: «La mentira puede ser un arma revolucionaria». Y lo es en El Yunque y en medios cercanos a Vox que fingen desconocer el *Transparente* y la sentencia judicial de 2014 que declaraba «hecho contrastado y acreditado, a tenor de la prueba documental y testifical, la relación de miembros de Hazte Oír con El Yunque».

Modelo de ese disimulo o desmemoria interesada son las declaraciones de Gonzalo Altozano en un reportaje, profundamente inexacto, en *El Mundo* (29-1-23): «Todo lo que rodea a El Yunque es muy goloso para la prensa, pero yo no creo que hoy tengan una influencia real en Vox, nadie de la cúpula del partido está en El Yunque», dice el periodista, viejo amigo de Abascal y presentador en 7NN, el citado canal yunquero.

Las contradicciones de Altozano son flagrantes. Para asegurar que nadie de la cúpula del partido está en El Yunque, no basta con estar en el partido, sino en El Yunque, y por su propia naturaleza secreta ni siquiera todos los de El Yunque conocen a los de Vox que pudieran ser yunqueros. Asegura algo que no puede conocer, porque para ello debería ser el jefe o uno de los jefes máximos de El Yunque, y si lo fuera, debería negar la pertenencia a la secta de ningún dirigente de Vox, porque dañaría su causa.

Como es natural, al negar con ligereza lo que otros exageran falazmente o por ignorancia, lo que consigue Altozano y los pocos de Vox que hablan sobre El Yunque es extender la impresión de que El Yunque manda en Vox. Para colmo, lo hace perteneciendo a un medio, 7NN, creado y dirigido por indudables dirigentes de El Yunque, como Marcial Cuquerella y Luis Losada.

Solo una semana después de publicarse el reportaje citado de Rodrigo Terrasa, se produjo la abrupta salida de 7NN de Cuquerella, tras entrar Marcos de Quinto en el accionariado con medio millón de euros y, según *Okdiario*, otros 246.000 para el *Estado de Alarma* de Javier Negre. De Quinto puso a Fernando Quintela como director de contenidos en 7NN, cadena que de forma algo exagerada se ha valorado en 3 millones de euros, y eso acarrió la inmediata salida de Cuquerella, que en el típico estilo de El Yunque ni contó la verdad sobre su salida ni dejó de dar pistas sobre su condición yunquera, al tuitear que «seguiría luchando por el Bien Común», con mayúsculas. Organización para el Bien Común es precisamente el nombre que tomó El Yunque cuando Rouco Varela les obligó a renunciar a su condición de sociedad secreta, cosa que, por supuesto, jamás hicieron.

ABASCAL Y MÉNDEZ-MONASTERIO NOS LLAMAN PARA HABLAR DE EL YUNQUE

Un año antes, cuando había empezado ya a escribir este libro, nos invitaron a comer Abascal y Kiko Méndez-Monasterio a Somalo y a mí. Querían alertarnos, y contrastar los datos que tuviéramos, sobre la creación de un nuevo partido a la derecha de Vox, cuyo embrión sería la cadena 7NN y cuyos dirigentes reales serían Cuquerella, Losada y Fernando Paz, aunque necesitaban una figura popular que querían que fuera Macarena Olona.

El problema al hablar de El Yunque con Kiko es que es amigo y socio de Gabriel Ariza, hijo del dueño de Grupo Intereconomía, luego de El Toro TV y, en el momento de publicarse este libro, sabe Dios de qué medio similar. Y aunque Gabriel publicó el *Transparente* cuando dirigía el excelente portal *Infovaticana*, también es sabido que una crítica a El Yunque provocó la caída de Carlos Dávila, director de *La Gaceta*, del mismo grupo, mientras Luis Losada, de El Yunque, siguió siendo jefe de contenidos en Intereconomía. Kiko es el que con más énfasis negó en esa comida la importancia de El Yunque, pero, como Altozano, difundió la sospecha en vez de disiparla.

Para ser justos, el temor a que a Vox le saliera un partido a la derecha es tan antiguo como el propio liderazgo de Abascal y su grupo de fieles. La desconfianza de Abascal, casi siempre junto a Kiko en sus aprensiones, suele ir en la misma dirección confesional: desde Rocío Monasterio o Macarena Olona dentro de Vox hasta Julio Ariza y sus «marioscondes» fuera. No se trata de un temor ideológico, sino político y electoral. Abascal conserva del PP la idea de que las divisiones le salen siempre caras a la derecha. Y si no hubiera sido tan descarada y destructiva la traición de Rajoy a la base social de la derecha española, seguramente no hubiera llegado a crear Vox.

Pero Rajoy hizo lo que hizo, Casado consolidó el desastre y Feijóo no ha cambiado la política sorayesca de acomplejamiento ante la izquierda. Eso garantiza un suelo sólido a Vox, siempre que acepte su papel como segundo actor en la derecha, no el de alternativa al primer actor, el PP. Sin embargo, como trataremos al final del libro, la tendencia de Vox, como la de todos los partidos, es atender más a las voces internas que a las inquietudes de su base social, crisálida de la mariposa política y electoral. Y en Vox subyace la tendencia a odiar más al PP que a la izquierda, propia de su época fuera de las instituciones, cuando creía que solo el triunfo de la izquierda y la caída del PP traerían indefectiblemente el liderazgo de Vox.

Esa animadversión mayor a los cercanos que a los lejanos se da en todos los partidos, que odian al que tienen más cerca porque les disputa el mismo voto, y se manifestaba en actuaciones como la de Rocío Monasterio entregando al separatista Artur Mas unas esposas y un Código Penal, cuando Vox solo era una alternativa simbólica, o, como han llamado algunos al grupo de Abascal, una derecha «gamberra», pero que en las redes desarrolla una violencia inédita en la derecha democrática, en la que siempre estuvo Vox.

LA GUERRA DE LAS VACUNAS Y EL ASALTO DE LOS «BEBELEJÍAS»

Yo no tengo ni he tenido nunca cuenta alguna en las redes sociales. Soy de los pocos, poquísimos en el mundo del periodismo y las letras, que pese a fundar un diario pionero en la red, *Libertad Digital*, renuncié desde el principio a Twitter, Facebook y demás mundos paralelos y útiles para los que empiezan su carrera o encuentran entretenido, útil o provechoso lo que suele denominarse «ser activo en redes sociales». Sucede que luego muchos dejan de serlo porque no soportan la violencia y la toxicidad de la refriega. Va en caracteres, en estrategias de supervivencia, militancia o propaganda. Por no habitar esos mundos, no entendía la animadversión que en muchos medios se albergaba contra Vox, por la violencia, decían, de sus ataques a todos los que no comulgaban con ellos, sobre todo dentro de la derecha.

Hasta que estalló la guerra de las vacunas y los «bebelejías» pasaron de los ataques virtuales a los físicos, a una salvaje campaña de injurias y contra alguien como yo, que, para colmo, era votante de Vox. No tengo criterio claro sobre el valor de las redes en el debate político, así que confié en lo que me iban contando y, finalmente, en el trabajado resumen de Leyre Iglesias en *El Mundo* sobre todo el episodio, para mí incomprensible, de los antivacunas.

Y no por no haber pasado por circunstancias peores —ahí está mi libro *El linchamiento*—, sino por carecer de referencias. Debo decir que los huéspedes habituales de esa fonda y esos fondos también estaban atónitos por la violencia de los ataques. Vaya lo uno por lo otro: a partir

de ese episodio empecé a tener noticia de El Yunque como una sombra sobre Vox y me puse a estudiarlo, de lo que he dejado cumplida constancia en las páginas anteriores.

Seguiré, pues, el camino marcado por Leyre Iglesias en el amplio reportaje dominical que dedicó al fenómeno, porque lo fue, y a su enorme efecto político. Si antes había tenido el rifirrafe ya comentado con un sector de Vox por el apoyo o no a Ayuso en la formación de gobierno en Madrid, y volví a tenerlo, siempre con los mismos protagonistas y por lo mismo, la historia de los «bebelejías» es cualitativamente distinta: fue asomarse al Mal, en un sentido moral y hasta metafísico. Y ese abismo es siempre tenebroso. Pero cuando leí el reportaje en *Crónica*, el 3 de octubre de 2021, me asombró el nivel de esa cloaca. Este es su tenor literal:

Relato de una cacería personal e ideológica

Las dos primeras pintadas aparecieron el 21 de septiembre frente a la sede del Grupo Libertad Digital en Madrid. En mayúsculas negras decían desde el suelo: «LOSANTOS ASESINO» y «ESRADIO CLOACA».

Seis días después la escalada de insultos y acusaciones a la emisora en las redes sociales mutó en protesta a la entrada del edificio. Siete personas llegaron allí con alguna bandera de España y la pancarta «J. Losantos tirano». Entre pitos insistentes coreaban gritos como «Mentiroso», «Federico, traidor, vendepatrias» o «Fuera medios de comunicación terrorista». Se marcharon una hora después tras ser identificados por la Policía. Por la tarde, una veintena de personas repitió la operación. Y al día siguiente, este martes, otra pintada, ahora en rojo: «esRadio mercenarios».

La concentración frente a la radio que se define como emblema de la derecha «sin complejos» fue el momento más tenso de dos semanas en las que una aparente campaña digital trufada de mensajes agresivos ha enfrentado a su dueño y periodista estrella, Federico Jiménez Losantos, con los sectores antivacunas más furibundos y también con Vox.

Todo estalló cuando Santiago Abascal se negó a contestar en esRadio a la pregunta de si se había vacunado. Aunque ya había arrancado días antes cuando, en un episodio de *fake news* propio de Netflix, viejos enemigos de Losantos vinculados a la extrema derecha o a la derecha trumpista española propagaron el bulo de un asesinato.

En esta historia se mezclan negacionistas del covid, conspiranoicos que piensan que la pandemia es un invento para que las élites globales dominen el mundo, ultras, creadores profesionales de bulos... y pueden confluír incluso los intereses de una Rusia que lleva tiempo alentando los movimientos antivacunas. Un sector turbio que, según ha afirmado Losantos, pretende tomar el poder en Vox. Y que pronto contará con una nueva televisión a su servicio.

A continuación, la reconstrucción de la campaña de los «bebelejías» —o «descerebrados», «cuatro nazis en paro», «estafadores» que prometen curar el autismo, «ratas» y «mamarrachos», como los denominó Losantos en una intervención radiofónica que le convirtió en *trending topic*— y la guerra político-mediática de fondo que ha hecho temblar a la derecha de la derecha.

El bulo de un asesinato

La mañana del 8 de septiembre, la muerte repentina de Elia Rodríguez, periodista y voz taurina de esRadio, de treinta y ocho años, sacudió a la emisora. Rodríguez sufrió una desafortunada caída en su casa. Según tres fuentes de su entorno, la familia no alberga duda alguna sobre las causas de su trágico fallecimiento. Sin embargo, ese mismo día una web marginal lo vinculó con la vacuna. «Se habla de un desvanecimiento en la ducha que bien pudiera ser causado por la timo vacuna, en un caso típico de efecto adverso. Elia Rodríguez tenía puesta la pauta completa, siguiendo las directrices de Federico Jiménez Losantos, que ha hecho una auténtica cruzada a favor de inyectarse», decía sin pruebas la publicación *Rambla Libre* con la firma de un aparente pseudónimo.

En los días siguientes *Rambla Libre* fue más allá: «Elia Rodríguez se pinchó el día antes de su muerte». En un artículo titulado «Mentiras y ocultismo en *Libertad Digital* del enano matarife», el periodista Enrique de Diego aseguró que Rodríguez sufría fiebre alta y pretendía acudir a urgencias por la vacuna. El digital acusó abiertamente a Losantos de haberla matado.

Recuerdo que lo peor de esos días fue asistir a los funerales con la familia de Elia, destrozada por la muerte de su hija y hermana, alguien a quien se apreciaba muchísimo en la casa, porque estaba con nosotros desde el principio, y que mantenía una relación personal extraordinaria con todos. La familia rota, los compañeros de Elia en la radio destrozados y ahí estaba esa gente urdiendo calumnias más dañinas por la situación que por los perpetradores. En el caso de las acusaciones de asesinato, llevamos al responsable a los tribunales, donde espero que, en justicia, sea condenado. Pero lo que me sorprendió fue el número de cómplices identificados por *El Mundo* en la cacería orquestada tras la pregunta, que ni siquiera hice yo y que se negó a contestar Abascal, acerca de si se había vacunado o no. El relato es exacto:

El 17 de septiembre, Santiago Abascal acude a esRadio. Al final de la entrevista, que ha discurrido en tono amable, el director de *Okdiario*, Eduardo Inda, le pregunta:

—¿Usted se ha vacunado?

—Pues mire, yo no le voy a contestar a esa pregunta, porque frente a todos los que han dicho que vacunarse es un acto de patriotismo o que es un acto de amor...

—Yo, eso, no —tercia Losantos—. Pero que es un acto de salud pública, sí.

—Pero ¿desde cuándo hay que declarar sobre asuntos de salud en público? (...) Los españoles tienen que tener libertad para vacunarse o no vacunarse.

—Sí, los españoles tienen libertad para vacunarse o no vacunarse... Pero sinceramente, Abascal, usted tiene una responsabilidad (...) y yo creo que es una postura muy irresponsable (...). Aquí en esta empresa no puede entrar uno que no esté vacunado porque me contagia y me quedo sin redacción. (...). Desde que hay vacunas no ha muerto ni un sanitario en España. ¡Algo bueno estarán haciendo!

—Yo no me he manifestado contra la vacuna (...).

—Yo estoy seguro de que te has vacunado.

—Pues mira, aquí se va a quedar eso.

Varios periodistas volvieron a preguntarle lo mismo a su salida del estudio. Él insistió: no lo desvelará.

Evidentemente, la jauría que saltó sobre mí y esRadio sabía que era ilegal que en cualquier medio entrara alguien sin vacunar, pero ninguna empresa tenía capacidad ni legal ni técnica para hacer que se vacunara, solo que se atuviera obligatoriamente a los protocolos oficiales establecidos. En esRadio hicimos el programa durante meses entrando cada uno desde casa. Y cuando volvimos al estudio, lo hicimos con mamparas y toda la cautela posible. Pero, tras 120.000 muertos, en parte inducidos por la negligencia del Gobierno al mantener las manifestaciones del 8 de marzo, me parecía una frivolidad intolerable jugar a ese blindaje de lo privado en algo de evidente salud pública. Y más si era para complacer a un medio por nacer y a un sector indeseable con comportamientos de secta destructiva, del estilo de El Yunque. Porque, como he contado por revelación posterior del propio Abascal, su temor era enajenarse a los votantes de Vox que pudieran seguir a 7NN y el partido político que avistaban tras ese tinglado mediático. Hoy no tengo duda de que la campaña obedeció al interés de ese proyecto. Sigue así el relato de *El Mundo*:

Con la negativa de Abascal y el reproche de quien es uno de los periodistas más favorables a Vox en el panorama mediático nacional, los mensajes en Twitter contra esRadio y contra el propio Losantos —a quien ya llamaban «Pfizerico»— crecieron en decibelios. Cientos de cuentas, en su mayoría anónimas y que se dicen simpatizantes de Vox, arremetieron contra el periodista tras (querer) entender que había obligado a sus empleados a vacunarse, cosa que ha desmentido; le acusaron de totalitario y le imputaron con más ahínco la muerte de Elia Rodríguez. La conspiración estaba servida.

Cuando después Losantos pronunció un encendido discurso en defensa de la vacuna, atacando a quienes pretendían amedrentarle y denunciando el silencio de Vox —llamará «cobarde» a Abascal—, las redes ardieron.

Los propagadores. Seis actores ultras

Según el análisis de las redes realizado por *Crónica*, la oleada de insultos, amenazas y llamadas al boicot creció gracias a la contribución decidida de varios actores.

Por un lado destacan seis nombres propios —estos sí identificados— de la *alt-right* española. El más excéntrico es quien firmó el bulo sobre Elia Rodríguez, el mencionado Enrique de Diego, excontertulio de Intereconomía, excolaborador de *Libertad Digital* y autor en *Rambla Libre*, donde publicó una pieza titulada: «Apuntan a Ana Patricia Botín y su amante como presuntos asesinos del magnate Emilio Botín». De Diego trabajó para *ABC* o *Época* pero hoy difunde teorías rocambolescas y está absolutamente desacreditado. En junio se fotografió presentando «una denuncia por genocidio» en Valencia y exigiendo «el cese de la falsa vacunación masiva».

También agitó el avispero otro excolaborador de Losantos a quien le une una enemistad manifiesta: el periodista César Vidal, que reside en EE. UU. y arrastra una deuda fiscal que lo sitúa entre los más morosos de España (3,175 millones de euros), aunque él atribuye su «exilio» a un atentado terrorista del que nada se sabe.

El conocido periodista Fernando Sánchez Dragó alimentó también las dudas sobre la muerte de Elia Rodríguez en *La Gaceta de la Iberosfera*, publicación vinculada a Vox. Por su lado, los colaboradores del canal digital Estado de Alarma Cristina Seguí y Vito Quiles pusieron su grano de arena contra Losantos. Al igual que Fray Josepho, tuitero que escribía para *Libertad Digital* hasta que denunció que le habían censurado a raíz de la polémica.

Aunque quizá el mayor empujón en las redes lo protagonizó un referente joven de la derecha radical: Alvisé Pérez, exasesor de Toni Cantó, situado en la órbita de Vox y autor de desinformaciones probadas como la supuesta vacunación secreta de Salvador Illa durante la campaña electoral catalana. Su mensaje: «Preferiría ser un “bebelejías” antes que un subvencionado que llama “cobarde” a Abascal y criminaliza su libertad».

«El Arconte», «La Quinta Columna»...

A este abanico de figuras se han sumado varios activistas antivacunas, un universo también oscuro. Uno de ellos es quien organizó la concentración frente a la emisora. Se identifica como Pedro Rosillo y, bajo el sobrenombre de «El Arconte», se presenta como detective privado, perito judicial y experto en seguridad. Rosillo, que tiene canales de Telegram y YouTube en los que predica contra la vacuna, asegura estar formando Grupos de Autodefensa Civil —que ya habrían actuado ante la sede de Mediaset— y un grupo llamado Hijos de Cortés y Pizarro, con quinientos miembros en Madrid, según él. Con ambos nombres firmó los pasquines repartidos en la protesta contra Losantos. Son grupos con tintes de misticismo religioso que evocan la historia imperial española y tienen una fuerte tendencia negacionista. Se reúnen los domingos para rezar en la cripta de la Almudena. El lunes fuentes de esRadio reconocieron a Rosillo como un fan que en ocasiones se ha acercado hasta allí para hacerse fotos con Abascal.

Al activista se suma un grupo negacionista y conspiranoico con mayor alcance llamado La Quinta Columna (173.000 suscriptores en Telegram). Lo dirige Ricardo Delgado, supuesto graduado en Estadística que sostiene que el óxido de grafeno es el causante del covid. El día 22 Delgado dedicó un programa especial a Losantos que puede escucharse en la plataforma Odysee y dejó perlas como: «Cada vez te va a quedar menos audiencia después de que te hayas cargado a Elia Rodríguez».

Un tercer actor de este mundo, muy cercano también a los altavoces de la extrema derecha, es un biólogo llamado Fernando López-Mirón, profesor del Centro Universitario Villanueva (Universidad Complutense de Madrid) y director de cine documental, con 47.500 seguidores en Twitter, quien ha pedido la autopsia de Elia Rodríguez para poder probar que no murió por la vacuna.

Las movilizaciones de los antivacunas en internet no son nuevas. El propio Alvis Pérez fue el instigador de otra campaña en contra del diputado de Vox y médico Juan Luis Steegmann, defensor de la vacunación, a quien acusó falsamente, según el partido, de cobrar de varias farmacéuticas. Macarena Olona sufrió lo que relata como «72 horas de machaque» en redes por publicar una foto vacunándose. También Iván Espinosa de los Monteros se ha vacunado. Son hechos a los que se remite Vox para subrayar que ellos no ponen en duda las vacunas sino su obligatoriedad y que cualquier asociación con los «bebelejías» es injusta.

¿Batalla por la audiencia?

La visión de Losantos es distinta: a su juicio, quienes han alentado la campaña contra él son una «gentuza que intenta hacerse con Vox, o con una parte de Vox, y que va a tener una televisión para hacerse ver».

Con la alusión a esa «gentuza» que aspiraría a mandar en Vox, el periodista se referiría a un grupúsculo relacionado con la plataforma ultracatólica Hazte Oír y su entorno.

¿Y cuál es la nueva televisión que controlaría ese grupo? Un canal de TDT en ciernes llamado 7NN (La Alternativa), que a partir de este mes de octubre competirá por la audiencia más a la derecha. La empresa detrás del proyecto, Producciones Audiovisuales Hispania, tiene como presidente a José Ángel Alonso García, vinculado a la Fundación Francisco Franco, y como consejeros a su hermano Jaime Francisco, también asociado a la fundación, y a Jaime Alonso Gila, asistente parlamentario de Vox. Sus caras visibles son nombres que han sido reiteradamente relacionados con Hazte Oír o bien con la secta El Yunque, como Marcial Cuquerella (exdirector general de Intereconomía), Luis Losada o Javier Villamor.

«Yo estoy ya muy corrido, me han hecho campañas Felipe González, Rajoy (...) y he salido de todas», ha dicho Losantos. El martes, Abascal acabó desmarcándose del boicot («El que se dedique a la coacción, las amenazas, los escraches no tiene sitio en Vox») y de paso insinuó que todo fue un montaje de «las cloacas» contra el partido.

Por último, *Crónica* recababa la opinión de Nicolás de Pedro, del Institute for Statecraft de Londres y especialista en temas relacionados con Rusia y la desinformación:

«Quienes creen en teorías conspirativas no suelen creer solo en una y construyen todo un marco de pensamiento con múltiples capas. Así, los antivacunas no suelen limitar sus sospechas a la industria farmacéutica, sino que alertan del supuesto plan para imponer un “Nuevo Orden Mundial”. De ahí que las confluencias de individuos sean frecuentes, y la campaña contra Jiménez Losantos y esRadio no ha sido una excepción».

«Las teorías conspirativas tienen un enorme potencial destructivo para las democracias», prosigue De Pedro, «por eso el Kremlin lleva más de una década alimentando la difusión de este tipo de narrativas y atrayendo a sus promotores en Europa y EE. UU. Si este tipo de pensamiento captura los debates en Vox, eso no solo generará tensiones con el ala conservadora y sensata del partido —como le ha pasado al Partido Republicano—, sino que dificultará mucho cualquier negociación para una hipotética coalición con el PP. Lo que parece una pequeña tormenta tuitera podría ser el anticipo de algo mucho más profundo y relevante».

Abascal, muy tarde en mi opinión y por los motivos citados, condenó los ataques a esRadio cuando también empezaban a perjudicar su liderazgo. Pero pocos meses después, la invasión de Ucrania por Putin obligó a Vox a desmarcarse radicalmente de ese sector que, pese a todas las masacres, ha respaldado la invasión con los mismos argumentos de Moscú. El episodio de las vacunas pasó a un segundo plano con la invasión rusa, pero reveló la absoluta falta de escrúpulos de yunqueros y semejantes, liberticidas todos.

EL CASO DE MACARENA OLONA Y LA ENCRUCIJADA DE VOX

La campaña electoral andaluza de 2022 cerró, a mi entender, el ciclo de Vox como movimiento político patriótico, nacido tres años y medio antes, también en las elecciones andaluzas, y convertido en fenómeno de masas por la traición del PP a sus bases tras el golpe de Estado en Cataluña. La desastrosa campaña de la que parecía la mejor candidata, Macarena Olona, planteó también un dilema: la reconversión de Vox de movimiento patriótico con aspiraciones de mayoría absoluta frente a la izquierda o reconfigurarse como un partido político complementario del PP para construir desde la derecha una alternativa a Sánchez.

Vox partía de una base aparentemente muy sólida, con casi cuatro millones de votos y un liderazgo indiscutido, el de Abascal. Pero no es lo mismo acaudillar un movimiento que dirigir un partido. Y las elecciones andaluzas de 2022 mostraron que Vox no ha tomado un camino claro. O, dicho de otro modo, que sigue en la encrucijada.

El traspies andaluz acabó convirtiéndose en uno de los mayores embrollos de la derecha en los ya de por sí embrolladísimos últimos dos años. Y no por una derrota, sino por la instalación de una idea: el Vox que no había dejado de subir tenía que cambiar de manera radical para no bajar. Eso es lo que se ha dado en llamar «el caso Olona», realmente extraño, enigmático y, en algunos aspectos, incomprensible. Aclararlo supondría entender más a fondo a Vox.

Macarena era quizás la segunda figura más popular del partido, solo por detrás de Abascal, por su brillante actividad en el Congreso; y no cabe decir que tuviera un mal resultado, porque Vox subió dos escaños pese a que el PP logró una inesperada mayoría absoluta. Entre ambos llevaron a la izquierda a un abismo impensable tres años antes.

Pero las grandes expectativas creadas por el partido y la candidata, en este orden, convirtieron un buen resultado en un chasco. Y el revés psicológico en lo político tomó un aspecto del todo personal al anunciar Olona, apenas un mes después de la campaña, que dejaba la política. Y cuando la opinión de derechas, no solo Vox, andaba todavía buscando las causas de un abandono que la mayoría de los votantes de Vox lamentaba, se encontró con que Macarena iniciaba otra andadura: una suerte de romería política en el Camino de Santiago. Sé que uno nunca debe encariñarse con los políticos, pero en el caso de Macarena traté de impedir el final de una carrera política que tenía arreglo de no echarse ella al monte, o sea, al camino. Y, además, en compañía de gente poco recomendable. Contaré aquí cómo sucedieron las cosas o cómo las viví, y también cómo fracasé en el empeño de convencer a una persona valiosa que no supo hacerse valer.

La larga tarde del 24 de agosto y una extraña llamada previa

Durante el mes de agosto de 2022, semanas después de anunciar su abandono de la política y días antes de su extraña vuelta a la vida pública en el Camino de Santiago, quedé con Macarena en vernos para hablar despacio. Antes de volver a la radio, yo quería tener su versión de lo sucedido en la campaña andaluza, que critiqué duramente según iba dando tumbos y que, pese al resultado, como dije, ellos mismos convirtieron en catástrofe. De Macarena y de Vox.

Yo tuve que adelantar mi regreso de Francia y ella pasó agosto yendo y viniendo de América, porque su padre, del que por entonces yo no sabía nada, había muerto en Panamá meses atrás, en marzo. Quedamos en tomar un café en mi casa en la tarde del 24, para hablar tranquilamente del pasado y del futuro, que, tras el anuncio de lo del Camino, yo veía oscurísimo. Antes, le había mandado este wasap:

Ojo al Camino de Santiago. Peligro místico. No seas Nazarina.

Porque la peregrinación recordaba inevitablemente *Nazarín*, la gran novela de Galdós, llevada al cine por Buñuel, en la que a un cura de vida extremadamente humilde le empiezan a atribuir milagros, y se convierte, casi sin querer, en el mesías de una procesión de fieles, parodia respetuosa de la de Jesús y sus seguidores. El cura, Nazario y nazareno, comienza a enhebrar prodigios, acompañado de una prostituta y un enano, entre otras figuras conmovedoras. La Iglesia oficial asiste perpleja y molesta ante lo que considera, con buen criterio, la clásica explosión de fe de las masas, conmovidas por un personaje carismático, con la mansedumbre ejemplar de los iluminados, pero que, en la secular experiencia eclesial, tras una gran llamarada, se extingue tan rápido como ardió.

Antes de vernos, Macarena me había hablado, primero desde Panamá y luego desde España, del interés que tenía el expresidente Ricardo Martinelli, que había sido muy amigo de su padre, en hablar conmigo. Añadió que era muy probable que tras las elecciones volviera a la Presidencia. Entendí, y ella me lo confirmó, que contaba con incorporarla a su Gobierno. Sin embargo, yo no lo conocía y no tengo buena opinión de los políticos de Panamá ni de los hábitos financieros del país, así que fui eludiendo la llamada. Pero la víspera, Macarena insistió: le había dado mi teléfono a ese amigo de su padre, que además estaba con un empresario español e iba a llamarme. Lo hizo, pero, a riesgo de ser descortés, no lo cogí. Yo estaba muy escarmentado con el intento de hablar conmigo del famoso Villarejo, colega de Garzón y Dolores Delgado, que me llamó una noche a mi casa, a un número que legalmente no podía tener, tras criticar a su cliente López Madrid por el caso del apuñalamiento de la doctora Pinto. Eran los días de gloria de Villarejo, el amigo, decían, de los periodistas, pero yo no me puse y denuncié la llamada. Ambos acabaron en el banquillo y con peticiones de cárcel. Y yo me alegré de evitar la ocasión de ser grabado y manipulado. ¿También en el caso de Panamá? También. Y más aún, en relación con España y Vox.

Al día siguiente, a las cinco casi en punto de la tarde, llamó al timbre Macarena. Muy delgada, muy guapa, muy bien maquillada y con esa mirada suya, entre seductora y obstinada, que tanto ha fascinado a tantos. Y lo primero que abordó fue la llamada de Martinelli, sin respuesta por mi parte:

—Lo sé. Lo entiendo —me dijo ella.

—Imagina: de Panamá, y encima con un empresario español. Mejor ni hablar.

—Era muy amigo de mi padre. Pero antes tengo que explicarte lo del Camino.

—No, lo primero, tienes que decirme cómo estás. Porque te veo bien, pero bien no puedes estar. Y lo del Camino me parece un disparate suicida.

—¿Por qué suicida?

—Porque se verá como un reto al partido, y eso te cierra la vuelta a Vox.

—Yo soy una persona leal. Nunca me iré de Vox, si Santi no quiere.

—Pero esa romería con un montón de periodistas, casi todos buitres, se verá como un acto de fuerza frente al partido. Si alzas una bandera, te sigan los que sean, que en verano serán pocos, más los medios hostiles a Vox, es ir al choque.

—Yo no voy a censurar a ningún medio, ni a nadie que vaya de buena fe.

—Claro, la buena fe de La Sexta y de Público está más que acreditada.

—Ya lo sé, pero ¿qué voy a hacer? ¿Echarlos?

—Eso es lo que hacía tu partido, ¿recuerdas? Y no siempre te parecía mal.

—Pero esto es un asunto puramente personal, de fe, nada político.

—Macarena, todo lo que hagas tú ahora, y en bastante tiempo, será político. Pero ¿tú no has dicho que dejas la política y te vuelves a la abogacía?

—Sí. Eso he dicho y eso pienso hacer.

—Pues entonces, desconvoca la romería del Camino de Santiago.

—No puedo. No sabes la de gente que ha dicho ya que viene conmigo.

—Pero has dicho que vuelves a la actividad privada. ¡Ni has pedido el Senado!

—En eso quizás tienes razón y me he equivocado. Pero ya pasó.

—Con Feijóo y Sánchez en el Senado, lo hubieras pasado bomba.

—No te digo que no. Pero, en fin, eso ya no es posible.

—Pues con más motivo tienes que cancelar lo del Camino. Si dejas la política por un año, mientras se olvida lo de Andalucía, el año que viene puedes ir a las Generales. A Vox no le sobran precisamente candidatos.

—A lo mejor. No sé. Si me llama Santi, sabe que cuenta conmigo.

—Eso son frases huecas. ¡Cómo va a contar contigo si lo estás retando!

—Que no es un reto. Yo creo que se entiende muy bien.

—Se entiende muy bien que retas al partido. Quieras o no quieras.

—¿Tú lo ves tan claro?

—Tan claro como te estoy viendo ahora a ti. Sin una sola sombra.

—Ja, ja. Habrá que verme, después de los días que llevo.

Fui a por una bandeja a la cocina. La tarde de agosto amenazaba con eternizarse tras los parasoles de las ventanas, pero no podía con el aire acondicionado. Estábamos solos, cada uno en un sofá, con la mesita en medio. Café, agua y unas pastas que, tres horas después, seguían intactas. Macarena bebía muy poco a poco, mirando la taza, sin la cautela habitual de las mujeres guapas. Era una situación tranquila, profesional, solo levemente equívoca. En realidad, estaba pensando si me contaba lo de Panamá, como había anunciado. Por fin, sin petición alguna de confidencialidad, levantó los ojos:

—Nunca te he contado lo de mi padre.

—¿Lo de su muerte?

—No. Eso fue lo último. Lo de su vida. Fue un infierno para mi madre y para mí, que estaba preparando oposiciones y tenía que ir a verle en la cárcel.

—No tenía ni idea.

—Casi nadie lo sabe. Lo tenía todo: alcohólico, adicto y defraudador. Nos abandonó, quizás para protegernos de sí mismo. Y acabó en la cárcel.

—¿Y era amigo de Martinelli?

—Acabó en Panamá, y supongo que allí tuvieron algún negocio. Pero es que él sabía hacerse querer. Hay cierta gente a la que nunca le faltan amigos.

Se hizo otra vez el silencio, apenas roto por el aire acondicionado. La tarde caía a plomo sobre Madrid. Macarena volvió a mirar la taza de café, bebió un poco, cogió una pasta y mordió la mitad. Solo un mes después, uno de sus enemigos en la dirección de Vox, que los tenía y los aumentó en Andalucía, me demostró que lo sabían todo sobre su padre, su pasado y su relación con Martinelli. No sé si por ella misma o espiándola. También me dijo que había sido testaferro de Jordi Pujol y que, en el funeral, ella misma le había dado las gracias por dejar sola a su familia y obligarlas —siempre a su madre y a ella— a ser fuertes y valerse por sí mismas. Cuando la escuchaba, recordé el rumor durante la campaña andaluza: Ortega Smith y Buxadé se habían cargado a «la Ayuso de Vox».

—Cuéntame tu versión de lo que ocurrió en la campaña andaluza.

—Mi versión, no. Lo que pasó. Lo que yo viví. No sé lo que se vio.

—Se vieron muchas cosas. Ninguna buena. Error de optimismo en las encuestas, como si pudierais ganar; enfocar la campaña contra el PP, en vez de recordar que os debían la Junta; la chulería de ofrecerle a Moreno la vicepresidencia si ganabas. Primer debate horrible; el segundo mejor. Tú, errática y descolocada.

—Eso es lo que se veía: los dos minutos que daba el partido al día. Santi, como si él fuera el candidato, y yo, un par de segundos, nada más. El calor de los que venían a los mítines y me decían cosas emocionantes, la relación directa con la gente que llenaba las plazas... eso nunca se vio. Yo seguí, salvo en el tiempo, que reconozco que me pasaba, el guion que ellos me daban.

—¿También el cambio radical del primer debate al segundo?

—También. ¿No creerás que yo actuaba por mi cuenta?

—Lo que no entiendo es por qué jugaste la carta folclórica en vez de la de la abogada competente, seria y combativa del Parlamento, que es lo que la gente conocía y apreciaba de ti. ¿A qué venía eso de pintarte como Juanita Reina?

—¡Ojalá, Juanita Reina! ¡Pero si hasta me sacaron fea en los carteles!

—Pero, vamos a ver, ¿quién dirigía entonces la campaña? ¿Zancajo, Robatto?

—Zancajo al carajo, como dijiste tú. Como todo en Vox, lo hacían Ortega Smith y Buxadé. Lo dirigen todo, lo controlan todo. Reconozco que, sobre todo Ortega Smith, tienen una capacidad de trabajo impresionante. Pero la verdad es que en la campaña el candidato tiene poco margen. Solo Santi.

—Pero todas las campañas de Vox han sido así: Santi es el candidato ideal y, luego, el candidato real es el que cuenta los votos. Mira Castilla y León.

—Andalucía es mucha Andalucía. Creí que la campaña sería distinta.

—Demasiado distinta. ¿Por qué había de cambiar el votante de Vox? El folclorismo regional fue un disparate desde el principio.

—Ah, pero ahora resulta que eso solo lo inventé yo. Pues, adiós, muy buenas.

—Pero vamos a ver, ¿tú no te has ido?

—Y me han echado, las dos cosas.

—Eso no sucede sin que Abascal quiera.

—Yo a Santi no lo meto. A Ortega y Buxadé, sí. Cuando dije que quería recorrer Andalucía para hacer partido, me prohibieron salir del Parlamento. Solo les faltó encadenarme. En fin, se cruzaron muchas cosas.

—Bueno, pero eso ya pasó. Ya te has ido. Y supongo que no del todo.

—Eso depende de Santi. Si él me llama, yo acudiré.

—A ver, no te me hagas la ingenua. Si tú no te vas de verdad, al menos un año, él no te puede llamar de vuelta.

—Yo lo que quiero ahora es hacer el Camino, llenarme de fuerza y estar en paz con mi hijo.

—Si haces el Camino, eso es imposible. Será un reto; y para ti, un desastre.

—¿Por qué no les voy a agradecer haciendo con ellos el Camino a los que me han apoyado en estos días tan malos? Una gente tan buena conmigo...

—Porque la política no se hace con buenos sentimientos sino con buenas ideas. Y la del Camino es una idea malísima.

—Sí, entiendo lo que dices. Veo ahora problemas que antes no había visto.

—¿Y por qué no lo cancelas?

—Porque no puedo y tampoco quiero. Vamos, que me costaría mucho. Viene mi madre, y amigos muy amigos.

—Tu madre, la guapísima.

—¿Verdad que sí?

—Se me ocurre una cosa: no lo canceles, solo aplázalo. Si los medios no van, no hay escándalo, no retas al partido y, en las Generales, puedes volver sin más —insistí.

—Pero, entonces, ¿cuándo lo haría? Tendría que avisar. Hay gente ya de viaje.

—Hazlo con tu madre y la gente de confianza. Solo di que lo aplazas, los medios se desconvocan y nadie te va a seguir.

—¿Tú crees?

—Si les cambias la agenda a los periodistas, claro. Se irán a cubrir otra cosa.

—No sé cómo hacerlo. No me sale. Estaba muy pensado. Y sentido.

—Tú no estás ahora para dejarte llevar por los sentimientos. Te has dado y te han dado la costalada en Andalucía, te has separado de tu marido, se ha muerto tu padre. No estás serena, nadie lo estaría. Date tiempo.

—Pero ¿cómo lo aplazo? ¿Así, sin más?

—Pues sí. Dices que lo aplazas, y ya está. Avisas a los cercanos, pero solo a los muy cercanos, haces el Camino con ellos y te llenas de energía y todo lo demás.

—Tú crees poco.

—He tratado demasiados obispos en la COPE. *Roma veduta, fede perduta*. Pero soy de cultura católica: *ora et labora*. Vamos al mensaje del aplazamiento del Camino. ¿Quieres que te diga lo que entendería bien cualquier periodista?

—A ver.

—Pero escribes el mensaje en el móvil, ¿eh? Que si no, no lo haces.

—Escribo.

—Sencillo: «Ante las noticias que achacan motivaciones políticas a un sencillo acto de fe, y para evitar equívocos, he decidido aplazar mi andadura en el Camino, que haré de forma estrictamente privada. Gracias. Macarena Olona».

—¿Lo retocamos?

—No. Vale así. Lo mandas.

—Lo mando.

—Pues ya está.

La tarde iba oscureciendo, tan poco a poco que apenas se notaba. El hielo estaba casi derretido en la cubitera. Hablamos de su relación de pareja, definitivamente rota, otra vez de su padre, al que iba a ver en la cárcel. De lo difícil que es criar a un hijo sola, sobre todo si estás en política. En un momento, la vi afilar el gesto, con aire de lejanía. Nos despedimos, ella tan cariñosa como siempre, y yo, naturalmente, también.

Pero el tuit del aplazamiento no lo había mandado. Nunca lo hizo. Cuatro días después, el 28 de agosto recibí un wasap:

No me cabe duda de que tienes razón. Pero no he visto manera de poder desdecirme sin dejar en el camino a personas que habían confiado en mí. Empiezo el Camino. Cierro ciclo.

Como antes y como siempre, expresiones afectuosas, tan suyas. Por supuesto, la peregrinación fue una romería de los medios exageradamente afines y, sobre todo, de los habitualmente hostiles a Vox. Unos días después, me invitó a acompañarla al acto del 15 de septiembre en la Universidad de Granada, sin escolta, que desembocó en la agresión comunista. Volvió a invitarme a otro acto de Murcia, con los expulsados de Vox. Y entre un acto y otro, dio una conferencia en Sevilla presentada por el que en Twitter llamó «don Mario Conde», y sobre la que no me había dicho nada. Políticos: hasta los buenos engañan. En la radio, fingí sorpresa: «¡Lo nunca visto: una abogada del Estado con un ladrón de bancos!».

Pensé que era la última sorpresa de Macarena Olona, perdida para siempre en una caliginosa tarde de agosto. Pero no fue así. A finales de noviembre, volvimos a encontrarnos. Se las había arreglado para que la invitaran a la gala de los Premios de la Federación de Asociaciones de Radio y Televisión, que me daba la Antena de Oro de radio. Cenamos en la misma mesa, con Javier Castro Villacañas y su familia. Ella iba sola, con un precioso vestido negro, el de su boda, que pensaba donar, ingenua, al padre Ángel. El acto, brillantísimo y muy emotivo, terminó con los himnos de Ucrania y España. Solo dos meses después, moría Castro Villacañas. Demasiado corazón.

LA RELACIÓN FATAL DE LA POLÍTICA Y EL PERIODISMO

En el tanatorio, mientras saludaba a gente que no había visto nunca, y que decía escucharme cada mañana «desde Antonio Herrero», siempre presente y al que agradecí el premio, pensaba que todos los premios lo son de saludo y despedida y que, como los periodistas de éxito, también los políticos duran más o menos, pero pocos pueden saludar al llegar y despedirse. Macarena acababa de irse, y unas mesas más allá estaba Elías Bendodo, recién llegado a Génova 13 y viendo a la aristocracia mediática de la capital. Allí, la plana mayor de la radio, todos en buena relación: Aimar Bretos de la SER; Pilar García Muñiz, de la COPE; Juan Diego Garrido, de Onda Cero; Carlos Garrido de RNE, y yo. Allí los premiados de televisión: José Ribagorda, Ángeles Blanco y Nuria Roca, con sus famosas parejas. Allí, un poco más allá, Iker Jiménez y

Carmen Porter. Y José Luis Garci, forzado a comparar el peso del Oscar y la Antena de Oro. Y Alaska, que estaba actuando fuera, pero mandó un vídeo, estupendo, como siempre. Y otros que conocí esa noche, como el divulgador musical Ramón Torrelledó, que además dirigió un excelente grupo musical de jovencísimos virtuosos. Y Esther Ruiz. Y los que ese año 2022 nos habían dejado: Jesús Quintero, que me hizo las mejores entrevistas en la radio y televisión. José Luis Balbín, del que fui espectador, antes que colega y amigo. Y Juan Pablo Colmenarejo y Ángel del Río, con quienes tanto me crucé en la COPE y no sé si llegué a tomar algún café, quizás porque me llevaba bien con ellos y porque el periodismo es así, siempre de paso. Al agradecer el premio, cité a Unamuno que decía que lo propio del hombre no es tener razón sino tener verdad, y eso transmite la radio. Pero ¿cuál es la verdad en la relación de los medios y la política? ¿Que es todo mentira?

Quizás, como bien explican los clásicos de nuestro Siglo de Oro, el desengaño. Los políticos deben fatalmente cortejar, sobre todo en sus inicios, a los medios, o, para prosperar en sus partidos, atacar a los medios que critican a sus jefes. Y los medios, sobre todo los que organizan el día a día, deben tener buenas relaciones con los políticos a través de los jefes de prensa, más importantes de lo que parece, aunque nunca decisivos.

Tras cuarenta años en todos los medios que conforman la opinión pública, y tras crear hace más de veinte años mis propios medios, he comprobado que uno puede compartir la línea de un partido y apoyarla, pero, fatalmente, la coincidencia acaba en discrepancia cuando se critica cualquier decisión de ese partido o alguna declaración de ese político. En la izquierda, más sectaria, tarda en suceder, pero sucede. La derecha suele ser más independiente, apoya más y critica más, pero acaba aún peor y mucho antes que en la izquierda.

Las empresas están atrapadas por las concesiones de radio y televisión, también por la publicidad institucional que manejan, aunque esta es mucho menos importante de lo que tanto en la derecha como en la izquierda se achaca a los medios que antes los apoyaban y después los critican. En general, el PP es el que menos se queja, pero el que peor trata a los medios de su cuerda ideológica, como he comprobado en la COPE y en esRadio. Ciudadanos era el más indiferente: amable pero distante y despectivo. Y el peor, Vox.

En la breve historia importante de Vox, sus cuatro años entre las dos elecciones andaluzas, cuando pasó de 40.000 votos a cuatro millones, he tenido con Santiago Abascal una excelente relación, y con su partido bastante mala, sobre todo con Iván Espinosa de los Monteros y Rocío Monasterio, a los que, por cierto, Abascal no tiene mucha simpatía. La raíz de todos los problemas está en la relación con el PP, sobre todo en Madrid, la ciudad de Iván y Rocío, en la que han tropezado con Isabel Díaz Ayuso, con la que, por cierto, siempre se llevó bien Abascal. En el capítulo dedicado a Ayuso contaré por qué.

Puede parecer que Vox es el primer partido que ha vetado a algunos medios por criticarlos o por publicar mentiras o noticias manipuladas sobre ellos. Nada más falso. En realidad, lo peor que puede decirse de Vox, y yo no he dejado de hacerlo, es que se portan con los medios como la extrema izquierda. Esta, por sectarismo. Vox, por una mezcla de orgullo de partido, vanidad personal y escasa experiencia política. El efecto es el mismo, porque, además, sobre todo la pareja citada usa los mismos argumentos que los comunistas. Con pocos años de diferencia, Rita Maestre e Iván han atacado a esRadio con frases idénticas: es un medio quebrado, «ruinoso»

(Rita) con «dificultades financieras» o la «financiación en entredicho» (Iván) y los criticamos porque sobrevivimos gracias al PP. La verdad es justo la opuesta, pero en el caso de una, por estupidez y sectarismo; y en el del otro, por arrogancia y estupidez.

Con ambos acabamos en los tribunales. Ni una ni otro entienden que, al margen de sus razones, siempre discutibles, el comunicador que es dueño de su empresa debe defenderla ante sus empleados, porque si no desmintiera la palabra de un político, por poco que valga, admitiría que quizás el mes que viene podría no pagar la nómina. La comunista adinerada nunca dependió de eso. El aristócrata cree que con eso puede someter a una empresa.

La primera de Iván fue en la citada entrevista con Olona, cuando le pasó una nota para que me amenazara con que los seguidores de Vox dejarían de oírme. Yo digo siempre lo mismo, porque el estilo yunquero de atacar brutalmente a los medios más cercanos es endémico en Vox: que oigan la SER o que monten una radio esclava.

La última, que ya será penúltima, fue cuando Vox decidió por sorpresa no votar los presupuestos el PP en Madrid y decir luego Rocío en una tensa entrevista conmigo que no había tenido libertad en esRadio para defender su postura, como si tuviera alguna obligación con ella o su partido, pero que, de todas formas, si ella se tomaba un café con Ayuso, lo de los presupuestos se arreglaba en dos minutos. O sea, que se creía con algún derecho sobre la radio —que sigue la mayoría de votantes de Vox, en su mayoría antes de serlo—, y pensaba que entre notables pueden firmarse acuerdos en la servilleta de un bar, por encima de las instituciones representativas. No sé qué me pareció peor o qué la dejó en peor lugar.

Pero dos días antes, el vicepresidente de Castilla y León, el intelectualmente romo Gallardo, tras el lío con el aborto, había tenido otra tensísima entrevista con Ana Rosa Quintana, a la que trató como si la recién llegada a la vida pública fuera ella y no él. E Iván Espinosa de los Monteros se hizo preguntar por un meritorio de Negre sobre «la campaña» contra Vox, que se limitaba a esas dos entrevistas, las de Rocío y Gallardo. Y allí dijo que se debía a que esos medios se verían «financieramente comprometidos». Da la casualidad de que, si hay dos espacios matinales en radio y televisión que no pierdan dinero, son los nuestros. Pero es la insidia totalitaria de siempre: si alguien los critica, no se debe a que puedan estar equivocados sino, sencillamente, a que están vendidos. Al parecer, la aristocracia metida en política entiende que los medios de comunicación son como el servicio: sirven si se les paga; y, si no, les pagará otro. ¿Libertad? Imposible.

Por supuesto, al día siguiente lo puse verde. Y dije que o rectificaba o lo llevaría a los tribunales. Por dos veces un amigo común se lo pidió y por dos veces se negó, así que a la Justicia fui. Más que nada, para que ningún señorito piense que se puede faltar el respeto a cierta gente que considera inferior y que los ha apoyado pese a no ganar nada con ello, tratarlos de corruptos y que no pase nada. Sí pasa. Y nunca se olvida. Que me llamen fascista por votar a Vox, me da igual. Que me llamen comunista por criticar a Vox, también. Soportar la arrogancia de quien se cree con autoridad sobre mí, jamás.

En el fondo, también esto cerraba el ciclo que empezó con la frivolidad de los que entonces llamé «los Aristogatos», por decir que les daba igual votar a Ayuso como presidenta o que lo fuera Gabilondo. Como si fuera cosa menor que la Comunidad de Madrid cayera en manos de la izquierda para destruir lo hecho en más de dos décadas. Al final, Abascal impuso el apoyo a Ayuso. Dos años después, fue la campaña de las elecciones anticipadas por la moción de Murcia,

y el pacto de no agresión funcionó, como veremos en la parte dedicada a Ayuso. Otros dos años después, Vox volvía a las andadas. Los celos y la arrogancia se imponían al interés de una base social común, que puede votar al PP en unas elecciones y a Vox en otras. Pero los políticos no pueden cambiar de siglas, son solo de un partido, y si la información es sectaria, de dentro hacia adentro, lo normal era volver a la confrontación con el PP, como en la campaña de Andalucía, cuyos errores se cargaron a Olona. Se impuso el patriotismo... de partido. Y no sin sembrar la confusión sobre Abascal, que se fingió sorprendido por la postura de Monasterio, y después la respaldó. Menudencias de la política, de saldo impredecible y episodios olvidables, si no estuviéramos ante una situación dramática para la nación española, a la que se juró servir al fundar la olvidada DENAES. Los partidos acaban matando a su mismísima madre.

CAPÍTULO V

CIUDADANOS

UNA DERECHA DE PRESTADO, UNA DECEPCIÓN NACIONAL

En un libro sobre la derecha española resulta tan obligado como absurdo hablar de Ciudadanos. Obligado, porque, por unos años, fue la gran esperanza para acabar, al mismo tiempo, con el PSOE y los nacionalistas, sus dos grandes enemigos. Absurdo, porque Ciudadanos nació como partido de izquierda en Cataluña y siempre osciló entre la socialdemocracia que el PSC había traicionado en favor del nacionalismo y un raro «liberalismo» que empezó combatiendo el supuesto «dumping fiscal» de la Comunidad de Madrid (ese y otros mantras de la izquierda actual fueron invento suyo) y después utilizaron para legitimarse frente al PP en la lucha por el liderazgo de la derecha.

La esperanza en Albert Rivera y Ciudadanos fue tan sincera como la decepción posterior, porque alentaba dos deseos nunca alcanzados: la integración real y leal de Cataluña en España y la existencia de una izquierda nacional con la que alternarse en el poder sin poner en peligro la continuidad de la nación y la vigencia del régimen constitucional.

Sobre la integración real y leal de Cataluña en el régimen constitucional del 78, cabe señalar, aunque se salga de los límites de este libro, que nunca dejó de preocupar a la derecha liberal y socialdemócrata, ajena a la influencia de la Iglesia católica, que ha sido, sin duda, la gran legitimadora del nacionalismo antiespañol desde la Transición.

La desertión de la Iglesia amargó los últimos años de Franco, su salvador, y dejó al sector social identificado con los valores morales y religiosos tradicionales, es decir, el grueso del bando nacional, sin un factor legitimador con el que siempre contaron y cuya falta han intentado reparar, sin éxito, un sector de la Iglesia y varios partidos de la derecha, excepto los democristianos, que han jugado, como el Vaticano, al antifranquismo retrospectivo, asumiendo la superioridad moral de la izquierda como dato político indiscutible, en UCD, en AP y en el PP. Lo que la derecha sociológica ha negado siempre con su voto, nunca arrendado a la izquierda, siempre fue afirmado y reafirmado por la derecha política. Pero las grandes traiciones han sido de sacristía.

Antes de que Ciudadanos —es decir, Albert Rivera— se ofreciera por dos veces, una olvidada y otra recordada, como alternativa al PP, los partidos y la opinión pública de la derecha, entonces con más medios que ahora, intentaron por todos los medios que el nacionalismo catalán, arteramente identificado con Cataluña por los nacionalistas y bobamente asumido por los demás, se integrase en el sistema político constitucional. Durante el debate sobre la Carta Magna, la banda en la que militaba Arnaldo Otegui intentó asesinar a las puertas de su domicilio a uno de los siete «padres» o ponentes, Gabriel Cisneros, denunciado en la prensa por el PNV como un

«obstáculo» para que la Constitución reconociera los famosos «derechos históricos» vascos que, en cambio, sí defendía otro de los padres, Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón, que, tras perder la presidencia de Alianza Popular ante Hernández Mancha, acabó como abogado caro y descarado propagandista del separatismo.

El atentado contra Cisneros vino a demostrar trágicamente que eran acertadas las posiciones contrarias a introducir en la Constitución términos como el de «nacionalidades», un concepto que devaluaba el de Nación Española como sujeto político único, algo que no puso nunca en duda ninguna constitución anterior y que Julián Marías, el intelectual más respetado en la derecha de entonces, criticó inapelablemente en *El País*¹. Pero las prisas electorales y la oceánica ignorancia histórica de Adolfo Suárez llevaron a encargar a otro indocto en la materia, el ingeniero agrícola Fernando Abril Martorell, la negociación última de los artículos «atascados» con el ignaro Alfonso Guerra, y ambos se tragarón las «nacionalidades y regiones», morcilla explosiva que coló en 1978 Miquel Roca Junyent, representante de Convergencia i Unió, alianza electoral de Jordi Pujol y democristianos nacionalistas, y que también representaba al PNV.

Paradójicamente, fue Miquel Roca el que ocho años después, en 1986, encendió la esperanza en la derecha de «recuperar» al catalanismo —que aún negaba el proyecto separatista en el que, sin embargo, trabajaba— para el sistema constitucional. Fue la «Operación Roca», a la que asistí en primera fila y vi morir nonata. Pero antes tuvo lugar el fallido golpe de Estado del 23-F de 1981 y, como una parte de las quejas de los militares era contra el llamado «desmadre de las autonomías», que lo era, y también una inquietud de buena parte de la clase política, sobre todo en la derecha, dio lugar a una creación importantísima, la LOAPA, Ley Orgánica de Armonización del Proceso Autonómico.

LA SOMBRA DE LA LOAPA LLEGABA HASTA RAJOY

Esa ley orgánica fue una obra de cimentación jurídica encargada al máximo especialista, Eduardo García de Enterría. Y es opinión generalizada que cumplió su objetivo a plena satisfacción de los que veían imperiosamente necesario cerrar el proceso descentralizador, distinguir con claridad las competencias del Estado y las de las autonomías y crear un futuro marco de referencia jurídico al Tribunal Constitucional.

Se encargó siendo presidente del Gobierno Leopoldo Calvo Sotelo, hombre tan probo y sensato como ayuno de aptitudes políticas. Pero en una época turbulenta, en la que hacían falta estadistas y no publicistas, cumplió dos tareas importantes: el juicio a los golpistas del 23-F y la entrada de España en la OTAN para «europeizar» el Ejército. Y la LOAPA, claro está, de la que, incomprensiblemente, renegó en sus memorias.

Conocí a Leopoldo en la Moncloa, en 1982, poco después de convertirme en jefe de Opinión de *Diario 16*, el diario más identificado con la UCD posterior a Suárez, y en la época de Ignacio Aguirre, tío de Esperanza, como portavoz del Gobierno. Sin embargo, traté más a ese grupo al dejar el poder, en unas comidas semanales en el restaurante Guetaria donde acudían Pío Cabanillas, Ignacio Aguirre, Carlos Abella (hijo), Antxón Sarasqueta, Carlos Dávila, Xavier Domingo y, a veces, el propio expresidente del Gobierno, al que todos daban el trato de «presidente», con la misma prosopopeya con que él lo recibía.

Leopoldo ha sido el presidente con mejor formación intelectual en los años de democracia. Después, viene Aznar; luego, Rajoy; a continuación, Suárez y González, y luego, en abierta guerra con el talento y la educación, Zapatero y Sánchez. En aquella tertulia, se presumía de tres cosas: el juicio a los militares golpistas, que, tras la apelación del Gobierno, culminó en la sentencia a treinta años de Alfonso Armada, al que solo le habían caído seis; la entrada de España en la OTAN; y la concesión de un centenar de licencias en FM a grupos de comunicación de derechas, la cuna de Antena 3 Radio. Y se lamentaba una: la anulación de la LOAPA de forma torticera y aceptada por UCD.

En su libro *Memoria viva de la Transición*², que es el mejor dentro del género memorial, junto con *Río arriba* de Fernández de la Mora, Leopoldo —lo llamaré así para diferenciarlo de su tío, el «protomártir» José Calvo Sotelo— se refiere así a la LOAPA:

Una vez más vuelvo al discurso de investidura, donde quedó dicho mi propósito sobre esta grave cuestión [la autonómica], y vuelvo también a recordar que aquel discurso fue pronunciado el 18 de febrero de 1981 y es, en consecuencia, anterior al 23-F. No está de más este recuerdo, porque se sigue diciendo con ligereza que la política autonómica de mi gobierno fue una cesión a los golpistas o, al menos, un corolario del golpe militar. Y eso no es exacto. Acertada o no, la política que condujo a los pactos autonómicos de julio de 1981, y a la LOAPA entre ellos, fue una decisión mía que se anunció en el discurso de investidura cinco días antes del 23-F.

La afirmación no puede ser más absurda. Un año antes, el propio Tejero había ya protagonizado la Operación Galaxia, ensayo de golpe apenas castigado Y el «runrún de sables» era muy anterior al 23-F. Tanto, que Carrillo y Tamames, del PCE, debatieron en *El País* sobre la necesidad o no del «golpe de timón» que preconizaba Tarradellas desde la Generalidad de Cataluña, no para desarticular el Estado, como pasó desde que lo heredó Jordi Pujol, sino para fortalecerlo, porque suponía fortalecer la democracia.

Muchos —en la derecha y en la izquierda, y, del Rey abajo, casi todos— «entendían» la indignación de los militares, asesinados a mansalva ante una política antiterrorista de clara ineficacia y con un proceso autonómico convertido en almoneda separatista. Para ser justos, en la lucha contra la ETA Suárez no tenía ni la décima parte de los recursos y organización de sus sucesores, aunque el GAL de González prueba que los problemas de Suárez no eran propiamente suyos o de UCD, sino de ineficacia interna del Estado y de factores externos, como la abierta complicidad de Francia con el terrorismo etarra. En todo caso, los militares se quejaban de que Pujol y Arzalluz hacían lo que querían con el gobierno de UCD, debilitado por su indefinición ideológica y sus querellas internas. Y en eso coincidían con la mayoría de la sociedad civil, que veía venir el golpe militar.

A esa inquietud ante la debilidad del Estado y de la ley respondía la LOAPA. En el Grupo Libertad Digital no dejamos de pedir, cuando también empezó a verse venir el golpe de Estado en Cataluña, la recuperación del espíritu de la LOAPA. Lo que le pedíamos a Rajoy era lo que Aznar había hecho contra el terrorismo etarra: reforzar las leyes y mejorar los medios de la Policía, la Guardia Civil y los servicios de inteligencia. La mejor pieza de ese empeño de Libertad Digital, que explica también la naturaleza de la LOAPA y su triste final, es este artículo de Javier Somalo, publicado en abril de 2014, tres años antes del golpe y en vísperas del ensayo general que fue el referéndum de Artur Mas:

Según Mariano Rajoy, Cataluña no se va a separar de España porque ni siquiera se va a celebrar el referéndum de marras. El matiz es importante: no dice el presidente que lo vaya a impedir, sino que no se celebrará. Si optara por lo primero —la prohibición—, tendría que plantearse cómo, aunque esté escrito, y eso es lo que le produce una mezcla de vértigo y pereza.

Por eso, el Gobierno espera que nunca llegue el día que los separatistas ya celebran en todo caso: si no se hace nada, como victoria; si se hace, como el acto de agravio necesario para que perdure todo nacionalismo. Pero ¿se pudo hacer algo antes de llegar a esta situación?

Echemos la vista atrás, no demasiado lejos. La Ley Orgánica Armonizadora del Proceso Autonómico (LOAPA), instruida por Eduardo García Enterría y acordada en el verano 1981 entre Leopoldo Calvo Sotelo y Felipe González, se aprobó el 29 de julio de 1982. La propia ley preveía su entrada en vigor «cinco meses después de su publicación en el BOE». Cinco meses en los que sucedió todo lo demás: Calvo Sotelo anunció elecciones anticipadas el 27 de agosto de 1982 y Felipe González las ganó el 28 de octubre de 1982 relegando a la UCD y aupando a la derecha de Fraga como segunda fuerza. La abultada victoria socialista («Felipe barre», tituló *El Periódico de Cataluña*) era para muchos el «fin de la Transición», el momento en el que el Rey podría echarse a descansar porque con la izquierda en el poder ya sería, como le dijo su padre, «el rey de todos los españoles».

Calvo Sotelo siempre quiso aclarar —reiteradamente, en su libro *Memoria viva de la Transición*— que la LOAPA no fue una consecuencia del 23-F porque él ya había hablado de esta ley... cinco días antes, el 18 de febrero de 1981, en sede parlamentaria. Hoy ya no es necesario señalar que mucho antes de esa fecha el golpe a Suárez era empresa conocida por la mayoría absoluta del arco parlamentario, Calvo Sotelo y, sobre todo, González incluidos. No parece arriesgado suponer que lo que sucedería en aquellos cinco meses y los siguientes también siguiera un guion.

Aquella LOAPA fue objeto de un recurso interpuesto por los nacionalistas vascos y catalanes con un instrumento que ahora ya no existe: el recurso previo de inconstitucionalidad. Dicha vía, laminada por el PSOE y nunca recuperada por la derecha, permitía evitar el daño infligido por los hechos consumados. De nada servía —ni entonces ni ahora— que una ley fuera declarada inconstitucional después de entrar en vigor y habiendo ya ocasionado efectos perniciosos, casi siempre irreparables. Así que la ley se suspendió automáticamente sin llegar al BOE.

El problema es que, como sucedió entonces, el todavía bisoño Tribunal Constitucional siguiera la corriente del momento político —«Felipe barre»— y fuera al grano de lo que se pretendía: contentar a los que nunca estarán contentos, satisfacer a los que fundacionalmente son insatisfechos. El barrendero González hizo el paripé diciendo que su programa llevaría la LOAPA si el TC la visaba. Pero la sentencia del TC, dictada el 5 de agosto de 1983 por la «sección de vacaciones», anuló los resortes de poder que se reservó el Estado central sobre las comunidades autónomas y que no eran otros que los que siguen estando vigentes en la Constitución española.

La famosa «armonización» no era sino una forma de evitar que una comunidad autónoma ejerciera competencias de forma incompatible con la nación, de forma contraria a la Constitución. Y fueron precisamente los artículos que ponían la Carta Magna como dique los que el Tribunal declaró contrarios a ella. Por ejemplo, el artículo 1.2, que decía:

El ejercicio de dichas competencias no será obstáculo para la actuación por el Estado de las que a este se reservan por la Constitución, ni podrán excusar el exacto cumplimiento por las Comunidades Autónomas de los deberes que ante el propio Estado y los ciudadanos españoles les imponen la Constitución y, en especial, los artículos 138 y 139 de aquella [referidos a la imposibilidad de privilegios económicos o sociales y a la igualdad de derechos y obligaciones en cualquier parte del territorio español].

También se consideró inconstitucional el artículo 7 completo, que en su punto 2 decía:

El Gobierno velará por la observancia por la Comunidades Autónomas de la normativa estatal aplicable y podrá formular los requerimientos procedentes, a fin de subsanar las deficiencias en su caso advertidas. Cuando tales requerimientos sean desatendidos o las Autoridades de las comunidades autónomas nieguen reiteradamente las informaciones requeridas, el Gobierno procederá, en su caso, en los términos previstos en el artículo 155 de la Constitución [el que faculta, entre otras cosas, para suspender la autonomía].

Y así hasta dieciséis artículos además de aclarar que la LOAPA no podía ser ni Orgánica ni Armonizadora.

Poco después, claro, el recurso previo de inconstitucionalidad pasó a mejor vida y no se pudo esgrimir, por ejemplo, contra el último Estatuto de Cataluña que es, en realidad, la Constitución del régimen nacionalista. Aquel buen instrumento sirvió, pues, en contra de los intereses de una nación y después se eliminó. El origen de la culpa está en el PSOE que presumió de matar a Montesquieu, pero los gobiernos del PP no han hecho sino escupir al cadáver.

Si algún defecto tenían los artículos mollares de aquella LOAPA era su carácter redundante con la Constitución. El TC los fulminó y parece como si también hubieran desaparecido de donde salieron, de la fuente que los inspiró. De la propia Constitución.

Volvamos al presente. Hoy, Mariano Rajoy cree que se frenará por sí misma, como por rozamiento, una inercia de tres décadas. Mientras, Cataluña forja un poder equiparable al de un Estado central y construye su propio régimen exhibiendo cada detalle: policía, agencia tributaria, educación, justicia y represión propias amén de los medios de comunicación orgánicos. Enfrente no encuentran sino financiación y alternativas —«imaginación», dijo Rajoy— para que la rebelión tenga encaje constitucional. Todo parece indicar que se pergeña una reforma del Título VIII de la Constitución, el que trató de desarrollar con la boca pequeña y guion pactado la LOAPA.

Nunca, por mucho que se jure o prometa, se ha querido «cumplir y hacer cumplir» la ley sino aparentarlo. Los hay que ya solo confían en que la cosa se remedie el día del Juicio Final, contra el que no cabe recurso y en cuyo tribunal los políticos todavía no han conseguido colocar a sus togados. Y, claro, eso no lo verán los vivos³.

Pues bien, en mi opinión, la Operación Roca —como seguro de lealtad constitucional del nacionalismo catalán— y Ciudadanos —que tomó de Josep Tarradellas su propio nombre, cuando en una tarde memorable (la recuerdo en *Barcelona, La ciudad que fue*⁴) saludó al volver del exilio desde el balcón de la Generalidad a los «Ciutadans de Catalunya!» y no, como se esperaba, a los «Catalans»— obedecieron al mismo impulso que aquella LOAPA que no llegó a publicar el BOE y que quizás habría evitado el desastre que, para Cataluña y el conjunto de España, sobrevino después. Se trataba de asegurar los derechos civiles frente a los «derechos históricos», que parten siempre de la base de que España y los españoles no los tienen.

Cuando en 1980 Tarradellas, anciano y enfermo, no se presentó a las elecciones autonómicas, y le sucedió Jordi Pujol, se puso en marcha una máquina totalitaria de deslegitimación de todo lo español, empezando por el idioma, que dura hasta hoy. En el citado libro sobre Barcelona en los años setenta cuento cómo, antes de que los fundadores de Ciudadanos salieran de su zona de confort, yo intenté crear una lista electoral para defender los derechos lingüísticos de los inmigrantes, a partir del PSA de Andalucía y el de Aragón con el apoyo de la UCD catalana. Lo vetaron UCD y Rojas Marcos, presidente del PSA andaluz. Pasaron años hasta que la izquierda catalana hiciera algo similar, aunque evitando el problema esencial: el de la lengua.

LA PEQUEÑA HISTORIA DEL PRIMER CIUDADANOS

En mayo de 1979, Javier Rubio Navarro me convenció en la calle Aragón de que, si, como acababa de anunciar Alejandro Rojas Marcos, el Partido Socialista de Andalucía se presentaba a las elecciones catalanas de 1980, y tras el impacto de *Lo que queda de España*⁵, había que crear una plataforma electoral no solo andaluza, sino española, en torno a la defensa de la lengua y de la nación común. Veinticinco años y un mes después, el 2 de junio de 2004, Arcadi Espada convocó a una cena en el Hotel Barceló Sants. Los invitados fueron Xavier Pericay, Ferran Toutain, Basilio Baltasar, Iván Tubau, Albert Boadella, Francesc de Carreras y Teresa Giménez Barbat.

La urgencia no parecía máxima y quedaron para después del verano, el 2 de noviembre de 2004 en El Taxidermista, un restaurante de la plaza Real de Barcelona. Fue la primera de varias cenas en las que se fueron sumando los que serían llamados «Los quince del Taxidermista», o simplemente, T-15. Hubo diversas entradas y salidas, por ejemplo, el que acabaría siendo abogado de los golpistas de 2017, Javier Melero, dejó de asistir tras pelearse con Félix Ovejero. Melero decía que las democracias eran un logro del liberalismo, y Ovejero, un logro de la izquierda. Pero el debate de fondo se centró en dos cuestiones: si formar un partido o una asociación y, en ambos casos, si se definían como liberales o de izquierdas.

Puede decirse que la historia de Ciudadanos como partido se encierra en los dos manifiestos fundacionales. Luego, todo estará supeditado a la aventura política de Albert Rivera. Pero el partido como tal, en sus luces y sus sombras, está prolijamente definido en esos dos textos. El primero, publicado el 21 de junio de 2005, aunque se había firmado el 7, prueba hasta qué punto sus fundadores tenían una dependencia patológica de la izquierda. Tanto, que lo que los mueve a crear el partido no son los delitos que venía cometiendo el nacionalismo desde hacía veinticinco años contra los catalanes castellanohablantes y la legalidad española en general, sino el hecho de que la izquierda, que no había combatido ninguno, se los apropiara. ¿Qué habían hecho en ese cuarto de siglo? Solo esperar a los suyos.

Este es el texto completo:

Después de veintitrés años de nacionalismo conservador, Cataluña ha pasado a ser gobernada por el nacionalismo de izquierdas. Nada sustantivo ha cambiado. Baste con decir que el actual Gobierno ha fijado como su principal tarea política la redacción de un nuevo Estatuto de Autonomía. Muchos ciudadanos catalanes creemos que la decisión es consecuencia de la incapacidad del Gobierno y de los partidos que lo componen para enfrentarse a los problemas reales de los ciudadanos. Como todas las ideologías que rinden culto a lo simbólico, el nacionalismo confunde el análisis de los hechos con la adhesión a principios abstractos. Todo parece indicar que al elegir como principal tarea política la redacción de un nuevo Estatuto para Cataluña, lo simbólico ha desplazado una vez más a lo necesario. La táctica desplegada durante más de dos décadas por el nacionalismo pujolista, en la que hoy insiste el Tripartito, ha consistido en propiciar el conflicto permanente entre las instituciones políticas catalanas y españolas e, incluso, entre los catalanes y el resto de los españoles. Es cada vez más escandalosa la pedagogía del odio que difunden los medios de comunicación del Gobierno catalán contra todo lo «español». La nación, soñada como un ente homogéneo, ocupa el lugar de una sociedad forzosamente heterogénea.

El nacionalismo es la obsesiva respuesta del actual Gobierno ante cualquier eventualidad. Lo único que se le resiste son los problemas, cada vez más vigorosos y complicados. Por ejemplo, el de la educación de los niños y jóvenes catalanes. La política lingüística que se ha aplicado a la enseñanza no ha impedido que los estudiantes catalanes ocupen uno de los niveles más bajos del mundo desarrollado en comprensión verbal y

escrita. Este es solo uno de los más llamativos resultados de dos décadas de gestión nacionalista. Dos décadas en las que el poder político, además, ha renunciado a aprovechar el importantísimo valor cultural y económico que supone la lengua castellana, negando su carácter de lengua propia de muchos catalanes.

La decadencia política en que ha sumido el nacionalismo a Cataluña tiene un correlato económico. Desde hace tiempo la riqueza crece en una proporción inferior a la de otras regiones españolas y europeas comparables. Un buen número de indicadores cruciales, como la inversión productiva extranjera o las cifras de usuarios de internet, ofrecen una imagen de Cataluña muy lejana del papel de locomotora de España que el nacionalismo se había autopropuesto. Su reacción ha sido la acostumbrada: atribuir la decadencia económica a un reparto de la hacienda pública supuestamente injusto con Cataluña. Cabe recordar que una de las acusaciones tradicionales de la izquierda al anterior gobierno conservador había sido, precisamente, la de no saber gestionar con eficacia los recursos de que disponía y practicar una política victimista que ocultara todos sus fracasos de gestión. Poco tiempo ha necesitado el gobierno Tripartito para adherirse a esta reacción puramente defensiva, que, además, ha incurrido con frecuencia en la inmoralidad. Alguno de sus consejeros no ha tenido mayor inconveniente en afirmar que mientras el norte español trabaja, el sur dilapida. No parece que el creciente aislamiento de Cataluña respecto de España y que su visible pérdida de prestigio entre los ciudadanos españoles hayan contribuido a paliar esta decadencia.

Sin embargo, el nacionalismo sí ha sido eficaz como coartada para la corrupción. Desde el caso Banca Catalana hasta el más reciente del 3 % (que pasará a la historia por haber provocado una de las más humillantes sesiones que haya vivido un parlamento español) toda acusación de fraude en las reglas de juego se ha camuflado tras el consenso. Un consenso que no solo se manifiesta en los escenarios del parlamentarismo, sino que forma parte del paisaje. Puede decirse que en Cataluña actúa una corrupción institucional que afecta a cualquier ciudadano que aspire a un puesto de titularidad pública o pretenda beneficiarse de la distribución de los recursos públicos. En términos generales, el requisito principal para ocupar una plaza, recibir una ayuda, o beneficiarse de una legislación favorable, es la contribución al mito identitario y no los méritos profesionales del candidato o el interés práctico de la sociedad.

Como las fuerzas políticas representadas hoy en el Parlamento de Cataluña se muestran insensibles ante este estado de cosas, los abajo firmantes no se sienten representados por los actuales partidos y manifiestan la necesidad de que un nuevo partido político corrija el déficit de representatividad del Parlamento catalán. Este partido, identificado con la tradición ilustrada, la libertad de los ciudadanos, los valores laicos y los derechos sociales, debería tener como propósito inmediato la denuncia de la ficción política instalada en Cataluña. Oponerse a los intentos cada vez menos disimulados de romper cualquier vínculo entre catalanes y españoles. Y oponerse también a la destrucción del razonable pacto de la Transición que hace poco más de veinticinco años volvió a situar a España entre los países libres. La mejor garantía del respeto de las libertades, la justicia y la equidad entre los ciudadanos, tal y como se conciben en un Estado de derecho, reside en el pleno desarrollo del actual régimen estatutario de las Autonomías, enmarcado en la Constitución de 1978.

Es cierto que el nacionalismo unifica transversalmente la teoría y la práctica de todos los partidos catalanes hasta ahora existentes; precisamente por ello, está lejos de representar al conjunto de la sociedad. Llamamos, pues, a los ciudadanos de Cataluña identificados con estos planteamientos a reclamar la existencia de un partido político que contribuya al restablecimiento de la realidad.

Firman: Félix de Azúa, Albert Boadella, Francesc de Carreras, Arcadi Espada, Teresa Giménez Barbat, Ana Nuño, Félix Ovejero, Félix Pérez Romera, Xavier Pericay, Ponç Puigdevall, José Vicente Rodríguez Mora, Ferran Toutain, Carlos Trías, Iván Tubau y Horacio Vázquez Rial.

El 4 de marzo de 2006, se presentó el Segundo Manifiesto en el teatro Tívoli de Barcelona. El tono es distinto. El contenido, extraño.

Cataluña se ha vuelto inhóspita para quienes no son nacionalistas. El proyecto de construcción nacional, en el que participan todas las formaciones salvo el PP, está dejando al margen, sin representación política, a una parte importante de la población. Muchos ciudadanos están cansados de prestar su voto a unos partidos que

dicen no ser nacionalistas, pero que se suman con entusiasmo a la tarea de «construir una nación» con tal de llegar al poder.

Esta situación debe terminar. Hay que poner fin al monopolio nacionalista del espacio público, al afán de intervenir en todos los órdenes de la vida ciudadana, a la obligación de abrazar el credo catalanista para poder hacer política sin ser agredido, insultado y calumniado, al encubrimiento sistemático de la corrupción bajo el velo del patriotismo. Y no puede ni debe proseguir el control ideológico del nacionalismo sobre los medios de comunicación. La Generalitat y las demás instituciones autonómicas han de estar al servicio de toda la ciudadanía, no de una parte, y mucho menos de una minoría fanatizada.

En junio del año pasado hicimos público un manifiesto en el que considerábamos la necesidad de un nuevo partido político. Aquel primer manifiesto fue firmado por miles de personas y ha sido presentado a lo largo de los últimos meses en distintas localidades catalanas. En estos actos públicos queríamos pulsar la opinión de la ciudadanía y comprobar si nuestro diagnóstico era compartido por otras personas. Concluida la primera serie de asambleas divulgativas, estamos convencidos de que un amplio sector de la ciudadanía coincide con nosotros en reclamar la creación de un partido que dé voz a quienes no se sienten representados.

La tarea prioritaria hoy, en Cataluña, es la de sumar fuerzas para luchar por una sociedad libre de las ideologías románticas y del colectivismo reaccionario. Una sociedad posnacionalista. Queremos un partido de nuevo tipo en el que puedan coexistir personas de distintas tendencias políticas que coincidan en que la diversidad, el respeto a las minorías y el derecho a discrepar son requisitos imprescindibles para enfrentarse sin prejuicios a los inciertos problemas de nuestro tiempo.

Alentados por los apoyos de todo tipo que hemos ido recibiendo, hoy anunciamos el proceso constituyente que concluirá con la fundación de un partido político abierto a todos aquellos que desde posturas democráticas no comulguen con la ideología nacionalista.

Como promotores de este proceso, los fundadores de Ciutadans de Catalunya ofrecemos a la consideración de quienes participen en su desarrollo algunos conceptos que deberían orientar el programa del partido, su estrategia y su modo de actuar, dando por sentado que serán los órganos de decisión surgidos del propio proceso constituyente los que tendrán la última palabra:

—CIUDADANÍA. Los territorios carecen de derechos. Solo tienen derechos las personas. Los sentimientos de identidad, como los sentimientos religiosos o la orientación sexual, son dignos de respeto, pero rechazamos que se pretenda imponer proyectos políticos basados en ellos. Del mismo modo que estamos en contra de la discriminación racial, sexual o religiosa, lo estamos también de toda discriminación por razones de identidad. Debemos tener presente que si España es plural, Cataluña también lo es. El nuevo partido basará, por tanto, su discurso en el concepto de ciudadanía y denunciará el carácter antidemocrático de las ideologías identitarias.

—LIBERTAD E IGUALDAD. Será un partido que promoverá el espíritu crítico y el debate racional, haciendo suyos los principios heredados de la Ilustración. Defenderá la igualdad ante la ley y los derechos que caracterizan a las sociedades realmente democráticas, incluido el de recibir la protección del Estado para asegurar una Sanidad digna, un sistema de pensiones que asegure el bienestar en todas las etapas de la vida y un sistema educativo de calidad. Asimismo, el partido defenderá que el Estado promueva la igualdad de oportunidades de forma que ni el origen étnico, ni el idioma, ni el sexo, ni la posición económica de la familia determine privilegios.

—LAICISMO. Es esencial la neutralidad de la Administración en asuntos religiosos e identitarios. El nacionalismo romántico no debe imponerse en el espacio público. Nuestro partido se opondrá a la manipulación ideológica de los jóvenes y defenderá un sistema educativo libre de contaminaciones nacionalistas e imposiciones comisariales.

—BILINGÜISMO. El nuevo partido hará todo lo posible para elevar a oficial lo que ya es normal en la calle. Defenderá el bilingüismo en la Administración, en los medios de comunicación públicos, en la enseñanza y en todas las instituciones públicas catalanas. Dado que en Cataluña hay dos lenguas oficiales, promoverá una reforma educativa para que tanto el catalán como el castellano sean lenguas vehiculares y para que la primera educación se ofrezca en la lengua que decidan los padres. Exigirá el cierre inmediato de las Oficinas de

Garantías Lingüísticas y se opondrá a cualquier tipo de discriminación por motivos de lengua. También promoverá el conocimiento del catalán entre los funcionarios, pero no hará de ello una condición necesaria para su acceso a la función pública.

—CONSTITUCIÓN. El nuevo partido defenderá la Constitución española. Asumirá, por tanto, uno de sus principios básicos: la soberanía reside en el conjunto de la ciudadanía española, no en cada una de las Comunidades Autónomas. Propondrá racionalizar el sistema autonómico, cerrar el capítulo de transferencias conservando un gobierno central con los instrumentos necesarios para defender el bien común, y convertir al Senado en cámara territorial.

El 9 de mayo de 2006, Ciudadanos se presentó en Madrid, en el teatro Reina Victoria, en medio de una gran expectación. Los días 8 y 9 de julio de 2006 se celebró en Bellaterra el Congreso Constituyente del Partido, decidiendo que el nombre sería Ciudadanos-Partido de la Ciudadanía, en español. Albert Rivera, que entonces tenía veintiséis años, fue elegido presidente del partido mediante una trampa monumental: la elección mediante orden alfabético, pero empezando por el nombre y no por el apellido. Aun así, de no haberlo rechazado, el elegido debía ser Albert Boadella, no Albert Rivera. Pero la trampa de los demiurgos, Espada y Boadella, fue aceptada porque ninguno de los dos quería dedicarse a la política. Antonio Robles, que sí quería, fue elegido, sin problemas, secretario general del partido.

EL TORTUOSO CAMINO DE RIVERA AL PODER ABSOLUTO

Ciudadanos nació electoralmente el 1 de noviembre de 2006, en las elecciones al Parlamento de Cataluña, con «el Niño» Rivera desnudo en un cartel contra los tópicos de comunicación política. Cosechó casi 90.000 votos y tres escaños: Albert Rivera, Antonio Robles y José Domingo, todos por Barcelona. Y lo que encantó a los que en toda España celebraron su éxito fue el «¡Toma tres, Tevetrés!» contra una TV3 que había asegurado su fracaso y cuyo único programa es el odio a España, a lo español en Cataluña y a los españoles en general, obligados a pagar su corrupto y elefantiásico derroche. Pero la izquierda inconsútil y la derecha pactista nunca se han atrevido a cerrarla.

El camino al poder del «Niño» Rivera tiene un momento simbólico y dos alianzas «contra natura» que le dejaron solo en una cumbre sin futuro aparente. El gesto simbólico fue el rechazo de toda ayuda de Boadella y Espada, sus padrinos, para el primer discurso en el Parlamento regional. Una vez conseguido su escaño, Rivera dejó claro que no iba a ser la mera imagen del partido, sino su líder, con sus propias ideas, que, como se fue demostrando, se resumían en una: el poder. ¿Qué poder? Todo el posible.

Rivera tenía una ventaja sobre las dos figuras fundadoras: ellos no querían dedicarse a la política profesional, aunque sí ayudar al partido que crearon. Rivera, que en su brevísima vida profesional pasó de alumno de Francesc de Carreras en Derecho a modesto abogado de La Caixa, se veía como un profesional de la política, que aprendía rápido y se dedicaría en exclusiva, en especial a lo más urgente: definir el liderazgo y las elecciones europeas.

Tras la toma de posesión de sus actas, Rivera dejó que la izquierda del partido recuperase posiciones frente al estilo liberal o «populista fino» de Boadella y Espada. Pero no podía hacerlo abiertamente, porque los medios se habían enamorado del partido. Cuando Arcadi fue agredido

en Gerona por un nacionalista, Victoria Prego, entonces subdirectora de *El Mundo*, iba a su lado e hizo dos columnas contra «los fascistas», que, junto a la del agredido, llevaron a una condena parlamentaria unánime de la agresión.

Puede parecer cosa de trámite, pero ni lo era entonces en Cataluña, ni lo es hoy día en toda España. En 1981, el atentado contra mí tardó mucho tiempo en ser condenado en el Parlamento catalán, porque Pujol, que no quería condena alguna, boicoteó la proposición de Acosta, diputado del PSA andaluz. Y ERC, directamente, se negó a condenarlo. El separatismo, empezando por Pujol, siempre ha visto a los terroristas de Terra Lliure como un hermano algo extraviado pero meritorio, pese a los asesinatos de Viola y Bultó, ante sus familias con una bomba en el pecho. En TV3 presentan a uno de sus jefes como «nacionalista etiqueta negra» ¡cuarenta años después! Lo de «negra» era elogioso, naturalmente.

Puede decirse, por tanto, que la primera vez en que los medios y, de rebote, los políticos condenaron, siquiera por cortesía, las agresiones a los antinacionalistas, fue por ser de Ciudadanos. Antes, habían atacado a los firmantes del «Manifiesto de los 2300», hasta con un acto en el Camp Nou, y a Vidal-Quadras, cuando, hasta 1996, fue la «bestia negra» de Pujol. Pero una década y muchas corrupciones después, Ciudadanos tuvo el talento de convertirse en moralmente inatacable, en presuntamente inocente, en el bueno de la película, incluso para los censores, ayer y hoy «progres» o de izquierdas.

Hay una opinión muy extendida sobre la ampliación a toda España de Ciudadanos, como una opción de Rivera para intentar llegar a la Moncloa. Sin embargo, la realidad es bien distinta. Un año después de su bautismo electoral, había municipales, y aunque carecía de estructura y número de candidatos suficientes para hacer frente al reto más complicado, que es el de cerrar candidaturas, Ciudadanos no solo se presentó en las capitales catalanas y bastantes pueblos, sino fuera de Cataluña, como en Salamanca o Alicante.

Los resultados fueron malos. Pero lo mismo que Unión Progreso y Democracia (UPyD), que nació ese mismo año de 2007 a partir del «¡Basta ya!» de Rosa Díez, Fernando Savater y Mikel Buesa, y en cuyo bautismo tuvo el apoyo de los dirigentes de Ciudadanos, siempre creyeron que, como partido español, su obligación y su interés estaba en cualquier ámbito representativo nacional. En realidad, UPyD era, en el País Vasco, una versión de Ciudadanos, si bien más experimentada y de más que acreditado heroísmo ante la ETA.

Las trayectorias de UPyD y Ciudadanos se irán entrecruzando, vivirán éxitos y fracasos por separado, y en ambas un liderazgo excesivo impedirá una fusión no solo aceptada sino deseada por la común base electoral. Pero eso será años más tarde. Mientras, Ciudadanos entró en crisis en su II Asamblea General, que concluyó el 1 de julio de 2007. En ella se presentaron las candidaturas de Rivera y Luis Bouza-Rey, se debatió el voto directo en la asamblea, las primarias para elegir candidatos, y, sobre todo, la llamada «enmienda Carreras», que lo era a la totalidad de la trayectoria del flamante partido.

La clave de esa enmienda, que presentó Carreras pero que triunfó al ser apoyada por Rivera, fue un párrafo que destila la nostalgia izquierdista por el PSC que impidió, siempre con Carreras como agente y durante dos años, crear el nuevo partido. En lo ideológico, enmendaba los dos manifiestos fundacionales, en especial el segundo, el del Tívoli, al atribuir la razón del

nacimiento del nuevo partido al «vacío de representación que existía en el espacio electoral de centroizquierda no nacionalista». Lo cual significaba varias cosas, todas ellas mortales de necesidad, si se tomaban en serio.

La primera era que Ciudadanos no era un partido antinacionalista, sin más, sino que limitaba su acción al centroizquierda, en Cataluña el PSC, y se sugería que, de haber una rectificación, Ciudadanos podría integrarse en él. La candidatura alternativa puso el grito en el cielo, y con razón, porque eso era negar la realidad de lo que había supuesto hasta entonces Ciudadanos. Pero el rodillo del aparato, con Rivera al mando, arrolló a la «derecha», es decir, al sector liberal y fundador del partido... precisamente contra el PSC. Luis Bouza-Rey solo consiguió uno de los veinte puestos en disputa, y dejó el partido. Pero la enmienda suponía de hecho la expulsión de los que no comulgaran con «Lenin» Rivera y «Súslov» Carreras, fundadores incluidos.

Rivera, muy pocos años después, rebautizó al partido, ya bajo su control absoluto, como «liberal», e incluso se erigió en examinador de otros partidos acerca de esa ideología, que, si se me permite la expresión, desconocía en profundidad, como casi todas. En tanto, se desarrollaba la febril actividad de finales de 2007 para ir a las generales de 2008 con candidaturas en todas las provincias y a las regionales andaluzas, otra prueba más de que el proyecto fue siempre para el conjunto de España. Pero el momento de gracia de la fundación se había marchitado del todo, y Ciudadanos cosechó unos resultados que solo cabe considerar catastróficos: 46.313 votos en toda España (el 0,18 %), y 6.024 (el 0,13 %) en Andalucía, con un candidato llamado Antonio Venceslá Mariscal, del que perdimos la pista. Y tras el batacazo de 2008 se vinieron encima las europeas de 2009, para las que Ciudadanos no tenía dinero, candidatos ni credibilidad, solo un líder en apuros.

CUANDO ENTRE RIVERA Y MIGUEL DURÁN CASI SE CARGAN CIUDADANOS

Y entonces, demostrando la solidez de su apuesta ideológica por el «espacio de centroizquierda» que la II Asamblea General había apoyado, Rivera dio un giro radical. Anunció que Ciudadanos iría a las elecciones europeas en alianza con el partido Libertas, de Declan Ganley, irlandés millonario y fervientemente antieuropeísta. Y algo todavía más sorprendente: que el candidato de Ciudadanos sería Miguel Durán. Pese a su importancia, el Consejo General (máxima instancia del partido entre congresos) no discutió la decisión de Rivera, aprobada en asamblea por el partido, y esto provocó la marcha de los otros dos diputados catalanes, Antonio Robles, que se fue a UPyD, y José Domingo, que abandonó el grupo, pero conservó su escaño.

Yo conocía a Durán, indirecta o directamente, desde hacía mucho tiempo. Era de mi curso, aunque en otra carrera, en la Universidad Central de Barcelona, y como yo, un antifranquista que deambulaba entre el PSUC y Bandera Roja, las dos organizaciones mayoritarias, la una escisión del otro.

La primera vez que supe de Durán, aunque sin saber su nombre real, fue en una manifestación al día siguiente de que el PCE (i), luego PTE —la escisión maoísta más dura del PSUC, a cuyo lado Bandera Roja era, como el PSUC, una banda burguesa revisionista—, atacara

con cócteles molotov un coche de la policía, quemando al conductor; aunque esto no lo sabíamos al convocar la manifestación, que sin duda se hubiera cancelado.

La forma de manifestarnos era siempre la misma: concentración en las puertas de Filosofía y de Ciencias, marcha unidos por la calle Pelayo, hasta las Ramblas, donde intervenía la policía, nos dispersábamos, y unos eran detenidos y otros no, según su actuación o las delaciones de rigor, y tres días en el calabozo, antes de pasar a disposición judicial. Lo importante era la puesta en escena en Pelayo, donde estaba la sede de *La Vanguardia*, para contar los manifestantes y añadirles un cero más. La imagen era imponente, siempre que la policía no interviniera en las puertas de la Universidad y las carreras ante los grises deslucieran la manifestación.

Y en esa coreografía, importante para las fotos, tenía un papel clave «el ciego» —solo había uno—, como popularmente era conocido Durán. Se ponía unos metros por delante de la pancarta que abría la marcha y ahí, agitando su bastón blanco a modo de limpiaparabrisas, y entonando la consigna, que solía ser «¡Amnistía, Libertad!», frenaba, por su condición de discapacitado, el natural impulso de la policía de cargar contra los de la pancarta y dispersar la concentración. ¡No iban a pegarle a un pobre ciego!

Pero, según se dijo entonces —todas las referencias del suceso son orales—, tras los incidentes de la víspera con el incendio de los coches de la policía, había acudido una compañía de reserva de Jaén, que no estaba al tanto de las costumbres de no tocar al ciego y dejar que la manifestación llegara a las Ramblas para cargar y dispersarla. Y otra versión añadía que a los policías les acababan de decir que el policía quemado había muerto.

Fuera como fuese, lo cierto es que cuando la manifestación entró en la calle Pelayo, con Durán al frente agitando su bastón blanco, un capitán de la policía se fue directamente hacia el ciego y de un empujón lo mandó a la acera de *La Vanguardia*, provocando la dispersión general ante la falta de cortesía, que preludiaba un montón de palos y detenciones, como efectivamente sucedió.

Cuando Durán se hizo famoso como presidente de la ONCE y mano derecha del PSOE de González para controlar medios de comunicación, en particular Telecinco, se dijo que tras el citado tropezón con la ley tuvo una súbita revelación y dejó la izquierda, entonces internacionalista, por el nacionalismo ultracatólico de Unió Democràtica de Catalunya, cuyo jefe era Josep Antoni Durán i Lleida, nacido en Huesca. Según otra versión de la novelesca vida de Durán, propicia a toda clase de relatos fantasiosos, el tránsito de Durán fue de ida y vuelta: del entorno del PSUC a UDC, de ahí a la ONCE, plenamente integrado en el felipismo, y tras perder el poder en la organización, retorno a Unió, socio permanente de Pujol y llave de no pocos negocios, coimas, comisiones, trinqués y oportunidades de pelotazo.

De España migró Durán a la Argentina, al mundo del juego que bien conocía por el éxito del Cuponazo de la ONCE. Y contra él fue Baltasar Garzón, seguramente en comisión de servicios felipista, momento en el que recurrió al sector mediático antifelipista y quiso hablar conmigo, que, por sus andanzas mediáticas, solía ponerle verde en la COPE y en la naciente televisión de Libertad Digital. Y con Alfonso Ussía de mediador, nos encontramos en Jockey, en un desternillante almuerzo. Porque Durán es un pícaro a lo Guzmán de Alfarache, con gran sentido del humor, y que cuenta los chistes de ciegos como nadie. Vamos, que, sin que te des cuenta, te lía.

De Argentina migró Durán de nuevo a medios católicos, pero ahora no del sector separatista de UDC sino todo lo contrario: la Intereconomía de Julio Ariza, mano derecha de Vidal-Quadras en el Parlamento catalán cuando el PP se convirtió en la pesadilla de Pujol. Ariza me había ayudado mucho en la fundación de Libertad Digital, pero me era imposible seguirle en sus súbitas alianzas, entre la religión más pura y los amigos más turbios. Supongo que, a través de Ariza, veterano antipujolista, conoció Durán a Rivera. Y en aquel mundo de lampantes y aventureros nació su alianza.

CIUDADANOS ANTE EL ABISMO: MI ENTREVISTA CON MIGUEL DURÁN

Si Karen Blixen tenía una granja en África, yo tenía algo que parece hoy todavía más raro y lejano: una televisión en España: Libertad Digital Televisión. Duró poco: el tiempo que tardó Zapatero, que abrió el mercado por sugerencia europea a nuevos proyectos audiovisuales para «ampliar la pluralidad informativa», en cerrarlo de golpe, condenando a muerte a las cadenas recién nacidas —Veo7, de Unedisa; Canal 10, de Vocento; y otras—. Lo hizo prohibiendo la publicidad en cadena, la pauta única que permitía a las pequeñas pactar con las grandes para repartirse una parte de su publicidad a cambio de llegar a un espectro más diversificado y preciso. Todo dependía después de la capacidad de llegar a más público o hacer un mejor producto. Cuando se vio que las pequeñas podían ser rentables, Zapatero cambió su propia ley y las arruinó.

Pero en 2009, mi último año en la COPE, con una feroz campaña en contra que he contado en *El linchamiento*⁶, tenía esa televisión, y en ella, *La hora de Federico*, un programa con las noticias de la semana, humor y entrevistas. Y cuando desde Ciudadanos me pidieron entrevistar al candidato Miguel Durán por su candidatura europea junto a Declan Ganley por Libertas, lo hice, el 29 de abril de 2009. La charla, sin perdonar preguntas molestas, fue distendida, pero temo que el resultado fue retratar a Durán como un señor simpático y sin escrúpulos. Estos fueron los momentos de más interés político y más relevancia futura:

FJL: Yo creo que eres el único ciego de España que no va a tener el apoyo de la ONCE para este proyecto político.

MD: Pues, Federico, lo veremos. Entiendo que de la dirección actual de la ONCE no, porque soy abierta oposición... pero no quiero polemizar. La dirección no es la ONCE... es algo más, afortunadamente.

FJL: Pocas personas han tenido tanto poder como tú en los medios de comunicación. Telecinco es Berlusconi y Berlusconi es el brazo armado de Bettino Craxi⁷. Y tú te conviertes para mucha gente en el Berlusconi de Felipe González... así es como mucha gente lo vio entonces: que tú eras el hombre del dinero que compraba los medios y luego los ahorraba.

MD: Los hechos desmienten las presunciones. Fuimos a Telecinco de la mano, no de Berlusconi sino del Grupo Anaya. Berlusconi viene después y se provoca un cisma porque tiene una concepción muy parecida a la que tenían los fundadores de Antena 3. Muy informativa, pero con una tendencia, en este caso, muy de izquierdas... y Berlusconi y yo nos plantamos y dijimos que queríamos una televisión comercial.

FJL: En el 95 te afilias a UDC, el partido de Durán i Lleida. ¿Por qué?

MD: Porque tenía muy buena amistad con él, me venía insistiendo, pero yo le decía que mientras fuera presidente de la televisión no lo iba a hacer, pero cuando ya se decantó el asunto porque iba a comprar el Grupo Correo la participación del 25 % (de la ONCE), a mí me sustituirían y yo dije, estupendo. Le dije: yo

voy a participar en Unió, quiero que sepas que a mí lo que me gustaría es lograr en Unió una mejor integración de personas que, como yo, no hemos nacido en Cataluña y que no somos por tanto de filiación nacionalista y podemos hacer una contribución. Y me afilié. El primer revolcón que tuve en UDC me lo dieron las Juventudes de Unió y no te puedes imaginar por qué fue...

FJL: Querías ser alcalde...

MD: No, por algo mucho más simple: se difundió una foto o una filmación mía jurando la bandera española. Porque yo he jurado la bandera española.

FJL: ¿Y qué hacías en Unió?

MD: ¿Que qué hacía?

FJL: Sí, bueno aparte de contribuir a la mejor inserción... UDC es un partido nacionalista, siempre ha sido nacionalista, no puede ser más nacionalista... Hombre, reconoce que estar en UDC durante todo este tiempo y ahora acaudillar Ciudadanos es un poco chocante.

MD: No... no es tan chocante. Verás, Federico, yo cuando vi que nuestra intención inicial de practicar en Unió lo que yo quería no era posible, pensé en retirarme aiosamente. Pero en ese momento, mira por dónde, aparece don Baltasar... en el año 97.

FJL: Y te empitona...

MD: Y me empitona. Dicho sea... en fin, no se me vaya a querellar su señoría... es una forma, digamos, muy coloquial...

FJL: Sí, es muy taurino. Le gustan las capeas, así que entenderá la metáfora.

MD: Pero dejemos claro, tú y yo, por si acaso, que tú tampoco tienes muy buena relación con él...

FJL: No, no. Es más, aspiro a tenerla peor. Pero él con menos poder que ahora, claro.

MD: Entonces yo, ante esa perspectiva, me quedo en una situación absolutamente durmiente, sin hacer uso de esa militancia y me olvido de ella. Es más, con mi buen amigo que aspiro a que lo siga siendo, don Josep Antoni Duran i Lleida, he mantenido una relación no tan fluida como al principio porque yo tampoco quería que UDC pudiera sufrir por aquello de lo que a mí se me acusaba. Soy catameño... catalán de adopción y extremeño de origen, de Azuaga y a mucha honra... (...) soy bilingüe por convicción, no por imposición, me molestan los excesos que no permiten la libertad de escoger y lo he dicho públicamente en muchos sitios.

FJL: ¿Vas a llevar en tu programa en las elecciones europeas el derecho a la libertad de elegir la lengua para escolarizar a los niños?

MD: No se plantea eso en Europa... pero vamos...

FJL: ¿Cómo que no se plantea? ¡Si se ha votado dos veces! Luis Herrero consiguió que se ratificara en el Parlamento, y el Partido Socialista con la ayuda de la izquierda y de Le Pen consiguieron revocarlo, o sea, que claro que se plantea.

MD: Pues yo no tenía esa información, pero si se plantea, don Federico, ten por seguro que yo soy partidario de que los papás, que son los progenitores, tengan siempre toda la capacidad y, además que no se convierta eso en un problema. Es decir, que no se use la lengua como arma arrojada entre nadie pero que no se multe a nadie porque rotule de una forma o de otra... además yo escribo catalán, mucho mejor, estoy seguro, que algún político de importancia de Cataluña. ¿Verdad que tú me crees?

FJL: El caso es que vuelves al primer plano como se decía en tiempos de Sautier Casaseca, y apareces con Ciudadanos. Y lo primero que ha pasado en Ciudadanos es que se ha partido por la mitad. En la Asamblea que lo ratificó hiciste un largo discurso. Y los que perdieron, 36 a 24, una victoria relativamente amarga, dicen que tú hablaste más que todos ellos juntos. Lo cierto es que, de tres diputados, dos están en contra de que aparezcas al frente de esta coalición, aunque Rivera está a favor. De los que fundaron Ciudadanos hay declaraciones feroces criticando a Libertas y que tú seas la figura de Ciudadanos, que tenía un perfil de izquierdas beligerantemente antinacionalista. Pero ¿cómo llegas a Libertas? ¿Tiene algo que ver nuestro común amigo Ariza? ¿Sabes que le habían ofrecido Libertas a Luis Herrero y a Santi Abascal?

MD: Pues son muchas preguntas, Federico... me vas a obligar a un esfuerzo de síntesis importante.

FJL: Pero yo sé que tienes mucha memoria...

MD: Creo que es una afirmación muy osada, Federico... Yo tengo otra concepción de cómo funcionan los partidos. En los órganos se vota y cuando se tiene espíritu democrático el resultado se acata. Pero si cada vez que se somete algo a votación y se gana, sea con el margen que sea, lo que se ha votado tiene que representar

la ruptura del órgano que vota o de lo que represente lo que se vota... la vida democrática sería imposible.

FJL: ¿Y por qué no se votó antes de llegar al acuerdo con Libertas, y no después?

MD: Yo no participé en eso. La noticia que tengo me la da Albert Rivera y me dice que la Ejecutiva, que es un órgano digamos inferior en cuanto a soberanía, había aceptado la coalición y mi candidatura y que eso pasaría luego por el refrendo del Consejo General del partido. Pero lo que yo he podido saber, y yo no soy miembro, todavía, de Ciudadanos, es que hay un diputado que parece claro que trabaja pro-otro-partido, concretamente el de Rosa Díez.

FJL: Bueno, Rivera quería pactar con Rosa Díez, pero ella, por alguna razón, no ha querido. Te refieres a Antonio Robles, pero el otro diputado, José Domingo, también ha dicho que está en contra del acuerdo y que a lo mejor después del verano también se va... con Rosa Díez o no, no lo sé.

MD: A mí la verdad es que Rivera no me ha admitido nunca que él haya propuesto ninguna alianza a Rosa Díez... eso es algo que como tantas leyendas urbanas que...

FJL: No, no, de leyendas nada, que me lo ha dicho a mí...

MD: ¿Quién? ¿Albert?

FJL: Hombreee...

MD: Ah, pues entonces no sé...

FJL: Si es que te tengo que dar un cursillo acelerado de Ciudadanos. Como has estado en Argentina, en Unió...

MD: Hace mucho que no satisfago mi cuota en Unió, no te sabría decir cuánto... Pero vuelvo a lo de Ciudadanos. Lo que yo vi no fue la ruptura. Me pareció más bien que alguien quería dinamitar la coalición desde dentro del partido, cosa perfectamente legítima, y no lo consiguió. Entonces hubo una participación, en este caso mía, porque creo que debía explicarme entre otras cosas porque otros habíais explicado las cosas desde vuestro punto de vista y a mí me pareció legítimo comparecer allí para explicarme yo directamente. Y si me querían abuchear pues que me abuchearan... y no me abucheó la gente, al final me aplaudieron y yo les dije lo de que estoy para defender y no hay más. En cuanto a si el señor Robles se va después de las europeas... yo creo que cuando está en esta situación lo que debe hacer es irse ya, si quiere.

FJL: Comprenderás, Miguel, que, recién llegado, sin ser de Ciudadanos, estés diciendo a los diputados de Ciudadanos que se vayan, es un poco...

MD: Que no, que no digo que se vayan. Digo que lo ha dicho él y si lo ha dicho no sé por qué una decisión así se tiene que meter en el congelador. Si se tiene, se tiene. Es mi opinión. Puedo estar equivocado. En cuanto al otro diputado (José Domingo) mi información no es exactamente que quiera marcharse, pero es libre y no me voy a meter en eso. Yo estoy encabezando una coalición porque me lo han pedido y pienso defenderlo todo lo que pueda.

FJL: ¿Quién te lo ha pedido, Miguel?

MD: (Pausa) Pues mira, me lo ha pedido... gente del Partido Socialdemócrata Español, gente de Unión del Pueblo Salmantino, Albert Rivera, el señor Declan Ganley, con el que he firmado un compromiso... Y a partir de ahí me lo ha pedido otra mucha gente... gente que me ve por la calle y me dice: «¿De verdad se va usted a presentar? Pues a ver si es verdad que no seguimos con políticos siempre profesionales y hacemos cosas diferentes». Me hace ilusión, Federico. Puede incluso que no salga porque ni nos van a apoyar algunos medios de comunicación, ni los bancos; entonces, lo tenemos un poco complicado. Pero no te olvides, en esta casa podemos hablar de la Biblia y en la Biblia hay un David y hay un Goliat.

FJL: ¿Y tú eres David o Goliat?, porque yo no lo tengo muy claro en esta coalición.

MD: No llego ni a David, pero tengo que entrenarme con la honda para poner la piedra donde ponga el ojo...

FJL: No perteneces tampoco a Libertas, solo tienes el contrato con Ganley. ¿No es una forma un poco rara de tener relación con un partido político?

MD: No, hombre, desde que hay partidos hay personas que se presentan como independientes...

FJL: Ya, pero que la relación no sea afiliarse, sino firmar un contrato...

MD: ¿Cuándo se afilió el actual portavoz parlamentario del PSOE? Mucho después de estar en cargos importantes. Puedo seguir ese modelo y luego ya si me integran o me integro pues pertenecerá a la libertad de cada uno. Yo, con Libertas, *humilitas*.

FJL: Bien, eso me parece muy bien, la ventaja de un buen bachillerato. Pero da la impresión de que de momento Libertas, cualquier cosa menos *humilitas*, al menos en cuestión de dinero, porque Declan Ganley es multi-multi-multimillonario.

MD: Que yo sepa, Declan Ganley es un señor bastante experto en modernas tecnologías. Intervino en determinados negocios de las UMTS, donde lógicamente ha habido fuertes plusvalías, como en todo el mundo de la tecnología, que le pregunten al señor Bill Gates y a otros más próximos de aquí, de España. Entonces que Ganley tenga dinero yo no lo considero un oprobio....

FJL: No, si yo lo decía porque te quejas de que no vais a tener ayuda de los bancos, y, hombre, tenéis a un multimillonario.

MD: No, yo de los bancos critico lo que has criticado tú muchas veces: que los partidos tengan créditos que no devuelven sino, digamos, con aportaciones en especie. Me parece muy poco presentable que el poder financiero no pase por el Tribunal de Cuentas y muy poco acertado que el Tribunal de Cuentas no tenga capacidad punitiva por las irregularidades de mucho pelaje que tienen todos los partidos políticos.

FJL: Me imagino que haréis una exposición transparente de los mecanismos de financiación de la campaña.

MD: Procuraremos hacerla bastante más transparente que los demás partidos por una razón fundamental: porque el candidato asume que en esta campaña no haya ni un solo euro que se gaste sin soporte documental y porque en esta campaña yo les tengo dicho a mis colaboradores que no acepto ningún tipo de comisión, de esas que suele haber por ahí. Pero lo que me parece discriminatorio es que nos pongáis el foco a los «Davides» que acabamos de llegar a esto y que no intentéis ver con exactitud cómo se manejan financieramente los grandes, los poderosos, pues yo creo que eso es injusto y además seguro que Dios nuestro Señor no lo ve bien...

FJL: Esta es tu primera entrevista y de las pocas que te van a hacer. Yo lo único que te reprocho es que hayas contribuido a la destrucción de Ciudadanos, que a lo mejor hubiera muerto igual, porque me parece un fenómeno político admirable. A lo mejor resulta que lo consigues recomponer y tienes razón. Me parecería un milagro...

MD: Échanos una mano...

FJL: ¿Te parece poca mano una hora de entrevista aquí, que lo va a ver toda España?

MD: Pero ¿algún día me llevarás también al otro púlpito? (por la COPE).

FJL: Pues no sé si estaré, porque, como defiendo tanto a los poderosos, tengo muy mala fama entre los poderes fácticos.

MD: Pues antes de irte, llévame a un programa tuyo. Me gustaría explicar todo esto personalmente. Que además tienes una audiencia multitudinaria, porque los taxistas en Madrid me dicen, anda, te ha puesto Federico a parir. Y yo digo, bueno, Federico es como es y yo soy como soy y en mi pueblo dicen eso de que el que nace lechón muere cochino. ¿Cuándo me llevas a la radio, Federico?

FJL: Pues, depende... ¿Como accionista o...?

MD: No, como interrogado.

FJL: Es que a mí me gusta más tu faceta empresarial. La política está por estrenar.

MD: Soy un modesto empresario.

FJL: Yo te llevo a la radio a cambio de que tú empieces a publicar tu autobiografía en *Libertad Digital*, pero de verdad.

MD: Te la escribo este fin de semana.

FJL: No, entonces será mentira. Yo quiero la historia completa, desde cómo llegas a la ONCE hasta cómo sales, luego, las andanzas con Garzón...

MD: Pero ¡cómo te atreves!

FJL: Estás en la política, y en la política se miente.

MD: No, no, yo no soy político profesional, no he vivido de la política y ahora accedo para precisamente tratar de aportar un poco de aire fresco... aun a riesgo de que me llames fresco. Pero no te estoy mintiendo «con toda sinceridad», como dices que hace Rubalcaba.

FJL: No, es que Rubalcaba no miente, desconoce la verdad, que es distinto. Lo que digo es que, si la haces en un fin de semana, no me vas a contar la verdad de tu biografía, que me parece interesantísima.

MD: Mis memorias tampoco son tan interesantes, la verdad. Soy normalito con mis peculiaridades. Soy todo lo pecador que pueda ser cualquiera. De verdad que no me tengo por nada importante. Pero toda la vida he intentado ponerme retos y enseñar a otra gente que no hay que rendirse nunca, que hay que pelear incluso cuando uno se equivoca.

FJL: Esa es mi idea también. Miguel, no te preocupes. Te llevaré a la radio, aunque sea una de mis últimas voluntades. Faltaría más. Cobertura no te faltará, como no le ha faltado a Ciudadanos cuando no estabas tú. Ni a Rosa Díez, cuando salió, después de Ciudadanos.

MD: Oye, preséntamela un día...

FJL: ¿A Rosa? Mejor hablo con Pedro J. y os organiza una comida. Como tú eres gastrónomo y ella no come, te podrá explicar el proyecto. Muchas gracias por estar con nosotros, por este tono distendido y amable. Incluso gracias por permitirnos recuperar la imagen de las Mamachicho; reconozco que le tengo debilidad a esa época, tan ingenua como el Destape de los setenta. Gracias, Miguel Durán, por haber estado en Libertad Digital Televisión.

EL NAUFRAGIO DE LAS EUROPEAS Y EL BOMBERO GIRAUTA

El resultado de las elecciones al Parlamento Europeo estuvo a juego con el formato moral elegido por Rivera y aceptado mayoritariamente, no se olvide, por el partido. Miguel Durán obtuvo 26.000 votos, menos de la mitad de los que había logrado Ciudadanos solo en Cataluña tres años antes. Rivera encargó una encuesta, o alguien de La Caixa la encargó por él, sobre la intención de voto a un año de la convocatoria electoral catalana. Y el resultado fue demoledor: el 0,27 % de intención de voto. Por mucho que mejorase a lo largo de la campaña, Rivera se iría por donde había venido.

Y entonces decidió llamar a Juan Carlos Girauta.

Para mí, Girauta representa la Barcelona de los años setenta, la ciudad que fue. Tiene, como Sisa y Loquillo, herederos de Los Sirex y Lone Star, un aire de barrio, de calle, de época en la que me reconozco, porque tuve la suerte de respirarla a pleno pulmón. Hay un tipo, más bien un biotipo, que en realidad no es catalán sino exactamente de Barcelona: «echao pa'lante», alegre, con un aire superficial y trasfondo triste, de penurias y carencias dejadas atrás, quizás en la infancia, pero que son el telón de fondo de una actitud vividora y jactanciosa. Es como si el Tercio de Montserrat —el de los voluntarios falangistas de Barcelona, la provincia que más voluntarios aportó al bando nacional en la Guerra Civil— fuera de los Tercios de Flandes.

Pero hay, incluso en la derecha, un trasfondo anarquista, estrepitoso, que Loquillo evoca en sus memorias del barrio de Sants, Serrat en el Poble Sec, y Lone Star en «Mi calle», la canción por excelencia de aquella Barcelona. También del Hospitalet en que la CNT erigió un arco de ladrillo en 1936 que decía «Aquí empieza Murcia», retando así a los nacionalistas que los llamaban despectivamente «murcianos» con esa xenofobia omnipresente, ayer y hoy, contra los emigrantes que hablan español y levantaron a orillas del siglo xx la Exposición Universal en *La ciudad de los prodigios* de Mendoza. O que, medio siglo después, acamparon en los alrededores de Barcelona —«donde la ciudad cambia su nombre», que diría Candel—, y se llamó Santa Coloma de Gramanet, el Prat de Llobregat o Cornellá, cuya peña «Fosforito» guarda el quejío, el vino amargo de generaciones de andaluces.

Se dice que Barcelona, *pal de paller* de Cataluña, es la ciudad menos catalana de todas o, lo que es igual, la más española, y es cierto. Por eso mismo, Ciudadanos es un fenómeno profundamente barcelonés, donde hay una resistencia de fondo contra el payés, el reaccionario, el que habla catalán con acento de Gerona o de la *terra ferma* de Lérida. Es lo que separa Tabarnia, la Cataluña liberal, de Tractoria, carlistona y separatista. Pues bien, Girauta no puede ser más tabarnés. Y cuando Rivera, tras el desastre de Libertas, vio que Ciudadanos y él se iban a pique, lo llamó.

Puede decirse que, si Arcadi Espada fue el gran motor del primer Ciudadanos, tres años después, Girauta fue el artífice de su resurrección. Albert Rivera aprovechó el impulso de Espada y Boadella, con el núcleo de intelectuales de El Taxidermista, para convertirse en político profesional. Y se encomendó a Girauta para no dejar de serlo a las primeras de cambio. Lo consiguió. Y acabó traicionándolos a los dos, sonriente pero repetidamente.

Las elecciones catalanas de 2010

Girauta vio claro que, para las elecciones catalanas de 2010, en las que el partido se la jugaba, debía recuperar el prestigio intelectual que por culpa de Rivera había perdido con Durán y Libertas, así que recurrió a los fundadores, y a un movimiento que apareció después de Ciudadanos pero que obedecía a un mismo impulso moral y político: la defensa de la nación y la libertad. Recordaré, de paso, que Girauta fue el editor de dos libros de artículos míos: *España y Libertad* y *Más España y más libertad*. O sea, que sabía de lo que hablaba. Además, igual que Loquillo en «El ritmo de garaje» presume de su banda de rocanrol, él tenía un grupo musical, Astrolabio, y un gran sentido del espectáculo. Como el Ciudadanos de Boadella y el Tívoli.

El primer acto importante fue la presentación en el teatro Villarroel del manifiesto «Cataluña somos todos». Acudieron los fundadores que se habían ido tras los dos volantazos de Rivera, a la izquierda y a la derecha, y, con ellos, el brillante dirigente histórico del PSOE, Pablo Castellano, que profetizó: «El paso del felipismo a la democracia será muy difícil». Y con los nacionalistas catalanes y vascos de aliados, más. Pero el factor nuevo con respecto al Ciudadanos de 2006 era el grupo vasco que, proveniente del Foro de Ermua, nacido tras el asesinato de Miguel Ángel Blanco, había creado Unión, Progreso y Democracia, bajo el liderazgo de Rosa Díez.

Si desde Barcelona se da forma a un partido antinacionalista nuevo, UPyD le añade la experiencia heroica de la resistencia a la ETA y sus cómplices del PNV. La base social de ambos, como se pudo comprobar, era prácticamente la misma. Y la simpatía que, fuera de Cataluña o el País Vasco, producían, idéntica.

El primer elemento de conflicto, que acabó siendo permanente, fue el paso de Antonio Robles, número dos y diputado en la lista de Ciudadanos, acreditado militante antinacionalista y autor de un libro más que notable, *Extranjeros en su país*, con el pseudónimo de Azahara Larra Servet, a las filas de UPyD, tras el pacto de Rivera con Libertas y Durán. Y se planteó el dilema de la presentación o no del partido de Rosa Díez en Cataluña, en la que, al margen del mérito de Robles, solo podía perjudicar a Ciudadanos. Y UPyD lo hizo, con números paupérrimos, pero lo hizo. Más excusa que razón, los celos partidistas no ocultaban la rivalidad y antipatía entre Díez

y Rivera, que alternaron apoyos y desdenes: el primer Cs apoyó a la naciente UPyD y la primera UPyD apoyó a Ciudadanos, al menos para resucitarlo. A partir de ahí, el impulso de las bases y los votantes se estrelló contra el protagonismo de Díez y Rivera. Y ambos se hundieron con sus líderes.

Tras el acto del Villarroel, Ciudadanos protagonizó varias campañas de gran efecto mediático, como su oposición a la abolición de los toros en Cataluña. Rivera, que no había pisado una plaza ni frecuentado una grada, se hizo asiduo de la Monumental, y le brindaron toros no solo los diestros catalanes, como Serafín Díez, sino de toda España, que acudieron a la que en los años cincuenta y sesenta era la ciudad que más número de festejos celebraba al año. Eso le devolvió a Rivera el lustre perdido en sus alianzas eurofinancieras. Y en las elecciones no solo conservaron los tres diputados que ya tenían, sino que estuvieron cerca de lograr los cinco al superar los 100.000 votos. Lo más difícil, sobrevivir, se había conseguido. Ahora había que crecer.

Jordi Cañas, agitador municipal

Un año después, en las municipales del 2011, el reto era aún más difícil, porque la presencia de Ciudadanos en los pueblos, sobre todo en Gerona y Lérida, era inexistente. Otra vez se salvaron los escasísimos muebles, conservando lo que había, y la novedad fue la aparición de Jordi Cañas como candidato a la alcaldía de Barcelona, que, más por su estilo que por su apellido, asumió orgullosamente el sambenito de cañero. Rivera pidió a Rosa Díez ir juntos, y la líder de UPyD lo rechazó de nuevo. Nadie hizo de eso una tragedia porque había un acuerdo tácito, al menos entre los que apoyábamos a ambas formaciones, para que Ciudadanos sobreviviera y creciera en Cataluña, mientras UPyD formaba esa izquierda nacional española que ha sido el gran déficit del sistema constitucional desde la Transición. Otra cosa es que, dentro de los partidos, crecieran la inquina y los celos. El fichaje de Robles seguía siendo un pequeño problema, pero José Domingo finalmente decidió conservar su escaño el tiempo de la legislatura y no entró en UPyD. Y si los celos son habituales dentro de las formaciones, es muy lógico que sean mayores entre formaciones distintas. La crisis inevitable entre Cs y UPyD, o Rivera y Díez, estaba aún lejos.

Ese mismo año tuvo lugar la III Asamblea, al caducar el mandato de Rivera, que fue reelegido sin problemas ante una oposición sin mucho filo. La definición del partido volvió a los orígenes, un tanto difusos, y se movía entre levedades contradictorias. Se defendían los derechos individuales y también los derechos sociales, fuera eso lo que fuere, la Unión Europea y el Estado de las Autonomías, al que UPyD ponía más objeciones; también se defendía la regeneración democrática y la llamada economía productiva, que, salvo para diferenciarse de la Lotería o economía recreativa, no se sabe qué quiere decir ni para qué sirve. Se evitaba la «enmienda Carreras» de la II Asamblea, que colocaba el partido en el «espacio de centroizquierda», pero también cualquier referencia liberal, que impregnaba la I Asamblea. En general, aparecía como un vehículo sin ideología, tan vagos eran sus postulados, pero netamente antinacionalista y bajo el liderazgo de Rivera. Y entonces, de pronto, se adelantaron en dos años las elecciones catalanas.

EL GRAN SALTO ADELANTE DEL SEPARATISMO EN EL PSC

Esa crisis a media legislatura, bajo la presidencia de Artur Mas, se produjo tras la crisis financiera bajo Zapatero y la victoria de Rajoy por mayoría absoluta en noviembre de 2011. El PSOE quedó tan maltrecho que el sector más abiertamente separatista del PSC, con Ernest Maragall a la cabeza, decidió dar, como Mao, su Gran Salto Adelante, romper los lazos con el PSOE, que tenía poco que ofrecer, y forjar una mayoría separatista que acabó protagonizando el golpe de Estado de octubre de 2017. Fue una época de enorme movilización, de diadas norcoreanas, que dos años antes habían llevado a Cs a la campaña «Vamos a contar diadas», porque eran una procesión de embustes históricos, acelerados por los éxitos del Barça. El PP había heredado sin esfuerzo el poder, por la crisis financiera bajo Zapatero, y con Alicia Sánchez Camacho al frente del partido en Cataluña, garantizaba una siesta ideológica eterna.

Sin embargo, para alguien menos mediocre y pagado de sí mismo que el Gobierno de Rajoy, lo sucedido antes de la convocatoria de elecciones anticipadas debería haber sido motivo de reflexión. El 27 de septiembre de 2012 se votó en el Parlamento regional la convocatoria de un referéndum de autodeterminación en Cataluña. Votaron a favor los separatistas de CiU, ERC, ICV-EUiA, Solidaritat Catalana per la Independència —el partido del presidente del FC Barcelona Joan Laporta, que sacó cuatro diputados en 2010 y ese año presentó a Alfons López Tena como candidato— y la CUP. En contra, PP y Ciudadanos. Y el PSC, ya partido en dos, decidió abstenerse.

En realidad, Ernest Maragall empezaba su paso a la Esquerra, con el señuelo de un invento de su hermano Pasqual (sumido ya en el Alzheimer) llamado Partit Català d'Europa, y la Nova Esquerra Catalana, que era el viejísimo sector nacionalista del PSC-Congrés, gran enemigo del PSOE desde la Transición, pero al que Felipe González entregó la Federación Catalana, presidida por el nebuloso Josep Triginer, y que tenía cinco veces más votos que los Raventós, Maragall, Obiols, Serra y demás apellidos de la *çeba*, la casta dirigente catalana de toda la vida. Ese grupo se dejó regalar el voto charnego, al que despreciaba, para propiciar la inmersión lingüística, un proyecto del PSUC y del PSC desde antes de la muerte de Franco y que yo había denunciado, inútilmente, en 1979, en *Lo que queda de España*.

Treinta y tres años después, el proyecto de unir la inmigración al proyecto separatista había madurado lo suficiente para dar el paso de liquidar el PSC y reagrupar a la izquierda en torno a las viejas siglas de ERC, pero no la de Tarradellas sino la de Companys, el golpista del 34 contra la República y el genocida del 36 contra la Cataluña católica, al que, por morir fusilado tras el triunfo de Franco, y como si él no hubiera fusilado a nadie, rinde veneración la segunda generación del PSC, en la que destacaban entonces Carmen Chacón, Meritxell Batet y unas alcaldesas del cinturón rojo de Barcelona cuya única misión era la de impedir la consolidación de un sector españolista del PSC. Ese fantasma, tenebroso para unos y esperanzador para otros, fue el llamado PSC de los capitanes —el de un tal Montilla, alcalde de Cornellá— que, a la hora de la verdad, como el otrora poderoso PSUC, devenido la macedonia de siglas ICV-IUEiA —Iniciativa per Catalunya Verds-Esquerra Unida i Alternativa—, nunca pasaron de cabos chusqueros del separatismo. En Ciudadanos los llamaban cipayos.

EL COMIENZO DE LA MIGRACIÓN DEL VOTO ROJO AL NARANJA

Además de la convocatoria de elecciones anticipadas, la radicalización y ruptura del PSC provocó una cadena de movimientos dentro de la izquierda y del voto españolista, cuyo alcance se vería unos años después, pero que se dibujaron con nitidez en 2012. En la derecha, la todopoderosa CiU de Artur Mas, con 1.116.259 votos, perdió 12 escaños, aunque conservó 50. El PP, con la inercia favorable de su recentísima llegada a la Moncloa, obtuvo su mejor resultado regional histórico, 471.681 votos, y fue cuarta fuerza. Pero los grandes cambios se produjeron en la izquierda. El PSC, con 524.707 votos, menos de la mitad que CiU, perdió 8 de sus 28 escaños. Los ecolo-comunistas de ICV-IUEA, con 359.705, subieron tres. Y la CUP de David Fernández, esmerado chófer de Otegui en sus viajes a Barcelona y a quien las encuestas colocaban fuera del Parlamento por no llegar al mínimo del 3 %, lo alcanzó finalmente por muy poco, 126.435 votos con el 3,47 %, conservando los tres que tenía.

Las dos grandes subidas fueron la de ERC, con Junqueras como candidato, y el refuerzo tácito del sector del PSC de Ernest Maragall, que estuvo a punto de lograr el medio millón de votos, 498.124, y pasó de 10 a 21 escaños. Y la de Ciudadanos, al que las encuestas daban una subida máxima de 6-7 y se fue a 9 diputados, con 275.007 votos. Si el PP no perdió votos y la candidatura anti-inmigración Plataforma per Catalunya, de Josep Anglada, no pasaba de 60.107, era evidente que la subida de Cs provenía del trasvase de votos del PSC en el cinturón rojo de Barcelona. Que era precisamente donde había logrado crecer el PP de Vidal-Quadras en los tiempos de Aznar en la oposición. En el mitin fundacional de Cs, Arcadi Espada dijo que, si Vidal-Quadras estuviera al frente del PP, no habría sido necesario crear un nuevo partido. Ni se hubieran producido los movimientos electorales que empezaron en 2012 y terminaron en 2017 con el triunfo naranja, prácticamente con los mismos votos que la CiU de Mas.

Pero la lectura en Cs del éxito de 2012, mayor si se recordaba su situación tras el desastre de las europeas de 2009, fue contradictoria. Para unos corroboraba que el eje izquierda-derecha, a diferencia del conjunto de España, seguía plenamente vigente en Cataluña. Para otros, dejaba claro que en la izquierda, por el auge separatista, el factor nacional se imponía sobre la división tradicional entre izquierdas y derechas. Ambos tenían algo de razón, pero la experiencia del PP de Vidal-Quadras había demostrado que la base electoral de izquierda era sensible al peligro evidente de ruptura del Estado y a la liquidación de la Nación Española como sujeto político. Se trataba de explicarlo, y aunque los 275.007 votos no parecieran muchos, el hecho de lograrlos con un PP al alza marcaba una tendencia muy positiva. Y ello, a pesar de que UPyD se presentara, con un desconocido Ramón de Veciana que obtuvo solo 14.614 votos, que quizás hubieran supuesto un escaño o dos más para la formación naranja. La rivalidad se enconaba.

LOS AÑOS DE ORO

Los años de oro de Ciudadanos coinciden con el agravamiento del proceso separatista dirigido por Artur Mas, que, amén de ocultar los casos de corrupción sobre Jordi Pujol, su familia y su partido, cumplía el Plan 2000 diseñado por Pujol, aunque acelerado por las causas judiciales. Y también, casi al milímetro, con la estancia en el poder de Mariano Rajoy, hasta el

punto de que entre la moción de censura contra Rajoy, apoyada por Rivera, y la dimisión de Rivera tras la debacle electoral, mediaron apenas unos meses, y cabe decir que la caída de Rajoy arrastró consigo a Rivera.

El *procés* de la rebelión de los órganos legales de Cataluña contra el orden constitucional llegó a su cénit en el golpe de Estado de 4 y 5 de septiembre (votación de las «leyes de desconexión» en el Parlamento), 1 de octubre (referéndum ilegal de independencia) y la proclamación por el presidente de la Generalidad de la independencia de la República Catalana, en octubre. El Gobierno del PP presidido por Mariano Rajoy dejó la gestión de la crisis catalana en manos de la vicepresidenta Soraya Sáenz de Santamaría —tan fatua como ignorante de la sórdida historia del separatismo catalán y que, por pura comodidad, negaba la gravedad del desafío—, y hubo una serie de hitos que elevaron enormemente el valor de Ciudadanos ante la opinión pública de Cataluña y el resto de España.

Pero el salto de Rivera a la política nacional, con aspiraciones de poder, no se produjo entonces, ante una situación de emergencia, sino años atrás. Según contó el propio Rivera a Pablo Planas y José Alejandro Vara para su libro *Entre bambalinas*⁸, fue en 2012, tras las elecciones catalanas que provocó la crisis del PSC y en las que Cs pasó de 3 a 9 diputados. Entonces, tras los primeros y decepcionantes meses de Rajoy en el poder, fue cuando empezaron a sonar los teléfonos. Y cuando Rivera comenzó a viajar, como líder nacional, a Zaragoza, a Sevilla y, claro, a Madrid.

La carrera de Rivera hasta las puertas mismas del poder duró esos siete años: de 2012 a 2019. Y se produjo de un modo no por rápido menos cuidadoso, en el que Rivera alternó la ingenuidad que convenía a su imagen con la astucia para hacerse con los votos de UPyD y luego aspirar a sustituir al PP como primer partido de la derecha y alternativa al PSOE.

Las banderas enarboladas por Ciudadanos al saltar de la resistencia en Cataluña al poder en España fueron antiguas, prestigiosas e imprecisas: la «regeneración», la «nueva política» y la «lucha contra la corrupción». Es decir, lo que un siglo antes habían enarbolado Joaquín Costa y después la Liga de Educación Política de Ortega y Gasset, con desastrosos resultados. La trillada definición de «populismo», que sería «ofrecer soluciones fáciles para problemas complejos», cuadra perfectamente con el discurso político de Rivera en el salto a la política nacional. No es que antes, en Cataluña, no denunciaran la corrupción de Pujol y, en mucha menor medida, la del PSC. Pero la corrupción, desde el caso Banca Catalana, estaba tan asumida por el nacionalismo y aceptada por la propia sociedad catalana que no tenía la menor incidencia política. Distinto era en el caso de la nación y la lengua, en la que se dibujaron, y se mantienen hasta hoy, dos mitades enfrentadas.

Sin embargo, la corrupción como argumento tiene dos ventajas: proclama inocente a quien la denuncia, y condena de antemano al denunciado, con o sin razón. La crisis económica que se llevó por delante a Zapatero y llevó a Rajoy al poder produjo en toda Europa la reformulación comunista de los «indignados», aquí Podemos, y tuvo su paralelismo en el centroderecha con el auge de Ciudadanos, casi coincidente con el de Podemos, aunque con un peligroso rival, de nacimiento y auge simultáneos, que era UPyD.

El discurso regeneracionista de Ciudadanos tiene un texto canónico, «El compromiso ciudadano», que se leyó el 26 de octubre de 2013 en el teatro Goya de Madrid, abarrotado de un público expectante. Dentro del partido, al acto se le llamó «La conjura del Goya», probablemente

para destacar que en él se conjuraron sus dirigentes para dar el salto a la política estatal, porque, a decir verdad, nacional la hacían, y muy bien, en Cataluña.

El texto dice así:

Nos enfrentamos a varias graves crisis superpuestas: la económica, la institucional, la territorial, la ética. Como resultado, grandes segmentos sociales han desarrollado una preocupante desconfianza hacia nuestro sistema democrático. Necesitamos una reforma profunda de nuestro país que garantice la prosperidad y el bienestar de los ciudadanos, y tal reforma solo podrá llevarse a cabo reforzando nuestros principales valores civiles: la libertad, la igualdad, la solidaridad y la unión.

Los problemas de la democracia se resuelven con más democracia.

La mayoría de ciudadanos ha dejado de confiar en los políticos y en las políticas inmovilistas y decadentes que nos han conducido a esta situación. No podemos permitírnos caer en el optimismo ingenuo ni en el catastrofismo. Y lejos de aportar soluciones, los populismos solo traerían problemas añadidos.

Ni el futuro está escrito, ni vamos a dejar que lo escriban por nosotros. España será lo que queramos los españoles. La voluntad de la mayoría es la única que puede lograr los cambios requeridos.

Las reformas que proponemos reforzarán los pilares de nuestra democracia y de nuestra nación. Son objetivos urgentes: democratizar los partidos políticos, abrirlos a la sociedad, someterlos al principio del mérito, hacerlos transparentes e implacables con la corrupción, generalizar el mecanismo de las elecciones primarias; conseguir un sistema de representación que devuelva el poder a los ciudadanos, pudiendo los representados escoger a partidos y también, directamente, a sus representantes a través de listas abiertas, de acuerdo con una ley electoral justa y proporcional; asegurar una efectiva división de poderes, alejando a los partidos del Poder Judicial, del Tribunal Constitucional, de los órganos reguladores y de supervisión del sector financiero y de los medios de comunicación; reformar las administraciones públicas poniéndolas realmente al servicio de los ciudadanos y las empresas, asegurando los servicios públicos esenciales y suprimiendo burocracias y duplicidades.

Como base de las grandes reformas, defendemos la aprobación de un Pacto Nacional por la Educación que mire a una generación —no a una legislatura o a un gobierno—, y que garantice un sistema educativo de calidad para todos. Por encima de cualquier otra consideración, la educación se dedicará a formar buenas personas, buenos ciudadanos y buenos profesionales.

Los españoles vamos a abrir una nueva etapa política. La Constitución de 1978, que ha garantizado treinta y cinco años de estabilidad, libertades y progreso económico y social, seguirá siendo, con las actualizaciones necesarias, marco y garantía de nuestros derechos y libertades. Todo cambio es posible desde la Constitución; ningún cambio es democrático fuera de ella: en un Estado de derecho, lo legítimo es lo legal.

La nueva etapa exige cerrar y enterrar el capítulo de las dos Españas, así como las luchas territoriales, para que crezca sin cortapisas la nación de ciudadanos libres e iguales ante la ley. Una España diversa que reconoce su historia, sus lenguas y su cultura como patrimonio de todos, sin hacer de esa riqueza lastre o arma política que ponga en riesgo nuestro futuro, unidos. Lamentablemente, los partidos políticos representados hasta ahora en las Cortes Generales no han sido capaces de articular ni de vertebrar un proyecto común español que mire hacia el futuro sin prejuicios. Ha llegado el momento de convertir indignación y preocupación en acción e ilusión. Se ha acabado el tiempo de la resignación, de los súbditos; es la hora de la esperanza, de los ciudadanos.

Nos veremos en las calles, en las redes y en las instituciones. Todos juntos, como un movimiento ciudadano. ¡Muévete!

BANALIDADES Y PELIGROS POPULISTAS DE CIUDADANOS

El discurso, más propio de un *coaching* de liderazgo que un programa político, parte de un error: «Los problemas de la democracia se resuelven con más democracia», al mismo tiempo que se afirma, con manifiesta exageración, que «los ciudadanos han dejado de confiar en los partidos políticos». Desconfiar de las propuestas electorales, es, por experiencia, una de las características de las democracias, de ahí la limitación de mandatos y la posibilidad de cambio incruento de Gobierno. Pero es que España no tenía un problema de democracia, sino nacional, por la vulneración de la igualdad ante la Ley que los separatistas imponían en las zonas que dominaban; lo cual revelaba otro problema aún más grave, el institucional, con el equilibrio de poderes en jaque desde el asalto al CGPJ por González en 1985.

Ciudadanos copió o compartió la postura de UPyD de no entrar en la subasta de jueces por los partidos representados en el Parlamento español —le era fácil, aún no estaba allí, y cuando estuvo, no cambió—, pero ofrecía un fatuo adanismo demagógico, que declaraba clausurada la primera etapa de la Constitución de 1978, al tiempo que la proclamaba vigente. Y su primera preocupación en la enumeración de los problemas que venía a remediar era la democracia interna de los partidos, una frase hecha con base en la Constitución, pero que nunca ha significado nada, como las primarias, puerta de divisiones o escisiones partidistas, donde el fulanismo se impone a ideas y proyectos. No es que la democracia interna sea buena o mala —es buena para resolver un problema de liderazgo, mala cuando no lo hace—, es que la realidad democrática es muy compleja.

Y otra frase terrible, actualísima desde que Sánchez llegó al poder y no solo al Gobierno, es la de que «en un Estado de derecho, lo legítimo es lo legal». Basta con invertirla, afirmando que «lo legal es lo legítimo», para cargarse desde la izquierda el Estado de derecho, como han hecho todos los populismos neocomunistas en América y están haciendo en España. Cabe suponer que la idea de los que escribieron la frase, tal vez Carreras, era afirmar, pensando en Cataluña, que la legalidad española es la que confiere legitimidad. Sin embargo, esa dependencia mutua liquida a cualquier régimen liberal. No toda ley que se vota es legítima, entre otras cosas, porque puede atentar —como de hecho ha atentado, en el golpe de 2017— contra la supervivencia misma del Estado y del sujeto político en que se basa el régimen: la soberanía nacional, única e indivisible, que reposa en el pueblo español en su conjunto, dueño de todas y cada una de las instituciones españolas.

El populismo, que cita de soslayo, es el modo que el comunismo encontró tras la caída del Muro para presentarse como alternativa de sistema sin mostrar la piqueta de su demolición, que es a lo que iba. Y cierto regeneracionismo impreciso fue la forma en que nuevos partidos de derechas le hicieron frente, de ahí que el mundo desnortado de la derecha empresarial viera en Ciudadanos a «un Podemos de derechas». Pero entre los nueve diputados en el Parlamento catalán, que era toda la fuerza que, en términos puramente democráticos, tenía Ciudadanos, dudo que tres o cuatro hubieran siquiera leído, no digo entendido, el *Manifiesto comunista*. Y salvo Girauta, ninguno sabía algo más de Marx y Lenin. Y no es que fueran comunistas, al revés, en eso eran jovencitos de derechas, pero, como los del PP, sin conocimiento vital o ideológico de la izquierda. Eso los hacía blanco fácil de los complejos inducidos por la izquierda, en los que Ciudadanos cayó siempre.

Por ejemplo, espanta su facundia al hablar de «cerrar el enfrentamiento de las dos Españas», como si no hubiera sido eso la Transición, tres décadas atrás, y como si no fuera la izquierda, desde la última legislatura de González (1993-1996), la única que identificó la derecha democrática con el franquismo, la identificó electoralmente con un dóberman, y la que con Zapatero hizo la Ley de Memoria Histórica para liquidar esa paz civil sobre la que se cimentó la Transición y el régimen constitucional de 1978. Una ley que deslegitima a la España nacional, pero que siempre ha votado Ciudadanos en los parlamentos. Un partido que creció de manera vertiginosa en pocos años gracias al apoyo de esa derecha social, pero a la que, como el PP, siempre traicionó, cuando no directamente despreció. En justa correspondencia, como derecha política de prestado, la derecha social dejó de votar a Ciudadanos en cuanto falló su utilidad contra la izquierda. Rivera ni supo ni quiso crear vínculo emocional alguno con esa media España a la que no le gusta que la chuleen. Y aunque fue él quien dejó tirado al partido «para ser feliz», el votante lo había abandonado ya.

UPyD, SIEMPRE POR DELANTE DE Cs, HASTA QUE SE HUNDIÓ

Aunque no sea el objeto de este libro, porque UPyD siempre se movió en el espacio ideológico de una izquierda nacional española, la vida y muerte de Ciudadanos no se entiende sin la vida política de UPyD, que lo precedió en todos los pasos institucionales hasta que, en un momento determinado, Ciudadanos la sobrepasó y absorbió de un solo golpe. Por su brevedad temporal, pero muy notable entidad ideológica, vale la pena reseñar los hitos del partido de Rosa Díez en su comparecencia en las diversas instituciones representativas.

En 2008, cinco años antes del tronitante manifiesto de Cs antes comentado, UPyD se presentó a las elecciones generales y consiguió 306.079 votos, un 1,19 %, que supuso 1 escaño por Madrid para Rosa Díez. Entonces empezó el tortuoso camino de las elecciones autonómicas. Un año después, en las elecciones vascas, obtuvo 1 escaño, el de Gorka Maneiro, con 22.233 votos, el 2,5 %. En 2011, en la Asamblea de Madrid, con Luis de Velasco como candidato, obtuvo 189.055 votos, el 6,32 %, y 8 diputados. En 2012, en las autonómicas de Asturias obtuvo escaño Ignacio Prendes, con 18.812 votos, 3,75 %, y en el País Vasco, repitió Gorka Maneiro: 21.534 votos, el 1,94 %.

UPyD alcanzó su apogeo en sus segundas elecciones generales. Multiplicó por cinco sus votos: 1.143.225, y sus escaños, y obtuvo grupo parlamentario propio. En esas dos legislaturas, la primera con Zapatero y la segunda con Rajoy, Rosa Díez desplegó una actividad ideológica, legislativa y política extraordinaria. Ambos presidentes la distinguieron con su animadversión, el más estúpido Rajoy, que la llamaba Díaz para identificarla con la presidenta socialista de Andalucía, Susana Díaz. La «soberbia del registrador», como llamaban en su propio grupo al estilo patriarcal, de casino provinciano del siglo XIX, utilizado contra las propuestas reformistas y sensatas de UPyD, era insufrible. Pero lo que no consiguió hundir la izquierda zapateril y la derecha rajoyana, lo hizo ella misma.

Números cantan: en las elecciones generales de 2015, tras abandonar Díez la presidencia de UPyD, su candidato Andrés Herzog obtuvo 155.153 votos, el 0,62 %, la mitad que siete años antes, y quedó fuera de los parlamentos, hasta su disolución. En 2016 Gorka Maneiro, también afín a Rosa Díez, obtuvo solo un tercio de esa mitad, 50.247 votos, el 0,21 %. Y en las de 2019, Cristiano Brown ya fue en las listas de Ciudadanos. ¿Qué habría sucedido si UPyD se hubiera fusionado con Ciudadanos, como en los no lejanos tiempos de intemperie catalana, con sus 3 escaños, le pidió Albert Rivera? Ya nunca lo sabremos. Pero si entonces Díez se negó altivamente, luego fue Rivera el que de forma astuta fingió negociar un acuerdo, cuando Díez dobló el brazo, pero, de hecho, el «Señor Lobo» Hervías mareó al tierno Gorka Maneiro, para no pactar y culpar a Díez por ello.

Quizás más elocuentes sobre el fulgurante ascenso y la mortal caída son los datos de las elecciones europeas. En 2009, al año siguiente de entrar Díez en el Congreso, Francisco Sosa Wagner obtuvo su escaño con 451.866 votos, el 2,85 %, un 50 % más de los votos de Rosa Díez en las generales. Pero en las municipales de 2011 solo obtuvo 464.824, el 2,85 %, prácticamente el mismo resultado que en las europeas, mostrando sus dificultades de implantación frente a los aparatos de los dos grandes partidos. En las europeas de 2014 alcanzó su segundo mejor resultado, tras las generales de 2011, también con Sosa Wagner: 1.022.232 votos, el 6,5 % y 4 diputados; pero en las municipales de 2015 bajó a 232.478 votos, el 1,04 %; y en las municipales de 2019, simplemente, desapareció: 5.307 votos, el 0,02 % y un solo concejal en toda España.

Las europeas de 2014 y los cinco días de agosto que acabaron con UPyD

El mérito indudable de UPyD, como antes el del PP y luego el de Ciudadanos, se volatilizó tan rápido como las ilusiones que había despertado. Un partido con más de un millón de votantes desapareció en cinco días, del 19 al 24 de agosto de 2014, liquidado por tres cartas y un tuit. La razón fue la misma en todos los casos: el desprecio de un líder y su gente de confianza por la base social que les había dado sustento con sus votos. Todo sucedió a raíz de las elecciones europeas del 25 de mayo de 2014, que tuvieron una importancia decisiva en el devenir político español, porque marcaron el fin del bipartidismo. Aunque el PP se consoló con una raquítica victoria sobre el PSOE, las cifras son claras: con respecto a las europeas de 2009, entre los dos partidos pasaron de sumar un 82,05 % de los votos y 44 escaños, al 49,10 % y 30 escaños.

El candidato del PP, Miguel Arias Cañete, antes ministro de Agricultura, protagonizó una campaña calamitosa, enredándose en comentarios sexistas sobre la dificultad de debatir con la candidata del PSOE, Elena Valenciano, persona de confianza de Rubalcaba y exsecretaria de organización del PSOE que, desde luego, no era una lumbrera, pero dijo menos estupideces que el candidato del PP. Lo importante es que era la primera vez que se medía en las urnas el efecto de la crisis económica internacional que había desembocado en la caída de Zapatero y su renuncia a ser candidato del PSOE, facilitando así la mayoría absoluta de Rajoy en noviembre de 2011.

En la campaña, los dos grandes partidos dieron una imagen pésima: soberbia funcionarial en el caso del PP y agotamiento político en el PSOE, pese a llevar dos años y medio Rajoy en el Gobierno y haberse producido el 15-M en la Puerta del Sol, una operación de Rubalcaba en 2011

contra la presidenta de Madrid Esperanza Aguirre, que luego se atribuyó Podemos. Lo trascendente es que comparecían por primera vez y en distrito único —que cuenta la totalidad de los votos y favorece a los partidos nacionales— Ciudadanos, Podemos y Vox. Los separatistas se agruparon en abigarradas candidaturas, a veces casi multitudinarias, que mitigan su menguado peso objetivo en la opinión pública, compensado en las generales por la ley electoral de 1976, que ni la izquierda ni la derecha han querido cambiar. Es el único muerto del franquismo, y el más nefasto, que goza de buena salud.

Pese a estar en el Gobierno y ser favorecido por ese mecanismo electoral, en las elecciones europeas de 2014 el PP obtuvo 4.098.339 votos, el 26,09 % y 16 escaños, 8 menos que en 2009. Al PSOE le fue aún peor: 3.614.232, el 23,01 % y 14 escaños, 9 menos. Y la debilidad de la izquierda institucional la aprovechó la extrema izquierda: el PCE, luego Izquierda Unida, y en esas elecciones La Izquierda Plural, con Willy Meyer de candidato, obtuvo 1.575.308, el 10,03 % y 6 escaños, 4 más. Pero Podemos, con Pablo Iglesias, no anduvo muy lejos: 1.253.837, el 7,98 % y 5 escaños. Los 9 que perdía el PSOE los ganaban los comunistas. Sin embargo, el fervor mediático provocado por Podemos, en buena parte auspiciado por Rajoy y Soraya Sáenz de Santamaría, que lo favorecieron al reflotar La Sexta, se impuso sobre los datos objetivos de los nuevos partidos de signo netamente español. Como ya hemos visto, UPyD, con Francisco Sosa Wagner, sacó 1.022.232 votos, el 6,5 % y 4 escaños, 3 más. Ciudadanos-Partido de la Ciudadanía, con Javier Nart, 497.146, el 3,19 % y 2 escaños. Y Vox, con Alejo Vidal-Quadras, 246.833, el 1,57 %, con lo que no sacó escaño por muy poco.

Entre UPyD y Ciudadanos habían obtenido millón y medio de votos; y Podemos un millón, pero los medios se volcaron hasta extremos delirantes con la novedad roja. Y en UPyD se impuso la creencia de que el «partido hermano» catalán, tras la crisis de las europeas anteriores, había remontado el vuelo y parecía tener ante sí mayor horizonte. En todo caso, entre los partidos de lo que se empezó a llamar «nueva política», la derecha nacional perdía por desunión lo que iba ganando la izquierda proseparatista.

Como las elecciones habían sido a finales de mayo, la digestión se produjo en el verano, época muy propicia a reuniones y conjuras. Y el 19 de agosto, el candidato de UPyD, Francisco Sosa Wagner, planteó la unión con Cs en un artículo de *El Mundo* de título anodino, «Después de las europeas», pero contenido explosivo, que empezaba así:

Desde una modesta organización ciudadana, surgida en el País Vasco para luchar contra el terrorismo y desenmascarar a sus cómplices, nació el partido Unión, Progreso y Democracia, cuyas siglas (UPyD) forman parte del actual paisaje español y de nuestro vocabulario político (...) La empresa no ha sido fácil y los sinsabores que ha tenido que sufrir su fundadora ya están escritos con tinta dolorosa en las páginas de la Historia de España.

Hasta aquí, la reverencia debida a la madre fundadora, luego venía, como en Machado, primero el mármol y después, sin mucha rabia, la idea:

(...) La pequeña odisea de UPyD es así, en su humildad concentrada en el tiempo reciente de esta España desgredada, una odisea nimbada por el éxito. La Historia, sin embargo, está buscando siempre mármoles flamantes en los que escribir sus planes, y por eso se impone meditar acerca de los ritmos nuevos que se avecinan.

La preocupación de Sosa Wagner, más allá de los resultados electorales europeos, era «la baja calidad de las propuestas nuevas», las que marcaban el fin del bipartidismo con un «aire demagógico que las hincha como a un globo de feria».

Tras muchos meandros retóricos, llega la riada de Sosa ante la «entrada en escena de un competidor» al que también comienza elogiando para no malograr su propuesta antes de tiempo. Hay todavía dos partidos grandes, el PP y el PSOE que, junto a los pequeños, el suyo y el de Rivera, defienden, según él, la Constitución y la Transición. Al otro lado, «claramente extramuros de la Constitución», está el comunismo de Podemos con lo que quedara entonces de IU. El panorama aboca, pues, a la propuesta que motivó el artículo: «Es preciso unir esfuerzos». Y citó a Fernando Savater como aval, pues el filósofo ya había abogado por «acercarse a alguna otra formación política emparentada con nosotros».

Es decir, que Sosa Wagner no planteaba la reflexión impresionable de un recién llegado, sino la de Savater, máximo exponente intelectual de UPyD. Y con toda cautela, explicaba los mecanismos deseables de esa unión entre dos partidos «distintos» pero «con los suficientes puntos de encuentro». Entre los «defectos y carencias» que advertía estaba la falta de «respuesta propia elaborada en congresos democráticos» del partido de Rivera a los problemas sociales. O sea, que Rivera mandaba mucho y compartía poco. En cuanto a UPyD, menos rodeos: «debería liberarse de las prácticas autoritarias que anidan en su seno». Porque ese autoritarismo, denunciaba Sosa, solía acabar en la expulsión de afiliados o en algo todavía peor: «en su sepultura en vida cuando deciden permanecer en sus filas acogidos a un ominoso silencio». Así que, señalados los abundantes males, insistía en unir estructuras «libres de ridículos y obstinados sectarismos» para hacer frente al desolador panorama que asomaba tras las elecciones europeas de 2014 y que culminaría con la desaparición del partido magenta. Por intentarlo no quedó:

Creer en la unión y en el progreso desposados con una ciudadanía movida por las turbinas de la razón es acaso una ingenuidad, pero es una ingenuidad fecunda. Es más: solo un ejército de ingenuidades como esta será capaz de traernos una España en la que habite el menor número posible de veneno.

La respuesta venenosa del partido a su candidato

Así terminaba el artículo de Sosa Wagner. Y si *veneno* fue su última palabra, con veneno se le contestó. Irene Lozano, persona de la máxima confianza de Rosa Díez, que luego pasó a ser de la máxima confianza de Pedro Sánchez —hasta el punto de escribirle su autobombástico *Manual de resistencia*⁹—, le respondió el 21 de agosto desde las mismas páginas. Con un «Querido Paco» epistolar, Lozano arrancaba un rosario de descalificaciones con aroma a venganza personal. Le recuerda que, como ella, pasó de independiente a afiliado del partido y supone que lo hizo «para que nuestro país no vuelva al blanco y negro de los años cuarenta, esa lejana España de posguerra en la que naciste».

Gajes de la nueva política: para empezar, lo descalifica por viejo. Y ahora, problemas de la edad, por perder la cabeza o la capacidad de raciocinio. Hasta el punto de traicionar a los votantes apoyando como presidente a Juncker. Insinúa que ha perdido «el sentido de la realidad» y que el escaño no es propiedad de quien lo ocupa. El apoyo al conservador Juncker es fruto, según Lozano, de su «incoherencia».

Pero si esto debería haberse explicado con más detenimiento, y no era así, la diatriba no había hecho más que empezar. Sobre viejales y traidorzuelo, inútil. Sin medias tintas: «según la última encuesta del CIS, no te conoce ni el 12 % de los españoles, y tu campaña es la peor valorada por los encuestados». Y de ahí concluye que si algo fue mal en las elecciones europeas quizá fuera por «el factor cabeza de lista», es decir, por él.

Las descalificaciones personales pasan así al nivel de injurias, pero, claro, en algún momento Irene (llamémosle Rosa) debía abordar el asunto de debate. Comienza recordando que la posibilidad de pactos es algo que se debatió en el último congreso del partido que presidió el propio Sosa y que era ahí donde se pudo disenter. Nadie lo hizo y por eso Lozano concluye: «... va a resultar difícil que alguien te iguale en mezquindad».

En fin, si has cambiado de opinión, también lo podrías explicar en el Consejo Político de UPyD del que formas parte, y tratar de convencer a los demás: las ideas son la materia prima de que está hecha la política, pero necesitan gente que acuda a los foros de debate a defenderlas.

No faltan las acusaciones directas de pretender desequilibrar el partido o las dudas sobre la integridad intelectual del agredido Sosa al recordarle que él mismo alertó de que UPyD no podía cometer el mismo error del PSOE y el PSC: «¿Cuándo encarnabas un espíritu libre y valiente? ¿Antes de las elecciones, o ahora que tienes tu plan quinquenal?».

Lozano lo acusa sin paliativos de buscar el descrédito de UPyD al decir que es un partido autoritario y sectario. «Y en esa frase escrita con el azul acerado de las reyertas, has hecho ciertas las palabras de Buffon: “El estilo es el hombre”», añade Lozano.

Irene, aún no empoderada, sabía que lo del estilo también vale para la mujer. Y el de Sosa Wagner es angélico al lado del de la periodista, que lo desprecia con hirientes ironías. Presume de tener plena autonomía como diputada estando al lado de la dirección: «No entiendo que ahí, en Bruselas, a 2.000 kilómetros de Rosa Díez, viváis en el Gulag», y le reprocha que votara a Juncker sin contar con el partido y, sin embargo, no fuera sancionado. Y tras la injuria al desafecto e indisciplinado, amenaza de expulsión: «Se camina más despacio, pero se llega más lejos acompañado. (...) Me alegro de conocerte un poco mejor. Perdona que no me levante».

Al leer esta obra maestra del puñal, pensé que UPyD había muerto. No por lo que dijera Irene Lozano, que apenas era nadie, sino porque representaba a Rosa Díez, que lo era todo. Había pasado tiempo de sobra entre los dos textos para pensar lo que decía Lozano, para impedirlo o matizarlo, y Rosa no lo hizo. Siempre he defendido a Rosa Díez, y en el momento de escribir este libro, tiene un espacio en mi programa de radio. Pero aquello no tenía solución. El epitafio del partido lo puso, el 22 de agosto, el apuñalado por la dirección, en otro artículo titulado «Puntualizaciones a una polémica». Allí Sosa Wagner, tras expresar su «máximo respeto» por Rosa y por Irene y negarse a entrar en la descalificación, planteaba de nuevo el «asunto objetivo»:

Mi propuesta consiste en que un grupo de jóvenes expertos, conocedores de ambos partidos, capitaneados por Rosa Díez y Albert Rivera, analicen las posibilidades de un pacto entre ambas formaciones para afrontar las próximas citas electorales.

Insistió de nuevo en los elementos comunes y diferenciadores entre Ciudadanos y UPyD y volvió a mencionar a Fernando Savater y el aplauso que recibió en el congreso del partido cuando aludió a posibles alianzas.

Sacó también a relucir una carta enviada a Rosa Díez en la que confirmaba la necesidad de un partido como el que «ella valientemente había fundado» y que requería de algunas observaciones que él pretendía hacer. La misiva, lamenta, no fue contestada.

Pide por último Sosa Wagner que opinen los afiliados, que se use a los medios de comunicación, que desaparezca la censura y hasta que publiquen sus artículos en la web del partido, que, se queja de paso, no lo ha hecho. «Oríllense las querellas personales porque debilitan el organismo y creo que producen dispepsia», termina diciendo.

No hubo contestación, no hubo disculpas, no hubo intentos de hacer las paces. El 24 de agosto, Irene Lozano emitió un tuit que exudaba falsedad: «Mi carta era una crítica política, pero le sobró algún adjetivo acalorado que le hace parecer una ofensa personal. Lo lamento, querido Paco».

«Querido Paco», «le sobró algún adjetivo» y «le hace parecer una ofensa personal». Realmente, esas formas eran poco frecuentes en la política de entonces. Sin embargo, esa forma de insultar y negar la evidencia, que no es demasiado grave en el fragor del debate político, salvo que se afirme lo que los hechos prueban, anunciaba el futuro político dominado por Sánchez y el de Irene Lozano como su escriba personal: una epopeya de la mentira, un himalaya de falsedades, una faz granítica, inasequible a la duda moral.

Dos meses después, Francisco Sosa Wagner renunció a su acta de eurodiputado, y, con el acta, a lo que la futura redactora del *Manual de Resistencia* de Sánchez había llamado «su plan quinquenal», entre otras alusiones malévolas y sin concretar, al uso de «los dineros». El plan de Lozano fue más que quinquenal: una dirección general de Deportes, materia sobre cuyo conocimiento nadie tenía noticias. Irene encontró su sitio en la corte de Sánchez y sus socios: Bildu, el partido surgido de ETA; los golpistas catalanes de ERC y los comunistas, amigos y asesores de Irán y Caracas. La que presumía de ser de «los que nunca nos hubiéramos presentado a las primarias del Partido Comunista de China» acabó, sin primarias, como publicista del Xi Jinping de Chamartín.

Las peticiones de diálogo posteriores al apocalipsis epistolar, según la versión de UPyD, ni siquiera fueron contestadas por Ciudadanos. Pero sí hubo dos reuniones, el 13 y el 31 de octubre de 2014. Fue al ir a preparar la tercera cuando Ciudadanos no se molestó siquiera en contestar los correos de UPyD. Esa forma desabrida de ignorar la, más que amistad, fraternidad de los fundadores de UPyD y Ciudadanos, que en los primeros años acudían todos en ayuda de todos, la borró el equipo de Albert Rivera, que aprobó muy pronto una de las primeras asignaturas del liderazgo: la ingratitud. Esa falta de ética y de urbanidad acabarían marcando el final de la carrera que entonces empezó a despegar.

LOS HITOS DEL ASCENSO Y CAÍDA DE ALBERT RIVERA

El 25 de junio de 2015, unos meses después del suicidio de UPyD y como prueba de que el vacío en política siempre lo ocupa otro, en el Hotel Center —elección simbólica— de Barcelona se celebró el décimo aniversario de la fundación del partido por un grupo de intelectuales que no conocía, salvo Carreras y como alumno, a Albert Rivera. Una década después, el ya líder indiscutible de Ciudadanos era aclamado como candidato a las generales. Ahí comenzó la fulgurante carrera política de un chico simpático de Barcelona, que, en solo cinco años, le llevó de ser casi nada e ilusionar a casi todos, a desilusionar a todos y no ser, políticamente, nada.

Cinco semanas después, el 4 de agosto, Albert Rivera dejó su acta como parlamentario catalán. Le sustituyó como cabeza de lista para las elecciones autonómicas del 27 de septiembre Inés Arrimadas, que tuvo siempre detractores en el partido, pero sin capacidad de oponerse a Rivera. El Ciudadanos de Inés obtuvo 25 diputados, más del doble que en las anteriores. Pero las circunstancias políticas en Cataluña eran cada vez más preocupantes y la rebelión separatista se veía venir. Excepto por parte del Gobierno Rajoy, que toleró el ensayo de referéndum de Artur Mas y siguió sin actuar por una mezcla de cobardía política y desidia presidencial. Dos años después, la Generalidad salida de las urnas de 2015 proclamó la República.

El ascenso y caída de Ciudadanos es uno de los más rápidos en la política española, aunque la clave fue el acelerón del golpe de 2017 en Cataluña, que divide en dos el ciclo de Albert Rivera, que fue candidato a la Moncloa en cuatro ocasiones. En 2015, tras dejar a Arrimadas la candidatura a la Generalidad, se presentó por Madrid, como aspirante a la Moncloa; y el resultado fue extraordinario: 3.500.446 votos, el 13,93 %, y 40 escaños.

Comienza entonces la edad de oro del partido y de su líder, con una actividad parlamentaria brillante, marcada por Juan Carlos Girauta, aunque Rivera desde el principio se mostró seguro en la tribuna del Congreso. Era bueno y, sobre todo, era nuevo. Si en la izquierda Pablo Iglesias representó la esperanza antisistema, el sueño del cambio de régimen, Rivera pasó a representar justo lo contrario: libertad, propiedad, nación y Constitución.

Sin embargo, le tocó lidiar una situación endiablada. Los resultados fueron los siguientes: PP, 123 escaños; PSOE, 90; Podemos, 69; Cs, 40. El rey Felipe VI se estrenaba en sus funciones de jefe del Estado, y como era legalmente obligado, encargó por dos veces la formación de Gobierno al más votado, Mariano Rajoy, que en su estilo desabrido se negó. Entonces, el Rey se lo encargó al segundo partido, el PSOE de Sánchez, que se había estrenado como candidato obteniendo el peor resultado histórico de su partido, y con Podemos aspirando seriamente a sustituirlo como referente de la izquierda. Sánchez llegó a un acuerdo de investidura con Rivera, pero dependían de la abstención del PP y del apoyo de Podemos, que disfrutaron negándoselo.

De nuevo se convocaron elecciones en 2016, y Rajoy se salió con la suya. Sacó 137 escaños, mientras Sánchez se quedaba en 85, pero Podemos y sus mareas no lograron superarlo. Tras el fracaso del pacto con el PSOE, Rivera bajó poco, cuatrocientos mil votos, que supusieron 32 escaños. Y fiel a sus promesas, ya probadas en municipios y autonomías, de dejar gobernar a la lista más votada (mientras llegaba a serlo la suya, claro está) quiso pactar con Rajoy un acuerdo de investidura, pero el comportamiento del PP fue incluso más allá de la grosería habitual de Rajoy y los suyos. Lo único que quería el líder popular era la abstención de Rivera, sin condiciones. En parte, para humillarlo, porque Ciudadanos se había convertido en un problema serio dentro de la derecha. Y en parte, por el gusto de sestar en solitario. Era evidente

el agotamiento del bipartidismo y los límites que los nuevos partidos imponían a izquierda y derecha, pero en vez de intentar que el PP se adaptara a esta situación, se limitó a disfrutar que el PSOE estaba peor.

Rivera no podía apoyar la investidura de Rajoy sin ofrecer algo a sus votantes, y en los primeros encuentros comprobó que Rafael Hernando, el interlocutor designado por el PP, tenía órdenes de no pactar nada. Ciudadanos se tuvo que retirar de la negociación. Y cuando Rajoy vio que tanto desdén podía perjudicarlo, envió a Fátima Báñez, que rápidamente firmó cuarenta acuerdos sobre la independencia judicial, el cambio de la ley electoral y otros puntos de regeneración del sistema que Ciudadanos llevaba en su programa. Seis fueron los acuerdos de cambio que se exhibieron durante el debate de investidura. Pero Rajoy se apresuró a no cumplir ninguno. ¡Cambios a él!

De socialdemócratas a liberales y por aclamación

En ese momento, Rivera vio clara la oportunidad de desalojar al PP como partido de referencia en el centroderecha. Desde 1977, los partidos mayoritarios ocupaban el espacio más cerca del centro y sus adversarios y forzosamente socios, más al extremo. UCD y AP, PSOE y PCE fueron los modelos vigentes en el periodo constituyente, hasta 1982. La hegemonía del PSOE hizo irrisorios los intentos de cambiar ese modelo, no tan estable como parecía. La derecha social infrarrepresentada por sus partidos no se pasó nunca al PSOE, que necesitó acuerdos en ayuntamientos y autonomías para completar sus mayorías absolutas, o casi, en el Congreso y el Senado.

Tras la amarga experiencia del trato con Rajoy, Rivera decidió dar el salto a la derecha; al centroderecha, para ser exactos. Y dos años después de acudir a las elecciones como socialdemócrata, llevando de número dos por Madrid a Francisco de la Torre, jefe de un sindicato de inspectores de Hacienda, que, según Girauta, «salivaba cuando oía la palabra *impuestos*», decidió pasarse al liberalismo, que es la alternativa tradicional a la socialdemocracia. La IV Asamblea General del Partido, que tuvo lugar en Coslada, orbitó de la izquierda fina a la derecha guay, con idéntico entusiasmo. Tan oportunista, para muchos tan oportuna, como su líder, la gente guapa de la izquierda nacional se convirtió en liberal de lo más internacional, sin recordar que, solo un mes antes, hacían las críticas más feroces contra el liberalismo de la Comunidad de Madrid, que con Esperanza Aguirre e Ignacio González resistían la feroz acometida socialista, nada demócrata, de Cristóbal Montoro y Rajoy.

Y es que con De la Torre, Aguado, Toni Roldán o Garicano, la tribu entusiasta que pasó de la nada al escaño en las elecciones de 2015, tenían obsesión con lo que llamaban «*dumping* fiscal» de Madrid. Yo tuve con Aguado —siempre bien duchado, pero ahí acababa su aseo en los predios cerebrales— tremendas discusiones por su afán en reimplantar el impuesto de sucesiones y donaciones en Madrid, que Aguirre y sus sucesores habían encontrado la fórmula de anular, bonificándolo. Y esa fue la doctrina de Ciudadanos hasta febrero de 2017, cuando Albert Rivera se proclamó liberal a fuer de socialista; o sea, como Indalecio Prieto, pero al revés. Bagatelas.

El apogeo: del 2017 en Cataluña al 2019 nacional

Tras el golpe de Estado en Cataluña, Mariano Rajoy tuvo que aplicar el artículo 155 de la Constitución y suspender la autonomía de esa región, por alzarse la Generalidad contra la legalidad constitucional que debía defender. Encargó la presidencia interina a Soraya Sáenz de Santamaría, que ocupó un trastero del Palacio de la Virreina y dispuso de la «Brigada Aranzadi», dos abogados del Estado, sin la menor idea de Cataluña, como ella misma, que encontraron a los funcionarios de la Generalidad de lo más serviciales. Pocas veces la necedad innecesaria alcanzó tal nivel de autosatisfacción.

Lo único que quería Rajoy era dejar de cumplir con su obligación, que era reprimir el golpe y dismantelar las estructuras políticas, mediáticas y económicas en que se basaba desde tiempos de su impulsor, Jordi Pujol. Y halló una fórmula casi perfecta, aplaudida estúpidamente por todos los medios y opinadores de izquierdas y derechas, con Rivera a la cabeza y solo tres excepciones (Cayetana Álvarez de Toledo, Pedro J. Ramírez y yo): adelantar las elecciones al mes de diciembre, sin dismantelar ni la TV3.

Las gigantescas manifestaciones en Barcelona tras el mensaje del Rey en defensa de la legalidad y de los catalanes abandonados por todos los Gobiernos de España, del PSOE y del PP, favorecieron la movilización del voto españolista, que se agrupó en torno a Ciudadanos, e Inés Arrimadas ganó las elecciones autonómicas, por primera y última vez en democracia, con 1.109.732 votos y 36 escaños, de los 135 que tiene la cámara regional. Aunque por poco, no tuvo una mayoría constitucional para formar gobierno con el PSC y el PP, y renunció a presentarse a la investidura. Una iniciativa discutible, que lo hubiera sido menos de no dejar en las elecciones de 2019 la jefatura de la oposición para irse a Madrid como diputada por Barcelona.

Probablemente, eso acabó con Ciudadanos, porque quemó sus bases históricas, y lo jugó todo a la carta de las generales del 28 de abril de 2019, con autonómicas y municipales en toda España. El resultado fue excelente: 4.136.600 votos, el 15,86 % y 57 escaños, aunque, también por poco, no superó al PP, que, tras dimitir Rajoy y con Pablo Casado, sacó 4.356.023, el 16,7 % y 66 escaños. Ganó Sánchez, que las convocó tras hacerse con el poder en la moción de censura: 7.480.755 votos, el 28,68 %, y 123 escaños.

Y ahí es donde Rivera se la jugó. Podía tratar de repetir con el PSOE el pacto de investidura de 2016, que Rajoy e Iglesias boicotearon. Durante la campaña, sin embargo, como líder alternativo al PP de Casado, insistió en que jamás formaría Gobierno con Sánchez, que era justamente lo que la aritmética parlamentaria ponía en bandeja a los dos. Como líder alternativo de la derecha, debía oponerse a Sánchez. Como líder antinacionalista, sin embargo, debía pactar con Sánchez para evitar un Gobierno Frankenstein, dominado por la ETA y los golpistas catalanes. Y entonces apareció Malú.

El discurso más importante en la vida política de Rivera fue el que hizo en la investidura de Sánchez, denunciando no solo su intención de pactar con los enemigos de España, sino la imposibilidad de evitarlo. Se le llamó el de «La habitación del pánico», en recuerdo de la película de Jodie Foster, y vale la pena recordarlo. Fue el epitafio de alguien que pudo ser presidente del Gobierno con las mismas cualidades de Suárez: simpatía, audacia, oportunismo y nula formación intelectual —siempre bromeé con que Ludwig von Mises le parecería otro holandés del Barça de Van Gaal—, pero que estuvo en el momento oportuno en el lugar

oportuno. Suárez, una vez, y la aprovechó; Rivera, una, dos, quizás tres, y las desaprovechó todas. Se trataba de asumir de nuevo un papel subalterno con respecto a Sánchez, un rufián de la política, que probablemente lo rechazaría. Y como él solo se veía con categoría de aspirante a la Presidencia del Gobierno, no lo intentó. Pero el 22 de julio retrató con esta claridad el proyecto político de Sánchez:

Puro teatro. Es lo que lleva usted haciendo en los últimos tres meses. Y hoy nos trae aquí un truco de los malos: truco en la tribuna y trato en la habitación de al lado. Discurso aquí para despistar, mientras en la habitación de al lado se reparte sillas con Podemos y hace concesiones a los golpistas. Usted tiene un plan para perpetuarse en el poder. Y ¿con quién piensa llevar a cabo su plan el señor Sánchez? Pues con su banda: con Podemos, con Otegui, con los nacionalistas vascos, los separatistas catalanes, Més en Baleares, Compromís en Valencia... Sánchez tiene un plan y tiene una banda. Y la pregunta es: ¿la banda se ha juntado para esta investidura? Sí, pero lleva tiempo operando, lleva como mínimo desde la moción de censura, diría yo que desde que le echaron del partido. Usted lleva más de un año ejecutando su plan, un plan que beneficia principalmente al señor Sánchez y que perjudica a las familias españolas. El plan de Sánchez consiste en vender humo en la tribuna del Congreso y pactar con sus socios en la habitación del pánico. Eso es lo que tenemos que desmontar.

El tiempo le ha dado la razón, de sobra, al analista político Rivera. Pero el líder político no siempre puede o debe contentarse con el análisis: debe establecer una estrategia para evitar los males previsibles y lograr convertirlos en alivios temporales y soluciones de las que él forme parte. Rivera, absolutamente endiosado y recién enamorado de la cantante Malú, se quedó en lo primero porque lo segundo estorbaba sus planes personales. Y mientras todos los medios de centroderecha le imploraban que, por lo menos, intentase evitar el gobierno de Sánchez y los enemigos de la nación que decía defender, desapareció cinco semanas en el Algarve con Malú, sin teléfono y sin escuchar las requisitorias alarmadas del partido y los medios.

Nunca la frivolidad de un político fue tan evidente. Nunca la pagó tan cara. Al final de agosto hizo un amago de rectificación y ofreció a Sánchez un pacto de Gobierno para el que les sobraban votos (123 del PSOE y 57 de Ciudadanos sumaban una holgada mayoría absoluta de 180 escaños) y tenían un programa previo, el pactado en 2016 en la fallida investidura de Sánchez. Pero aquello no tenía ya ningún efecto, salvo el de desprestigiar a Rivera. Porque, si su discurso de julio era cierto, ¿cómo podía cambiar en agosto? ¿En qué momento mentía el líder del Ciudadanos? ¿O lo hacía siempre?

Las elecciones se repitieron porque la banda no estaba tan unida como decía Rivera, lo cual desgastó todavía más su figura y su partido, y los electores, aquellos cuatro millones de la primavera, lo abandonaron en masa. Ciudadanos pasó de 57 escaños a 10. Y Rivera se largó, con un discurso propio de un adolescente decepcionado más que de un líder político responsable. Entre sus frases más sinceras, y, por ello, más lamentables, destacan estas:

He disfrutado, he aprendido, he conocido a gente maravillosa y me he sentido orgulloso de pasear por este país. He intentado servirles, pero yo tengo una profesión, me han enseñado a trabajar y eso es lo que quiero hacer. (...)

Hay que seguir soñando y disfrutando y ser feliz. Si bien la política lo ha sido todo durante estos años, la vida es mucho más y yo tengo vida lejos de la política. (...)

Ha llegado el momento de servir a mis padres, que dejen de sufrir y me acompañen; de servir a mi hija, a la que he dedicado menos horas y fines de semana de los que debería; a mi pareja, que ha estado a mi lado aguantándolo todo contra viento y marea; a mis amigos, que quiero que me vean en una reunión o tomando un vino; y a todos mis compañeros, de los que he aprendido mucho.

Rivera ya había olvidado la banda de Sánchez, la habitación del pánico y la indefensión de sus compatriotas, en especial sus votantes, pese al terrible futuro político que veía venir, como si ya no fuera con él:

Como alguien moderado, liberal y constitucionalista, me preocupa el país que hay que gobernar ahora. (...) Como yo ya no voy a tomar decisiones, a los que tengan que hacerlo, les deseo suerte y mucho acierto porque no hay excusas. Hay que liderar bien este país y no permitir que España vuelva a rojos y azules, que vuelva al odio y al sectarismo.

Y en Twitter remarcó:

Creo que en un proyecto colectivo los éxitos son de todos y los malos resultados son responsabilidad del líder. Por eso me marchó. Para mí ser diputado ha sido un orgullo y un honor, no una nómina.

En realidad, había sido más, muchísimo más: una aventura bastante más atractiva que la de abogado de La Caixa, una serie de apuestas que al principio le salieron mal y luego bien, la conversión en líder nacional, los millones de españoles que lo votaron, los poderosos que lo invitaban a cenar y lo halagaban como futuro presidente del Gobierno, las encuestas que lo confirmaban, su popularidad, muy por encima de Sánchez y Rajoy, todos los halagos que el presente hace al futuro, y, de pronto, adiós a todo. Ciudadanos perdió un líder, la nación perdió un partido, Cataluña perdió una esperanza, la derecha perdió una opción de evitar la deriva de Sánchez. A cambio, Rivera parece feliz en las fotografías comprando en el hiper con Malú y la hija que pronto tuvieron, como un recién casado en segundas nupcias, de los que tanto abundan. Lo que no abunda son líderes como Albert Rivera.

El último y penoso episodio en la rebatiña de los restos del partido lo protagonizaron Inés Arrimadas y Edmundo Bal, a cuenta del voto afirmativo de Ciudadanos a la ley del «solo sí es sí», máquina de liberar violadores que, según Arrimadas, Bal apoyó como beneficiosa para la sociedad. Ella dijo después que se oponía a darle ese cheque en blanco a Irene Montero, más aún tras la serie de atrocidades legislativas perpetradas por la facción comunista del Gobierno Sánchez, pero tanto insistió Bal, que cedió. Por supuesto, no faltaron los que le adjudicaron la astucia maquiavélica de acceder para dejar en evidencia a Bal en el inmediato congreso del partido, evitando así un rival para la presidencia. Si así fue, tampoco le salió bien la jugada. El prestigioso abogado del Estado, cargo que perdió por oponerse a la política de Sánchez en favor de los golpistas, anunció su candidatura y apuntó en el mismo sentido que la moción de Inés en Murcia: hacia el PSOE. La derecha de prestado que siempre fue Ciudadanos, aspirando, *in articulo mortis*, a izquierda de alquiler. Tristísimo final.

CAPÍTULO VI

ISABEL DÍAZ AYUSO

UN FENÓMENO SIN PRECEDENTES

Isabel Díaz Ayuso es el fenómeno político más importante, sorprendente y complejo en las cuatro décadas y media de democracia española. Ni en la izquierda, más inflamable, ni en la derecha, más desconfiada, una mujer, salida del común de la clase política, ha logrado nunca tan deprisa un liderazgo carismático, delirantemente popular, que no solo aceptan, sino que proclaman todas las variantes de la derecha y la izquierda nacionales, salvo los políticos de la izquierda, que la odian, y una parte de los de derechas, que la temen. Más curioso aún es que, pese a aparecer como una política que defiende las singularidades de la capital y su próspera Comunidad, sea tan apreciada, no ya por representar el Madrid de España, sino la España de Madrid. Esta no es una sutileza menor. Responde a la íntima angustia de la opinión pública tras el golpe de Estado separatista en Cataluña, en 2017.

La carrera política de Díaz Ayuso es aún tan breve que podría terminar siendo fugaz, como hemos visto en capítulos anteriores acerca de auroras y ocasos de los partidos de la derecha desde la llegada de Sánchez al poder. Por resumir en breves datos el fenómeno que luego trataremos de explicar, Isabel Natividad Díaz Ayuso (Madrid, 1978), licenciada en Periodismo por la Universidad Complutense, se afilió al Partido Popular en 2005, pasada ya la masacre del 11-M que, astutamente manipulada, llevó a Zapatero a la Moncloa. Y en 2006, Alfredo Prada, consejero de Justicia e Interior en el gobierno de Esperanza Aguirre, la fichó para el Departamento de Prensa.

Al año siguiente, Aguirre, descontenta tras adjudicar a una empresa externa la gestión de las cuentas en internet del partido, encargó a Ayuso la creación de una red digital propia. Aunque la oposición y sus enemigos internos dijeran después que solo llevaba la cuenta del perro de Aguirre, *Pecas*, la tarea fue muy distinta y muy importante para el PP y la propia Ayuso. En vez de encargarlo a otros, creó una estructura de voluntarios jóvenes del PP, los que dominaban las nuevas tecnologías, y conoció pueblo a pueblo y barrio a barrio la compleja organización del PP en la Comunidad de Madrid. Ese profundo conocimiento del partido, inseparable de su afán en dirigirlo, es el origen del conflicto con Génova 13 al ganar la presidencia de Madrid.

En 2011 fue candidata a la Asamblea de Madrid. Aunque no salió elegida en la primera vuelta, consiguió el acta de diputada al correr la lista por renuncia de Engracia Hidalgo, y se convirtió en portavoz adjunta del grupo parlamentario del PP en la Asamblea de Madrid, en 2015. Ese mismo año, Cristina Cifuentes le encargó la dirección de su novedosa campaña digital, y tras llegar Cifuentes al Gobierno, en alianza con Ciudadanos, en 2017 se convirtió en viceconsejera de Presidencia y Justicia, renunciando al acta de diputada.

En 2019, derribado el Gobierno Rajoy por la moción de censura de Sánchez y tras el congreso extraordinario que lo llevó a la presidencia, Pablo Casado designó a Ayuso candidata a la Comunidad y a Martínez-Almeida al Ayuntamiento. Ambos, con pocas posibilidades de ganar y a expensas de otros partidos.

El PP logró un resultado mejor que el que se temía, un 22,23 % de los votos y 30 escaños, detrás del 27,31 % del PSOE y sus 37 escaños. Sin embargo, con Ciudadanos y Vox, tras larguísimas y complicadas negociaciones, la desconocida candidata Ayuso fue investida presidenta.

Es entonces cuando empieza su carrera política. Ese mismo año, en diciembre, cuando Ayuso solo llevaba cinco meses en la presidencia de Madrid, el virus COVID-19, salido probablemente del laboratorio militar de Wuhan, en la China comunista, produce una catástrofe sanitaria mundial y desata en España, como en otros países, una guerra política por su gestión. En enero, los tres partidos de oposición —PP, Ciudadanos y Vox— preguntan en las Cortes al Gobierno sobre su estrategia contra el «virus chino». Sánchez se parapeta en el ministro de Sanidad Salvador Illa y el «experto» Fernando Simón para negar la gravedad de la epidemia y llegar al 8 de marzo, Día de la Mujer Trabajadora, que los dos partidos de Gobierno, PSOE y Podemos, proyectan como escenario público para dirimir su tensa relación de fuerzas.

Madrid, con el agujero negro de Barajas que Sánchez no quiso cerrar, era el lugar más afectado por el virus. Pero Ayuso, abandonada por su propio partido, se alzó como símbolo en solitario de la resistencia a Sánchez. Durante la interminable y agónica pandemia, la Comunidad madrileña hizo todo lo que el Gobierno era incapaz de hacer, pese a sufrir la campaña más salvaje que se recuerda contra su presidenta. Y cuando quisieron echarla del poder mediante una cadena de mociones de censura que empezó en Murcia, Ayuso convocó elecciones anticipadas y ante una izquierda enfurecida, con Pablo Iglesias como candidato, tituló su campaña «Comunismo o libertad».

En un ambiente electrizante y tras una campaña feroz, el PP obtuvo 1.620.213 votos, el 44,73 %, y 65 diputados de la Asamblea, a solo 4 de la mayoría absoluta, pero con más votos y escaños que los tres partidos de la izquierda juntos. Ayuso tuvo más votos que cualquier candidatura en toda la historia de las elecciones autonómicas de Madrid. Y tras haber vencido de manera tan deslumbrante a toda la izquierda, el PP decidió apuñalarla por la espalda. Llegaremos a ese episodio, el más siniestro de la historia de la derecha en España, y, como casi todo lo que rodea a Ayuso, inexplicable si no se tienen en cuenta las reacciones turbiamente irracionales que rigen la vida social y política: celos, inseguridades, territorialidad y otras violencias reptilianas.

Pero ¿cómo es esta persona capaz de levantar un imperio político personal encerrada en casa, combatida por el Gobierno y todos los medios de izquierda, temida por la derecha política y adorada por su base social?

Isabel no es una persona complicada, pero sí compleja. Frágil, pero no débil. Y de esa confusión entre su sensibilidad, algo enfermiza, y su fortaleza, probada hasta lo inverosímil y abroquelada contra sus flaquezas, nace el gran error de sus enemigos, que creyeron hundirla ridiculizándola, con lo que solo lograron que se reservara la venganza, en ella memoriosa. Luego pensaron que, al ser de origen modesto y no ir nunca de lo que ni es ni le gusta aparentar, la

destruirían imputándole cualquier corrupción. No lo consiguieron, y el efecto fue el que forja a las heroínas populares: la injusticia de la calumnia, que lleva a rescatar a cualquier *damsel in distress* acosada por un villano, no digamos si es una cuadrilla y ella los hace huir.

Lo que más le ha dolido, y trajo consecuencias, fue que Casado, su propio presidente, que la conocía desde hacía veinte años y sabía de su honradez, la acusara de beneficiar a su hermano «mientras morían en España 700 personas al día». Sobre latrocinio, indiferencia moral. Nada que pudiera indignarle más y que desmintiera tanto su comportamiento durante la pandemia. A Casado le habría bastado ir al Portal de Transparencia de Madrid y ver el contrato, colgado un año antes, si no hubiera tratado de asesinarla en lo civil y en lo político, sin más. Pero había algo especialmente cruel en esa referencia familiar, que ya había utilizado de forma torticera la izquierda a cuenta de un crédito de su difunto padre, y que ahondaba en un aspecto de su biografía del que no tiene que avergonzarse pero sí dolerse: la infancia.

LA INFANCIA DE UNA VOCACIÓN POLÍTICA

En todos los líderes carismáticos, la infancia suele jugar un papel importante. Por pura curiosidad, a partir de lo mucho publicado y de mis propias conversaciones con ella, he ido trazando un mapa de sus afectos y vivencias infantiles, de sus relaciones familiares, de esa vida que vivimos sin saber y que nos vive el resto de nuestra existencia. Lo que sigue no es científico, ni indiscutible, ni es un análisis psicoanalítico, saber curioso que estudié hace mucho tiempo y del que conservo la manía de oír el silencio. Intento desentrañar una personalidad compleja, como dije antes, en alguien llamada a tener gran relevancia pública, y que ayuda a comprenderla mejor.

Los datos biográficos en la red son como «La carta robada» de Poe: están a la vista de todos y nadie se da cuenta de que los ve. Los de Isabel Díaz Ayuso se multiplican desde la *Tontipedia* —bastante manipulada por sus enemigos— hasta los miles de artículos que, tras su triunfo del 4 de mayo de 2021, poblaron San Google con grandes revelaciones... todas superficiales.

Isabel, hija segunda, no fue «la niña de los ojos» de papá. Al revés. Su relación más profunda y benéfica, garantía de seguridad en sí misma a lo largo de la vida, la tuvo con su madre, cuyo amor era incondicional. En cambio, su padre desarrolló hacia ella una serie de exigencias sociales que quizá tenían que ver con no ser el primogénito, cuatro años mayor, ni una muñeca, aunque con sus rizos rubios y sus grandes ojos pudiera parecerlo. Yo creo que la difícil relación del padre con la niña reflejaba en realidad la que tenía con la madre y pudo marcar de manera sombría la infancia de Isabel. Sin embargo, en esos primeros años la niña tuvo una familia de repuesto y de cuento, la de sus abuelos maternos, que siempre la adoraron.

Ella veía en su abuela una mujer queridísima por su abuelo, que era lo que no veía en casa. También un continuo acicate para sus aficiones, desde el dibujo y la pintura hasta los deportes. Pero, por encima de los mimos típicos de los abuelos, frente a la exigencia forzosa y diaria de los padres, lo que la niña encontró con ellos, y marcó su carácter, fue la alegría de vivir. Ni segura ni fácil —la negación estaba en casa—, pero irrenunciable. Y entre esos dos arquetipos familiares, tan opuestos, se forma la personalidad de Ayuso. Con su abuelo: el piano, los regalos, la acuarela, la casa alegre. Con su padre: las obligaciones, los viajes sin rechistar a Sotillo de la

Adrada, el pueblo paterno, bajo la tiranía rural del qué dirán y el afán de parecer por encima del ser. A él nunca le parecía suficiente lo que su hija hacía, y siempre rebajaba sus méritos, aunque era una niña mona, simpática, brillante en los estudios. Pero también esa torva animadversión forjó su carácter contra la injusticia, la particular y la general; la convicción de que lo que estaba bien o mal se decidía finalmente en su interior, no en un exterior en función de los demás.

Isabel fue, en resumen, una niña alegre y triste, feliz e infeliz, nada distinta en ese aspecto a muchos niños, aunque en una estructura peculiar: no dentro de una familia sino de dos. Ese vaivén o equilibrio relativo, en general favorable, se rompió al morir su abuelo. Ella tenía nueve años. Su abuela, viuda enamorada, se convirtió entonces no en una segunda madre, pero sí en una segunda casa o segunda vida. Y allí Isabel descubrió la política.

Hay un episodio ya conocido de su infancia, cuando a los ocho años escribió una larguísima carta a Felipe González echándole en cara todas las fechorías de su Gobierno. Y también, algo que de mayor ha agradecido siempre, que Felipe, cosa rara, tuviera el gesto de contestarle. Que el expresidente no recordaba aquella carta ni la asociaba con ella lo demuestra que fue el primero en contraponer durante el COVID-19 el estilo de Martínez-Almeida al de la presidenta de Madrid, porque desde el principio intuyó en ella un peligro, un enemigo no «bizcochable». Tigrekán la vio venir.

Y con razón. En 1989, Isabel acaba de cumplir once años y está viendo con su abuela por televisión la caída del Muro de Berlín. La abuela le va contando a la nieta los horrores del comunismo y cómo Reagan, el papa y Thatcher, pero sobre todo Reagan, han acabado con esa inmensa cárcel en que Stalin convirtió media Europa. Se puede vencer al comunismo siempre que se pelee con él «hasta el final», lema legendario del Real Madrid, el que «jamás se rinde» ni «da un partido por perdido», el capaz de darle la vuelta a todo, y del que Isabel es seguidora entusiasta. Al Bernabéu lo llama «el Templo».

Al morir su abuelo, Isabel perdió la fe, algo que muestra hasta qué punto era él su referencia paterna, su dios particular. Pero ella es cultural y sentimentalmente muy católica, por españolismo, por tradición popular y porque, como muchos en la derecha, ve imposible separar lo católico de lo español en la historia universal. Por eso sigue de cerca los avatares de la Iglesia y rabia con los desdenes del papa Francisco a santa Teresa o al papel de España en el arte y el pensamiento católico, es decir, *universal*. Ayuso es una huérfana del Vaticano, que lamenta su desertión en la defensa de la historia de España y su rendición ante la izquierda y los separatismos. Quería a Juan Pablo II, veneraba a Ratzinger y no puede ni ver a Francisco. Vamos, una liberal española absolutamente normal.

UNA ADOLESCENTE EN GUERRA CONSIGO MISMA

La adolescencia de Díaz Ayuso fue muy convencional, tan conflictiva hacia dentro como hacia fuera, la famosa *aborrescencia* que define tanto la tormenta interior que padece como la exterior que produce. La inevitable revolución hormonal al hacerse mujer, la situación cada vez más hostil en casa, el carácter autodestructivo que se apodera de esos seres en estado de erupción dérmica y psicológica provocó en Isabel, que siempre destacó en los estudios, un abandono total de los libros, hasta el punto de perder un curso.

Su autoritario padre tuvo entonces un gesto positivo —fuera por el qué dirán o por conciencia de sus deberes—, y en vez de dejar que abandonara los estudios y se buscara algún trabajo, la matriculó en un colegio privado, el Éfeso, ya desaparecido, para alumnos difíciles. Para Isabel, que se había prometido no caer más en la abulia, fue todo lo contrario. Encontró unos profesores exigentes pero respetuosos, que la trataban como adulta, y con los que volvió a estudiar, a disfrutar y a obtener las mejores calificaciones.

Al terminar COU, llena de energía, de confianza, y entreviendo ya la forma de salir de una vez por todas de una casa inhóspita, se le planteó la duda de estudiar Periodismo, que siempre le había gustado —desde escribir en las revistas hasta participar en la radio, su debilidad—, o Arquitectura, porque había recuperado la pasión por el dibujo que cultivó con su abuelo. Al final, dudó por las matemáticas, en las que no se veía muy fuerte, y eligió Periodismo. Nunca se arrepintió.

Llegaba a las ocho de la mañana a clase y volvía a casa a las nueve de la noche. Prácticamente vivía allí. Hacía radio, iba a clase, organizó una asociación apolítica pero contra la dictadura progre que allí mandaba. Iba sobrada en las asignaturas y el último año se echó novio, aunque lo dejaron de muy buenas maneras cuando a ella le salió un trabajo en Ecuador. Luego pasó un año en Irlanda, trabajando, leyendo, viajando, y al final volvió a Madrid. Había meditado mucho entrar en el PP, bastión de la resistencia contra Zapatero, que había iniciado la demolición del régimen constitucional. El primer mitin al que la mandaron fue en el País Vasco. El candidato que había que apoyar era María San Gil, y allí conoció a un joven llamado Santiago Abascal Conde. Es posible que, veinte años después, aquel encuentro la hiciera presidenta de Madrid.

LA MOCIÓN DE CENSURA EN MURCIA Y EL NACIMIENTO DEL «AYUSISMO»

El fenómeno político y popular llamado «ayusismo» se fragua en la resistencia de la presidenta de Madrid a la política de Sánchez durante la pandemia del COVID-19, pero se manifiesta con la convocatoria de elecciones anticipadas inmediatamente después de la moción de censura en Murcia que presenta Ciudadanos contra el Gobierno del PP... y Ciudadanos. Con todo, la moción no fue un hecho aislado, ni algo ajeno a la política de sabotaje de Ciudadanos contra Ayuso en la propia Comunidad.

La petición de adelantar elecciones en Madrid ante la obscena y mortificante complicidad de Aguado con el Gobierno social-comunista de Sánchez venía de lejos. Yo mismo lo había pedido en *Libertad Digital* y esRadio, y no era el único. Sin embargo, las veces en que pude comentarlo con Ayuso me dio a entender que no pensaba en otra cosa, pero que no lo haría sin cargarse de razón, por la guerra que le hacía su propio partido, y que muchos se negaban a ver. Otros veníamos denunciándolo hacía meses. La moción de censura o la cadena de mociones pactada por Sánchez y Arrimadas fue una operación muy de fondo que cambiaba por completo el horizonte de la derecha. Vale la pena explicarla en toda su complejidad.

El factor desencadenante fue la debilidad en que había quedado el PP de Casado tras las elecciones catalanas de 2021. Eso decidió a Ciudadanos, que andaba todavía peor, a tratar de salvarse a hombros del PSOE dándole al PP un golpe mortal, que consistía en derribar los

gobiernos que compartían el PP y el propio Cs. Sin Rivera, Arrimadas quiso cambiar de socio sobre la marcha, al ver que Casado se hundía y su partido con él. Sin embargo, tras la deserción de los líderes de Cs de Cataluña, esa traición, que lo era, cavó definitivamente su fosa electoral en el votante y los medios de derechas y también en los de una izquierda para la que Cs, como antes UPyD, era un modo de dejar de votar al PSOE, sin pasarse al PP o a Vox.

Inés negó una y otra vez en mi programa esa cadena de mociones pactada con el PSOE que incluía Murcia, Castilla y León y Madrid. En Andalucía, el vicepresidente de la Junta, Juan Marín, era buen amigo de Arrimadas; allí la moción se aparcaba temporalmente, para que cayera como fruta madura tras el previsible colapso del PP. Inés puede mentir bastante bien, pero nadie la creyó, ni durante las mociones ni después. Y ese mismo año, José Luis Ábalos —todopoderoso secretario de Organización del PSOE y ministro de Transportes que pactó con Inés las mociones— lo reveló en *Infolibre* y además lo confirmó en *El País*. Este es el resumen de Juanjo Alonso en *Libertad Digital* el 20 de septiembre de 2021:

JOSÉ LUIS ÁBALOS CONFIRMA QUE EL PSOE PACTÓ CON CS
PRESENTAR UNA MOCIÓN DE CENSURA EN MADRID

El exministro de Transportes, José Luis Ábalos, ha desvelado en una entrevista en *Infolibre* el plan que tenían desde la Moncloa con Ciudadanos para acabar con Isabel Díaz Ayuso y que el tiro les salió por la culata cuando la presidenta regional se adelantó y convocó elecciones en las que, más tarde, arrasaría.

Ábalos desmiente así a la propia Inés Arrimadas, que ha repetido en numerosas ocasiones, la última en *Es la Mañana de Federico*, que no había un plan para presentar una moción de censura en Madrid como la de Murcia, que también fracasó. «No somos imbéciles», decía Arrimadas en esRadio. Pero José Luis Ábalos parece pensar lo contrario cuando habla del que considera uno de sus mayores errores en la política: «Cometimos el error de fiarnos de que Ciudadanos controlaba a su grupo y pensar que luego iban a dar una respuesta también en Madrid. Pero no fueron capaces». Deja constancia de lo publicado por *Libertad Digital* sobre el fracaso de Pedro Sánchez en la «operación Arrimadas».

Otro de los protagonistas de aquella fallida moción, el entonces vicepresidente de la Comunidad de Madrid Ignacio Aguado, se ha apresurado a desmentir la información desde Twitter.

Pero, por supuesto, era verdad.

Lo más asombroso de la moción de Murcia es que un medio, el nuestro, *Libertad Digital*, la había anunciado una semana antes de que se presentara, así que la «sorpresa» que fingió el PP, de sorpresa no tenía nada. Todo empezó a fraguarse a mediados de enero, cuando el equipo completo del Servicio Murciano de Salud, incluidos funcionarios, se puso la vacuna anti-COVID-19 saltándose las angustiosas colas y la espera del resto, a veces mortal. Al publicarse, Ciudadanos pidió explicaciones y, más tarde, la dimisión del consejero. El 20 de enero de 2021, Arrimadas lo pidió desde Sevilla. Y esa misma tarde dimitieron el consejero y todo su equipo. Sin embargo, nadie tenía la lista completa de los vacunados, y aunque Ciudadanos, contra lo que alegó después, no la solicitó, la lista se publicó el 11 de febrero. Nunca hubo, pues, crisis de gobernabilidad con el PP, sino un cisma interno en el partido de Arrimadas, que, en una voltereta como las que vendrían después, pasó de apoyar un sector al otro, abriendo paso a la moción de censura.

Por razones que nunca explicaron, Isabel Franco, vicepresidenta del Gobierno murciano, había caído en desgracia ante Arrimadas, que nombró coordinadora general del partido a la consejera de Empresa, Ana Martínez Vidal. Ambas mantenían una antigua rivalidad, pero el encono habría permanecido larvado si Arrimadas no hubiera azuzado esa crisis para poner en marcha esa moción en cuyos términos reales hay que insistir y que resulta difícil describir sin rubor: una parte del Gobierno murciano, la de Cs, se censuraba a sí misma para llevarse por delante a su socio, el PP.

Es imposible no relacionar la división provocada por Inés, la ruptura del grupo parlamentario y el partido, con las mociones pactadas con el PSOE. En todo caso, la moción obedecía exclusivamente al lío interno de un partido, al margen de una opinión pública agobiada con la pandemia y con la crisis económica provocada por el cerrojazo comercial decretado por Sánchez.

El mecanismo de la moción fue también de lo más enrevesado. Solo hubo dos cosas claras: la voluntad de Inés de romper el Gobierno, y el empeño de García Egea en mantener a su amigo, el presidente Fernando López Miras. No era mucho, pero era suyo. Y a esa posesión, entre mafiosa y demoníaca, subordinó su política el PP. No quiso impedir, pese a poder hacerlo, la moción de censura convocando elecciones anticipadas, porque entonces López Miras debía dejar paso legalmente a otro candidato. Y tal vez porque Teodoro temía que, de convocar elecciones su feudo murciano, también lo harían Madrid, Castilla y León y Andalucía, con ninguno de cuyos líderes se hablaba, ya que a los tres les había jurado que no serían candidatos. Lo de Ayuso lo repetía cada mes a los periodistas; a Mañueco, le había abierto expediente; y a Moreno Bonilla le había roto el partido en Sevilla, presentándole en las primarias a su antigua segunda, Virginia Pérez, para mostrar galones. Moreno, presidente de la Junta y del PP andaluz, ni siquiera fue a la toma de posesión de la ganadora del congreso sevillano.

A ese triple frente creado por el afán de control de Teodoro, cabía añadir la pérdida de la alcaldía de Granada y otros líos provocados por su brutal carácter y por fichajes como el del «Señor Lobo» de Ciudadanos, Fran Hervías, para atraer figuras del partido naranja, a costa de los nativos del PP, que reaccionaban con la lógica indignación. Todo por demostrar que mandaba sobre unos territorios cada vez más pequeños y más hostiles.

Pero lo de Murcia, en su génesis y desarrollo, batió todas las marcas de la trapacería rural y de la corrupción local. En vez de impedir la moción, dejó que se presentara, confiando en recomprar paisanos «bizcochables». Lo logró, aunque entregando el Ayuntamiento a la izquierda. Eso le daba igual. Para él lo único importante era conservar a su valido y lo hizo, gracias a los expulsados de diversos partidos y con sus típicas formas de arriero.

Más confusión: cuando Arrimadas quiso provocar la salida de la vicepresidencia de Franco y su sustitución por Martínez Vidal, le ofreció al presidente López Miras, que había sucedido en el cargo a Pedro Antonio Sánchez en 2017, modificar la Ley de Presidencia, obra del propio Ciudadanos y que limitaba a dos legislaturas el límite de mandatos. Inés le ofreció, a cambio de descabezar a su propio partido, Cs, reformar su propia ley, fijando el plazo límite de gobierno en ocho años, no en dos legislaturas. Así, López Miras podría ser candidato por tercera vez.

El paisano y protegido de Teodoro lo aceptó. Pero Ana Martínez Vidal, que aún mandaba en el grupo parlamentario de Cs, se guardó un as en la manga, igual que López Miras: el cambio legal entraría en vigor en 2023; de ese modo se aseguraba la supervivencia como vicepresidenta

del prorrogado presidente murciano.

Protestó Inés la trilería, porque lo que ella quería era echar a la vicepresidenta, no que se quedase dos años. Pero debía mantener el acuerdo PP-Cs, ya que el auge de Vox en las encuestas enterraba electoralmente a su partido. E Inés rizó el rizo del rizo, algo que ni sus peores enemigos (que ya en Cataluña la llamaban Montapollos) llegaron siquiera a imaginar. Inés quería asegurar su permanencia en el poder pero, a la vez, liquidar a su jefa parlamentaria, que es la que debía firmar la Ley de Presidencia. O sea, que quería embalsamarla y decapitarla a la vez. Era demasiado lío para el PP murciano, más elemental, que empezó a debatir consigo mismo la legalidad del cambio de la Ley de Presidencia. Pactada, recuérdese, por López Miras y Martínez Vidal, aunque Inés defendía el acuerdo solo para Isabel Franco.

¿Cabía liarla más? Diríase que no, pero sí. Las dos operaciones, la moción con el PSOE para echar al PP y la moción con el PP para echar a una de las jefas de Cs se pusieron en marcha a la vez. Entonces surgió otro problema que enredó aún más la doble conspiración: Vox había sacado cuatro diputados en las últimas elecciones regionales, aunque echó a tres por irregularidades financieras, así que le quedaban uno obediente y tres hostiles pero que mantenían sus escaños. Abascal dijo que no pensaba votar la Ley de Presidencia porque era, y lo era, un apaño indecoroso en favor de López Miras. Añadió que, si sacaban la ley adelante con sus tráfugas, pasarían a la oposición contra López Miras en esa legislatura y en la siguiente. Y como los cambios en el gobierno de coalición perjudicaban ya demasiado a todos los partidos, de momento todo quedó paralizado.

Solo de momento. La intriga nacional, aunque no la regional, siguió adelante. Y el 7 de marzo, *Libertad Digital* anunció la presentación de la moción de censura en Murcia, en clave nacional. No era anzuelo de río, sino pesca de altura: empezaba la demolición total del PP. Nuestra fuente, cabe contarle, era Luis del Rivero, empresario murciano y gran enredador, que tenía excelente información sobre el PSOE, no en balde intentó de su mano el asalto al BBVA. El también murciano Teodoro y Casado lo sabían. ¿Por qué no lo impidieron? Por lo que ya dijimos y quedó claro después: si se presentaba la moción, Ayuso podía convocar elecciones, y, si las ganaba, consolidaría un poder que ya no podrían controlar. La presión contra ella, según se publicó luego, era tan dura que Ayuso cortó toda comunicación con Teodoro y, de paso, con Casado.

En fin, el caso fue que el día 10 a las 10 de la mañana, el PSOE y Cs firmaron la moción de censura contra el Gobierno del PP y Cs en Murcia. Y en el cielo político de Madrid parecieron dibujarse los versos de García Lorca:

*Y cuando los cuatro cascos
eran cuatro resonancias,
David, con unas tijeras,
cortó las cuerdas del arpa.*

David se llamaba Isabel, pero pasó dos horas afilando las tijeras para cortar todos los hilos con Ciudadanos. Llevaba esperando dos años.

LA HORA DE LA VERDAD: LA DISOLUCIÓN EN MADRID

Cuando a las 10 de la mañana del 10 de marzo de 2021 Ciudadanos y PSOE presentaron una moción de censura contra el gobierno de Ciudadanos y el PP en Murcia, Isabel Díaz Ayuso sabía por Pablo Casado lo que había contado Luis del Rivero a su paisano Teodoro y adelantado tres días antes *Libertad Digital*. Pero la llamada de la víspera, alertándola de una posible moción, tenía un serio problema de credibilidad: ¿por qué, si era cierto, no disolvía de inmediato López Miras y convocaba elecciones, evitando la moción?

La respuesta era que López Miras, como explicamos antes, aún no tenía en la mano el cambio en la Ley de Presidencia para presentarse por tercera vez a las elecciones. Y antes que dejar fuera a su amigo, Teodoro prefería correr el riesgo de perder la Comunidad y la ciudad de Murcia. Pero ese gesto de lealtad resultaba excesivo incluso para un PP desnortado tras las elecciones catalanas.

Había otro elemento para la cautela: Ayuso sabía que la dirección del partido no quería la disolución en Madrid. Y Teodoro, a cuyo lado los «soldados» de Corleone eran pacifistas, había amenazado en sus habituales charlas privadas con periodistas, para que lo que decía se hiciera público, con echarla del partido si disolvía. Ante todo, la dirección quería evitar que Ayuso se consolidara como factor autónomo y amenazase su tambaleante poder. Algunos medios llevábamos meses pidiendo esa disolución, porque la traición de Ciudadanos, en particular el vicepresidente Aguado, y su complicidad con Sánchez en lo relativo a la pandemia, eran evidentes, y la posibilidad técnica de una moción de censura, con la política sanitaria como excusa, estaba en el aire. Pero Ayuso no quería romper el partido, y aguardaba acontecimientos, no de forma pasiva, pero esperando el momento.

En realidad, Ayuso siempre creyó que el Gobierno de coalición con Ciudadanos no acabaría la legislatura, y, de hecho, desde que juró como presidenta, tenía guardado el decreto de disolución en un lugar inverosímil: la rendija, de apenas un folio, en la bandeja corredera de madera que antes se usaba en mecanografía y que estaba sobre el cajón derecho de la mesa de su despacho. Registrar cajones, como luego se comprobó, no era algo a lo que le hiciera ascos la «gestapillo» de Génova 13. Pero ¿quién iba a mirar en la bandeja que apenas se ve? Y ahí quedó el decreto, criando polvo y esperando en su estrecho ataúd.

Sin embargo, al oír la noticia, a Ayuso se le planteó un problema con el que no podía contar dos años atrás. Si disolvía en ese momento, la jornada electoral, cuarenta días después, caería en día laborable. Eso era algo que no había pasado nunca en Madrid y que no sabía si era legalmente posible.

Pero ese día había Consejo de Gobierno en la Comunidad, y, junto a los consejeros de PP y Ciudadanos que formaban el Gobierno, estaba el viceconsejero de Asuntos Jurídicos y secretario general del Consejo de Gobierno, Fabio Pascua. Al entrar en la sala grande (llamada «Biblioteca»), Ayuso vio a sus consejeros —Lasquetty, Paloma Martín, Garrido...— junto a la mesa del café y, algo apartado, el secretario Fabio Pascua. De inmediato le hizo un gesto y tuvieron un aparte breve, al que los consejeros no dieron importancia. Pero la tenía, y fundamental. Lo que le acababa de encargar Ayuso a Pascua era comprobar si podía convocar legalmente elecciones el 4 de mayo, que caía en día laborable. Y mientras Pascua escudriñaba el Estatuto de la Comunidad, dio comienzo el consejo.

A nadie sorprendió que el primer apartado fuera el informe siempre minucioso de Escudero sobre la evolución de la pandemia en Madrid. Y mientras el consejero de Sanidad daba los últimos datos sobre el análisis de las aguas residuales, le llegó el mensaje a Ayuso: era perfectamente legal.

Entonces, al terminar Escudero, la presidenta se incorporó, se volvió a su derecha, donde se sentaba el vicepresidente Ignacio Aguado, y le dijo:

—Bueno, yo ahora quisiera saber si esto que está pasando en Murcia va a pasar en Madrid.

Aguado no lo negó. Pero nunca cedía a la tentación de adornarse, y esa vez no fue la excepción: Murcia es Murcia y Madrid es Madrid, son realidades distintas, se trata de un caso puntual, limitado a esa región... Pero al terminar su intervención, con sonrisa de suficiencia, Ayuso dijo:

—Me gustaría escuchar ahora a todos los consejeros, porque esa deliberación está prevista en el Estatuto de Autonomía, y es previa a que yo declare disuelta la Asamblea de Madrid y convoque elecciones.

En ese momento, a Aguado —que estaba esperando la moción, ya redactada por el PSOE y Más Madrid, pero que debían aguardar al final del Consejo para anunciarla— se le borró la sonrisa del rostro. Balbuceó y se quejó, pero el trámite de palabra estaba en marcha, y no podía levantarse de una mesa en la que Ayuso acababa de anunciar la convocatoria electoral.

Cuando todos los consejeros hubieron hablado, la presidenta les agradeció su labor durante esos dos años, dijo que había sido un honor trabajar con ellos y anunció que iba a firmar las preceptivas destituciones que acompañan a la disolución de una legislatura.

A continuación, se levantó y se levantaron todos, casi sonámbulos. Aguado salió corriendo a condenar ante la prensa la disolución. Algunos consejeros de Ciudadanos se fueron a sus despachos, como si aún tuvieran cargos. La mayoría salió por una puerta lateral, y Ayuso, por la que hay detrás del sillón presidencial. Absolutamente sola, pero segura de lo hecho y contenta del modo en que lo había concretado, recorrió las salas vacías hasta la oficina en que se rubrican los actos documentales. Y allí firmó, una a una, a veces con delectación, las destituciones de todos los consejeros.

Tras las firmas, preparó la rueda de prensa, que iniciaba la batalla electoral y política más dura en la historia de Madrid, pero que ella llevaba esperando desde el comienzo de la legislatura. Se acicaló un poco, convocó a los consejeros del PP para acompañarla, y dijo lo que todos los «arriolas» del PP venían desaconsejado a la derecha desde hacía décadas, que era enfrentarse radicalmente y por razones ideológicas a la izquierda: «Quiero que ahora los madrileños sean los que elijan entre Socialismo o Libertad».

EL CUADERNO DE CAMPAÑA DE AYUSO EN LA CAMPAÑA DE 2021

Isabel Díaz Ayuso es, contra lo que dicen sus detractores y creen sus admiradores, una persona más reflexiva que improvisadora. Detesta tratar algo importante que no haya preparado antes. No que le *hayan*, sino que *ella* haya pensado y escrito. Durante la pandemia, era

plenamente consciente de la importancia de lo que estaba haciendo, en lo personal y en lo político, y no dio paso sin contar con sus expertos —Enrique Escudero, Antonio Zapatero— y sin pasarlo al papel, que es su forma de pensar en cómo presentarlo a la opinión pública.

Una de las razones por las que Ayuso caló tan hondo entre los votantes de muy diversa condición social y tendencia política, es que, con la majeza madrileña como condimento estético, siempre llevaba los debates y ruedas de prensa muy preparados. La clave, al margen del día y del asunto, era un guion escrito por ella misma, que llevaba a todas partes y que le servía para reforzar sus tesis, a menudo contrarias a lo supuestamente «científico».

Es una especie de falsilla para hablar en público, y a lo largo de la pandemia, Isabel iba añadiendo de su puño y letra los datos últimos antes de comparecer ante los medios. Además de reflejar muy bien su estilo personal, muestra que el discurso político es la base de un liderazgo social. Esta es su transcripción íntegra, según la fue redactando, exponiendo y modificando.

APUNTES DE LA PRIMERA OLA

Tesis: Dije que Cataluña estaba peor en cifras y que otras CC. AA. no estaban haciendo el cómputo como nosotros, y tenía razón.

Explicación: El 31 de marzo fue el primer día en que Cataluña registró más muertes por coronavirus que la Comunidad de Madrid desde que arrancó la crisis sanitaria. El 15 de abril, un mes después del inicio de la crisis, Cataluña modifica el sistema de cómputo de los casos de fallecidos para empezar a incluir también los muertos en residencias o domicilios y no solo los de los hospitales. Madrid los contabilizaba desde el principio, a través de Sanidad Mortuoria, pero al Ministerio de Sanidad solo se le facilitaba lo que pedían, los fallecidos positivos por PCR.

– Dije que lo peor empezaba ahora y que venían unas semanas terribles, y tenía razón.

El 11 de marzo en una declaración institucional ya advertía de que nos esperaban semanas muy duras. Dije entonces que la población debía saber que la previsión de los técnicos sanitarios es que en ese fin de semana asistiríamos a un repunte elevado de las personas infectadas y que lo peor de la propagación del virus ocurriría en las próximas tres semanas. Así pasó. Mientras tanto, el Gobierno (Fernando Simón) hablaba de que la epidemia será estacional y que podría terminar en España en dos meses.

– Dije que los menores eran los que más contagiaban, aunque ellos no se contagiasen, y que era mejor que estuviesen en casa; y tenía razón.

El 9 de marzo decidimos decretar el cierre de los colegios para el 11, lamentando las molestias para las familias. El resto de CC. AA. nos siguieron después. Llevábamos dos semanas pidiendo al Ministerio de Sanidad que tomaran medidas urgentes, pero nos desoyeron. De hecho, tuve conversación con Pedro Sánchez ese día, donde me intentó frenar, pidiendo unidad de acción.

– Dije que era no era lógico que los aeropuertos cobrasen tasas a los aviones que nos traían material sanitario, y tenía razón.

Se lo pedí a Pedro Sánchez en la Conferencia de Presidentes del 29 de marzo, y AENA, el 2 de abril, acuerda hacerse cargo de las tarifas de tránsito aéreo y de aterrizaje de los aviones que transportaban este material.

– Dije que las peluquerías deberían cerrar porque eran foco de transmisión del virus y al final el Gobierno las acabó cerrando; tenía razón.

Pedí el 14 de marzo el cierre de peluquerías y el ministro de Sanidad me recordó que el Gobierno era la «única autoridad» competente. Alegaron que este tipo de negocios podían permanecer abiertos por razones de higiene y por la intención de alterar solo lo mínimo posible la vida de la gente. Finalmente se cerraron en toda España.

– Dije que se debía cambiar la orden que decretaba el cierre de los hoteles para que pudiésemos dar alojamiento a los sanitarios, a los turistas atrapados, a las mujeres víctimas de violencia de género y se acabó modificando, pues tenía razón.

Critiqué durante días la escasez de flexibilidad a la hora de decretar el cierre de hoteles y había alertado de la necesidad de mantener unos servicios mínimos para acoger, por ejemplo, a las víctimas de violencia de género. Se lo transmití así a Pedro Sánchez en la reunión de presidentes del 29 de marzo. El Consejo de Ministros aprobó dos días después, el 31 de marzo, que los alojamientos turísticos puedan albergar a víctimas de violencia de género y sus hijos durante el estado de alarma en el caso de que las casas de acogida para este colectivo no dispongan de plazas.

– Dije que debíamos permitir la venta ambulante de productos de primera necesidad en los municipios pequeños, como los de la Sierra que no disponen de comercios, y finalmente nos permitieron hacerlo. Tenía razón.

El 29 de marzo se lo pedí a Pedro Sánchez en la reunión de presidentes por videoconferencia y dos días después la Comunidad de Madrid aprobó, a través de la Consejería de Sanidad, una orden que va a ayudar a abastecer de productos básicos a los pequeños municipios de la región que no cuentan con puntos de venta de alimentación.

– Dije que las empresas de distribución de comida como Telepizza, Rodilla y Viena Capellanes deberían poder ayudarnos a llevar alimentos a los alumnos de familias vulnerables que no iban a poder asistir a los comedores escolares y a pesar de la reticencia del Gobierno central, accedieron porque, nuevamente, tenía razón.

Cuando se anunció el 16 de marzo, el Gobierno en un primer momento no lo autorizó y el PSOE llegó a decir que «Pizza y sándwiches no son un menú saludable para los niños más vulnerables». A día de hoy, un mes después, llegamos a 116 municipios y a una media de 3.800 menús diarios.

– Dije que el virus no tenía cura y que el único remedio era el confinamiento y que mientras triplicábamos las UCI teníamos que ganar tiempo. Gracias a ello, nadie se nos ha muerto en la puerta de un hospital porque no se le haya atendido como se merece, y tenía razón.

La Comunidad de Madrid ha triplicado las camas UCI en los hospitales, que han pasado de 540 a casi 1.900 y, gracias al confinamiento y al cese de actividad, han bajado otro tipo de urgencias como accidentes laborales o de tráfico, permitiendo centrar la atención asistencial en el coronavirus.

– Dije que el impacto de esta pandemia seguramente se extendería hasta dos años, y cada vez hay más estudios de expertos que apuntan a esa duración; otra vez, tenía razón.

Llevo días advirtiendo de que necesitamos tener clara una estrategia ante una posible ola en otoño y, a mediados de abril, aseguré que tomaríamos medidas de prevención individual seguramente durante dos años. El Gobierno, el 11 de marzo, calculaba que el último caso de coronavirus podría registrarse en verano.

– Dije reiteradamente que a las CC. AA. no se les dejaba comprar material sanitario, ni se nos ayudaba para adquirir ese material, y tenía razón.

Estuvimos comprando antes del mando único (desde el 4 de marzo) y cuando se decretó, estuvimos varios días sin posibilidad de adquirir material. El 20 de marzo denuncié que no llegan mascarillas suficientes, que nos han dado 50.000 y que necesitamos 200.000 diarias. Sigo quejándome el 25 porque estamos dos días sin llegada de material y acaban diciendo que compremos nosotros. Nos ponemos y en dos semanas llegan cuatro aviones con más de 332 toneladas de material.

– Dije que había que suspender las competiciones deportivas y la FIFA las suspendió; volvía a tener razón. El 11 de marzo decretamos el cierre de estas actividades mientras que el Gobierno mantiene las concentraciones en espacios deportivos o los teatros abiertos. El 12 La Liga suspende dos jornadas y, diez días después, queda suspendida de forma indefinida.

– Dije que las compras de este material en el mercado internacional eran extremadamente complicadas, sobre todo para administraciones menos poderosas que un Estado, como las CC. AA., y tenía razón.

Aun así, conseguimos, cuando nos dejaron, autorizar un gasto de 3 millones de euros para transporte aéreo desde el extranjero y en dos semanas llegaron 332 toneladas con todo tipo de material. La cantidad de material de protección que hemos adquirido es seis veces superior a la facilitada por el Gobierno.

– Dije al principio que las personas mayores y las inmunodeprimidas iban a ser las más afectadas por este virus, y tenía razón.

El 11 de marzo en mi declaración institucional centré parte de mi mensaje en las personas mayores explicando que las medidas que se estaban tomando, «sobre todo, y por encima de todo, era para proteger a las personas más vulnerables, los mayores y personas con patologías previas». Recomendamos a los mayores y a los enfermos que permanecieran en sus casas.

– Dije que el 80 % de los afectados iban a tener síntomas leves, que el 15 % iban a requerir asistencia hospitalaria y el 5 % tendría problemas graves, y tenía razón.

Esto lo he dicho desde el principio de mis intervenciones, poniendo como ejemplo mi caso, que pertenecía a ese porcentaje de leves. La evolución de la situación lo ha demostrado y hemos podido dar la asistencia hospitalaria a todos los graves gracias a que se han triplicado las UCI y hemos puesto en marcha 13 hoteles medicalizados.

– Dije que no podíamos dejar de lado a los autónomos y empresarios que estaban teniendo pérdidas diarias, que necesitaban ayuda, y tenía razón.

Desde el cierre de establecimientos y de toda la actividad a mediados de marzo, estuve reclamando ayudas para autónomos y pequeñas y medianas empresas, solicitando que fuera el Gobierno quien asumiera sus cuotas de cotización a la Seguridad Social. El 31 de marzo el Consejo de Ministros aprobó una moratoria de seis meses así como el pago de sus deudas hasta el 30 de junio de este año. Pero nosotros no queríamos moratoria y en nuestro paquete de medidas económicas aprobamos pagar la cuota de marzo y abril de nuestros autónomos, entre otras cosas.

– Dije que necesitábamos una estrategia clara para saber cómo había evolucionado la pandemia y tenía razón.

En la videoconferencia de presidentes del 5 de abril le pedí a Sánchez una estrategia clara para conocer la evolución y comportamiento del coronavirus en España, con la realización de test rápidos selectivos a grupos de población. El Gobierno, dos días después, desveló que planeaba hacer test a 30.000 familias para conocer la expansión del coronavirus en España.

– Dije que los ayuntamientos necesitaban disponer del cien por cien de su superávit para hacer frente a los gastos sobrevenidos por el COVID; y tenía razón.

Lo pedí expresamente a Pedro Sánchez en la reunión de presidentes del 29 de marzo para que los consistorios no tuvieran que preamortizar deuda y el 20 de abril, el Gobierno comunicó a la Federación Española de Municipios y Provincias (FEMP) que se iban a poder utilizar remanentes de tesorería de los ayuntamientos —alrededor de 7.000 millones de euros— en afrontar gastos por el COVID-19.

– Dije que los test masivos a la población eran la mejor estrategia para localizar al que contagia y que el resto de la gente pudiera hacer su vida normal; y tenía razón.

En septiembre adquirimos 5 millones de test rápidos de antígenos para usarlos tanto en los centros hospitalarios como Atención Primaria y los cribados de población en las zonas con más incidencia. Ahora la Comisión Europea ha avalado el uso de estas pruebas rápidas y ha pedido a todos los países de la UE que los realicen sin escatimar recursos en esto.

– Dije que era necesario pedir test en origen en los aeropuertos y ahora el Gobierno los va a pedir obligatorios para un elevado número de países.

He estado seis meses pidiendo al Gobierno un plan para el aeropuerto de Barajas, en las videoconferencias y conferencias de presidentes, por carta a Pedro Sánchez y también misiva a la presidenta de la CE. Ahora el Gobierno ha dicho que será obligatorio PCR en origen a los visitantes de países considerados de riesgo.

– Dije que había que optar por restricciones en zonas más pequeñas, como nuestras zonas básicas de salud, donde la incidencia ha bajado tras semanas con limitaciones. Me acusaron de segregar y discriminar a los barrios más vulnerables pero la estrategia ha funcionado.

La Comunidad de Madrid puso en marcha una estrategia basada en zonas básicas de salud, y con el tiempo se ha demostrado que ha bajado la incidencia en las zonas donde ha habido limitaciones, en contra de la idea del Gobierno de cerrar toda la capital, como obligó con la declaración del Estado de Alarma.

– Dije que nos tenían que permitir cerrar perimetral por días y no por semanas y me dieron la razón.

Cuando se dio la posibilidad a las CC. AA. de cerrar perimetralmente, pedimos al Gobierno que nos dejara hacerlo por días (los puentes) y no por semanas, tal y como habían ordenado ellos. Y nos dieron la razón, permitieron que Madrid cerrara solo los puentes de Todos los Santos y de la Almudena. No ha habido aumento de Incidencia Acumulada, sino todo lo contrario, se ha ido bajando.

– Dije que nos dejaran hacer test en farmacias para aumentar la capacidad diagnóstica y nos dieron la razón.

He estado más de un mes pidiendo al Gobierno que nos deje hacer pruebas de antígenos en las farmacias, de acuerdo con las sociedades médicas. Lo pedí por todas las vías y se mandó una carta a la Agencia Española del Medicamento que nos dijo que no. El 18 de noviembre, en la Interterritorial, el ministro Illa ha dicho que no se opone y que las CC. AA. que quieran presenten un plan.

TERCERA Y CUARTA OLA DEL COVID-19

– Dije que había que cortar los vuelos con Gran Bretaña debido a la aparición de la cepa británica.

No lo hicieron en tiempo y forma y ahora estamos pagando las consecuencias de la proliferación de esa cepa en esta tercera ola en España.

– Dije que había que suspender los vuelos procedentes de Sudáfrica y Brasil por las nuevas cepas y lo han vuelto a aplicar tarde y mal.

Barajas y las estaciones de tren y autobús que tienen conexiones con Francia, Portugal e Italia no tienen ningún control. Comienza a detectarse casos de esas nuevas cepas en los últimos días.

– Dije que habría que estudiar incluir grupos de vacunación preferentes de grupos altamente expuestos al público (camareros, profesores, taxistas, personal de supermercados, etc.) una vez que concluyamos la vacunación de los grupos vulnerables (mayores, sanitarios, personal de residencias).

Ahora lo está haciendo el Estado de Nueva York...

– Entregamos mascarillas FFP2 gratuitamente a la población, especialmente a los mayores de 65 años, y nos criticaron porque no eran adecuadas, demasiado buenas, etc.

Ahora están recomendando su uso obligatorio desde distintos organismos internacionales.

– Dije en diciembre que no iba a haber vacunas suficientes mientras el Gobierno decía que en enero iban a incluso «sobrar».

Nos tildaron de críspar y hoy la realidad es que no tenemos vacunas.

– Construimos el Zendal en tres meses.

La izquierda lo tildó de innecesario, exagerado e inútil. Hoy es un hospital de referencia y clave para descongestionar el virus del resto de hospitales de Madrid. Y el resto de CC. AA. han tenido que improvisar hospitales de campaña para afrontar esta tercera ola...

– Pedí cuarentenas para los viajeros procedentes de Sudáfrica y Brasil.

A principios de febrero, cuando todavía llegaban a Barajas vuelos procedentes de Brasil y Sudáfrica, pedí cuarentenas por la cepa. Dos semanas después el Ministerio de Sanidad las va a establecer.

– Prohibimos las reuniones en los domicilios porque era el mayor foco de contagio y el Gobierno lo puso solo como recomendación.

Después de insistir en que tenía que ser obligatorio, el 9 de marzo el Gobierno lo prohíbe.

– Hicimos un paquete de medidas en la tercera ola para conjugar salud y economía: reuniones limitadas a convivientes en domicilio, toque de queda a las 23 horas, máximo de 4 personas en interior y 6 en terraza.

Se nos criticó y en la Interterritorial del 10 de marzo, el Gobierno copia el documento.

– Nos reunimos con Sputnik para ir abordando un acuerdo a nivel nacional y nos criticaron.

A los pocos días salió que Baviera en Alemania también lo había hecho y había cerrado acuerdos. Luego el Gobierno dijo que abordaría la compra cuando fuera aprobada por la Agencia Europea del Medicamento.

– Astra Zeneca para mayores de 55 años.

Pedimos que la vacuna de Astra Zeneca pudiera ponerse en mayores de 55 años, al final se decidió que a mayores de 60 años. Después que no podía ser a menores de 60 años. Cambian de criterio constantemente provocando caos e inseguridad en los ciudadanos.

– Liberar las patentes de la vacuna.

Durante la intervención ante el Comité Europeo de las Regiones en el mes de febrero pedimos fabricar la vacuna del COVID en los países miembros negociando la patente. En abril, exmandatarios y premios Nobel llaman a liberar las patentes.

– (Que) grandes empresas (puedan) vacunar a sus trabajadores.

Hemos pedido en distintas ocasiones que las grandes empresas «pueden ayudar en la vacunación» y agilizar la inmunización entre sus empleados. El Ministerio de Sanidad parece ahora que no lo descarta aunque luego emitió un comunicado negándolo. Ahora Alemania evalúa permitir que empresas privadas comiencen a vacunar a sus empleados con recursos propios.

– Certificado digital COVID.

Anuncié en verano la posibilidad de un pasaporte COVID para facilitar la movilidad y me criticaron. Ahora Sanidad anuncia que en junio podría estar listo para facilitar estos movimientos. Es decir, un año después.

– Vacunación en las mutuas.

Pedimos que las mutuas pudieran vacunar también a los trabajadores para agilizar el proceso y, ahora, Escrivá anuncia que lo podrán hacer próximamente. Tardaron 48 horas en decirlo. «Acordaos de esto, que acabará sucediendo», dije en una entrevista en La Sexta.

– Propusimos retrasar las segundas dosis de vacunación para vacunar a más gente.

Hay evidencia científica de que con la primera dosis se genera una inmunidad de entre un 75 % y un 80 %. Por lo tanto, Madrid solicita completar las segundas dosis a los 42 días. A la semana, lo llevan a la Comisión de Salud Pública el Ministerio.

– Más ayudas para empresas.

El Gobierno aprobó ayudas para empresas afectadas por el COVID que se quedaban fuera. Nosotros decidimos sacar una convocatoria para esos sectores olvidados. Un mes y medio después, el Consejo de Ministros del Gobierno aprueba extender las ayudas directas a más sectores y a empresas con pérdidas en 2019.

– Ventilación en la hostelería.

El Gobierno saca en junio un documento sobre la necesidad de la ventilación en los establecimientos. Nosotros llevamos desde octubre con esas recomendaciones desde Salud Pública.

QUINTA OLA DEL COVID-19

– Reclamamos usar AstraZeneca para menores de 60 años.

No nos hicieron caso. Tenemos un *stock* de 200.000 vacunas que vamos a devolver y el Ministerio ya ha dicho que no van a traer más. Ha caído en saco roto.

– Test rápidos en farmacias.

Pedimos antes de Navidad que las farmacias pudieran vender test rápidos para ampliar la red de diagnóstico y se nos rechazó. Seis meses después el Gobierno va a firmar un decreto para permitirlo.

– Vacunación, tercera dosis.

Planteamos que, en el caso de vacunar con tercera dosis, fuese a las personas con enfermedades más vulnerables e inmunodependientes. La consejera de Sanidad nos ha dado la razón un mes después.

Y SEXTA OLA DEL COVID-19

– Cuarentenas en los colegios.

Decidimos no hacer cuarentenas en los centros educativos y empezar a evaluar a partir de tres casos. El Ministerio lo aprobó unos días después.

APUNTES AL CUADERNO DE APUNTES DE AYUSO

Más que cualquier cronología al uso, este cuaderno de campaña de la presidenta de Madrid transmite muy bien su frenética actividad frente al virus, tan distinta de los sermones del «experto» Fernando Simón, que empezó diciendo que el virus «nunca llegaría a España», tal vez «dos o tres casos», por el turismo; que la víspera del «Infectódromo» del 8-M dijo que, si su hijo

le preguntaba si podía ir a las manifestaciones, le contestaría «que haga lo que quiera»; y que en cada una de las encrucijadas del virus tuvo la puntería de ponerse siempre contra Ayuso, que una y otra vez tenía razón.

Por supuesto, cuando Ayuso apuntaba en ese cuaderno —que, evocando el *Diario de la peste* de Daniel Defoe, podría llamarse *Diario de un virus*—, no transcribía impresiones sino que resumía los datos científicos que, con Escudero y Zapatero a la cabeza, elaboraba a diario la Comunidad de Madrid.

Es, por tanto, un documento de trabajo personal con mucho esfuerzo detrás. Nada que ver con las caricaturas despectivas que le prodigaba la prensa de izquierdas, de una zafiedad nunca alcanzada contra cualquier líder de la derecha, incluida Esperanza Aguirre, y en las que resumaba un machismo soez enarbolado, sobre todo, por las «opinadoras», que archivaron la famosa «sororidad» para abonarse a la desinformación, la calumnia, el odio... y la envidia. Nunca apareció una mujer más «empoderada» que Ayuso durante el COVID-19 y contra el macho alfa Sánchez. Ni más insultada por las «hermanas».

La gestión de Ayuso en la Comunidad de Madrid fue excepcionalmente positiva, pero el carisma de su presidenta hizo que pasase casi inadvertida. Es tan enorme la expectación que despierta la persona, que oscurece su política. Por eso, frente a la idea, admitida incluso por algunos votantes, de cierta simpática superficialidad en su acción política, creo que era muy conveniente acercarse al día a día de su trabajo, reflejado en su cuaderno de campaña. Ella dijo una vez en mi programa que su tarea es «un 10 % de liderazgo y un 90 % de gestión». Pero el liderazgo, la admiración y recelo que despierta han dejado en un segundo plano el trabajo, el seguimiento diario de los asuntos, el aburrido insistir en los aspectos legales de cada proyecto de cualquier tipo.

LA ESTÉTICA DEL FENÓMENO «AYUSER»

La mayor singularidad de Ayuso es la de haber provocado un fenómeno inédito de apoyo espontáneo y popular al convocar elecciones anticipadas. Nunca un líder de la izquierda, y por supuesto, ninguno de la derecha, tuvo un respaldo tan interclasista y fervoroso como Ayuso en la campaña de 2021. De un día para otro, aparecieron los «ayusers», que inundaron las redes de memes en los que la presidenta vencía a los monstruos socialistas. Y cuando anunció su candidatura Pablo Iglesias, odiado minuciosamente por toda la derecha, el apoyo a Ayuso parecía querer derribar otra vez el Muro de Berlín. Son incontables las tazas, los llaveros, los menús alusivos a su valor en los restaurantes más populares, los carteles, las pintadas, los grupos de apoyo electoral que de la noche a la mañana aparecieron en la campaña electoral. En paralelo, antes y después de mayo, la proyección internacional de Ayuso se disparó.

Fueron cientos los reportajes en todos los medios europeos y americanos sobre la nueva figura de la derecha española, joven, guapa y liberal, que iba a enterrar, y enterró, a la izquierda en Madrid. La campaña, dramatizada por el propio Gobierno, fue seguida en todo el mundo por el símbolo de resistencia en que se había convertido Madrid durante la pandemia, frente al cierre total de actividades culturales, espectáculos, bares y restaurantes. Madrid fue la única capital del

mundo que no cerró la ópera, y la primera que abrió teatros, cines, museos y, en especial, terrazas, que Ayuso convirtió en símbolo de un estilo de vida que había que defender en las urnas.

Aquello desató un huracán de ataques a Ayuso, a los «ayusers» y a las mismísimas terrazas y sus cervezas, convertidas por la izquierda en símbolo del pasado, junto al franquismo, el liberalismo y cualquier «-ismo» detestable. Los artículos de Tezanos y el diario *El País* alcanzaron niveles delirantes. La campaña audiovisual de la izquierda tomó tintes cubanos o norcoreanos. La *intelligentsia* zurda se declaró incompatible con el pueblo y con aquella mujer que no le había perdido la cara a Sánchez durante la pandemia y podía partírsela en unas futuras elecciones. La campaña contra Ayuso se convirtió en una sucesión de ataques ferozmente personales: a su estética, a su ética y a todo lo que gustaba a esa gente joven que, de pronto y sin permiso, era «ayuser».

El dicterio más habitual en la izquierda, sin distinción de género, era pintar a Ayuso como una «niña mona», sin cerebro, que seguía lo que le marcaba un «macho», su jefe de gabinete Miguel Ángel Rodríguez. Por un lado, era una loca, una IDA (iniciales de su nombre y apellidos), alguien a quien el partido no podía controlar; en realidad no era nadie, pero como a todas las santas se le atribuían milagros. Por otro, era una cría que se le había subido a las barbas a Casado y a los hombres de Génova 13. Pero en lo que más se insistía era en que, como mujer, era obra de un hombre, Miguel Ángel Rodríguez. ¿Y quién era ese hombre?

Miguel Ángel Rodríguez

Yo conocí a MAR —así se le conoce popularmente en Madrid— a comienzos de los noventa, como jefe de Prensa (felizmente, aún no se hablaba de «gabinetes de comunicación») de José María Aznar, presidente de Castilla y León, que lo fichó en Valladolid cuando estaba en *El Norte de Castilla*. Era listo, de aspecto algo granujiento y desmañado, pero astuto y cordial.

Tuvimos una excelente relación hasta que llegó al poder con Aznar, aunque ya conté en uno de mis libros cómo, en cuanto se vieron en Moncloa, en 1993, una mañana en la COPE empezaron a tratar a los que los habíamos ayudado como a esos «parientes pobres» ante quienes se finge afecto, pero de los que, en el fondo, se avergüenzan los que han conquistado una mejor posición social. Nunca lo hizo ministro Aznar, ni a Cortés, aunque valían mucho más que otros. A cambio, llegó a Carat, central de medios pródiga en latusculos. En 2013 tuvo un sonado incidente nocturno de tráfico, por exceso de alcohol, nada raro o privativo del PP. Pero cuando Ayuso lo nombró jefe de Gabinete, tras asesorarla gratis, ascendió a la condición de Rasputín, para desmerecerla. No tengo la mejor ni la peor opinión de «Rodríguez», como le llama Luis Herrero. Hace muchos años que no lo veo. Sin duda la habrá ayudado por experiencia y porque no es tonto, y la habrá perjudicado porque tiende a pasarse de listo. Sucede que un talento medio de hace treinta años parece hoy un Aristóteles. Y Ayuso, por su condición hiperactiva, necesita cerca a alguien que no pare. MAR le ha sido, y eso nadie lo discute, absolutamente leal. Como lo fue a Aznar. Y la lealtad, como prueban los mensajes de jubiloso apoyo a Casado cuando calumnió públicamente a Ayuso, horas antes de quitarle su apoyo y su júbilo, es un bien tan

escaso en el PP que merece consideración. Añádase el factor generacional, y se entenderá que alguien de sensibilidad un poco huérfana, como Ayuso, tenga un aprecio casi familiar por Rodríguez, «el tío MAR».

También se ha escrito mucho sobre el atractivo físico de Ayuso, que, sin ser apabullante por altura o exuberancia, siempre se resalta, y que no encaja en los cánones de belleza actuales. No sé quién fue el primero en decir que parecía una estrella de cine mudo, y desde entonces se repite. Sucede que las estrellas de cine mudo son de dos tipos, expresiva o pánfila, y como Isabel no encaja entre las rubias algo aleladas que miran siempre al cielo, a lo Lillian Gish, hay que buscar otro referente.

En mi opinión, a la única actriz de cine mudo a la que recuerda Isabel, aunque ni ella ni nadie de su generación la haya visto, es a Pola Negri en la maravillosa película alemana muda de Lubitsch de 1919 *Madame DuBarry*. Los guiños, la caída de ojos, ese mirar de frente a los hombres son muy mediterráneos, no solo italianos, y opuestos al estilo de las hermanas Gish, adolescente tardío y gótico pasmado. Eso, claro, de morena. Isabel de niña era muy rubia y lo fue bastantes años. Tenía, por seguir con las semejanzas cinematográficas, un aire a la primera Reese Whitterspoon, aquella sureña atropellada y divertida, que cambió de registro y consiguió el Oscar por su papel de June Carter, la esposa de Johnny Cash, en *Walk the Line*. La diferencia con Reese es la nariz; la diferencia con Pola Negri, el color. Pero lo estético nunca es irrelevante cuando se trata de un mito, y Ayuso lo es.

En mi opinión, lo que atrae de Ayuso como figura pública es que coincide con un canon de belleza que identificamos como «español de toda la vida»; es decir, un atractivo fiable. Y esa fiabilidad es tan estética como ética. Nos gusta creerla. Otro elemento más, típicamente español, es un tipo de gestualidad vagamente infantil: sonrisas de segunda intención, muecas de fingida ingenuidad, miradas de falsa sorpresa y mohínes de aquí te espero. Una sesión de la Asamblea de Madrid puede ser un festival patriótico, un festín ideológico y una pelea de gatas, todo a la vez, con Isabel de Agustina de Aragón o, más bien, de Manuela Malasaña, la del barrio de Maravillas que luego noveló Rosa Chacel, justo debajo del de Chamberí natal de Ayuso. Como es la presidenta, todas las preguntas de la izquierda van contra ella, y como desde su tierna infancia política odia el comunismo, no deja pasar la ocasión de unir a la réplica del asunto del día la historia criminal de esa Idea.

Mónica García, de Más Madrid y jefa del sindicato sanitario Amyts, representa el primer grupo opositor, y es la que, en consecuencia, ataca más y recibe más. La última, o penúltima, representante de Podemos es Alejandra Jacinto, y aunque lo intenta no alcanza la brutalidad expositiva de García, que en la campaña electoral tras el COVID-19 se definía como «Médica y Madre», y se quedó en «MeMa». Tiene mandíbula de madera, pero nunca ha conseguido ganar un debate. Ayuso no se cansa de astillarla.

La relación con Rocío Monasterio y Vox ha sido siempre complicada. Empezó en distancia tensa, cuando la apoyó la primera vez tras mucho hacerse de rogar y cuando Abascal cortó el divertimento. Se eclipsó tras la barrida de Ayuso el 4 de mayo. Pero tras romper Vox con el PP en Madrid, acabó en aborrecimiento. La frase más neta de Ayuso a Monasterio fue «Dios no me hizo perfecta, por eso no soy de Vox». Y cuando al final de su segunda legislatura Vox votó no a los presupuestos, con toda la izquierda, tras buscar excusas reglamentarias por incumplir los plazos de enmiendas, se indignó. Ayuso procura evitar siempre los aspavientos con Vox, pero

había perdido 2.600 millones en inversión en sectores para los que Vox pide ayuda. Lo que peor lleva Monasterio es quedar en evidencia, sobre todo si no tiene burladeros ideológicos para ardides de partido. La arrogancia y superioridad moral que suele exhibir la de Vox frente a Ayuso completan la mutua animadversión.

Tampoco es fácil identificar al último representante del PSOE, ni por perfil propio ni porque ya será penúltimo. La rapidez con que cambian los representantes del partido hegemónico de la izquierda solo es comparable a su contumacia en no entender las razones por las que la derecha lleva tres décadas gobernando la Comunidad de Madrid. El primer y último presidente socialista de la Comunidad, Joaquín Leguina, se fotografió con Ayuso en la última campaña, y en febrero de 2023, en la celebración del cuadragésimo aniversario del Estatuto de Autonomía, dijo, ante el rostro forestal de Mónica García, que lo que tenía que decir, tantos años después, es que «Madrid está mejor, yo diría que mucho mejor, y algo tendrán que ver los que me han sucedido en el cargo».

Los datos no mienten. De ser la quinta región española, Madrid ha pasado a ser la primera. Como recordó Leguina, el 70 % de la inversión extranjera en España viene a Madrid. En todos los ámbitos, tiene la mejor calidad de vida, en bienes y servicios. Pues bien, la izquierda lleva treinta años insistiendo en que «el PP quiere privatizar la Sanidad», a la que ahora llama «la joya de la corona». Pero la Sanidad de Madrid es obra del PP, la joya y la corona son de la derecha, todo lo construido lo ha hecho la derecha. Da igual. Insisten en decir que lo políticamente ajeno lo quieren enajenar.

En sus manifestaciones, a Ayuso la llaman «asesina» y pasean, los camaradas y socios de Sánchez, un muñeco narizotas llamándola Pinocha. ¡Los de Sánchez, para el que toda verdad es cancerígena! Ese odio programado y desmesurado contra Ayuso no cambió aparentemente en los madrileños su intención de voto. Y cuando su propio partido intentó asesinarla, se suicidó.

EL COMIENZO DE LA CAMPAÑA CONTRA AYUSO

Al cumplirse un año de la caída de Casado, tras fracasar su intento de acabar con Ayuso, se publicaron infinitas interpretaciones rocambolescas, de tipo sentimental, generacional, caracterológico o maquiavélico, sobre lo que se presentaba como un conflicto personal, vagamente shakesperiano, y no lo que siempre fue: una lucha de poder por el control del PP en Madrid que llegó al intento de asesinato cívico de Ayuso por Casado y el PP oficial.

Todos los presidentes de comunidades autónomas del PP habían sido siempre presidentes del partido en su comunidad. Incluso en Madrid, la lucha por el poder de Gallardón contra Aznar y la hosca etapa de bicefalia terminó tras imponerse Esperanza Aguirre y lograr los mejores resultados electorales de su historia. Precisamente esa experiencia y el hundimiento del partido ante Ciudadanos aconsejaban terminar con la provisionalidad de una gestora que presidía Pío García-Escudero tras caer Cristina Cifuentes.

Sin embargo, desde el principio Pablo Casado se negó a conceder a Díaz Ayuso el mismo trato que a los demás presidentes autonómicos. Ahí empezó la campaña que acabó dinamitando al partido cuatro años después. El procedimiento siempre fue el mismo: filtraciones a la prensa

en las que «fuentes del PP» debilitaban ante la opinión a los que se quería eliminar. Las «fuentes» siempre eran tres: Casado, Teodoro y el alcalde Almeida. Y comenzaron a manar apenas un mes después de lograr Ayuso la investidura.

El 26 de septiembre de 2019, Marta Belver titulaba en *El Mundo*: «Ana Camins se sitúa como favorita para presidir el PP de Madrid». Casado acababa de nombrarla secretaria general del PP de Madrid, sin consultar al partido, que estaba hecho unos zorros, y negando la posibilidad de presidir el partido a la presidenta, que llevaba seis semanas en el cargo. Una de las mentiras mayores y más repetidas sobre la crisis del PP es la de que «Ayuso fue una apuesta personal de Casado, que la apoyó cuando nadie la quería». Falso. La apuesta era personal solo porque era el presidente y el único que podía tomarla, pero —como he contado a propósito de la gestión que me pidió acerca de Pizarro— la elección de Ayuso solo se produjo al fallarle todas las demás. Y desde el principio le tuvo unos celos enfermizos. Y esto no es opinión personal: es un hecho constatable en las hemerotecas.

En ese largo y minucioso artículo, que realmente abrió la guerra de Casado contra Ayuso, se anunciaba el Congreso del PP de Madrid en 2020. Y se aseguraba que Casado «recuperará la fórmula de la bicefalia previa a 2004, cuando José María Aznar colocó a los mandos del partido en Madrid a Pío García-Escudero», evitando que Alberto Ruiz-Gallardón y José María Álvarez del Manzano «acumularan excesivo poder territorial». No se decía que esa etapa de interinato fue un desastre y que el PP empezó a funcionar cuando Aguirre asumió el poder territorial y creó las bases del modelo político madrileño. Dicho de otro modo: que Casado apostaba por la inestabilidad del PP de Madrid con tal de impedir que Ayuso fuera elegida por la base del partido.

Como es natural, Ayuso dijo que tenía derecho a presidir el partido en Madrid, como los demás presidentes autonómicos, y en enero de 2020 Casado canceló su promesa de celebrar ese año el congreso del partido. El 30 de enero de 2020, Sara Medialdea publicaba en *ABC*: «El PP de Madrid “congela” su congreso regional hasta el año próximo». Eso abocaba a la ilegalidad al PP madrileño, que no tenía el preceptivo congreso desde 2017.

Al estallar la pandemia, la lucha por el poder territorial en Madrid, con Ayuso al frente de la oposición a Sánchez, destapó al alcalde José Luis Martínez-Almeida como alternativa no ya a la presidenta, sino a «su modo de hacer política», contra el Gobierno socialista. Y Almeida se lo creyó. Desde entonces, como digo, la oposición a Ayuso tuvo tres patas: Casado, Teodoro y el alcalde de Madrid, todos ellos escondidos tras la «tercera vía» de Camins. No había ninguna tercera vía, era una vía de dirección única contra Ayuso. La prensa lo novelaba así: «Ayuso, Almeida y una tercera vía: “Juego de tronos” por controlar el PP de Madrid» (*lainformación.com*, 17/5/2020).

En agosto, Casado dio otra prueba, tras el nombramiento de Camins, de su empeño en impedir a toda costa que Ayuso presidiera el PP de Madrid. Tras retrasar de manera irregular el congreso, nombró portavoz del PP a Almeida, pese a su evidente incompatibilidad con un cargo como la alcaldía de la capital, en la que se suponía que se mostraba más amable. J. J. Mateo en *El País*, rabiosamente anti-Ayuso, lo saludaba así: «El ascenso de Almeida concentra en Madrid la oposición del PP al Gobierno de Sánchez» (19/8/2020). Y bajo el epígrafe «Elecciones en 2021»: «El líder nacional ya tiene a personas de su plena confianza en el seno del PP de Madrid. Allí están, por ejemplo, Ana Camins, la secretaria general, que podría ser una tercera vía para la

presidencia; David Erguido, al frente del importantísimo comité electoral o Ángel Carromero, el vicesecretario electoral». Es la primera vez, no la última, en que aparece este personaje, ya entonces considerado de la máxima confianza de Casado.

Mientras se incumplían los plazos legales para convocar el Congreso, los medios volvían una y otra vez sobre el asunto. *Vozpópuli*: «Ayuso y Almeida se enfrentan por el control del PP madrileño» (14/9/20). Y señala a MAR como el gran obstáculo para el alcalde y Ciudadanos, como si Ayuso no tuviera capacidad de nombrar jefe de gabinete a quien quisiera. Pero apunta también que, al nombrarlo portavoz del PP, entregarle Madrid sería darle un poder «excesivo». Y se alentaba de nuevo la «tercera vía».

En diciembre de 2020, la revista *Vanity Fair* presentaba en un largo y elogioso reportaje a Ana Camins como la gran alternativa de Casado: «Ana Camíns, la nueva rival de Ayuso: fiel al PP, madre de tres hijos y amiga de Pablo Casado». «Almeida la ha bendecido como candidata para liderar el Partido Popular de la región por su perfil de consenso». Un «consenso» en el que no cuenta el cargo público más importante del PP en toda España: la presidencia de la Comunidad de Madrid. El publlirreportaje, cuidadísimo, aclaraba en «¿Otra Cayetana?»:

La desconfianza de Casado con Ayuso tiene que ver también con las intenciones y la estrategia del asesor principal de la presidenta de Madrid, Miguel Ángel Rodríguez. (...) hay quien cree que puede pasarle a Ayuso con Camins lo que le ocurrió a Cayetana Álvarez de Toledo con Cuca Gamarra: que Casado acabe prefiriendo tener cerca personas de perfil mediático más bajo pero más fieles y controlables.

Y siempre en la clave del enfrentamiento con Sánchez por el COVID-19:

Al contrario que Ayuso [y Cayetana], Camins fue una de las compañeras que estuvo con Gamarra en la marcha por el 8 de marzo. Declarada antiabortista y madre de tres hijos, en 2018 Casado la nombró secretaria de Familia del Comité Ejecutivo del PP nacional.

Ese mismo mes, *Público*, medio comunista pero al que Génova 13 solía filtrar noticias contra Ayuso titulaba: «Casado pospone la batalla por el control del PP de Madrid que enfrenta a Ayuso y Almeida» (16/12/2020). La periodista Marta Monforte señalaba, sin embargo, la discriminación:

García Egea evitó respaldar a Ayuso para presidir la formación en Madrid: «Como secretario general lo que siempre defenderemos (sic) es que sean los afiliados los que elijan a su líder», fueron sus palabras. Sin embargo, Génova sí apoyó a Alberto Núñez Feijóo (Galicia), Fernando López Miras (Murcia) y Juanma Moreno Bonilla (Andalucía) en sus respectivas comunidades.

Tras el reportaje de *Vanity Fair*, Camins insistía en *El Mundo* (21/12/2020): «Me gustaría que quien vaya a dirigir el PP de Madrid fuera alguien de consenso». Y a la pregunta de Marta Belver «¿Usted daría un paso al frente si se lo pide Pablo Casado?», respondía: «A mí, de momento, lo que me han pedido es que sea la secretaria general del PP de Madrid». Y elogiaba así a Almeida: «Creo que es un acierto que se le nombrara este verano portavoz, puesto que es una persona que tiene predicamento y que está perfectamente alineado con el proyecto nacional». No era ya el caso de Ayuso: a la pregunta «¿Es partidaria de un adelanto electoral como ha llegado a plantear Ayuso?» respondía, severa: «Parece que no nos damos cuenta de que estamos

viviendo una crisis sanitaria, económica y social de primera magnitud. No creo que ningún madrileño esté pensando que la solución a sus problemas sea un adelanto electoral en Madrid. Lo que quieren es que sus dirigentes políticos les arreglen los problemas».

Camins aleccionaba así a Ayuso, tras un año durísimo haciendo frente a la pandemia y a Sánchez; y a la pregunta «¿Comparte el giro al centro que ha dado Casado?», contestaba: «El PP (...) a lo que aspira es a ampliar las ramas del árbol para cobijar a más gente y sobre todo a esa gente del centro izquierda engañada por Pedro Sánchez, porque la gente que ha votado toda la vida al PSOE se está encontrando que el PSOE ha desaparecido».

El viejo argumentario «arriolista» en clave nacional no tenía ninguna relevancia en la Comunidad de Madrid. El PP se desangraba por el centro y la derecha, Ciudadanos y Vox. Pero la campaña desde el PP contra Ayuso era cada vez más intensa. Elsa García de Blas le felicitaba así las pascuas en *El País*: «Casado apuesta por una tercera vía entre Ayuso y Almeida para presidir el PP de Madrid» (25/12/2020). A «un consejero del Gobierno madrileño», sin aclarar si era de Ciudadanos, cada vez más alineado con el PSOE, le atribuía: «Ni Isabel es Aguirre ni Pablo es Rajoy. Isabel sabe que le debe el puesto a Pablo». También Pablo al partido, al que se negaba a consultar en Madrid, pero el problema de fondo era, siempre fue, distinto:

En Génova tienen muy presente la historia de los liderazgos madrileños del PP. «Rajoy se arrepintió de que Esperanza Aguirre y Cristina Cifuentes acumularan todo el poder», recuerdan en la cúpula, porque ambas fueron a la vez presidentas del gobierno regional y del PP.

El diario archifeminista no subraya que eso pasaba con todos los presidentes autonómicos del PP, pero apunta:

... como sus dos predecesoras, Ayuso tiene personalidad propia y se ha puesto rápidamente en órbita como un liderazgo nacional con tanto protagonismo como Casado. La interesada esconde sus cartas. Ayuso guarda silencio y no desvela qué es lo que ella quiere ni tampoco comenta la propuesta de la tercera vía.

El País se alineaba así, abiertamente, con Génova 13:

Sabe que la última decisión la tiene Casado. Hay tiempo, el congreso se va a celebrar a finales de 2021 o principios de 2022. Aunque los indicios no son buenos para ella. El secretario general, Teodoro García Egea, evitó respaldarla para la presidencia regional y dejó la decisión en manos de los militantes. [Falso: se les estaba impidiendo una y otra vez, con sucesivos atrasos, poder elegir].

Y se le escapa: «La presidenta madrileña espera midiendo sus movimientos: ahora está en un momento dulce porque salió bien su plan para la segunda ola».

Esta es la clave: que Ayuso se estaba convirtiendo en una referencia nacional por su enfrentamiento con Sánchez y el despotismo del Gobierno ante el COVID. Por primera vez, *El País* reconocía la importancia de su enemiga y, desde entonces, multiplicó los más abyectos ataques personales para destruirla.

**TEODORO Y SUS AMIGOS DE LA PRENSA,
A DIARIO CONTRA AYUSO**

A finales de 2020, se perfila en la prensa la pinza Casado-Sánchez contra Ayuso, que se afianza a comienzos de 2021 tras el desastre del PP en Cataluña y llega a un punto de no retorno tras la apoteosis del 4 de mayo de 2021 en Madrid. Pero se trata, como prueba la hemeroteca, de un único proceso que empieza con los celos de Casado contra la que los medios se empeñan en llamar su «amiga» y que nunca lo fue —nada más lejos de los ambientes religiosos del Opus y similares que Ayuso— y que, en vez de subirse al carro del éxito en Madrid, se lanza a la destrucción personal y política de quien lo rescató del hundimiento en las encuestas y lo puso en condiciones de llegar a la Moncloa. Un crimen sin aparente lógica, que solo se explica por la acomplejada psicología de Casado y la ovina sumisión del PP a un pastor celoso y a un plusmarca en huesos de aceituna.

Ese diciembre frenético, cuando todo se apresura ante las elecciones catalanas, Carmen Morodo, que, como prueba Cayetana Álvarez de Toledo en su libro, era fiel publicista de Teodoro, titula en *La Razón* (29/12/2020): «Génova teje un pacto en el PP de Madrid para bloquear a Ayuso: retrasará el Congreso hasta después de las autonómicas si no se valida la tricefalia». La improvisación, que marca toda la presidencia de Casado, alcanzaba niveles resueltamente cómicos, que la brigada de desinformación genovesa ocultaba con esmero: ¿para evitar la bicefalia nacía la tricefalia!

En realidad, una vez más, se retrasaba de manera irregular el congreso de Madrid por los celos enfermizos de Casado y su enfermero murciano. Y la izquierda, en paralelo, agitaba sus propios fantasmas: «El 2020 de Ayuso: de una presidenta autonómica más a encarnar el “trumpismo” que hace sombra a Casado (*Infolibre*, 30/12/2020). Nada más lejos del proteccionismo de Trump que el liberalismo de Ayuso, pero la izquierda hace tiempo que renunció a la lógica para instalarse en la propaganda. Lo llamativo era que los argumentos de Génova y Moncloa eran ya intercambiables. Y juntas llegarían hasta el intento de asesinato civil de Ayuso solo un año después.

Con el año nuevo y la inminencia de las elecciones en Cataluña, que presagiaban tormentas, aunque no el diluvio, Almeida creyó que el aparato genovés podía quedar inhabilitado como agente electoral y por primera vez mostró sus cartas en *El Confidencial Digital*, afín a la dirección del PP: «Almeida va por delante de Díaz Ayuso en la carrera por la presidencia del PP de Madrid» (10/1/2021). Un amplio reportaje de José Antonio Frauca desvelaba en tono elogioso la estrategia del alcalde para asegurarse una mayoría de delegados en el congreso regional eternamente retrasado: «Se ha trabajado con cuidado y con mimo su propio territorio, la capital, donde ha conseguido los máximos apoyos. Una labor en la que, aseguran, ha tenido un papel destacado su jefe de gabinete, Ángel Carromero». Luego, el judas municipal negaría toda relación con este personaje, que, aprovechando el vacío de poder en el PP regional, había ido colocando gestoras no solo en la capital sino en toda la región¹, con la evidente complicidad de Génova.

El imperio PRISA, siempre hostil a la presidenta, titulaba: «Ayuso y Almeida: la pelea más chula por controlar el PP de Madrid»². Y precisaba ideológicamente la lucha:

Almeida aglutina más poder orgánico que Ayuso. La dirección nacional del PP aprovechó su tirón tras la salida de la portavocía del Congreso de Cayetana Álvarez de Toledo, representante del ala más dura. Ese movimiento de Casado, en agosto, cuestionó a la presidenta madrileña, pues fue la única dirigente popular

que defendió públicamente a Álvarez de Toledo tras su destitución.

En realidad, las dos líneas marcaban la aproximación o rechazo al Gobierno, con especial dureza en la independencia judicial. Y sería así hasta el final.

La guerra continua de Casado contra Ayuso, con Teodoro al frente y Almeida detrás, explica por qué la disolución electoral anticipada en Madrid el 2021 ni siquiera se consultó con la dirección popular, que temía lo que sucedió: un triunfo personal arrollador de la presidenta y la ridiculización de todas las mezquindades para impedir algo menor: la presidencia del PP regional. Lo que nadie esperaba, ni siquiera la propia Ayuso, es que esa batalla, al fin y al cabo parcial, se convirtiera en guerra de exterminio a cara o cruz, de la que solo podía salir vivo uno de los dos: Ayuso o Casado, y el PP con él.

LA CONSTRUCCIÓN DE UN LIDERAZGO POR LOS ENEMIGOS: LA CAMPAÑA DE *EL PAÍS*

Entre los aspectos más curiosos del fenómeno Ayuso destaca el odio con que la distinguieron las mujeres de izquierdas, especialmente en el diario *El País*, heraldo de la sororidad. Si alguna vez fue cierto que la peor enemiga de una mujer puede ser otra mujer, aquí alcanzó niveles delirantes.

La importancia de *El País* no reside en el periódico, que se lee poco y solo influye en los *maricomplejines* del PP, sino en ser el guion diario de la cadena Ser, que tiene la mayor cobertura de toda la radio española, hazaña lograda con fechorías como la compra y cierre de Antena 3 Radio. Lo relevante del tono en el periódico es que luego se amplía en la radio, que por su propia naturaleza es un medio «caliente» que eleva el diapasón de la estridencia y alcanza su punto de ebullición en las tertulias. Si estas eran las opiniones en el periódico serio y sesudo de la izquierda formal, calcúlese el eco en las cabezas de chorlito de la radio y en las tertulias de las grandes cadenas de televisión, todas en manos de la izquierda, gracias al PP de Soraya y Rajoy. Quede para una tesis doctoral, no de Sánchez, su estudio a fondo. Arrojemos las primeras luces.

La campaña de insultos y desprecios contra Ayuso comenzó con la investidura: «Tonta», «loca», «IDA», todo valía contra ella, pero la ferocidad de las sororas de *El País* se desató cuando convocó elecciones anticipadas tras la moción de censura en Murcia. Su enfrentamiento con Sánchez y la defensa del tipo de vida de los madrileños provocó una radicalización enloquecida. Pero había empezado mucho antes. Un ejemplo perfecto es el de «La presidenta IDA» de Nieves Concostrina (7/1/2020): «¿Estoy insultando a la presidenta IDA si parafraseo a Forrest Gump y digo que majadera es la que dice majaderías?».

No alcanza a las de Concostrina cuando se mete a historiadora, pero marcaba el camino que Mariola Urrea seguía en septiembre de 2020: «No utilizaré rodeos: la presidenta de la Comunidad de Madrid no tiene capacidad para afrontar la responsabilidad del cargo que asume».

En la campaña electoral, Urrea calificó de «estrabótico» el «debate en torno al comunismo, la libertad, el fascismo», que precisamente planteó la izquierda, sobre todo Pablo Iglesias. Y le molestaban horrores las terrazas que eran, en su opinión, «un ejercicio peligroso de distracción sobre lo mollar».

Lo «mollar» era, en realidad, la eliminación de Ayuso. Almudena Grandes fue una de las más destacadas defensoras de su cancelación. En junio de 2020 escribía: «Isabel Díaz Ayuso debe abandonar el poder por dignidad. La suya, si es que le queda alguna, y la de todos los madrileños». Y la misma que suscitó una enorme polémica al burlarse de las violaciones de monjas por milicianos en la Guerra Civil en un artículo de *El País* (24/11/2008) añadía: «Cayetana y Ayuso son juveniles, estilizadas, atractivas, brillantes y, sobre todo, malas. Están dispuestas a mentir, a conspirar, a influir y a hacer daño» (22/11/2021).

Y el mal mayor eran las elecciones, la estafa de la democracia (14/3/2021): «Las elecciones anticipadas que ha convocado Ayuso implicarán, casi con toda seguridad, que Vox consiga al fin llegar al poder».

Lo intentó Iglesias con el mismo argumento que Grandes, pareja del director del Instituto Cervantes y excandidato comunista García Montero. Tal vez fracasó por no saber explicar que se llamaba a votar para que no se votase:

Isabel Díaz Ayuso no quiere que la gente vaya a votar. Por eso las elecciones van a ser un martes, día laborable, aunque no lectivo, para complicar doblemente la participación. (...) Quienes no la quieran a ella, ya saben lo que tienen que hacer³.

Luz Sánchez Mellado entraba también en trance en abril de 2021:

Hiperconsciente de su imán para focos y micros, suele tirar del rojo, el blanco y el negro, tonos tan carentes de matices como su discurso, cuando quiere asegurarse la foto. El titular lo tiene solo con soltar la consigna del día con ese tonito de hija del pueblo de Madrid más chula que Pichi el del chotis. (...) Y mientras, muchos, muertos de risa con Ayuso y sus ayusadas. El problema será si deja de dar risa para dar miedo.

Los editoriales del diario dirigido por Pepa Bueno pero teledirigido por Miguel Barroso eran como «La dañina excepción de Ayuso» (12/3/2021):

En su llamativa trayectoria, Ayuso ha demostrado sobradamente que no le duelen prendas en embarrar el juego político y postergar el interés de la colectividad si de ello puede sacar beneficios partidistas.

El del 30 de marzo la acusó de «imprudencia e inconsistencia», de ser «un peligro para la salud, un insulto». Y al día siguiente, corría prisa, de hacer de Madrid una «referencia de la irracionalidad frente a un virus que enferma y mata. Dame una buena juerga y que se quiten todas las penas».

Los machos progresistas y las sororas se apoyan mutuamente

En ayuda de las sororas llegaron los machos del progreso. Jorge M. Reverte la comparó con «Stalin y Hitler, dos bestias sedientas de sangre» (14/1/2021). Y añadía esta pieza respetuosa con las mujeres: «Ayuso odia a las feministas, que le parecen un revoltijo de bolleras que no se lavan los sobacos» (5/3/2021).

Teodoro León Gross, antes de migrar a *ABC*, decía: «Ayuso tiene un discurso seudolibertario de inspiración trumpista» (26/3/2021). En el diario oficial de la izquierda era obligado identificar a la liberal Ayuso con el proteccionista Trump. Pero privaba la burla personal. Íñigo Domínguez: «Ayuso es una persona con quien uno se lo pasa bomba mirando las caras que pone» (22/4/2021).

Juan José Millás también se reía mucho: «Tierno Galván cultivaba en sus bandos la hipotaxis, que es el arte de encadenar las oraciones subordinadas en las que ella, sin embargo, tropieza y cae sin pausa» (19/4/2021).

Sergio C. Fanjul: «El punto negro en Madrid lo pone la presidenta de la Comunidad, Isabel Díaz Ayuso. (...) Tiene esa candidez que tienen las niñas poseídas justo antes de ponerse a decir tacos, expulsar fluidos viscosos y recitar en latín y hacia atrás el evangelio neoliberal» (13/5/2020).

David Trueba matizaba el diagnóstico, sin salir del psiquiátrico: «Se equivocan quienes desprecian a la presidenta Ayuso por su poca formación gestora. Posee un instinto fabuloso para ocupar el espacio, adueñarse del terreno de juego y arropar el discurso con la frescura de una tonadilla (...) Estamos ante una purasangre que cabalga desbocada» (8/12/2020).

Y llegó el 4 de mayo. Y *El País* enloqueció. La victoria de Ayuso suponía la victoria de un modelo

... [que] se agudizará, con las prometidas bajadas de impuestos —en contra de un creciente consenso internacional— y los consiguientes deterioros de los servicios públicos e incremento de la desigualdad. Gana un planteamiento de gestión de la pandemia. Gana además una actitud de confrontación y de cierta trivialización del discurso político⁴.

Marta Sanz no se consolaba y abundaba en la crítica a las cervezas:

Madrid es la isla de las gallinejas, la fusión *afterwork* nada insólita de caspa y neoliberalismo. La izquierda, con sentido y sensibilidad pragmáticos, insiste en detectar y resolver los problemas reales de la gente. Sin embargo, la derecha vota a su candidato/candidata, aunque elijan al pato Donald para desempeñar ese papel⁵.

No se sabe qué asombra más: si la incapacidad de reconocer la nulidad de la izquierda, de ese «sentido y sensibilidad pragmáticos» que Sánchez representa y que espantaría a Jane Austen, o el respeto al enemigo, porque la izquierda mediática, peor que la política, aborrece las urnas que no le dan la razón e insulta a los votantes. Nadie en esa quebrada empresa hizo caso a la advertencia de Juan José Mateo, cronista de Madrid de *El País*, que el 15 de agosto de 2019 decía: «Poco queda de la estudiante que repitió primero de BUP. (...) El PP tiene una nueva dama de hierro en Madrid».

Si este era el tono del diario serio de la izquierda, imagínese el de la extrema izquierda: *Público*, *eldiario.es*, el *plural.com* o el *Tontington Post*. Pero el efecto que conseguía esta profusión de espumarajos, unida a la más que evidente soledad en que la dejaba su partido, era despertar en el votante de derechas o los restos de la izquierda nacional el instinto de protección.

Al verla tan sola, el movimiento instintivo era apoyarla contra todos. Nunca se sabrá qué la ayudó más: si el amor de los propios o el odio de los ajenos; pero cuanto más la odiaban unos, más la adoraban los otros. Y fueron más.

EL INTENTO DE ASESINATO CIVIL Y LA RESISTENCIA NUMANTINA DE AYUSO

A los periodistas les encanta contar la soledad del poderoso tras su caída. Y prodigan las referencias a Shakespeare, señal de que lo han leído poco. En sus tragedias históricas, lo que queda claro es la constante del mal en el comportamiento humano, y que esa tendencia se agrava hasta el vértigo cuando se vive en la cumbre del poder. Alguna vez —*Ricardo III*— el mal toma un hábito seductor, haciendo que el espectador disfrute con sus crímenes por anticipado, mientras le anuncia otras fechorías por venir. En el gran teatro de nuestro Siglo de Oro, contemporáneo de Shakespeare, el triunfo del mal es imposible, quizá temiendo que el público quemase el teatro si el violador de la hermosa campesina salía impune de su ruindad. Son dos sensibilidades, dos éticas, dos ideas del relato que busca perdurar.

En los reportajes del aniversario de la caída de Casado, en cambio, nadie se acuerda de la honrada muchacha que, con su cuadrilla, atropelló el acicalado caballero. Se supone que con sobrevivir tiene suficiente premio. Y la sensiblería se vuelca en el abandono de la oficina, la recogida de fotos, las imágenes del líder caído, de espaldas, mirando al vacío en cristales que doblan su imagen, evocando cierta película de mérito, mucho tiempo atrás.

Cuando en España se contaba bien su historia, Galdós no evocaba los soliloquios del general francés, sino la resistencia de Agustina de Aragón. Lo que valía la pena novelar no era el asalto a la nación sino el empeño en defenderla del héroe, a menudo heroína, porque defenderla era defenderse. Como en Lope o Calderón, se busca la justicia como forma de asegurársela.

Evidentemente, ese afán moral, no de moralina, ha desaparecido en el periodismo actual, seguramente siguiendo el gusto estragado del lector. Pero lo más interesante no son los *Siete días de furia y puñales*, el título de Graciano Palomo que fue el primero en resumir lo sucedido y creó la imagen de un Casado con el tinte melancólico del caballero caído, «una buena persona» según repiten varias voces sin corrección del autor. Por lo visto, emitir calumnias sin pruebas contra el cargo más importante del partido no es tan meritorio como hacer la lista de traidores que apoyaban ese asesinato civil.

Pero la delectación en las ruinas del incendio y en la tristeza del pirómano no es políticamente inocente. Responde al intento del partido y los medios anejos de borrar el crimen para perdonar al criminal, «uno de los nuestros». Al contar el fin de Casado y no la supervivencia de Ayuso se prima aquel enigma en que Freud resumía el origen de la sociedad: un crimen cometido en común. El crimen puede entenderse como la represión de una serie de instintos profundamente anclados en el individuo pero que deben anularse para vivir en sociedad. Y también, en tiempos más modernos, como la «ley del silencio» en las sociedades sometidas a la mafia o a otras «hermandades». La fraternidad del crimen y su encubrimiento es una atadura solidísima. Y en el fallido asesinato de Ayuso colaboraron tantos que es mejor borrarlo. Y en ello están los periodistas que lo vivieron y las «fuentes» de que bebieron.

Recordemos, de forma sumaria, la cronología oficiosa basada en los hechos y fechas del PP:

- Julio de 2021:* Génova dice que «recibe» la carta anónima según la cual, «el hermano de Ayuso cobró 300.000 euros; solo hay que ir al modelo 347 de Hacienda para comprobarlo». Casado y García Egea deciden utilizarla.
- 31 de agosto de 2021:* *El País* anuncia la candidatura de Ayuso para el PP madrileño.
- 7 de septiembre de 2021:* Tras difundir por todos los medios —ya citados— que Ayuso no sería presidenta del PP de Madrid, Casado da un paso más en un desayuno informativo. Sentado entre Almeida y Ayuso, sin avisar a la presidenta, iguala los liderazgos de ambos al sostener que «en la sala hay dos militantes muy cualificados que saben que van a tener mucho peso» en la decisión de los militantes sobre quién debe dirigir la formación madrileña. Militantes que él ha suplantado.
- 29 de octubre de 2021:* Comité Ejecutivo de la formación regional. Ayuso pide que se convoque cuanto antes el Congreso del PP de la Comunidad de Madrid para elegir líder. Casado y García Egea se niegan. Difunden en los medios que hay una «tercera vía» que pasa por Ana Camins; en realidad, rechazan que Ayuso presida el PP madrileño. Guerra entre Egea y MAR.
- 10 de noviembre de 2021:* Ayuso intenta calmar los ánimos. Confía en que Génova, por presión de las bases, adelantará el congreso. Grave error.
- 13 de noviembre de 2021:* Congreso del PP de Castilla La Mancha: Ayuso es vitoreada y pide el congreso «lo antes posible, para evitar el desgaste».
- 17 de noviembre de 2021:* La presidenta de Madrid es la primera dirigente del partido que rompe el cerco de silencio sobre el libro de Álvarez de Toledo: «Son opiniones personales, pero Cayetana siempre ha representado los valores del PP».
- 13 de diciembre de 2021:* Génova ordena a Pío García-Escudero que exija suspender oficialmente todos los actos navideños (cenas y copas) que la formación tuviera planificados en la Comunidad de Madrid. Casado y Egea temen que los alcaldes apoyen públicamente a Ayuso en las tradicionales cenas.
- Diciembre de 2021:* Casado le dice a Feijóo (presidente de Galicia) que posee información «que apuntaba a la implicación del hermano de Isabel Díaz Ayuso en un escándalo de contratación pública en plena pandemia». Feijóo le pregunta si tiene pruebas y al comprobar que no, se lo reprocha.
- 10 de enero de 2022:* Campaña en Castilla y León. Ayuso participa para apoyar a Mañueco en una campaña forzada por Casado para presumir de algún éxito electoral, aunque sea ajeno. Para evitar polémicas, Ayuso acepta que el congreso del PP de Madrid se retrase «hasta finales de julio».
- 3 de febrero de 2022:* El voto del diputado popular Alberto Casero salva la reforma laboral del PSOE.
- 16 de febrero de 2022:* Esteban Urreiztieta revela en *El Mundo* el escándalo del espionaje: personas del núcleo duro de Casado contactaron con detectives para investigar al hermano de Isabel Díaz Ayuso. Una de esas personas es Ángel Carromero, hombre de confianza de Almeida en el Ayuntamiento y muy amigo de Casado desde Nuevas Generaciones del PP. El episodio le obligaría más tarde a dimitir.

17 de febrero de 2022: Ayuso comparece a mediodía ante la prensa y acusa a Casado de atacarla «sin pruebas» y con información de la Moncloa. La presidenta de Madrid explica que su hermano, Tomás Díaz Ayuso, «había mantenido relaciones comerciales» con la CAM de forma totalmente legal. Y que lo declaró a Hacienda «como hace cualquier comercial honrado». Tras la rueda de prensa de Ayuso, García Egea comparece en Génova para anunciar que expedienta a Ayuso y «estudia acciones legales» contra ella por atacar a Casado. Dimite Carromero.

18 de febrero de 2022: Casado acude a una entrevista en la COPE (prevista para García Egea) y ataca a Ayuso: «No permitiría que un hermano mío cobrara 300.000 euros por un contrato adjudicado por mi Consejo de Ministros». Ayuso llama de inmediato para intervenir después en directo, niega todas las acusaciones y las desmiente con datos: el contrato de su hermano era de 50.000 euros y plenamente legal, colgado hacía un año en el Portal de Transparencia de la Comunidad de Madrid, que ni Casado, ni Teodoro, ni sus expertos en comunicación María Pelayo y Pablo Montesinos se habían tomado la molestia de mirar.

Alberto Núñez Feijóo en *Es la Mañana de Federico* en directo desde Sangenjo, tras oír a Casado: «El presidente del partido tiene que actuar. Y no se puede actuar para acrecentar el problema. Se debe actuar para solucionar el problema. La dirección de un partido no está para ampliar un problema, sino para solucionarlo». O sea, que Casado debía echar a todos.

Casado llama esa tarde a Ayuso en Génova. Le ofrece, si niega que la han espiado, cerrar el expediente y convocar el congreso regional del PP cuando quiera. Ayuso se niega. Cunde la indignación en el PP de Madrid.

19 de febrero de 2022: Ante las primeras escaramuzas frente a Génova 13, las organizaciones territoriales arden contra Casado. Egea busca apoyos.

20 de febrero de 2022: Manifestación multitudinaria en Génova, unas 10.000 personas para apoyar a Ayuso. Casado y Egea se atrincheran.

21 de febrero de 2022: Los barones comienzan a pedir públicamente que Casado «tome decisiones que no serán fáciles». Exigen un congreso. Casado convoca a su dirección en Génova. Durante el día, la mayoría de los vicesecretarios le retiran su apoyo (salvo Ana Beltrán y Pablo Montesinos). Los portavoces en el Congreso, el Senado y el Parlamento Europeo amenazan con dimitir si Casado no convoca un congreso de inmediato.

22 de febrero de 2022: Casado llama a todos los barones territoriales menos a Ayuso para decidir cómo será el congreso del PP. En Génova dicen que no la convocan porque no es la presidenta del PP de Madrid. Minutos después, el Grupo Parlamentario Popular abandona a Casado y pide congreso extraordinario y que dimita Egea. Casado se niega a destituirlo. Pasadas las cinco de la tarde, dimite Teodoro García Egea.

23 de febrero de 2022: Casado va al Congreso para su pregunta parlamentaria y hace una apología de sí mismo, sin pedir perdón a Ayuso. Casado pide a Feijóo que le suceda, pero le pide continuar en el cargo hasta el congreso de abril. Tras recibir toda clase de seguridades, accede.

1 de abril de 2022: Congreso de Sevilla, Casado, inadvertido. Entronización de Feijóo.

4 de febrero de 2023: Gran acto en Valencia con Aznar y Rajoy. Casado no está invitado.

19 de febrero de 2023: *El País* publica los wasaps de la cúpula del PP, ahora con Feijóo, apoyando fervorosamente a Casado cuando calumnió a Ayuso en la COPE.

22 de febrero de 2023: Cordial almuerzo público de Feijóo con Casado y de González Pons con Egea. Ni una sola referencia oficial del PP a Ayuso, al cumplirse el año de la caída de Casado.

LOS SECRETOS DE LA RESISTENCIA DE AYUSO Y EL ENIGMA DE SU FUTURO

Dice el romance: «En la grande polvareda, / perdimos a don Beltrane». Busquemos, entre los fríos despojos del casadismo, lo único que de ellos sobrevivió: la persona y el liderazgo político de Isabel Díaz Ayuso. Y tratemos de avizorar, en un libro sobre el retorno de la derecha, el futuro que podría tener reservado. Es tanto su presente que algún futuro tendrá.

Como casi todos los personajes de este libro y prácticamente todos los líos de la derecha en estos malditos años de Sánchez, Ayuso pasó por esRadio, en *La tarde de Dieter*, pero yo no la traté. Por entonces andaba, a petición de Casado, buscando candidato para Madrid, que no era precisamente ella. Cosas del destino, fue Pizarro el que me mostró un vídeo viralizado de «una del PP» frente a Mamen Mendizábal. La «una» era Isabel Díaz Ayuso.

Cuando todos los candidatos le dijeron no a Casado, surgió el rumor de que podía tocarle a la portavoz del PP de Madrid, que iba a la tertulia de Dieter. Le pregunté a él y me mandó esta grabación, del 10 de enero de 2019, a las 16.30, que demuestra que tenía muy pensado su discurso sobre Madrid. Tras el estilo cordial, en apariencia improvisado, había todo un proyecto político cuidadosamente estudiado y que solo aguardaba su momento. Esto decía cuando empezó a creer que ese momento estaba a punto de llegar:

DIETER: Madrid es una plaza importante a la hora de valorar quién gana o no unas elecciones municipales y autonómicas. ¿De los candidatos del PP, sabemos algo, doña Isabel? ¿No la tendré yo aquí entretenida y lo mismo la están llamando para encargarle algo?

AYUSO: Efectivamente, el domingo tenemos de hecho un acto en Madrid, en el teatro Goya, donde la gente que quiera puede ir, por supuesto, y ahí vamos a ver un acto con los candidatos...

D: ¿A qué hora?

A: A las doce. Comunidad y Ayuntamiento.

D: A las doce. Pero antes se sabrá, claro...

A: Sí.

D: Puede ser esta tarde, puede ser mañana...

A: No sé en qué momento. Es cierto que he visto que [estar en esRadio] da suerte, luego espero que me dé suerte en algún momento para algo, pero, bueno, no es este el caso. Me preguntaba la gente, porque en las últimas veinticuatro horas yo estaba sonando, entonces me decían: anda, mira, a lo mejor puedes ser tú. Y yo digo bueno, es que ya era hora de que alguien me sacara, porque he oído de todo, todo tipo de nombres, hasta de gente que no es del partido, y digo, pues me voy a ofender, ya me tocaba. Pero no, no tiene nada que ver...

D: ¿Daría el paso si se lo pidiera Pablo Casado?

A: Si me pide Pablo Casado cualquier paso en política, por supuesto, pero no va a ocurrir esto... Date cuenta de que ni siquiera está en encuestas... Yo creo que lo importante es que Pablo Casado va a dar con el mejor tique electoral, eso lo sé, y luego lo que tengo claro es lo que va a recibir el votante del PP, que es lo importante, y son dos cosas fundamentales: primero, el saber que está al frente de la comunidad autónoma

más libre de España, que es motor económico y que es la comunidad de todos los demás, porque tú puedes ser de Soria, de La Coruña o de Cádiz, que cada uno tenemos alguna comunidad de padre, de madre o por nacimiento, pero Madrid es la casa de todos, la casa de las segundas oportunidades, tú puedes ser de cualquier otra comunidad autónoma pero esta es la comunidad donde las cosas suceden, donde hay unos grandes servicios públicos de calidad, donde hay ocio, libertad, cosas para hacer, donde nunca te aburres, incluso te falta el tiempo. El sitio donde todo el mundo, si en un momento dado algo le va mal, aquí puede volver a empezar. Y eso ha de seguir siendo gracias a políticas liberales como las que se han hecho en esta comunidad y el candidato que salga de aquí es lo que debe hacer...

D: ¿Le han preguntado su opinión?

A: Yo la he dado. Yo no espero a que me pregunten, porque siempre digo lo que pienso.

D: Si no hubiera sido usted tertuliana de este programa, no le diría que la comparta con sus oyentes, doña Isabel.

A: No puedo, no puedo... Es verdad que yo he dado mi opinión porque quiero lo mejor. Y en dos sentidos. Que tenga claro el candidato o candidata qué es la Comunidad de Madrid, que es tan importante o más que el Ayuntamiento, que es verdad que es más mediático, pero donde de verdad están las políticas de Educación, Sanidad, Servicios Sociales y de impuestos, es decir, el motor económico del país, es en la Comunidad. Y luego, lo más importante también es conocer al votante del PP de Madrid y al afiliado. El votante del PP de Madrid es leal, es decir, no está tanto en los nombres como en las cosas...

D: ¿Está usted segura? ¿Por qué han hecho entonces tantas encuestas?

A: Sí, porque quieres acertar... Pero lo que está claro es que en el momento en que se sepan estos nombres, la organización está a su entera disposición, porque el afiliado de base que está dentro del PP lo que quiere es gente ganadora, que trabaje, que tenga claro que el empleo es la clave y que Madrid es una comunidad de capital, la gente viene aquí a emprender, a trabajar, no viene a que le subvencionen ni a que le mantengan porque sí, quiere venir a crear puestos. Los votantes y afiliados quieren gente que no esté enredada en broncas. Luego entraremos en escenarios distintos en los que vamos a tener que entendernos con otros partidos pero yo creo que lo fundamental es que el votante encuentre al PP de siempre porque esta es la casa de todos y estoy convencida de que, además, gracias al liderazgo de Pablo Casado, en Madrid vamos a hacer un campeon y la gente va a reconocer al partido de siempre pero mirando al futuro porque evidentemente somos una nueva etapa, una nueva generación y estamos en unas nuevas circunstancias y con todo esto Madrid seguirá siendo liderado por estas políticas de empleo, de libertades y de progreso que es lo que significa el PP.

D: Incluso a lo mejor cuando sea candidata sigue viniendo por aquí...

A: Sí, claro. Pero eso no va a ocurrir. Yo creo que la suerte que tengo es la de ser portavoz del partido en Madrid, donde ahora nuestro partido y el país se juega todo, y creo que no puedo estar en mejor escenario. Si me quedo como estoy te puedo asegurar que me va a parecer un gran reto y disfruto de corazón, absolutamente, todo lo que estoy haciendo, no quiero ni pido más.

Pero, por supuesto, lo quería todo y lo esperaba todo. Porque, contra lo que suelen hacer los políticos profesionales, ella tenía pensado un discurso y un proyecto político para Madrid. Entonces sonaba raro. Ahora suena a Ayuso. Y esta es la primera razón por la que resistió lo que nadie pensó que resistiría: ella era su proyecto y su proyecto era ella. Renunciar o rendirse, como creían en el partido que acabaría haciendo, era renunciar a sí misma. Y eso, jamás. La soledad, la marginación, el ninguneo, el poco caso a lo que realmente valía lo tomaba como pruebas o partes de un camino por recorrer. Que podía o no emprender, pero que, una vez emprendido, no aceptaría que se lo cerraran. Y ese proyecto acariciado durante tantos años de viajes por todos los pueblos de Madrid le dio la fuerza para resistir y no pactar ni siquiera una pobre victoria. Como es muy peliculera, no me extrañaría que en *Lo que el viento se llevó*, cuando escuchaba decir «¡Tara!», ella pensara para sus adentros: «¡Madrid!».

EMOCIÓN, TRAICIÓN Y DECEPCIÓN

EN EL DÍA DE GLORIA DE LA DERECHA ESPAÑOLA

Si Ayuso hubiera contado todo lo que sucedió en Génova 13 el gran día de gloria de la derecha española, el 4 de mayo de 2021, el de la victoria más apabullante y emocionante que se ha vivido en democracia, tal vez se habría evitado y habría evitado al PP todo lo que sucedió solo unos meses después. Pero, como Esperanza Aguirre, Ayuso tiene un respeto, a mi juicio, excesivo, por el partido, por su unidad y por no dar una imagen de fractura interna. Por una vez, había sido todo tan concluyente que creyó que su victoria resolvería todos los problemas del PP de Madrid. Sacaba de la fosa demoscópica al PP, volvía a poner a Casado rumbo a la Moncloa y cabía pensar que su exhibición de liderazgo no tropezaría más con los celos de Casado, Teodoro y Almeida, que llevaban haciéndole la guerra en los medios desde su investidura como presidenta de la Comunidad de Madrid.

Sucedió todo lo contrario. Nunca se había producido en democracia que la dirección de un partido calumniase públicamente a su valor electoral más contrastado. Y que lo hiciera tras una sórdida campaña mediática, en abierta complicidad con el peor Gobierno de nuestra historia, el de Pedro Sánchez. Pero eso es justo lo que pasó. Y lo que produjo una crisis también sin parangón en ningún partido político desde 1977. Ha habido conjuras como en la UCD y el PCE, dimisiones de ida y vuelta como la de Felipe González, catástrofes de uno y otro signo, pero nunca hubo nada parecido al intento de asesinato civil de Ayuso por la dirección del PP. Y solo siete meses después de que ella le diera una victoria espectacular.

El robo de una victoria en el balcón de Génova

Se ha contado, pero mal, lo que sucedió aquella tarde del 4 de mayo, cuando a las seis ya se tenían datos claros sobre la victoria. Lo contaré tal y como yo lo viví.

Había hablado con Ayuso la semana anterior, a la luz de las encuestas, que, salvo la de Tezanos que daba la victoria a la izquierda, predecían el triunfo de la derecha y el gran resultado del PP. Y ella tenía pensada la celebración de la victoria en consonancia con los terribles días vividos bajo la pandemia, y lejos de los fervorines del balcón de Génova, que consideraba fuera de lugar con un horizonte de desolación tan cercano.

En consecuencia, no quería celebración, ni balcón, ni fervorín, ni nada. A eso de las nueve de la noche saldrían Almeida y ella, los dos solos, bajo el arco de entrada a la Presidencia en la Puerta del Sol, para agradecer la victoria y anunciar que el PP se ponía a preparar la campaña de las municipales y autonómicas de 2023, para lo que convocaban a todo el partido en Madrid. Era una forma distinta de celebrar la victoria en un Madrid que no estaba para globitos. Era también un modo discreto de acelerar el congreso del partido para rehacerse y recuperar el terreno perdido, dos años atrás, ante Ciudadanos.

Casado se negó en redondo, y con Teodoro de factótum, se dispuso a convertir el éxito personal de Ayuso en una celebración de su liderazgo. Como si desde la convocatoria electoral a la campaña —en la que, contra los deseos de Génova, prohibió meter las narices a Teodoro y

mantuvo en un segundo plano a Casado, que tras la debacle en Cataluña nada aportaba— se pudiera meter con calzador en la foto de la victoria a todos los que durante dos años le habían hecho la vida imposible a la triunfadora de la noche.

Cuando Ayuso me contó lo que estaba pasando, le dije, aun sabiendo que no me haría caso, que se negara a ir a ese esperpento que no solo era lo contrario de lo que ella quería, sino que se haría claramente contra ella. Estaba convencido —y Paco Rosell, a la sazón director de *El Mundo*, lo sostuvo a las claras— que Casado y García Egea solo aspiraban, de acuerdo con el PSOE, a quedarse todo el tiempo posible en la oposición. Y que, para instalarse en la derrota, la victoriosa Ayuso era un obstáculo intolerable. Todo lo que pasó después solo se explica por ese plan de pensiones de los dos tipos más sórdidos que ha padecido la derecha después de Rajoy.

Pero incluso en la historia de las balconadas peperas, pocas veces edificantes y a menudo dipsómanas, lo que hicieron Casado y su cómitre con Ayuso esa tarde fue de cárcel. Le negaron salir sola al balcón, ni siquiera los treinta segundos que pidió, cuando era la única que se presentaba a las elecciones; Teodoro ordenó al servicio de seguridad que negara el acceso a José Luis Carreras, el jefe de Prensa, y al resto del equipo de Ayuso a la sala que da al balcón, y cuando quisieron abrirse paso, lo impidieron por la fuerza. Ante el ruido, salió Casado haciéndose el inocente, a ver qué pasaba. Más que nada, por si lo contaban en esRadio. Deberían haberlo hecho, y tal vez habrían evitado atrocidades posteriores.

Lo que sí contamos fue que Casado y Teodoro iban a bajar a la calle para abrazarse con el público, enfervorizado con la victoria... de Ayuso. Cuando lo dijimos y nos oyeron, estaban ya bajando, se asustaron y se volvieron a subir. Pero, al final, en el balcón estuvieron Casado, Teodoro, García-Escudero, Ana Camins y Almeida, que sí había participado en la campaña pero que, como siempre, avaló la última canallada contra Ayuso, que, obviamente, no podía ser la última y no lo fue. Si Cristo tuvo en el Gólgota la compañía de dos ladrones, uno bueno y otro malo, Ayuso tuvo esa noche nada menos que cinco ladrones de su victoria, y ninguno bueno.

Pero ninguno de los suyos podía creer que, ya en el balcón, Casado felicitara, en el gran día de Ayuso, a todos salvo a ella: «Quiero dar las gracias al PP de Madrid, a Pío, a Ana, a Teo, a todos los equipos y a nuestro alcalde, José Luis Martínez-Almeida», dijo. Salvo este último, el judas del calvario de la presidenta, lo único que hizo Casado en la campaña que siempre quiso evitar fue aparecer lo menos posible; lo único que hizo Teodoro fue estorbar con el fichaje de Toni Cantó; lo único que hizo Pío García-Escudero fue lo de siempre, calentar el asiento y no decir ni pío; lo único que hizo Ana Camins, compinchada con los demás, fue aspirar a presidir el PP desde *Vanity Fair*, no desde las urnas. Y a todos esos les agradecía Casado el triunfo de Ayuso. Ninguna traición posterior podía sorprender. El balcón de Génova fue para ella una escuela de decepción. Pero sin soportar tanta bajeza, no le habría pillado tan entrenada el acoso que de inmediato tuvo que padecer. Le dolió, pero no le cogió de nuevas.

La fechoría del balcón, aparte de humillarla a ella, demostraba que Casado y sus compinches —porque desde ese día lo eran— no habían entendido nada, ni de la victoria en Madrid, ni de la derrota en Cataluña ni de la condición de sórdida estafa rural de la recompra de Murcia. Pero Ayuso tenía claro que no iba a romper el PP, por mucho que le empujaran a hacerlo. Tal vez para heredarlo un día; tal vez porque conoce, pueblo a pueblo, el partido en Madrid, y aprecia a esos miles de militantes de base; o más sencillamente, porque tal vez cree que sin partidos políticos no es posible la democracia.

Sea como fuere, desde su victoria hasta la calumnia de Casado en la COPE, Ayuso tuvo en su mano dinamitar el PP. Pudo, y muchos se lo pidieron, romper con Génova sin dejar la Presidencia, formando una corriente dentro del partido o creando el suyo desde la Puerta del Sol, esperando ver desfilar el cadáver de Casado. Pero ella siempre tuvo claro, por razones a veces oscuras, que no iba a romper el PP. Cuando, a la vuelta del verano, Teodoro empezó a decir que la presidenta no sería candidata, y que «el que le echa un pulso a Génova, lo pierde», el secretario general del PP no solo se mostró como alguien que no merece ser ni mozo de cuadra, sino como un acosador político dispuesto a llegar hasta el final, como finalmente llegó. Pero ella no acababa de creérselo, y solo al final actuó en defensa propia.

Tras la victoria de mayo y su enorme eco nacional e internacional, Ayuso quiso convencerse de que nunca darían el paso de intentar acabar con ella, destrozando el partido, por la única razón de que ella no se lo haría a ellos. Un día de otoño de 2021 el director de *La Razón*, Francisco Marhuenda, vino escandalizado a la tertulia de esRadio porque, ante una docena de periodistas, Teodoro había presumido de que tenía pruebas de la corrupción de Ayuso, de que, tras el escándalo, obviamente provocado por Génova, tendría que dimitir como Cifuentes, y de tener sustituto para la presidencia de Madrid.

Era tan brutal, pública y evidente la intriga interna contra Ayuso que Abascal salió a declarar que no contaban ni contarían con Vox para esa maniobra, y que no invertirían a ningún presidente de Madrid pactado por Génova y Moncloa, porque sería una pinza contra Vox. Y era verdad. Ayuso era la única líder del PP que, tras romper brutalmente Casado con Abascal, siguió defendiendo la alianza con Vox y contra Sánchez. En cambio, la izquierda nunca tuvo dudas: con Vox o sin Vox, su gran enemiga es Ayuso.

El terrible invierno de Ayuso y el peligro que corrió la derecha

Desde las amenazas públicas de Teodoro hasta la puñalada de Casado en la COPE, Ayuso tuvo cuatro meses para romper la derecha y trocearla electoralmente de forma irreparable. Si se hartaba de las coces murcianas y levantaba una bandera contra Casado, se volvía a las tres opciones, después de haber liquidado la de Ciudadanos: el PP oficial, el PP de Ayuso y Vox. Con dos alternativas, la derecha puede imponerse con cierta facilidad. Con tres, resulta mucho más difícil, sobre todo si desde el PSOE se alientan las formaciones uniprovinciales del tipo Revilla o Teruel Existe, que pueden llevarse el segundo, tercer o cuarto escaño en los distritos menos poblados.

Ayuso ha demostrado que no vacila en adelantarse para dar un golpe que descoloque al adversario. Sin embargo, en esos meses, terribles en lo personal —porque a diario recibía puñaladas mediáticas a las que no podía responder—, decidió resistir y esperar que el enemigo —su propio partido— cometiera un error. Yo tenía serias dudas de que pudiera aguantar, y hablé con ella muy a menudo, al hilo de los asuntos del día, siempre tenebrosos.

Nunca hablamos por teléfono, solo por WhatsApp, y el desarrollo de la charla solía ser así: ella, que sigue la actualidad al minuto, me daba una noticia recién salida o a punto de salir del partido contra algo suyo o de la Comunidad; yo me asombraba, aunque cada vez menos, y la animaba a contestar, forma habitual de resistir la enésima acometida; ella recalcaba la novedad o

la gravedad del asunto; yo volvía a animarla y entonces ella entraba en una especie de silencio meditativo. Y a lo mejor, media hora después, adelantaba una respuesta o decía algo más, para cerrar la charla.

Eso es algo que, cuando la había tratado menos, me desconcertaba, pero a lo que te acostumbras si hablas a solas con ella largo rato: en uno de los momentos muertos que tiene toda conversación, sobre todo al final, se queda callada, mirando hacia abajo y a un lado, frunciendo levemente el gesto, con cara de concentración. Como es lógico, piensas que está cansada —por mi trabajo y el suyo, siempre nos hemos visto entrada la tarde—, pero justo antes de que le digas que es hora de retirarse, levanta la vista y te dice algo que demuestra que no ha perdido el hilo, sino que pensaba una salida. Nunca es de tipo dialéctico, sino práctico. Cuando por la maldita retórica de género le preguntan si admira a Thatcher, ella dice que sí, pero que más a Ronald Reagan. Y es que lo suyo no es el discurso, aunque no lo abandone, sino la acción en defensa de una idea: la libertad. Esa paradoja la sufren en el Parlamento sus enemigos, porque cuando ve clara la vía política, se lanza a la dialéctica con fruición, casi con ferocidad. Sucede que la reflexión le ha obligado a retrasar el momento preferido: el del ataque. Y lo pagan los que, enfrente, creen que ese día pueden pillarla despistada: nunca la pillan. A lo mejor la han visto mirando hacia abajo y creen que no está atenta, cuando únicamente está incubando una frase que es un zarpazo de oso. Solo una vez la vi renunciar al debate parlamentario, pero, cuando se lo comenté, me dijo: «Es que ese día tenía cuarenta de fiebre».

El liderazgo plural y difícilmente compartido del PP

Aunque puede decirse sin exageración que si la derecha se libró del lastre de Casado y se reflató en torno a Feijóo, fue gracias a la resistencia de Ayuso en dos momentos clave —el ataque a tumba abierta de la dirección del PP, que cayó en su propia fosa, y que Feijóo y Ayuso firmaron un pacto de no agresión que beneficiaba a ambos y a las siglas de su partido—, algo es difícil de cambiar: la existencia de un líder de consenso, Feijóo, junto a un liderazgo popular y natural, el de Ayuso, en la base nacional de la derecha. Feijóo tiene diecisiete años más que Ayuso, y ella quiere consolidar el bastión madrileño como un escaparate de la derecha posible... que no es la de hoy. En teoría, la sucesión, con tantos años de diferencia, sería casi biológica. Menor es la diferencia entre Ayuso y Moreno Bonilla, que tiene las mismas aspiraciones, acaso más, de llegar a la Moncloa al frente del PP.

Esto, es obvio, está llamado a crear disfunciones y conflictos internos que no estallarán mientras todos tengan más que perder que que ganar en la pelea. Pero como demostró el ataque suicida de Casado, que no fue capaz de impedir la misma dirección del partido que luego lo echó, es un proceso del todo incontrolable, por la naturaleza del político y la lógica de los partidos.

En torno a cada liderazgo, en cada uno de sus niveles, se agrupan los profesionales que lo apoyan en su carrera hacia el poder, para llegar o para mantenerse. Son los gabinetes de presidencia y/o comunicación que filtran las noticias y las valoran en función de su utilidad o peligro para el líder. En teoría, el líder, que es el más listo y por eso manda, tiene capacidad de valorar la actualidad por sí solo, al margen de lo que le digan. Sin embargo, todo depende de la

agenda, es decir, de las prioridades temporales y de los asuntos sobre los que pronunciarse, enhebrar discursos o artillar mociones. Y la agenda no está nunca en manos del líder, sino de un equipo que, por naturaleza, es de incondicionales. Eso introduce un factor de distorsión que va más allá del deseo del líder y del equipo, y conduce de manera inevitable a mirar al adversario interior con más inquina que al enemigo exterior. Ya dijo Adenauer que en política existen los enemigos, los enemigos mortales y los más peligrosos de todos, que son los compañeros de partido. Nada en la derecha española puede desmentirlo. Al contrario: lo ratifica plenamente.

Y la primera disfunción entre el liderazgo presente y los dos latentes se produjo justo al año de la defenestración de Casado. El nuevo portavoz del PP Borja Sémper, y el coordinador general, Elías Bendodo —este último en mi programa, que es donde suelen anunciarse las cuestiones de fondo—, dijeron que la reincorporación al partido de Casado era cuestión de tiempo. Al final, en el epílogo del libro, hago la valoración de esa decisión, para muchos sorprendente y escandalosa, que solo se entiende por ser de Feijóo. Y eso nos devuelve al escenario previo al ataque suicida de Casado: el del miedo del liderazgo orgánico del partido al liderazgo popular de Ayuso. Y el PP no ha resuelto ese problema porque no asume cómo sobrevivió a él.

Hay, por tanto, que volver a la semana de pasión y muerte del PP, en la que los celos de un grupito mediocre, azuzado por el Gobierno Sánchez, estuvieron a punto de cargarse el PP. Hubiera bastado que Ayuso se rindiera o se apartara de la pelea, aceptando el pacto que, *in extremis*, le ofrecieron.

Vuelvo a recordar nuestro resumen: el viernes por la mañana, Casado acusa a Ayuso en la COPE de hacer un negocio familiar de 300.000 euros, a costa del dolor de la gente por el COVID-19, cuya gestión había sido clamorosamente respaldada por los votantes del PP el mayo anterior. En paralelo, Feijóo dice en mi programa que Casado puede y debe echar a toda la dirección del PP. Tras Casado, Ayuso entra en la COPE y lo desmiente con datos: el contrato de su hermano era de 50.000 euros y plenamente legal, colgado hacía un año en el Portal de Transparencia de la Comunidad de Madrid, que, como dije antes, ni Casado, ni Teodoro, ni sus expertos en comunicación María Pelayo y Pablo Montesinos habían mirado. Otros lo hacían en Moncloa.

Los pactos tácitos de Feijóo, Moreno Bonilla y Ayuso

En ese momento, el partido, escandalizado por la agresión sin pruebas del presidente a la figura más poderosa y popular del partido, entra en indignada ignición. Casado, como si no hubiera hecho nada, instalado ya en la frase «podré haber hecho algo mal, pero no he hecho nada malo» que repetirá infinitas veces desde entonces, llama a Génova a Ayuso. Yo no entendía que fuera, salvo que lo hubiera acordado con Feijóo y Moreno Bonilla, que, desde el día anterior, son las tres patas del taburete en que se ahorca Casado. Y así fue. Pero ella le había dicho a Feijóo que, llegados a ese punto, no iba a pactar nada personalmente indecoroso. Era la agraviada, no podía perdonar. Y se niega a aceptar el cierre del expediente que le ha abierto Teodoro a espaldas del comité de garantías del partido, que preside Andrea Lévy, y la convocatoria, ahora sí, del congreso del partido en Madrid, origen técnico de lo que era un problema político y que desembocó en un caso psiquiátrico.

Esta cuestión, la ofensa personal a Ayuso, que parece clara, tropieza, sin embargo, con algo de difícil, si no imposible, gestión: Casado tuvo en el ataque a Ayuso el apoyo del partido, como probarán los wasaps del grupo dirigente revelados al año de la crisis. Pero no hacían falta wasaps. Si el partido en Madrid, con Almeida al frente, se hubiera plantado ante Casado y Teodoro, estos habrían cancelado su conjura. En teoría, si Moreno Bonilla hubiera hecho algo parecido en Andalucía, se lo habrían pensado mejor. Y si Feijóo, siempre Feijóo, hubiera expresado su apoyo público a Ayuso, es posible, solo posible, que hubiesen negociado con el partido su renuncia a instalarse en la oposición una legislatura más, con la cabeza de Ayuso como prueba de sumisión a Sánchez, sin duda la fuente del «anónimo» llegado a Génova.

He hablado sobre esto con los tres personajes clave: Feijóo, Moreno y la propia Ayuso. Y los tres coinciden en el diagnóstico: Casado y Teodoro «ya no escuchaban a nadie». Moreno señala el empeño de Génova en minar su poder en el PP andaluz creándole una lista paralela en Sevilla. Tan mala era su relación con Teodoro —y, por ende, Casado— que no asistió, viviendo en Sevilla y siendo presidente del PP andaluz y de la Junta, a la clausura del congreso sevillano. Feijóo dice, y lo ha repetido tras llegar a presidir el PP, que al irle Casado con lo de la «corrupción de Ayuso», le dijo que si no tenía pruebas iba a hacer una barbaridad. En privado, añade que, incluso así, la situación de emergencia que se vivía por la falta de suministros sanitarios hubiera excusado cualquier irregularidad, aun con réditos. Pero que lo increíble es que se lanzaran contra Ayuso, más aún sin pruebas.

En la caída de Casado hubo un continuo intercambio de llamadas entre Feijóo, Ayuso y Moreno Bonilla. Este último, en una entrevista en esRadio, cuando le comenté fuera de micrófono que Feijóo se quedó a dormir en el hotel donde hacíamos el programa y llevaba la entrevista muy preparada, se echó a reír: «No sé si dormiría tanto, porque conmigo se tiró hablando dos horas». Entonces le pregunté: «¿Y con Isabel?». Y contestó, sin perder la sonrisa: «Pues supongo que también, naturalmente». Creo que ahí está la clave, en el «naturalmente». Y eso puede explicar también la gestión que hizo Ayuso de la seminal y clamorosa traición de Almeida.

«No podía hacer otra cosa», me ha dicho más de una vez cuando se lo he planteado. Pero repasemos de nuevo lo que Almeida llamaría el *iter*: se publica en *El Mundo* y *El Confidencial* el espionaje del PP a Ayuso y su familia, que habría sido encargado por alguien del equipo de Carromero en el Ayuntamiento. Pero, tras acusar a Casado, Ayuso salvó a Almeida, dijo que no creía que estuviese implicado y que confiaba en él. «Como confío en las cobras, los virus y el socialismo», podría haber añadido. Porque Almeida, como ya expliqué, es el origen de los celos a Ayuso, el cáncer con metástasis que inundó al PP. Pero del que ella creyó poder zafarse, en lo que al alcalde se refería, hasta que Teodoro y Casado decidieron tomar el PP de Madrid y pasó lo que pasó.

Creo que, desde que estalla la noticia, un miércoles, todo lo que hace Ayuso está hablado con Feijóo y Moreno Bonilla, este último, enemigo jurado de Teodoro. Y que los acontecimientos del viernes, por lo que viví con Feijóo en directo y lo que iba comentando con Ayuso tras lo de la COPE, aunque sorpresivo por lo brutal e indocumentado, simplemente allanó un camino que Feijóo y Moreno Bonilla, además de Ayuso, estaban decididos a transitar. Lo que no sospechaban era que el acelerón de Casado precipitaría su descarrilamiento.

En la absolución de Almeida y el «no» a la oferta de Casado, Ayuso actúa de un modo racional, muy suyo, separando lo personal y lo político, apartando al alcalde de Génova 13 y pactando con Feijóo la caída de Casado. A cambio, tendrá que aceptar que Feijóo negocie con Moreno y los demás el mantenimiento de la unidad del partido, enterrando al que la quiso enterrar. Pero ese acuerdo que, sobre político, es puramente personal con Feijóo, no le ahorrará situaciones muy desagradables en el congreso-funeral sevillano. Y como la cúpula del PP, de Casado hasta la víspera, era más necesaria que Ayuso en la entronización de Feijóo, se fue generando un cierto subtexto que equiparaba al agresor y la agredida, al calumniador y la calumniada, al delincuente y la víctima. Y ese olvido de la inmoralidad, cuyo origen es que la plana mayor del PP la compartía, se traduce en una culpabilización de Ayuso por haber triunfado *demasiado* contra Casado, y en el perdón del partido al expresidente, que supone un desaire a la presidenta de Madrid.

Ayuso en la calle Génova: «Estos son mis poderes»

El último momento decisivo en la gestión de Ayuso de su fallida liquidación personal y política es esta frase suya ante el intento desesperado de Casado y Teodoro, el sábado, proclamando por su cuenta lo que ella no había querido pactar el viernes: «Lo único que intentan es evitar la manifestación de mañana». Que, por supuesto, se hizo. Y convenció al PP de que el intento de asesinato debía concluir con la muerte del asesino.

En cierto modo recuerda a Cisneros, regente para preparar la llegada de Carlos I, al que los nobles le preguntaron, altivos, qué poderes tenía para actuar sin contar con ellos. El cardenal, puesto ya el pie en el estribo, porque murió de camino a recibir al futuro emperador, corrió el visillo de un balcón que daba al patio, donde estaban situados los cañones, y dijo: «Estos son mis poderes». Y los nobles, respetuosamente, se retiraron.

Ayuso tiene conciencia de que su liderazgo y su poder reside en sus votos. Y aunque hubiera querido, que no quería, tampoco podía desconvocar la manifestación contra Casado y en su apoyo, aunque Feijóo se lo pidiera. El pulso que el partido le echó a Ayuso era un pulso a sus votantes, y ellos tenían derecho a romperles el brazo a los que así se burlaban de las urnas. Ella no olvida, o hasta ahora no ha olvidado, que su poder se debe a los que le votan porque aprecian su gestión y, sobre todo, su lealtad a unas ideas con las que coinciden y que van mucho más allá de Madrid. En ella ven la ideología, la ética y la estética que los partidos de la derecha española han olvidado, y con ellas a sus bases, en cuarenta y cinco años de democracia. De ahí esa mezcla de nostalgia y jolgorio familiar en el fenómeno Ayuso.

Pero, en última instancia, su victoria moral y política, tras ser elegida por abrumadora mayoría presidenta del PP de Madrid, ese origen menor de un problema mayor, con Feijóo presente y la interminable ovación de una sala puesta en pie, duró lo que duran las cosas en política, que caducan la víspera de celebrarlas. Por eso creo que la herida de Ayuso ha cerrado mal. Y que el modo en que dentro del PP se quiere borrar la afrenta de Casado a sus votantes augura al reinado de Feijóo un cielo de nubes en Madrid. El equilibrio hallado en un momento difícil desaparece con la dificultad. Y los liderazgos, naturales o de partido, no soportan otra

sombra que la suya. A la coexistencia de Feijóo y Ayuso, que mientras exista será la prueba de que a la derecha le van bien las cosas, cabría aplicarle la fórmula de Raymond Aron sobre la tensión nuclear USA-URSS: «Paz, imposible; guerra, improbable».

EPÍLOGO

ENTRE LA ESPERANZA Y LA DESESPERACIÓN

El 23 de febrero de 2023, siempre el 23-F, los votantes de derecha tuvieron noticia de dos hechos que los sumieron, una vez más, en la consternación. El primero de ellos fue enterarse de que Alberto Núñez Feijóo se había reunido el día anterior con Pablo Casado en La Taberna del Alabardero, en la plaza de Oriente y cerca del Senado, que ese día celebraba sesión y llenaba el céntrico restaurante madrileño. Se cumplía por entonces un año de la defenestración del penúltimo presidente del PP tras el alzamiento de los votantes de Madrid contra Casado y Egea que, como vimos, trataron de lograr a toda costa el asesinato civil y político de Ayuso, el cargo público más importante del PP, calumniándola sin prueba alguna.

Esa falta de pruebas es lo que, según me dijo Feijóo, y he contado antes, más le reprochó a Casado cuando le comunicó, no consultó, el «ayusicidio» en marcha, que terminó en suicidio del verdugo. Feijóo parecía haberlo olvidado al exhibirse yantando con Casado. La razón, sin embargo, era tan antigua como la historia universal del chantaje. Se producía tras la publicación en *El País* de varios wasaps, serviles hasta la abyección, que envió a Casado la misma cúpula del partido que tres días después lo defenestró: le llegaban como glosa y apoyo nada más terminar la entrevista en la COPE en la que quiso acabar con la carrera política de Ayuso. La filtración era breve pero suficiente. Veamos tres:

Cuca Gamarra, portavoz intelectualmente afónica del PP en el Congreso tras la defenestración de Cayetana Álvarez de Toledo, fue especialmente madrugadora; 9.46: «Gran entrevista. Con claridad, seriedad y verdad». Cuando Herrera le pidió pruebas de esa verdad, no las pudo mostrar, pero ¿cómo iba a discutir Cuca la Verdad suprema del que la había colocado?

Javier Maroto, portavoz del Grupo Popular en el Senado que siguió siéndolo, si no por su oratoria, por su acreditada lealtad, decía a las 10.05: «Pablo, siempre ganas cuando, además de con la razón, hablas con el corazón. Hoy lo has hecho. Enhorabuena».

Y Elvira Rodríguez, vicesecretaria sectorial, añadía: «El presidente ha estado estupendo y muy clarito. Y sin meterse ni dejarse meter en más jardines de los imprescindibles. Ese es el camino. Ánimo».

Para que no hubiera dudas de que se actuaba en el ámbito de PRISA, cuartel general de Casado en su guerra contra Ayuso, Elsa García de Blas, la redactora de *El País* encargada de crucificar al PP, se presentó en el restaurante a refrendar la noticia, aunque ya cuatro senadores socialistas sentados dos mesas más allá de la de Feijóo y Casado lo habían propalado por la Villa y Corte. Por supuesto, eso era lo que los felices comensales querían: que se les viera en público, para compensar el feo de no invitar al expresidente, pocos días antes, al acto del partido en Valencia en el que Aznar y Rajoy exhibieron su reconciliación empujando a cuatro manos el

botafumeiro a Feijóo. Los años de Casado habían sido públicamente borrados de la historia del PP, pero el olvidadizo heredero lo rehabilitaba en un escenario mayor: la plaza de Oriente, donde Alfonso XII lloró a María de las Mercedes «al verte dejar la vida a los dieciocho años». Joven dejó la vida política Casado, pero nunca tanto como «la rosa de los Montpensier».

Que la reunión era de rendición, una propuesta de paz tras los wasaps, se ratificó al saberse que Esteban González Pons, segundo de Feijóo, se había reunido a la vez con el segundo de Casado, García Egea, el hombre que estuvo a punto de destruir el PP y siguió disfrutando del escaño y el sueldo de diputado, amén de la presidencia de la Comisión de Seguridad Vial que solo se reunió dos veces en un año, pero elevó en más de 6.000 euros sus ingresos. Una semana después de esa comida, saltó una noticia que ensombreció aún más el trato de Feijóo con sus defenestrados. Teodoro anunció que dejaba el escaño, tras un año en el que Feijóo le había otorgado despacho y doble sueldo para que pudiera escribir sin aperturas un libro sobre criptomonedas.

Dos días antes la Fiscalía Europea había publicado un auto de 33 páginas rechazando todas las denuncias contra Ayuso y su hermano formuladas por Casado y Teodoro, desestimadas en todas las instancias judiciales de España, incluido el Supremo, pero rescatadas para mantener la guerra contra Ayuso por Concha Sabadell, fiscal uncida a Garzón en el caso Gürtel, pero que, como contamos en el capítulo sobre la moción de censura contra Rajoy, el PP no quiso echar de la Fiscalía, como sí hizo el CGPJ echando de juez a Garzón.

Aquello fue un alarde de pereza. Pero las calumnias de los jefes del PP, recalentadas por togas izquierdistas, eran algo mucho peor: un crimen político. La Fiscalía Europea utilizó técnicos independientes y llegó a esta resolución «tomada por la Sala Permanente competente, a propuesta de los Fiscales Europeos Delegados y con el acuerdo de la Fiscal Europea supervisora, Concepción Sabadell», que se lavaba las manos tras lograr un año de prórroga para la campaña contra Ayuso. Miguel Ángel Pérez hizo en *Libertad Digital* este resumen de los asuntos denunciados y aclarados:

La confusión sobre el tipo de mascarillas

«En la oferta y en su documentación aneja nunca se incluyeron mascarillas FFP2 o FFP3 y que dicha oferta fue aceptada por el órgano administrativo competente. La inclusión en los anexos de la resolución de aceptación de una referencia a mascarillas FFP2 o FFP3 introduce falta de claridad a las cláusulas del contrato que nunca pueden ser interpretadas en perjuicio del contratista. Por otro lado, del intercambio de correos aportado por la defensa entre la sociedad PRIVIET SPORTIVE SL y la subdirectora general de Contratación del SERMAS parece derivarse que la referencia en las tablas Excel cumplimentadas a mascarillas FFP2-3 estaba ya en el formulario genérico de petición de mascarillas remitido por el SERMAS. De todo lo dicho se estima que no fueron objeto de la adjudicación mascarillas FFP3».

No se incumplió el contrato de emergencia

«La entrega de mascarillas amparadas por la norma KN95 no suponía un incumplimiento del contrato de emergencia siempre que dichas mascarillas cumpliesen con los requisitos técnicos necesarios».

Se acredita el pago del transporte

«Ha quedado acreditado que el transporte de las mascarillas fue encargado y abonado por PRIVIET SPORTIVE SL».

El precio no era desproporcionado

«No existen indicios suficientes para mantener que el precio acordado fuera desproporcionado siempre que la calidad de las mascarillas entregadas coincidiera con la inicialmente ofertada».

La empresa china fabricante tenía acreditación

«Tras agotar todas las diligencias absolutamente imprescindibles para el esclarecimiento de los hechos, ha de concluirse que las mascarillas suministradas eran las fabricadas por la empresa Zhangjiangang Xiecheng Mechanical Equipment Co., LTD, empresa que sí figuraba en la base de datos internacional Orbis y cuyo certificado, emitido por SAHNGAI GLOBAL TESTING SERVICES CO. LTD, con nombre comercial GTS (Global Testing Services) dispone de acreditación china, aunque AENOR no pudo, al no recibir respuesta de las autoridades chinas pese a las múltiples consultas realizadas, acreditar que pudiesen operar para este tipo de producto».

La comisión de Tomás Díaz Ayuso no fue indebida

«De las diligencias practicadas por esta Fiscalía Europea no ha quedado acreditada que la comisión cobrada por D. Tomás Díaz Ayuso supusiese un incremento indebido del precio».

El archivo de la investigación

«Se acuerda el archivo del presente FEU por no haberse acreditado la comisión de infracción penal alguna».

Tras estos 33 folios de la Fiscalía Europea, lo lógico era que el PP se congratulase públicamente del archivo, apoyado hasta por la fiscal Sabadell, de todas las denuncias contra Ayuso. Al fin y al cabo, habían sido los máximos dirigentes del partido los muñidores contra la presidenta de Madrid, con mentiras que eran declaradas tales en una máxima instancia europea. Esas mentiras, nunca se insistirá lo bastante en ello, indignaron a los votantes del PP de Madrid, hasta el extremo de que más de diez mil llenaron la calle Génova y cercaron la sede, en apoyo de Ayuso y contra Casado, al que el PP echó a los dos días. Habría sido un acto de justicia para su más ilustre militante, la que en ese momento ocupaba el cargo público más importante del PP y a dos meses de intentar revalidar en las urnas lo que los defenestrados del PP, a medias con Sánchez, le quisieron arrebatar.

Pero en lugar de ese gesto de justicia —ni siquiera de deferencia— por parte de Feijóo, los militantes y votantes del PP tropezaron con una entrevista de Teodoro, naturalmente en *El País*, cadalso diario de todas las derechas, en la que reivindicaba lo suyo contra Ayuso. Algo que el panfleto de Sánchez y Barroso ocultaba pero que, como ya consignamos, unas horas antes la Fiscalía Europea había declarado denuncias sin fundamento. En realidad, acusaciones infundadas de dos tíos que intentaron destrozarse la vida privada de la presidenta de Madrid espiando a su familia y allegados, con cargo a su partido, para, en última instancia, hacerle el favor a Sánchez de destruir la amenaza que más teme y la figura más popular de la derecha en toda España.

García Egea podía haber dicho, aun mintiendo, que lo engañaron con el famoso anónimo, y que lamentaba el daño hecho a Ayuso y al partido. Hasta podía haber añadido que él lo había pagado con su cargo. Pero, claro, eso no cabía siquiera insinuarlo en el órgano de Sánchez, la mano que mecía la anónima cuna y bajo cuya protección está desde entonces. Harto satisfecho tras humillar a *wasapazos* a Feijóo y Pons, Teodoro decía: «No me arrepiento de nada. De lo único que podría haberme arrepentido es de no ser fiel a mis principios y eso no ha ocurrido». ¡Sus principios, dice! Tras el libro de criptomonedas, debería escribir *El capital de Judas*.

Pero el problema de fondo es siempre el mismo: la falta de respeto en la derecha de los profesionales de la política a su base social. El PP bate todas las marcas en el incumplimiento de sus promesas al electorado, y de no tomarse la molestia de explicarlo; unas veces porque no había explicación, fuera de la pereza, y otras porque la traición era tan grave, caso de la suelta de Bolinaga, que la explicación era autoacusación. Pero la esperanza de que este PP rectifique no tiene base alguna. Es desesperante que, pese a la evidencia histórica de que la base social de la derecha no perdona a los líderes que la traicionan, ni es incondicional de ningún partido, Feijóo no haya aprendido ni parece tener el más mínimo afán de aprender esa lección.

Se dirá que, en el esquema electoral actual, para eso está Vox. Que su función es complementar en escaños y corregir en leyes la tendencia del PP a no revocar la herencia legal, ideológica y política que deja la izquierda a su paso por el poder. Y hasta tal punto ha destruido Sánchez el orden constitucional, que cabía esperar de Vox esa seriedad en sumar y vigilar al PP. En no ser otra «derechita cobarde», como la que reprocha ser al PP. Es decir, en evitar los eternos complejos de la derecha ante la izquierda, el *maricomplejinismo* en el poder y en la oposición. Vana esperanza. Idéntica desesperación. Ese 23-F de 2023, Vox presentaba una moción de censura contra Sánchez, con Ramón Tamames como candidato a la presidencia del Gobierno. Ni en sus sueños más húmedamente transversales se hubiera atrevido a hacerlo el PP.

LA MOCIÓN DE CENSURA DE TAMAMES Y LA RUPTURA DE VOX CON TODO EL PP

La primera en pedir una moción de censura contra Sánchez, y en que la encabezara Feijóo como nuevo líder del PP, mayoritario en la oposición, fue Inés Arrimadas, cuando era aún presidenta de Ciudadanos. El PP se cerró en banda a la mera hipótesis, teóricamente porque Sánchez la podía convertir en una moción de confianza con triunfo numérico asegurado por sus socios. Pero el argumento aritmético no superaba el de la necesidad moral de hacer pública una alternativa parlamentaria de toda la oposición, que se agruparía por primera vez en torno al nuevo presidente del PP y anunciaría a la UE y demás países del mundo, empezando por Marruecos, un futuro Gobierno.

La razón de fondo era más compleja y tenía que ver con el fracaso en 1987 de la de Hernández Mancha contra González, nunca olvidado, aunque sí que lo traicionó su propio partido filtrándole su discurso a Alfonso Guerra, que leía con los labios lo que iba diciendo Mancha. Y también por la desconfianza de Feijóo, porque su plan de oposición para llegar a la Moncloa no pasaba por enfrentarse a Sánchez en el Parlamento sin haber cruzado antes los guantes. Su proyecto era empezar en el Senado, y así lo hizo. Allí, solo a la tercera sesión le tomó la medida y le perdió el miedo. Eran, pues, una cautela técnica y una aversión al riesgo muy justificadas.

Entonces, Vox se apresuró a ocupar el puesto que rechazaba el PP. Abascal tenía clavada la espina de la moción que presentó contra Sánchez y en la que, como ya comentamos, fue atacado de forma canallesca por Casado. Lo que no asumió nunca Abascal fue que lo clamorosamente injusto de ese ataque salvó a la moción, mal planteada y peor ejecutada, del desastre total. Solo la razón psicológica de un desquite personal (que, tras caer Casado, no tenía ningún sentido) explica lo que al final, por pura obcecación, sucedió.

El 12 de diciembre de 2022, Abascal pidió a Feijóo que presentara la moción ante el «golpe de Estado a las instituciones por parte de Sánchez», que había llegado a cambiar la ley para tomar el Tribunal Constitucional.

«La moción es la única forma de centrar el debate en lo verdaderamente importante para denunciar el asalto a las instituciones que padecemos», dijo. Y que, de no hacerlo el PP, «Vox cumplirá con su responsabilidad». Es decir, que ellos la registrarían, sin descartar que se sumaran más grupos. Abascal no confirmó plazos ni con quién había hablado. «Son personas de la sociedad civil, personalidades relevantes, otros partidos... para hacerla posible». El perfil del candidato era este: «neutral», «independiente» y «con experiencia». Así, el PP, ante una moción no hostil, tendría que apoyarla.

A mí me pareció una excelente idea y así lo defendí en la radio y el periódico. Vox sacaría el rédito de la propuesta, aparecía como un partido que añadía ideas y fuerzas a la alternativa de derechas a Sánchez. El PP también saldría reforzado, porque el liderazgo de Feijóo no lo discutirían los que tanto criticaban al PP por pactar con el PSOE en vez de combatirlo. Hasta Ciudadanos, primer impulsor de la idea, parecería servir para algo.

En diciembre, Abascal seguía dándole vueltas a candidatos posibles, consejeros amables e intermediarios factibles. Yo hablé entonces con él sobre Manuel Pizarro, un candidato a quien tendría forzosamente que votar el PP, que era entonces la máxima prioridad. Como Abascal no tenía su teléfono, tras consultar a mi amigo y paisano, se lo di. Pensé que hablarían sobre otros nombres, porque le avancé que cuando Casado me pidió que le convenciera para la candidatura de Madrid, los argumentos que me dio seguían vigentes. Dos meses después, supe que nunca lo llamó. Pero en ese momento se habló, por la izquierda, de Rosa Díez y Joaquín Leguina, excelentes candidatos, sobre todo Rosa, buena amiga de Abascal. Nada se concretaba, pero la clave era un candidato independiente para que la moción tuviera el respaldo de PP y Cs. Abascal buscaba un candidato de consenso, no de Vox, porque en ese caso debería ser él. Y si la moción era necesaria, debió serlo.

LA PRIMERA IDEA DE VOX SOBRE LA MOCIÓN DE CENSURA

El 13 de enero de 2023, a las puertas del Tribunal Constitucional —donde había presentado una denuncia contra la llamada Ley de Memoria Democrática, realmente redactada por Bildu para Sánchez—, Abascal dijo que el objetivo de la moción era «retratar al gobierno con sus socios golpistas», no «acabar retratando al PP junto al PSOE, repartiéndose de nuevo el CGPJ y el TC». «La presentaremos en cuanto haya candidato y logremos lo que queremos: convencer al mayor número de diputados de la oposición de la moción de censura». Siempre el consenso y la oposición.

Sin embargo, el proyecto había naufragado días antes, el 11 de enero. En una comida de Abascal con Kiko Méndez Monasterio y Fernando Sánchez Dragó —inolvidable amigo, que falleció súbitamente un mes después—, este sugirió como candidato el nombre de Ramón Tamames, compañero de celda durante la dictadura, tras las detenciones universitarias de 1956. A Abascal le gustó la idea. En el fondo, era una forma *maricomplejines* de disfrazar de izquierdas la moción de la derecha, por pura imagen y con menos riesgo.

Cuando se filtró el nombre del candidato, yo me quedé atónito. No sabían quién era Tamames, ni su ego oceánico ni su biografía novelada. El ignaro Jorge Buxadé lo declaró «posiblemente el mejor economista vivo del país», de «las mentes más preclaras», y «una persona muy capacitada para hacer el análisis de la situación actual de España». Pero eso suponía un cambio copernicano en la moción: ya no buscaba el consenso, sino «retratar» a los que no lo votaran, la idea sectaria y divisiva que Abascal había rechazado.

Empezó entonces una pintoresca romería mediática de consultas de Tamames consigo mismo. Vox ya no aparecía como el rescatador de un anciano aburrido y ambicioso —se empezó a hablar de sus ochenta y nueve años y sus problemas de movilidad—, sino como el novio ilusionado que espera en la reja el «sí» de la bella esquiva, a la que imaginaba rodeada de admiradores. Buxadé, de nuevo, anunció que un día después, el 7 de febrero, la bella diría «sí» o «no» a la petición de Vox. No lo hizo. De hecho, emprendió una frenética campaña mediática de autopromoción, que, para sus muchos detractores, era la auténtica profesión de Tamames. Y la moción se paró.

El anunciado 7 de febrero, Abascal dijo en una entrevista que aún no se había reunido con Tamames. Y alentó así la hipótesis de que, ante las manifestaciones del candidato marcando distancias con Vox, renunciarían a la moción. Iván Espinosa de los Monteros, en rueda de prensa, fingió que era Vox la que manejaba el proceso, cuando era público y notorio que lo hacía el fingido indeciso. «En los próximos días sabremos con certeza si finalmente Tamames será la persona elegida para liderar esa moción de censura», dijo Iván. Para entonces, el vetusto pícaro los llevaba de cráneo.

Ese mismo 7 de febrero, en Antena 3, Tamames insistió en que no tenía tomada una decisión, salvo dar entrevistas sobre su indecisión, pero que buscaba el apoyo del PP, y reveló: «Yo he tenido a Feijóo invitado a comer en casa hace unos días con algunos amigos académicos y catedráticos». El PP, que no le hizo ascos a comer con Casado y Teodoro, se asustó ante la imagen de que estaba negociando con el candidato de Vox, y aclaró que el encuentro académico-nutritivo fue antes de anunciarse la moción. Pero que hablaron de la moción lo demuestra esta frase de Feijóo: «Si fuera mi padre, yo no le dejaría que presentase esa moción». El candidato dizque indeciso añadió que quería reunirse también con Sánchez: «Pienso invitarle a cenar o a comer en casa, para conocernos antes de la sesión. Me parece que es lo normal en personas civilizadas y el presidente lo es, indudablemente». Tan indudable como los hechos por los que Vox lo había denunciado ante los tribunales. Exhibir buenas maneras con el censurado sonaba a traición.

Al día siguiente, mientras las entrevistas con Tamames se cotizaban al alza y la credibilidad de Vox seguía a la baja, Sánchez utilizó la moción aún sin presentar para esquivar en las Cortes una pregunta sobre la ley del «solo sí es sí», más conocida como ley «sueltavioladores». Abascal trató de hacer de la necesidad virtud con este tuit: «El profesor Tamames y yo comprobamos que hay mucho interés en nuestras conversaciones. Debemos pedir un poco de paciencia. Seguimos trabajando para llegar a un acuerdo que permita presentar una moción de censura histórica». Pero Vox remitía al enésimo encuentro con Tamames sin aclarar si iría Abascal. La impresión general era que, antes de botarlo, el barco *Moción* flotaba con la quilla al aire.

El 14 de febrero, Día de los Enamorados, la sensación de rechazo al galán pretendiente por la bella pretendida se había generalizado. La moción «se presentará más pronto que tarde», dijo Vox. Pero habían pasado dos meses tras anunciarla, allá por diciembre, así que estaba claro que sería más tarde que pronto. Ignacio Garriga, de supuesta filiación «opusdeística», pechó cristianamente con el papel de Cirineo en aquella Calle de la Amargura. En una rueda de prensa agobiante, aseguró: «La moción se va a presentar, ese es el compromiso de Vox». Pero no supo decir cuándo ni con qué candidato. Por entonces, Tamames había dado ya infinitas entrevistas y habíamos leído un montón de manifestaciones suyas contra los principios fundamentales de Vox. El movimiento patriótico estaba perdiendo pie como partido político.

POR FIN, TAMAMES DICE SÍ Y TODOS SE HACEN LA FOTO

El 15 de febrero seguían negociando, mientras Tamames danzaba como una peonza. Y al fin, una semana después, se anunciaba el sí del bailarín, que posaba para la posteridad en medio de un grupo de hombres de cierta edad. En el centro, Sánchez Dragó, fautor de la candidatura de Tamames, y rodeando al candidato a la Presidencia del Gobierno, Abascal, Espinosa, Garriga y media docena de caballeros con muchas barbas y poca alegría. Era una imagen prerrománica.

Entonces, Vox cambió radicalmente el sentido de la moción. Ya no era un proyecto de consenso de toda la oposición contra Sánchez. Era un generoso proyecto asistencial a las víctimas del Gobierno que los medios de comunicación manipulaban arteramente, movidos por su inquina contra Vox. El papel de gladiador de este discurso de *hater* lo asumió, piafante, Espinosa de los Monteros, destapando su vocación de editor o comisario político al estilo Pablo Iglesias. «Merece la pena escuchar a una persona mayor», dijo, tras posar con el candidato. «No siempre escuchamos a nuestros mayores y en Vox siempre tenemos ese deseo de escuchar a los que nos precedieron y tienen más experiencia que nosotros».

La conmovedora frase habría tenido sentido a propósito de su padre, Carlos Espinosa de los Monteros, promotor político de DENAES, técnico comercial del Estado, «teco» como Tamames y origen de su relación. Era ridícula para vestir un muñeco al que desnudaban sus palabras. El día 23, Vox filtraba otro sentido a la moción: «nos dará visibilidad». Es decir, lo contrario de lo que afirmaban en diciembre y muchos habíamos apoyado. Para entonces, PP y Ciudadanos habían anunciado que no apoyarían la moción ni respaldaban al candidato. Como mucho, respetarlo, no votarlo.

El 27 de febrero, Abascal, al presentar oficialmente la moción, echó «la pata *alante*», muy torero. Pero como le hubiera dicho su amigo Morante de la Puebla, arrimarse al toro y mancharse la taleguilla «a pitón *pasao*» es tomar el pelo al aficionado y abusar del tinte. «No podrán reprocharnos estar de brazos cruzados ni incumplir la palabra dada», dijo, campanudo. Así que tras dos meses indeciso y otro mes con Tamames cantando «La Parrala»: «unos decían que sí; otros decían que no», Abascal presumía de un candidato que nunca fue suyo. Y con el que acabó por pura cabezonería, movido por la obsesión de enmendar la moción de censura contra Sánchez que un día presentó. Pero bien o mal, aquello fue de verdad. Esto no lo era.

LA CARTA DE TAMAMES A ARTUR MAS EL DÍA DEL DISCURSO DEL REY CONTRA EL GOLPE

Para subrayar aún más lo inadecuado del candidato de Vox, ese 28 de febrero publicó Arcadi Espada en su columna de *El Mundo* una carta, rescatada por Raimon Obiols, que envió Tamames a Artur Mas el 3 de octubre, el mismo día en que Felipe VI salió en televisión para defender la nación y la Constitución frente al golpe de Estado en Cataluña. Que el candidato de Vox la consideraba vigente lo demuestra que, en 2018, un año después del golpe, la incluyó en la reedición de su libro *¿Adónde vas, Cataluña?* Estas eran las cinco ideas básicas:

- Creación de una Agencia Tributaria Federal.
- Mutualización estatal de la deuda pública autonómica.
- Solidaridad interregional dentro de unos límites (que no supere el 4 % del PIB regional).
- Traslado del Senado a Barcelona y creación del Ministerio de Cuestiones Territoriales con sede en Barcelona.
- Revisión del Estatuto Catalán.

Todo era sorprendente, injusto y, como dirían en catalán, *llunàtic*. La Agencia Tributaria Federal era mucho y era nada, sin concreción posible. La «mutualización» de la deuda obligaba a todos los españoles a pagar el derroche de la Generalidad golpista. Los límites a la solidaridad ya los superaba la susodicha hacienda federal. La traslación al Senado es una vieja aspiración periférica sin otro fin que el de molestar a «Madrid», tan estúpida como el uso del pinganillo en esa cámara cuando se usan lenguas regionales y no la lengua común. Crear un «Ministerio de Cuestiones Territoriales» supondría abolir el Tribunal Supremo y el Constitucional, que tratan precisamente los conflictos entre regiones y con el Estado. Pero lo peor de la lunática carta de Tamames era este cambio para el Estatuto:

La posibilidad que planteo, de poder realizarse —y ya sé que es muy difícil—, sería saludada por todos como La Gran Ocasión. Y sin prejuicios ni falsas premisas, no sería tan difícil reconsiderar el nuevo estatus de Cataluña, y hasta el nombre de la Comunidad como Nación Catalana.

Y bajo el epígrafe «Renegociación del Estatuto de Autonomía», precisaba:

En esa negociación no habría por qué eludir el tema de si la nacionalidad histórica que hoy es Cataluña podría cambiar a ser considerada como nación, tal como se planteó en 2006.

Obviamente, comprobar que el mismo día en que el Rey daba la cara ante el golpismo, Tamames se estaba rindiendo a la llamada «Gran Ocasión» e improvisaba toda clase de prebendas económicas y políticas, desacreditaba a Vox y a su candidato. Era el momento de retirar la moción, algo que todos, en especial los votantes, habrían entendido y aceptado. Pero en Vox se impuso el orden testicular de sostener la palabra que sus líderes, sin ninguna necesidad, habían dado. Unamuno llamó «el cerebro cojonudo» a la variante del *sostenella y no enmendalla*, la epopeya de la justificación.

Iván, más horrible que «el Terrible» de Eisenstein, se mofó de ese «descubrimiento», que para él también lo era, de la oferta de rendición al separatismo: «Ha sido comunista; más que eso... no nos imaginamos nada más grave». Lo hay. Para un votante de Vox, no digamos para un

dirigente, hay o debe haber algo mucho más grave: la ruptura de España. No fue capaz Iván de recordar aquella frase de José Calvo Sotelo: «prefiero una España roja a una España rota». El único error del protomártir fue ignorar que, para los comunistas, desde Stalin, la España roja acarreaba la España rota. Por ese designio de Moscú, el PSUC nunca fue parte del PCE. Y por eso la punta de lanza de la represión contra la lengua española, que es la habitual de los inmigrantes de otras partes de España, han sido el PSUC y Comisiones Obreras. El PSC y UGT se sumaron a los comunistas, cuyo intelectual orgánico Vázquez Montalbán fue el primer defensor de Pujol.

Pero el portavoz parlamentario de Vox sentó este principio: «Cada día que surja una noticia nueva sobre puntos de vista distintos del candidato, más consolidada (sic) está la idea de que era un acierto traer a una persona independiente». Y en efecto, fueron surgiendo «puntos de vista» del candidato que espantaron a los que no comulgan fácilmente con ruedas de molino. Por ejemplo, en un debate en el canal 13TV, televisión de la Conferencia Episcopal, Tamames había dicho que un niño con síndrome de Down era «una desgracia», que «solo eso ya justificaba el aborto». Y ante las llamadas de padres indignados por llamar «desgracia» a sus hijos con síndrome de Down, Tamames se mantuvo en sus trece ¡y era en 13TV!

La defensa de un candidato en el que no creían dio paso al mecanismo de defensa típico de las sectas: culpar a «campañas del exterior, que buscan destruirnos» la crítica de sus incongruencias, y en especial a los medios de comunicación por comentar las cosas de Tamames. Buscaban «visibilidad», decían, pero cuando la encontraron de sobra y no se veían bien, culparon a los que miraban por no ver lo que ellos querían. Fue patético. Y fue a más.

LA ENTREVISTA EN *EL PAÍS* Y LA CENSURA DE TAMAMES A VOX

El día 7 de marzo, *El País* publicó una entrevista con Tamames que era una descalificación a cuatro manos —el entrevistador y el candidato— de Vox, o más bien de la caricatura que de ellos hace ese diario. Para la gran mayoría de votantes de Vox, que no sabía nada de Tamames, fue un jarro de agua fría, era asomarse a la bochornosa sensación del timo de la estampita:

Tamames dijo que aceptó la oferta de Vox por ser «una ocasión única para hablar a los 47 millones y medio de españoles». Cuando el entrevistador le recordó que Vox ha pedido en ocasiones la ilegalización de partidos como Bildu, ERC y hasta el PNV, el «candidato» dijo que él no iba a reclamar ilegalización alguna y que, de hecho, les diría a los de Vox que no lo hicieran más porque «es mejor tenerlos dentro que fuera».

Manipulación del entrevistador: la fachada electoral de la ETA, con no importa qué nombre, la prohibió en sentencia firme el Tribunal Supremo y lo avaló el Tribunal Europeo de Derechos Humanos. Zapatero anunció que el Constitucional lo revocaría y así fue, pero se hizo ilegalmente, por lo que la ilegalización seguiría vigente. ¿Ni el periodista ni Tamames lo sabían?

La conversación prosiguió, buscando otros puntos de desencuentro como el del cambio climático. «Hay mucha gente que lo niega», resolvió Tamames. Y añadió: «¿Sabe por qué creo que debo estar ahí, en esa moción? El 80 % de los afiliados de Vox están a favor de luchar contra

el cambio climático». El entrevistador le dijo que los dirigentes de Vox no estaban a favor de ninguna manera. Y Tamames zanjó con una inquietante naturalidad: «No se han enterado todavía. Yo trataré de que se enteren también, en la moción de censura».

El periodista siguió buscando incompatibilidades merecedoras de titular y llegó a preguntarle si consideraba a Pedro Sánchez un «criminal». Fue escueto: «Hombre, no lo parece, no».

Otra inexactitud, por triplicado, del entrevistador que Tamames no discute: le recuerda que la intención de Vox, si tiene votos suficientes, es prohibir el aborto, la eutanasia o el matrimonio homosexual, a lo que el candidato le recuerda que, en todo caso, necesitarían primero esos votos. Y en vez de repreguntar, el de *El País* reprocha: «Usted les está echando una mano». Y Tamames zanjó el episodio, algo molesto, diciendo que no echa la mano a nadie que no sea «la opinión pública», recordando que fue fundador de *El País* y hasta miembro del Consejo durante más de una década y que nadie le había pedido a estas alturas que defendiera a Vox sino que explicara su visión de España. El periodista remató: «Y ellos, ¿no se van a beneficiar?». Tamames respondió: «Tienen sus riesgos».

LA ENTREVISTA EN *EL MUNDO* PEDIDA POR TAMAMES

Efectivamente, los tenían. La entrevista causó consternación. Más tarde, Iván Espinosa de los Monteros dijo que las respuestas de Tamames estaban «editadas», léase manipuladas, por los medios. Pero el candidato dejó en ridículo la supuesta «edición» del portavoz parlamentario de Vox. Llamó al diario *El Mundo* e insistió para que lo entrevistaran y pudiera aclarar sus posiciones. Y, en efecto, lo hizo.

El 13 de marzo, Jorge Bustos empezaba así la entrevista: «A medida que concede entrevistas, vamos comprendiendo que no es Vox el que utiliza a Ramón Tamames, sino Tamames quien va a utilizar a Vox». Y tras recordar su insistencia en ser entrevistado, se refirió a lo que Tamames había llamado «las extremosidades de Vox», y le pidió citar algunas. Y Tamames, ni corto ni perezoso, empezó con la bandera. Tras algún rodeo sobre si la bandera hay que sacarla en días de fiesta pero no usarla como simbología de partido llegó a la conclusión de que «ese uso excesivo de la bandera por parte de Vox se puede criticar». ¿Autonomías?: «No se puede acabar con ellas porque ya han enraizado mucho». Tanto, que Vox ya «está matizando».

O sea, que en un país donde te pueden apalea si llevas una bandera nacional —a uno lo mataron a patadas en un bar de Zaragoza por lucirla en los tirantes—, los de Vox hacen de ella un uso «partidista». En cuanto al «enraizamiento» autonómico, favorece la desigualdad de los españoles ante la ley; y en Cataluña o Andalucía ha enraizado a la vera de la corrupción.

Pero, a diferencia de la entrevista de *El País*, Bustos le preguntó por la carta a Mas y su plan de Estatuto para la «nación catalana», y observó:

P.—Esto no es que choque frontalmente con Vox: es que ni el PSC se atrevería a soñar con tanto...

Y ahí Tamames destapó el tarro de las esencias y de las incongruencias:

R.—Pues sí lo soñó por ejemplo Pi y Margall, presidente del Gobierno de la Primera República. En su libro *Las nacionalidades en España* inventa el término y es el primero que emplea en la política española la palabra «nacionalidad» con ese sentido: como nación. Por aquellos que tenían el oído menos hecho a innovaciones usó nacionalidad en vez de nación, pero es lo mismo.

»En la Constitución del 78 está empleada la palabra «nacionalidad» como Pi y Margall un siglo antes. Ya me dirá usted la diferencia entre nacionalidad y nación. El propio Cervantes dice de alguien que era «de nación toledana» porque había nacido en Toledo. Y perdón por las comparaciones, pero en Canadá se habla de las «naciones originarias» y en EE. UU. de las «naciones indias». Y si volvemos a España, ¿un principado como el de Asturias es más o menos que una nación? A veces por la semántica estamos dispuestos a ir a una guerra civil. Yo no estoy dispuesto. (...)

»En todo caso, ¿se dan cuenta de lo que opino sobre la nación catalana ahora que salgo con esto de la moción de censura? En mi libro *Introducción a la Constitución española*, de 2003, se habla de España como «nación de naciones». Tuvo nueve ediciones y un prólogo de Adolfo Suárez, y nadie me dijo nada. ¿España es una nación de naciones? Se puede decir así. España es una supernación.

Esta sucesión de dislates muestra el bajo nivel intelectual de Tamames. Para empezar, o nación es lo de Cervantes o es lo de Pi. Para continuar, Pi fue un majadero que como ministro del Interior manipuló las elecciones, echó a los gobernadores del Partido Radical, y entregó las armas que produjeron la violenta rebelión cantonalista, tumba de la Primera República. Su base teórica la expone Jorge Vilches en su libro¹ sobre ese período, y está en el prólogo a la traducción de *El principio federativo* de Proudhon, uno de los teóricos más destacados, con Saint-Simon, Fourier y Owen, de lo que Marx criticó como «socialismo utópico». Ese «principio federativo» no tenía nada que ver con el federalismo americano. La federación era una forma de comunismo primitivo y asambleario, que recuerda en urbano la *obshina* rural de Herzen y Bakunin. Pero en cuanto Pi se vio presidente, abandonó la violencia que predicaba, y quiso hacer la revolución desde el Parlamento. Sus seguidores, ya armados, no le siguieron y crearon el caos cantonal que en *Los bakuninistas en acción*, de Engels, Marx critica casi por lo mismo que a la Comuna de París: faltó terror rojo.

Pero la mayor estafa intelectual de Tamames en esas declaraciones es que borra el problema de fondo del separatismo, que es negar la soberanía del pueblo español como sujeto político y única base de legitimidad política. Las «nacionalidades» se introdujeron de rondón, cierto, en el texto constitucional y, como sugiere, con engaño. Pero «la nación española, una e indivisible» de la Constitución del 78 niega cualquier otro sujeto político soberano. Y toda reforma queda subordinada a la decisión del pueblo español en su conjunto, nunca a una región por separado. Nada de lugares de nacimiento. Se trata de asumir o negar el lugar central de la soberanía, la titularidad de la legitimidad para cambiar el texto de la Constitución. Y todo esto lo saben los seguidores de Vox cuando salen con la bandera a la calle. El que no lo quiere saber es Tamames, al que no le gusta. En realidad, a los comunistas nunca les gustó.

Agapito Maestre lo recordó en *Libertad Digital* en 2015, dos años antes del golpe, en su artículo «De Tamames sobre Cataluña». A él me remito. Pero, en realidad, confundir deliberadamente el lugar en que se habita y la condición política del ciudadano es la fórmula que Pujol y la izquierda han usado para negar los derechos civiles de los castellanohablantes en Cataluña, fórmula que ha acabado asumiendo toda la izquierda para pactar con el separatismo.

Esa especie de nacionalidad laboral es un modo disimulado del esclavismo. Los derechos no serían del individuo sino de su propietario, la comunidad en que se asienta. Y esa es la base de la dictadura separatista de ayer a hoy.

DESARROLLO Y SORPRESA DE LA MOCIÓN

El colmo de los despropósitos en vísperas de la moción de censura fue la filtración al órgano podemita *eldiario.es* del discurso de Tamames. Con el plúmbeo texto académico en la mano, todos vaticinamos el fracaso. Y el día de la moción el propio Abascal pareció verlo así, porque arrancó su discurso con una descalificación de los medios de comunicación que caracterizan desde siempre a las democracias, del propio Parlamento y de los partidos políticos, todos conjurados contra Vox, el único ser vivo y noble entre tantísima vileza.

Este fue el arranque literal del discurso y de la moción de censura:

Un disparate, un circo, una chirigota, un juego excéntrico, una mala broma, una patochada, una comedia bufa, un teatrillo, un esperpento, una tertulia televisada en directo, un pasacalle irrelevante. Veo que se ríen mucho ustedes, porque eso han dicho ustedes, y sus voceros, durante estos días, de la herramienta constitucional de la moción de censura que ha presentado el grupo al que represento. ¿Y qué hacen aquí todos ustedes? Gente en la tribuna de invitados, la prensa nacional e internacional por todos los rincones de este hemiciclo y los diputados contra la tradición parlamentaria sentados en sus escaños.

Esto es algo muy serio, señorías, esto es algo muy serio y ustedes lo saben, aunque lleven un montón de días intentando ridiculizarlo. ¿Hay motivos para esta moción de censura? Sobran los motivos, señores diputados.

Permítanme una cuestión previa: da la sensación de que da igual todo lo que se diga aquí, parecen irrelevantes también las palabras del señor Tamames, incluso las que digan todos ustedes, porque los titulares de mañana están escritos, los editoriales de los periódicos ya están dictados y los comentarios de los tertulianos, decididos y previamente redactados en los equipos de comunicación de los partidos políticos y gobiernos que hoy financian, subvencionan y compran a una buena parte de la prensa española. Todo lo que se dirá mañana en los medios de comunicación está previamente escrito antes de que se produzca este debate. Igual que las necrológicas de los personajes importantes, que aguantan en las neveras de las redacciones meses e incluso años, hasta que se produce el hecho inevitable.

Y, dicho esto, he de decirles que da la casualidad de que ustedes, y muchos de sus voceros subvencionados, han decretado tantas veces la muerte de Vox, que su necrológica ya no aguanta. O por decirlo de otra manera: su necrológica ya huele mientras sus muertos gozamos de buena salud.

Parece, y solo parece, que no importa lo que hoy se diga aquí, pero nadie, absolutamente nadie, nos va a arrebatar la esperanza de que, al menos un puñado de españoles puedan atender y escuchar este debate que hoy se va a producir en el Congreso de los Diputados en sus mensajes auténticos, sin la traducción interesada y retorcida de aquellos que creen que tienen derecho a manipular la opinión publicada que tan alejada está de la opinión pública. A esos españoles que hoy nos escuchan directamente, sin atender a traducciones torticeras, es a los que nos dirigimos en el día de hoy.

El discurso de Abascal mezclaba dos tradiciones de la derecha que no sabe manejarse en democracia, que se regodea en la autocompasión y parece que disfruta del cerco enemigo. Una es la del discurso tradicional de la dictadura contra la oposición y los medios críticos; otra, la paranoica de todas las sectas conocedoras del Gran Secreto: «un puñado de españoles», esa selecta minoría que sabe que nada de lo que diga tendrá eco, porque se amordazará; que nada llegará a la opinión pública, porque la opinión publicada lo impedirá, y que nada dejará brillar la

denuncia de una situación atroz, porque su negación ya está escrita. Ni en sus discursos últimos Franco arremetió así contra un estado de cosas, el de su régimen, que había modelado durante casi cuarenta años. La «conjura judeomasónica» era extranjera. Ahora es nacional pero movida por las «élites globalistas», así que no hay modo de salvarse. Pero la hay, mediante una Revelación: la Verdad, la de Vox, ese puñado de españoles, llegará de forma mística al cuerpo de la nación, lo resucitará y, milagrosamente, lo salvará.

Aunque fruto de varias manos, y tal vez sin que Abascal fuera del todo consciente, estaba haciendo el discurso arquetípico de El Yunque cuando anuncia la llegada del Reinado Social de Cristo en la Tierra: solo una minoría puede adivinar la Luz en las tinieblas y sacrificar las comodidades de la vida a la difusión de la Verdad. «Muchos los llamados y pocos los elegidos», dice el Evangelio. «Vosotros habéis sido elegidos», dice el juramento de El Yunque. No hay libertad, sino destino, ni esfuerzo sino Gracia Superior. El trabajo es posterior a la Revelación, nunca antes. El estilo no puede ser más protestante: *sola fide*. No debería extrañarnos que Texas sea la caja fuerte de El Yunque.

Pero ese discurso tan típicamente protestante envuelve el católico del primer liderazgo de Abascal, el que aparece en el libro-entrevista con Kiko Méndez Monasterio y prólogo de Amando de Miguel *Hay un camino a la derecha*², a mi juicio, quizá el retrato más ingenuo pero más valioso de un líder por estrenar. Tras las elecciones europeas, Vox no había obtenido representación por pocos votos, pero había pasado de 40.000 a 250.000. Abascal acababa de sustituir a Vidal-Quadras, y terminó mal con él y con el primer grupo dirigente, sobre todo Camuñas y González Quirós. Llegan Iván, Rocío y Bardají, con Kiko como jefe de gabinete del líder. Abascal es un renacido a la fe, recobrada tras una larga temporada alejado de la Iglesia, que en el País Vasco es medida moral y, sin duda, profiláctica. Le pregunta Kiko: «¿Existe el voto católico?». Y Abascal contesta: «Hay católicos en España, incluso ateos católicos. Pero todavía no hay un voto católico».

¿«Todavía»? ¿Piensa Abascal el nuevo Vox como un partido confesional? Diríase que inicia un proceso de prospección personal, aún inconcluso:

¿Qué les pediría yo a los católicos? Que asuman que a veces hace falta ir al desierto y atravesarlo para llegar a la tierra prometida. No se puede alcanzar el bien sin vencer al mal, no hay cosecha sin siembra. Pero, sobre todo, no hay tierra prometida sin las penurias del desierto, no hay gloria sin sufrimiento, como demostró Cristo. Los católicos no deberíamos aceptar nunca el mal menor. El mal es el mal. Y si hay que ir al desierto se va. Pero ni un latigazo más de los faraones.

Este discurso típicamente mesiánico recuerda mucho al de El Yunque. Pero yo lo veo como actitud de autoafirmación, más que definición ideológica. Así, al preguntarle por los libros que más le han influido, entre el millar que tiene en su biblioteca, señala *La rebelión de las masas* de Ortega y Gasset; los *Episodios nacionales* de Galdós; *España, un enigma histórico*, de Sánchez Albornoz, y *España inteligible*, de Julián Marías. Más recientes, el de Jesús Laínz *Adiós, España*, el de Fernando Paz *Antes que nadie* y el de Gustavo Bueno *España no es un mito*. Sin embargo, dice más de un político los que afectan a su sensibilidad, porque de ahí nacen las grandes decisiones. Y Abascal cita *Tempestades de acero*, de Ernst Jünger, y *El mundo de ayer*, de Stefan Zweig. Esto son gustos de liberal ilustrado, nada que ver con el mesianismo genuino, que solo acepta un Libro y una Verdad.

En ese libro, que retrata muy bien al Abascal que yo conocía, están los dos factores que de forma sucesiva y contradictoria aparecen en el discurso de la moción de censura: el que proclama la resistencia de una minoría al margen de las masas, y el que apela a las masas esgrimiendo razones en defensa de la sociedad liberal y democrática. Pero en 2015 Abascal tenía un discurso más matizado sobre los medios de comunicación, que en 2023 ataca ferozmente:

El mundo del periodismo y los medios de comunicación está en absoluta crisis, derivada de sus propios ingresos, muchos de ellos procedentes del sector público a través de la publicidad institucional. Tampoco hay que olvidar que hay medios que dependen de la concesión de licencias otorgadas por las instituciones públicas, lo que les hace tener grandes servidumbres con respecto al poder político. A veces se producen llamadas para que se practique la censura, pero en muchas más ocasiones se da la autocensura. (...) Ojo, porque siempre hay heroicidades, medios de comunicación que se enfrentan a todo y se juegan sus habichuelas. Pero no son la mayoría³.

Esas dos almas, la minoritaria o mesiánica y la liberal clásica que busca mayorías son dos variantes habituales en la derecha española, que por una parte abomina de la sociedad moderna y por otra se ve capaz de conquistarla. Y ambas se sucedieron en el discurso de la moción. Después de media hora de pólvora tronitonaante contra los medios de comunicación y los demás partidos, Abascal volvió de pronto a los contenidos políticos, en tono suave, comedido, sintetizando muy bien los peores aspectos prácticos de las leyes de Sánchez. Particularmente afinado fue lo referente al borrado de las mujeres en la Ley de Libertad Sexual (del «solo sí es sí», o «suelta violadores»), la ley trans y la raíz de todas ellas, la ley de violencia de género, que, con la de Memoria Histórica, constituyen la referencia diferencial de Vox con respecto a PP y Ciudadanos.

Al final, volvió a las columnas ya escritas y las portadas enviadas, pero había apuntado que, para la réplica, disponía de argumentos sólidos. Y al fin, los exhibió: tras una hora larga de flatulencias vocales de Sánchez, el líder de Vox, sin papeles, de memoria, ofreció quizá su mejor discurso en las Cortes. Se acabaron las referencias a medios vendidos y plumas compradas, se aparcaron los dicterios contra «las élites globalistas», mantra capaz de hundir cualquier referencia política seria, se olvidaron los discursos redactados sin oír al otro: la contestación se limitó a mostrar la falsedad de los dichos «sanchistas» y a oponerle su opinión sobre los asuntos más controvertidos. La ira contra los medios se convirtió en crítica de los fines del Gobierno y esbozo de algunas alternativas. Ni siquiera atacó al PP, sino al socialismo, al separatismo y a su pegamento en el bloque de poder: el comunismo. Sánchez mostraba un rigor mandibular cercano al chasquido. Ya solo podía salvarlo el Error Tamames.

UN TAMAMES IMPREVISTO Y UN NAUFRAGIO EVITADO

Pero, contra lo que muchos esperábamos, no lo salvó. Había pasado ya el espectáculo difícilmente heroico de su penosa subida, entre Abascal y un ujier hasta el escaño del líder de Vox, que fungía de secretario con el escaño entre ambos a modo de escritorio. Y con voz menos temblona de lo esperado, en cinco minutos censuró la persecución del idioma español en

Cataluña y otras regiones; el menosprecio al Rey; el relato sectario sobre la Guerra Civil y la II República; el asalto al Poder Judicial y la inseguridad jurídica; y sus pactos con el separatismo, y en contra de la continuidad de la nación española.

Era tal la catástrofe esperada, también dentro de Vox, que se dejó de reparar en la estética grotesca del anciano reivindicador de la Transición. Se produjo el fenómeno típico de los espectáculos en directo, que dependen del comienzo menos que de las anécdotas que se producen, y que se sabe cómo empiezan pero no cómo terminan. Total, que cuando, al día siguiente, se votó la moción, el peligro del fiasco, entre bromas y veras, había pasado. Ayudó la paupérrima actuación de Sánchez, la ridícula puesta de largo de Yolanda Díaz y la grotesca intervención de Patxi López. El presidente quiso darle clases de economía; la vicepresidenta, de historia; y el exlehendakari, de antifranquismo. Con dos interrupciones chuscas y tres bofetadas abueliformes, los despachó.

Pero llegó el momento de contar los votos. El PP había dicho que el resultado favorecería a Sánchez, así que su abstención contó como favor. La representante de Ciudadanos detalló más de cuarenta razones para censurar a Sánchez, y a continuación votó en contra. Pero el espectáculo de desunión de la oposición se agravó esa misma tarde, con la declaración de guerra de Vox a Ayuso y Almeida. Monasterio, tras votar no a los presupuestos junto al PSOE y los comunistas, echó abajo el plan para atraer inversión extranjera mediante incentivos fiscales. El argumento era digno de Fidel Castro: se discriminaba a los españoles frente a los extranjeros.

No era verdad, porque también se quería recuperar inversiones en el extranjero de españoles, especialmente madrileños. Pero Vox volvía al argumentario socialista contra el «*dumping* fiscal» de Madrid que siempre rechazó. Y en el Ayuntamiento, Ortega Smith votó en contra del plan de desarrollo urbanístico de la capital para las próximas décadas. Se dibujaba, en fin, una lucha a cara de perro entre los dos partidos de la derecha. Y al día siguiente, Ayuso recogió el guante y aceptó que cada cual siguiera su camino. Con menos entusiasmo aparente que Vox, pero muy semejante en su interior. La alianza tácita contra Sánchez e Iglesias de dos años antes se convertía en guerra abierta entre las derechas, como si las izquierdas no estuvieran en paz.

La moción contra Sánchez se convirtió así en reconvención a cualquier unión de la oposición a Sánchez. PP y Vox sometían a la razón de partido el interés nacional. Y aunque sus votantes daban por seguro que, tras contar los votos, pactarían, se olvidaba la vieja tentación del PP: pactar con el PSOE. Los partidos de la derecha se comportan como si Sánchez no fuera el socio esencial de la ETA, de Caracas, de Putin y del golpismo catalán. Como si el Tribunal Constitucional pastoreado por Pumpido no estuviera ya legalizando, a toda prisa, disparates contra los derechos civiles y la Constitución de 1978. En privado, el PP da por hecho el pacto con Vox si les hace falta, pero en público dicen querer gobernar en solitario. Y Vox se ha radicalizado de tal modo en las redes sociales, que cada día se parece más a Podemos. Un grupo testimonial que se niega a complementar una mayoría de su signo ideológico y apuesta por la derrota de su bloque a corto plazo para sobrevivir como partido.

Puede decirse, en fin, que en el momento de mayor peligro de Sánchez y su Gobierno, la oposición estaba más interesada en contar sus votos que en desmontar un legado incompatible con la supervivencia del régimen constitucional y la propia nación española.

La base social de la derecha nunca ha perdido la esperanza de encontrar su partido. Por desgracia, los políticos de todos esos partidos se las han arreglado siempre para convertir la esperanza en desesperación.

Hic est.

EVOLUCIÓN DE LA PORTADA





José María Aznar. Cuando cayó el Gobierno de Rajoy, en 2018, el espacio electoral en que Aznar logró concentrar el voto de la derecha había sido destruido por el propio Rajoy de forma irreversible. Once millones de votantes se redujeron a siete. Y aún habían de quedarse en poco más de cuatro, en primer lugar, de Ciudadanos y, enseguida, de Vox.



28 de junio de 2018. La promesa de la derecha, Pablo Casado, se estrena en esRadio como candidato a las primarias del PP. José Alejandro Vara, Joaquín Manso y Rosa Belmonte hicieron las primeras preguntas.



Casado, barbudo y todavía sonriente, el 7 de octubre de 2019, tras su primer fracaso electoral de abril y preparado para la repetición de noviembre.



Casado, sin atisbo de sonrisa y entre las obligadas mamparas de la pandemia, el 16 de julio de 2021.



En esRadio se celebraron primarias y también debates electorales. El 14 de mayo de 2019, en el estudio, José Luis Martínez-Almeida (PP), Begoña Villacís (Ciudadanos) y Javier Ortega Smith (Vox).



José Antonio Ortega Lara, secuestrado por ETA durante 532 días, rompió su carné del PP, harto de las derivas de Mariano Rajoy. Pablo Casado dijo que quería recuperar ese «PP de Ortega Lara y María San Gil». Nunca lo intentó. La foto fue tomada en 2015, ya como político en las filas de Vox.



La Comunidad de Madrid siempre ha sido una de las plazas fuertes del PP y una de las mayores fuentes de intrigas desde la enemistad de Gallardón con Aguirre. A Cristina Cifuentes, que sucedió por necesidad a Ignacio González, también le alcanzó el fuego amigo genovés.



El ascenso y caída de Ciudadanos fue uno de los más rápidos en la política española, aunque la clave estuvo en el acelerón del golpe de 2017 en Cataluña, que divide en dos el ciclo de Albert Rivera, candidato a la Moncloa en cuatro ocasiones.



Estuviera donde estuviera, Alejo tenía muy clara la premisa fundamental de la política: «El nacionalismo no se puede domesticar y no se le debe complacer... Al nacionalismo hay que combatirlo sin cuartel». Eso le hizo salir del PP, participar en los inicios de Vox y ayudar al PP de Cayetana.



Begoña Villacís, Inés Arrimadas y Toni Cantó. Fueron líderes de un partido que pudo llegar a cogobernar España. Protagonizaron discursos brillantes, iniciativas hábiles o actitudes valientes. Y cometieron imperdonables errores.



Santiago Abascal. Vox partía de una base aparentemente muy sólida, con casi cuatro millones de votos y un liderazgo indiscutido, el de Abascal. Pero no es lo mismo acaudillar un movimiento que dirigir un partido.



Macarena Olona fue una excelente diputada nacional que hacía una eficaz pinza parlamentaria con Espinosa de los Monteros contra la izquierda de todos los partidos. Una horrorosa campaña para presidir la Junta de Andalucía dio al traste con su carrera. Denunció fuego amigo.



Iván Espinosa de los Monteros entró en política por Santiago Abascal aunque se parezcan poco. Rocío Monasterio, que tuvo sus luces contra Pablo Iglesias, se cegó contra Isabel Díaz Ayuso en la Comunidad de Madrid y bloqueó muchas de sus medidas.



Cayetana Álvarez de Toledo, la mejor portavoz parlamentaria que podía tener el PP, azote de la izquierda y, particularmente de Pablo Iglesias, fue destituida en el verano de 2020 por Teodoro García Egea. Cayetana tenía clara la razón: «Casado cree que mi concepción de la libertad es incompatible con su autoridad».



Teodoro García Egea, el peor secretario general del PP. Verdugo político de Cayetana. Su táctica, apoyada por Casado, nunca fue el debate de ideas sino el ataque personal, como se demostró también en la ruptura con Santiago Abascal.



18 de febrero de 2022. El día D y la hora H. Pablo Casado estaba en la COPE acusando a Ayuso, pero Feijóo estaba en *Es la Mañana de Federico*, en un programa especial desde Sangenjo. Alejandro Vara y Joaquín Manso asistieron al auge y caída del sucesor de Rajoy en esRadio.



En la caída de Casado hubo un continuo intercambio de llamadas entre Feijóo, Ayuso y Moreno Bonilla. Este último, en una entrevista en esRadio, cuando le comenté fuera de micrófono que Feijóo se quedó a dormir en el hotel donde hacíamos el programa y llevaba la entrevista muy preparada, se echó a reír: «No sé si dormiría tanto, porque conmigo se tiró hablando dos horas».



Elías Bendodo, del PP andaluz que logró el cambio de régimen a hombre de confianza de Feijóo en Génova.



Alberto Núñez Feijóo, ya presidente del PP en los estudios de esRadio, el 13 de diciembre de 2022.



El 24 de enero de 2023, Borja Sémper tuiteó antes de entrar al estudio: «Puerta grande o enfermería». De la entrevista como uno de los hombres de confianza del nuevo PP de Feijóo no salió nada mal parado.



Javier Fernández Lasquetty confió en Casado al escuchar su entrevista fundacional en esRadio. Duró poco como jefe de gabinete y encontró en el Gobierno de Ayuso y en una comunidad que conoce bien la forma de aplicar el liberalismo en favor de los ciudadanos.





Isabel Díaz Ayuso es el fenómeno político más importante, sorprendente y complejo en las cuatro décadas y media de democracia española.

Notas

1. José Ortega y Gasset: *El tema de nuestro tiempo. Prólogo para alemanes*. 3.^a ed. revisada y publicada originalmente en 1934, Tecnos, Madrid, 2002.

2. Federico Jiménez Losantos: *La vuelta del comunismo*. Espasa, Madrid, 2020.

3. María Elvira Roca Barea: *Imperiofobia y la leyenda negra*. Siruela, Madrid, 2021.

4. Antonio Escohotado: trilogía *Los enemigos del comercio*, Espasa, Madrid, 2019.

5. Federico Jiménez Losantos: *Memoria del comunismo*. La Esfera de los Libros, Madrid, 2018. *La vuelta del comunismo, op. cit.*

6. Graciano Palomo: *Pedro Arriola, el Brujo*. La Esfera de los Libros, Madrid, 2014.

7. Federico Jiménez Losantos: en *La Ilustración Liberal*, núm. 2, 1999. Incluido posteriormente en el libro *Con Aznar y contra Aznar*. La Esfera de los Libros, Madrid, 2002.

8. Alexandre Kojève: *La dialéctica del amo y del esclavo en Hegel*. La Pléyade, Buenos Aires, 1982.

9. «El ingeniero y el noble: Los ases de Rajoy para las Cámaras», en *Vanity Fair*, 12 de diciembre de 2011.

1. Federico Jiménez Losantos: *Los años perdidos de Mariano Rajoy*. La Esfera de los Libros, Madrid, 2015.

2. *Libertad Digital*, 24 de junio de 2006.

3. Graciano Palomo: *La larga marcha. De Rajoy a Casado*. La Esfera de los Libros, Madrid, 2020.

4. Ángela Martialay: «El Supremo no investigará a las fiscales de Gürtel por el caso de las escuchas», en *Libertad Digital*, 21 de octubre de 2010.

1. Cayetana Álvarez de Toledo: *Políticamente indeseable*. Ediciones B, Barcelona, 2021.

2. *Políticamente indeseable*, *op. cit.* (Los extractos siguientes pertenecen a la misma obra).

1. John Müller (coord.): *La sorpresa Vox*. Deusto, Barcelona, 2019.

2. Federico Jiménez Losantos: *De la noche a la mañana. El milagro de la COPE*. La Esfera de los Libros, Madrid, 2006.

3. Federico Jiménez Losantos: *El linchamiento. La liquidación de la COPE y la aventura de esRadio*. La Esfera de los Libros, Madrid, 2011.

4. Federico Jiménez Losantos: *Lo que queda de España*. Ajoblanco, Barcelona, 1979.

5. Federico Jiménez Losantos: *Barcelona, la ciudad que fue*. La Esfera de los Libros, Madrid, 2019.

6. Roberto Villa García: 1917. *El Estado catalán y el soviet español*. Espasa, Barcelona, 2021.

7. José Ortega y Gasset: *Meditaciones del Quijote*. Publicado originalmente en 1914. Reedición en Alianza Editorial, Madrid, 2014.

8. Gustavo Bueno y Santiago Abascal: *En defensa de España. Razones para el patriotismo español*. Encuentro, Madrid, 2008.

9. Gregorio Salvador: *Lengua española y lenguas de España*. Ariel, Barcelona, 1987.

10. Pedro Carlos González Cuevas: *Vox, entre el liberalismo conservador y la derecha identitaria*. La Tribuna del País Vasco, 2019.

11. *Op. cit.*, p. 146.

12. *Op. cit.*, p. 262.

13. *Op. cit.*, p. 274.

14. *Op. cit.*, p. 284.

1. «Nación y “nacionalidades”», *El País*, 15 de enero de 1978.

2. Leopoldo Calvo Sotelo: *Memoria viva de la Transición*. Plaza & Janés, Barcelona, 1990.

3. *Libertad Digital*, 26 de abril de 2014.

4. Federico Jiménez Losantos: *Barcelona, la ciudad que fue*. La Esfera de los Libros, Madrid, 2019.

5. Federico Jiménez Losantos: *Lo que queda de España*. Ajoblanco, Barcelona, 1979. Posteriormente se edita en Temas de Hoy, en 1995, con el subtítulo *Con un prólogo sentimental y un epílogo balcánico*. La última edición, que recoge toda la accidentada historia, es de 2008, también en Temas de Hoy.

6. Federico Jiménez Losantos: *El linchamiento. La liquidación de la COPE y la aventura de esRadio*. La Esfera de los Libros, Madrid, 2011.

7. Durán presidía Telecinco y el socialista Bettino Craxi, presidente de Italia, tenía a Silvio Berlusconi, socio de Telecinco, como su hombre en los medios. Ambos fueron imputados por corrupción en la operación de jueces izquierdistas «Manos limpias» (Mani Pulite), que destruyó el sistema de partidos italiano. Craxi huyó a Túnez, donde murió. Berlusconi se pasó a la derecha, creó Forza Italia y ganó varias veces las elecciones. Depuesto como presidente de forma irregular, fue absuelto, condenado, inhabilitado y rehabilitado también varias veces.

8. José Alejandro Vara y Pablo Planas: *Entre bambalinas*. Stella Maris, Barcelona, 2015.

9. Pedro Sánchez: *Manual de resistencia*. Península, Madrid, 2019.

1. J. M. Olmo: «Las Nuevas Generaciones de Carromero: ceses fulminantes, gestoras y cargos a dedo», en *El Confidencial Digital*, 22 de enero de 2017.

2. [Huffington Post](#), 18 de enero de 2021.

3. 12 de abril de 2021.

4. Editorial de *El País* del 5 de junio de 2021.

5. *El País*, 10 de junio de 2021.

1. Jorge Vilches: *La Primera República Española (1873-1874)*. Espasa, Madrid, 2023.

2. Santiago Abascal: *Hay un camino a la derecha. Una conversación con Kiko Méndez* Monasterio. Stella Maris, Barcelona, 2015.

3. Pp. 42 y 43.

El retorno de la Derecha

Federico Jiménez Losantos

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original, El retorno de la Derecha

© Federico Jiménez Losantos, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.espasa.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, 2023

© Ilustraciones de las portadas: a partir de fotografías de la Agencia EFE

© Resto de imágenes del pliego de fotografías: Daniel Alonso Rincón/LD, 2023

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2023

ISBN: 978-84-670-6782-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia

www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

